

P A U L E K M A N



# Cómo detectar mentiras en los niños

Claves para fomentar la sinceridad  
de los hijos



guías para



padres PAIDÓS

«Mi hijo Billy me ha mentido y sólo tiene cinco años. ¿Es eso normal?» «Sé que Joan miente cuando me dice que no fuma marihuana. ¿Qué puedo hacer?» «Michael miente constantemente. ¿Dejará de hacerlo conforme vaya haciéndose mayor?» «Heather no me cuenta lo que hace en sus citas con los chicos. Dice que no es asunto mío, pero ¿acaso no tengo derecho a saberlo?»

Estas son algunas de las situaciones cotidianas que aparecen en este volumen y con las que todos los padres tienen que enfrentarse alguna que otra vez. Partiendo de ellas, el doctor Paul Ekman, un experto en el tema mundialmente reconocido y autor del bestseller *Cómo detectar mentiras*, enseña a esos padres cómo afrontar con eficacia la gran variedad de mentiras que cuentan los niños de todas las edades. Con este libro, descubrirá aspectos trascendentales de la cuestión, como cuáles son los motivos que llevan al niño a mentir, por qué unos niños mienten más que otros, cómo animar a su hijo a que diga la verdad, etc. Todo ello, por supuesto, explicado en un lenguaje accesible y de fácil comprensión, que convierte el texto en una lectura imprescindible para toda la familia.



Paul Ekman

# **Cómo detectar mentiras en los niños**

**Claves para fomentar la sinceridad de los niños**

**ePub r1.0**

**Mezki 04.11.14**

Título original: *Why kids lie*

Paul Ekman, 1991

Traducción: Montse Ribas Casellas

Diseño de cubierta: María José del Rey

Editor digital: Mezki

ePub base r1.2



Para Eve  
Que siga por la senda de la verdad

## **Agradecimientos**

Las catedráticas Norma McCoy y Linda Camras, ambas psicólogas del desarrollo, y Robert Ornstein, psicólogo y escritor, leyeron con atención un primer borrador de este libro y me ofrecieron muchas sugerencias útiles. El catedrático John Yuille, psicólogo especializado en testimonios infantiles, y los doctores Henry Massie e Irving Philips, ambos psiquiatras infantiles, me dieron útiles opiniones sobre los dos últimos capítulos.

La catedrática Maureen O'Sullivan entrevistó conmigo a los niños con respecto a sus actitudes hacia la mentira y también me ofreció consejo sobre el libro. Mi buen amigo Robert Pickus, que ha sido un modelo de cómo educar niños maravillosos, así como un mentor moral, me dio muchas ideas y apoyo. Perry Garfinkel fue un valioso editor, que afiló mi prosa y me instó a llenar algunos huecos que yo estaba intentando evitar.

Mi esposa Mary Ann me animó desde el principio a escribir este libro, fue una crítica aguda y contribuyó con dos importantes capítulos. Mi hijo Tom aceptó el reto de participar en este libro y escribió su propio capítulo, que me enseñó algunas cosas que desconocía.

Mi investigación sobre la mentira y la preparación de este libro fue posible gracias al premio Research Scientist Award otorgado por el Instituto Nacional de Salud Mental (MH 06092).

# Introducción

## EL ALTO RIESGO DE LAS MENTIRAS

«Mi hijo Billy me mintió y sólo tiene cinco años. ¿Es eso normal?»

«Sé que Joanne miente cuando me dice que no fuma marihuana, pero no puedo demostrarlo. ¿Qué debería hacer yo?»

«Michael miente constantemente. ¿Dejará de hacerlo cuando se vaya haciendo mayor?»

«Heather no me cuenta lo que hace en sus citas con los chicos. Dice que no es asunto mío, pero ¿acaso no tengo derecho a saberlo? Sólo estoy intentando protegerla.»

«Cuando mi hija me miente, me preocupa pensar que puedo estar haciendo algo que la haga mentir.»

Éstas son preocupaciones comunes de todos los padres. Llegan a tener un fuerte impacto cuando alguien viene y te dice: «Mi hija se lo pasó estupendamente en la fiesta de tu hijo la semana pasada. Me dijo que tú y Mary Ann fuisteis unos vigilantes perfectos: ¡nadie os vio!».

Así es como supe que mi hijastro, Tom, entonces de trece años de edad, me había mentido. Al parecer había dado una fiesta una noche de verano en nuestra cabaña de Inverness, una comunidad rural a unos sesenta kilómetros costa arriba de nuestro hogar en San Francisco. Rápidamente asumí que la fiesta debió de haber ocurrido cuando tanto mi esposa, Mary Ann, como yo pasamos una noche en la ciudad por un tema de trabajo.

Tom sabía que en las fiestas tenía que haber algún adulto presente. Los padres de Inverness habían dejado muy claro este tema a sus hijos. Especialmente después de que hubiéramos descubierto que algunos niños habían estado bebiendo en una fiesta no vigilada el verano anterior. Queríamos evitar que se repitiera ese incidente.

Unas semanas antes yo había animado a Tom para que diera una fiesta. «Tu madre y yo nos haremos invisibles», le prometí. «Nos quedaremos en el estudio.» El estudio está a cuarenta y cinco metros de la cabaña, tras unos árboles. Tom había asentido distraídamente y se había olvidado del tema.

Cuando empecé a atar cabos, la madre que me había estado dando las gracias puso una cara inquisitiva. «Hubo una fiesta, ¿no?», preguntó, esperando que la tranquilizara. Francamente, yo estaba aturdido y desconcertado. «Oh sí», murmuré, y me marché. El dolor, la decepción y el enojo llegaron unos momentos después. Y, mucho después, apareció el sentido del humor.

Ahí estaba yo, supuestamente una de las principales autoridades mundiales sobre la detección de mentiras, y además en proceso de escribir un libro sobre los niños y las mentiras, nada más y nada menos, y ¡engañado por mi propio hijo! Pensé en lo tonto que les parecería a mis amigos. Me sentí avergonzado por mi desconcierto. Más tarde me sentí todavía más avergonzado por haber mentido a la madre cuando dejé que creyera que estaba al tanto de la fiesta.

Un año justo antes de este incidente había publicado *Telling Lies*<sup>[1]</sup>, un estudio en profundidad sobre las mentiras de los adultos, basado en veinte años de investigación. Aunque Tom no había leído el libro, conocía mi experiencia y, de hecho, me veía con orgullo cuando yo aparecía en programas televisivos promocionando el libro. Sabía que soy un experto en detectar cuando alguien miente, leyendo las expresiones faciales, los gestos o los cambios de voz. Una vez comentó que sus amigos le habían dicho lo duro que debía de ser vivir con un padre capaz de detectar cualquier mentira. Querían saber si alguna vez había intentado colarme una mentira. Tom nos dijo que les había respondido que no valía la pena intentarlo.

Pero ahora, al parecer, sí había valido la pena. Me pregunté si acaso uno de sus motivos había sido comprobar su capacidad, para ver si el viejo era tan bueno como se decía. Después de todo, Tom estaba entrando en la adolescencia, un tiempo en que el chico o la chica necesita expresar su diferenciación de los padres. Es un viejo tema entre padres e hijos y madres e hijas.

La mentira de Tom puede que no parezca una infracción grave a la mayoría de padres. No obstante, incluso una mentira tan corriente provoca

significativos interrogantes en la mente de un padre.

Aparte de no saber qué hacer con, para o a un niño que miente, muchos padres están confusos en cuanto a cómo reaccionar. Pasamos del enfado a la culpabilidad, de la negación a la responsabilidad, de querer castigar al niño a querer ignorar la mentira por completo.

Mary Ann y yo estábamos muy dolidos por la fiesta secreta de Tom. También estábamos conmocionados, no por la magnitud de la mentira, sino por sus implicaciones. Tom había sido siempre un niño en quien podíamos confiar. Solíamos presumir de que cuando decía que volvería a casa a las seis de la tarde, siempre lo hacía. Confiábamos en él implícitamente. No era propio de Tom mentir. ¿Por qué el cambio repentino?

Tras la conmoción y el enojo inicial, mis sentimientos de haber sido traicionado se convirtieron en decepción. Entonces empecé a culparme a mí mismo por la mentira de Tom. ¿Era culpa mía por darle demasiada responsabilidad, por dejar que un chico de trece años pasara la noche solo? ¿Acaso su engaño, tan bien planeado y puesto en práctica, significaba que había fracasado como padre? Pensé que debía de haber hecho algo malo, quizás un montón de cosas, para que mi hijo me engañara. Me llevó mucho rato separar su responsabilidad de la mía.

Al principio me tentó la posibilidad de atrapar a Tom. Nos había engañado a su madre y a mí, actuando a nuestras espaldas, y el deseo de devolverle la pelota era inmenso. Ahora tenía yo la sartén por el mango. Él todavía no sabía que yo lo sabía. Pensé en ponerle a prueba, para ver si me mentiría a la cara. Podría decirle: «Dime, Tom, ¿qué hiciste la noche del miércoles pasado cuando tu madre y yo nos quedamos en la ciudad?». Podía presionarle un poco más preguntando: «Tom, ¿había alguien más en casa el miércoles por la noche?». ¿Debería decirle todo lo que sabía para que no dijera más mentiras para salir del paso? Si no hubiera tenido el tema de los niños y de las mentiras tan en mente, quizás hubiera reaccionado de manera diferente. Probablemente habría actuado más desde el enojo que desde la razón, buscando vengarme antes que intentar reforzar en él la sinceridad.

Pero eso de «reforzar la sinceridad» se dice pronto. Existen muchas opciones, y uno no sabe nunca exactamente cuál de ellas producirá el mejor resultado.

Habían transcurrido sólo unos minutos desde que la madre había revelado, sin saberlo, el engaño de Tom. Sabía que Tom estaba por los alrededores, así que le busqué. Estaba en la bahía, haciendo rebotar piedras en el agua. Le llamé. «Estoy muy disgustado», dije. Podía sentir el calor en la cara y luché por mantener la calma. «Acabo de saber que diste una fiesta a nuestras espaldas y que me mentiste sobre ello.»

Se quedó atónito y el ver la culpa y el pánico en su cara acabó con mi enfado. De repente sentí pena por él y por mí, porque recordé en ese momento lo que se siente cuando tienes su edad y te atrapan en una mentira. «No quiero hablarte de ello esta noche», le dije con voz pausada. «Necesito tiempo para pensarlo, pero esto es muy grave. Quiero que lo pienses y que estés listo para explicar mañana por la mañana lo que hiciste y lo que crees que tu madre y yo deberíamos hacer al respecto.»

Sabía por experiencias pasadas que Tom es del tipo de chico que siempre se inventa los más duros y draconianos castigos por sus faltas, mucho peor que cualquiera que pudiéramos pensar su madre o yo. Pensé que sería bueno para él que se preocupara por ello y que tuviera en consideración lo que significaba. También me daría tiempo a mí para pensarlo bien y estar más seguro de que no volvería a sentirme enojado.

A la mañana siguiente, después de hablarlo con mi esposa la noche anterior, le castigamos a no salir durante un mes, prohibiéndole que saliera por las noches o que se reuniera con sus amigos. Le dijimos que puesto que ya no podíamos confiar en él, no podíamos dejar que pasara la noche solo. Durante el resto del verano, siempre que yo tenía que pasar una noche en la ciudad, no le dejaba solo en la cabaña de Inverness. En su lugar, tenía que venirse conmigo en el coche a San Francisco y regresar a la mañana siguiente. Eso resultaba aburrido para él, pero lo peor vino en otoño, cuando Tom empezó a involucrarse en serio en la vida nocturna de los sábados en la ciudad. Antes, cuando teníamos previsto pasar el fin de semana en Inverness, siempre habíamos dejado que se quedara en la ciudad para acudir a una fiesta. Ahora ya no. Tenía que venir con nosotros y perderse la fiesta. Esta pérdida de libertad no era para castigarle; era simplemente la consecuencia de sus acciones. Naturalmente fue una lección importante para él, más importante que el castigo de no poder salir. Aprendió lo duro que es vivir con personas que

no confían en ti. También resultó duro para nosotros.

Mientras escribo esto —más de dos años después del incidente— por primera vez confiamos en Tom para que pase la noche solo. Ya es algo más mayor y hemos hablado del incidente en muchas ocasiones. Siempre que ha surgido algo sobre lo que pudiera haber estado tentado de mentirnos, he ido con mucho cuidado planteándole cuestiones de manera que se animara a decir la verdad. No: «¿Quién rompió el jarrón?» o: «¿Rompió tú el jarrón?» sino: «No deberíamos haber guardado ese jarrón en un lugar tan vulnerable; era fácil darle un golpe y que se rompiera. ¿Fuiste tú o tu hermana?».

Me he esforzado en hacerle comprender por qué no debería celebrar fiestas secretas, por qué es importante que haya adultos presentes en un grupo de niños. A veces le recuerdo un incidente que ocurrió hará unos seis meses. Tom recibió la visita de un grupo de amigos un sábado por la tarde, Mary Ann y yo teníamos que ir de compras y nos llevamos a nuestra hija Eve, y dejamos a Tom y sus amigos solos jugando a ping-pong y viendo la televisión.

Llegamos a casa unas horas después, abrimos la puerta delantera y nos invadió un olor a gas. El piso de arriba estaba lleno de un gas tóxico y peligroso. Tras abrir rápidamente todas las puertas y ventanas y hacer que todos salieran de casa, descubrimos que Tom y sus amigos habían estado tostando malvaviscos en la chimenea. No sabían que hay que abrir el cañón de la chimenea para dejar escapar el gas y el dióxido de carbono; solamente sabían que hay que hacerlo para encender el tronco calentador de gas. Un error inocente, pero que hubiera podido tener graves consecuencias.

Creo que este incidente convenció a Tom de lo fácil que es que un grupo de niños que juegan solos se meta en líos, y por qué es importante que haya algún padre por allí. Antes de dejar que Tom se quedara solo en casa de noche, me aseguré de que comprendiera que ésta era una prueba importante para ver si podíamos confiar de nuevo en él. Sin que tuviera que decírselo, él también sabía que si defraudaba nuestra confianza una vez más, no tendría otra oportunidad.

Las mentiras son uno de los temas cruciales de la vida familiar. Imagínese lo complicado y penoso que sería si nunca pudiéramos confiar en lo que la gente nos dice. Resultaría imposible si tuviéramos que comprobar y verificar todo lo que nos cuentan. Debemos confiar en lo que la gente nos dice; esto es,

hasta que descubrimos una mentira. Entonces aprendemos a no confiar. Ese conocimiento puede causar estragos en las relaciones íntimas. ¿Qué pasaría si siempreuviéramos que preocuparnos por la verdad de todos los comentarios que nos hace nuestro hijo, amigo o cónyuge? «Esta noche llegaré tarde, tengo que quedarme a hacer un trabajo en la oficina.» (¿Estará él o ella teniendo un lío con alguien de la oficina?) «He terminado los deberes.» (¿Es cierto o es que es la hora del «Show de Bill Cosby»?)

No es que todo el mundo diga siempre la verdad, o que siempre tengamos la necesidad de saberlo. La buena educación a menudo requiere un poco de invención. «Ha sido una comida deliciosa, pero me siento demasiado lleno para repetir», dice el invitado cuando la anfitriona no es muy buena cocinera. «Sentimos no poder venir, es que no hemos podido conseguir una canguro», se disculpan los vecinos cuando la auténtica razón es que quieren evitar lo que creen va a ser una aburrida velada. El tacto suele precisar evasivas, adornos y a veces decir algo que es totalmente falso.

El difunto profesor Erving Goffman, uno de los sociólogos americanos punteros, consideraba la totalidad de la vida social como una actuación en la que todos interpretamos los papeles que se esperan de nosotros. Según su punto de vista, nadie dice nunca la verdad, y no es la verdad lo que importa. Lo que importa es que sigamos las reglas de la vida social, en su mayor parte no escritas. Estoy de acuerdo con el profesor Goffman. Alguien puede demostrar que le importamos no diciendo la verdad, para evitar herir nuestros sentimientos. A veces el mensaje falso es el que nos hace saber lo que alguien va a hacer. Cuando le pregunto a mi secretaria: «¿Cómo estás?» por la mañana, realmente no quiero saber que se siente desgraciada porque ha tenido una pelea horrible con su hijo. Quiero saber que podrá hacer bien su trabajo, lo cual me asegura cuando miente y me dice: «Bien».

Hay excepciones, ejemplos en los cuales alguien no está simplemente interpretando un rol social sino mintiendo descaradamente, momentos en que uno esperaba que se le dijera la verdad y ello no ocurre. Si hubiéramos sabido que la persona nos iba a mentir, habríamos actuado de manera diferente, hecho otros planes, evaluado a la persona de otra manera. Lo que esa persona gana o pierde al mentir no resulta trivial ni para ti ni para ella. Lo que está en juego es muy importante. Cuando se descubre una mentira así, nos sentimos heridos.

Duele. Nuestra confianza se ve traicionada. El profesor Goffman las llamaba «mentiras descaradas».

Las mentiras descaradas traicionan y corroen la intimidad. Generan desconfianza y pueden destruir una relación íntima. Los padres no pueden cumplir adecuadamente con su papel de proteger, aconsejar y guiar a sus hijos si disponen de información incorrecta o falsa. Y sin embargo, todos sabemos que a veces nuestros hijos nos mienten. Después de todo, muchos de nosotros podemos recordar cómo mentíamos a nuestros padres cuando éramos pequeños. ¿Qué debemos hacer como padres? ¿Cómo podemos conservar la confianza y generar sinceridad sin resultar invasores y dejar a nuestros hijos su intimidad y autonomía mientras crecen? No queremos convertir cada mentira en un caso federal, pero tampoco queremos animarles a mentir dejándola pasar. No queremos ser un blanco tan fácil que nuestro hijo se vea tentado a mentir, pero tampoco queremos ser tan desconfiados que sospechemos de nuestros hijos cuando deberíamos confiar en ellos.

Éstas son cuestiones difíciles que no tienen una respuesta fácil. A pesar del importante papel que juega la mentira, muy pocas personas se han puesto a pensar seriamente en su naturaleza. Pocas personas han pensado mucho sobre la mentira y el por qué y el cuándo mienten. La mayoría de nosotros mentimos con más frecuencia de la que pensamos y pensamos aún menos en qué influencia pueden tener estas mentiras sobre nuestros hijos. La mayoría de padres descubre que no están preparados cuando se enfrentan con la primera mentira grave de su hijo.

He estado estudiando profesionalmente la mentira desde hace más de veinte años, pero no resultó fácil trabajar con ello como padre. He estudiado o pensado en las mentiras entre médico y paciente, marido y mujer, solicitante de trabajo y empresario, delincuente y policía, juez y testigo, espía y contraespía, político y votante, pero sólo desde hace poco entre padres e hijos. Mi estudio previo sobre las mentiras se centraba en encontrar los indicios del engaño, señales reveladoras en la cara, el cuerpo o la voz que descubren al mentiroso. Basándome en el cuidadoso análisis de miles de horas de grabaciones en vídeo de entrevistas con adultos, desarrollé una teoría para explicar cómo difieren las mentiras, por qué algunas fracasan mientras que otras tienen éxito, y si el mentir es siempre malo.

Mi interés por las mentiras infantiles se despertó tras la publicación *Delling Lies*. En programas radiofónicos y televisivos de promoción del libro, me vi frente a una multitud de cuestiones que me planteaban los padres y para las cuales tenía muy pocas respuestas útiles. Eran preguntas apremiantes y la intensidad emocional de las voces de los padres indicaba una profunda preocupación y una frustración aún más profunda. Sus preguntas eran como las que empezaba a encontrarme en la relación con mis propios hijos, y tras mi primera experiencia de un tropiezo en directo, me fui a la biblioteca y consulté todos los libros populares sobre cómo ser padres. Para mi sorpresa, no encontré más de una página o dos sobre las mentiras. No pude encontrar ningún libro que tratara específicamente de los niños y las mentiras, ni ninguno escrito para científicos o el público en general que no tuviera como mínimo cincuenta años.

Existe algún material más sobre las mentiras infantiles en las publicaciones técnicas científicas, pero dada la importancia del tema en la vida familiar, tampoco es tanto. Leyendo esa literatura encontré algunas respuestas, pero nadie las había recopilado para que pudieran servir de guía a los padres.

Para llenar algunos de los huecos, mi colega, la doctora Maureen O'Sullivan, catedrática de psicología de la Universidad de San Francisco, y yo, entrevistamos a unos sesenta y cinco niños de una escuela local. También entrevisté a más de cincuenta padres y a casi todos mis amigos y colegas que tienen hijos.

La mayor parte de los estudios sobre las mentiras infantiles se han basado en lo que dicen los padres y los profesores. Yo quería descubrir qué opinan los niños. En especial, quería preguntarles: «¿Por qué mientes?». Quería plantearles algunos dilemas morales sobre el tema de la mentira y ver si habían pensado en ellos. Quería descubrir su actitud con respecto a mentir para proteger a otra persona, a mentir por lealtad a los suyos. También quería descubrir a qué edad pensaban que podían salirse con la suya con sus mentiras.

El hablar con los niños individualmente resultó divertido. Para la mayoría, su primera reacción fue de sorpresa. Nadie les había pedido que hablaran sobre la mentira en un contexto en que se les garantizaba el anonimato y

también que no habrían represalias. No obstante, aunque les aseguré que nadie sabría quiénes eran (utilizando un ordenador portátil les mostraba cómo sus datos quedaban archivados por un número, no por el nombre), todavía no puedo estar totalmente seguro de que sus respuestas no fueran censuradas. No obstante, fueron relativamente abiertos si consideramos que estaban hablando con un adulto de algo por lo que podrían ser castigados si se lo dijeran a sus padres.

Ése no fue mi primer encuentro con los niños como sujetos. He sido psicólogo escolar y también psicoterapeuta de niños neuróticos y esquizofrénicos. En 1967 entrevisté a niños en Nueva Guinea mientras investigaba la universalidad de las expresiones faciales. A principios de los años setenta fui uno de la docena de científicos sociales a los que el U.S. Surgeon General encargó un estudio de un año sobre los efectos de la violencia televisiva sobre los niños.

Para escribir este libro me he basado en más de veinte años de investigación sobre el tema de las mentiras; en mi análisis, integración y síntesis de los escritos científicos que he podido encontrar; en nuestras entrevistas, que llenaron huecos y aportaron un valioso material para consideraciones adicionales; y en mi experiencia como padre. Este libro es para los que también son padres. También es para mis compañeros científicos, quienes espero se sientan motivados para investigar más sobre los niños y las mentiras.

Éste es un libro familiar, escrito para las familias por una familia. Cada miembro de nuestra familia ha contribuido a él. Somos en muchos aspectos una familia típica; en otros no lo somos tanto.

Mary Ann Mason Ekman y yo somos dos padres que trabajan, ella está en la cuarentena y yo en la cincuenta. Para ambos, no es nuestro primer matrimonio. El padre de Tom murió cuando él tenía ocho años, dos años después de que Mary Ann y yo nos casáramos. Ese mismo año nació nuestra hija Eve. Ahora tiene ocho años.

Nuestra vida es agitada, típica de muchas familias. Como tenemos más edad, nuestras carreras son más estables, estamos más tranquilos y no tan preocupados con nuestro trabajo y nos encontramos en un punto de nuestras vidas en que podemos dedicar más tiempo a nuestros hijos. Tanto Mary Ann

como yo hemos pasado por las tormentas personales, culturales y políticas de la juventud y hemos regresado a unos valores bastante tradicionales. La familia es nuestro principal compromiso; el trabajo el segundo. Raramente trabajamos de noche, y casi nunca en fin de semana. Compartimos bastante por igual el cuidado de los hijos. Al educar dos hijos con ella, a menudo he confiado en el criterio de Mary Ann. No siempre ha estado acertada (¿y quién puede estarlo?), pero siempre trata los temas desde una perspectiva muy meditada.

En términos de disciplina, nuestros estilos se podrían definir como complementarios. Mary Ann es más *laissez faire*; yo soy más tradicional. Pero hay veces en que los roles se intercambian. Típico de la interacción entre padre-hijo del mismo sexo, Mary Ann es más dura con Eve, y yo soy más duro con Tom. Ninguno de los dos hemos utilizado jamás disciplina física. En general nos equilibramos mutuamente.

Sobre el tema de las mentiras, nuestras ideas han cambiado considerablemente en los últimos dos años. Ambos tenemos más cuidado y somos más conscientes de cómo damos ejemplo a nuestros hijos con respecto al tema de la sinceridad.

Aunque mi hija, Eve, no pudo escribir un capítulo, su vida nos ha aportado ejemplos y revelaciones sobre el tema de la verdad y la mentira en relación con los niños pequeños.

Debido a que los padres encuentran tan difícil comprender qué piensa un adolescente sobre las mentiras, le pedí a Tom que contribuyera con un capítulo. La única condición fue que tenía que ser sincero. Aparte de sus propios pensamientos y sentimientos, ha incluido algunos comentarios de los amigos que entrevistó. Su punto de vista adolescente sobre por qué mienten los niños es interesante, sincero y está sorprendentemente bien escrito —si se le permite decirlo a un padre orgulloso—. Al dirigirse directamente a los padres, Tom ofrece algunos consejos sobre qué hacer cuando se descubre al hijo en una mentira.

Los dos capítulos de Mary Ann son testimonio de su primera experiencia como profesora de historia social americana y, más recientemente, como abogada especializada en temas de divorcio y custodia. Su propio libro, *The Equality Trap* (Simón and Schuster, 1988), examina las graves dificultades de

las mujeres y los niños en la América actual. En este libro, Mary Ann da consejos sobre cómo responder cuando sospechas que tu hijo te está mintiendo. Sus sugerencias, que son una combinación de sus ideas y de las mías, están basadas en parte en mi análisis de la literatura científica. También se basan en su perspectiva histórica, su trabajo legal con familias en crisis y nuestra experiencia conjunta como padres.

En los últimos años han habido niños que han tenido que testificar ante un tribunal sobre asuntos muy graves, desde casos en los que se disputa su custodia, acusaciones penales de abusos sexuales, hasta situaciones en las que los niños han testificado en contra de sus propios padres sobre temas relacionados con la droga. Su validez como testigos ha sido cuestionada por abogados y jueces, así como por el público en general. Mary Ann se basa en su experiencia como practicante de derecho familiar para explicar los dilemas y controversias que rodean al niño en el tribunal.

En los capítulos que he escrito yo, me he basado en mis propias ideas sobre las mentiras, así como en la literatura científica ya existente, en las entrevistas realizadas y en mi experiencia con mis hijos.

¿Realmente me había mentido Tom? Ciertamente se había comportado solapadamente ocultando lo de la fiesta, pero no me había dicho nada falso. Tom sabía que había hecho algo malo, pero protestó diciendo que él no pensaba que hubiera sido una mentira. Yo sí. Existen diferencias entre esconder la verdad y decir algo que es falso, pero yo sigo pensando que ambas cosas son mentiras, como explicaré. También describo con detalle las diferencias entre mentirijillas, trucos y mentiras graves. Es fácil decir que todas las mentiras son malas, pero la mayoría de padres no trata todas las mentiras por igual. No quieren que sus hijos digan siempre la verdad sobre cualquier tema: no se alaba a un acusica, ni tampoco la verdad sin tacto. ¿Dónde hay que trazar la línea entre una mentira buena y una mentira mala, y quién se encarga de trazarla?

Algunos padres pueden animar inadvertidamente con su ejemplo a que los niños mientan. Algunos niños son como esponjas, absorben todo lo que ven y oyen. También les encanta señalar las hipocresías de sus padres:

«¿Por qué si yo hago trampas en el examen de la escuela, es peor que si las hacéis tú y

mamá en la declaración de renta?»

«¿Acabas de decirle una mentira a ese vendedor por teléfono, mamá! ¿Por qué no le has dicho la verdad en lugar de decir que estábamos a punto de salir?»

Pero el modelo paterno inapropiado es sólo uno de los factores a considerar al intentar comprender por qué unos niños mienten más que otros. También juega un papel la inteligencia, la personalidad, el ajuste y las amistades del niño, como explicaré.

¿Podría Tom haber seguido escondiendo la verdad si esa madre no me hubiera hecho el comentario sobre la fiesta? Como experto en detectar los indicios del engaño, ¿podría haber atrapado a Tom yo solo sin ninguna ayuda? ¿Hay que ser un experto para detectar la mentira de un niño o cualquier padre o madre puede hacerlo si quiere? O lo que es más importante, ¿deberían los padres jugar a detectives o espías cuando deberían pasar más tiempo siendo buenos padres? Yo exploro esta cuestión, y también explico por qué los niños mienten mejor a medida que crecen.

He intentado dejar claro cuándo se trata de mis opiniones como psicólogo, cuándo éstas se basan en una investigación sólida, y cuándo lo hacen en mi experiencia como padre. Antes que simplemente describir los resultados, invito al lector a explorarlos conmigo, a participar en el proceso de evaluar el material. Puede que usted no esté siempre de acuerdo con mis opciones y sugerencias, pero sabrá cuáles son las alternativas y por lo menos dispondrá de suficiente información para decidir por usted mismo.

Como se irá viendo, no doy todas las respuestas. Se necesita mucha más investigación, y ello lleva tiempo. Pero como padre, no puedo permitirme esperar ese tiempo. Necesito saber ahora qué tengo que hacer con mi hija y mi hijo. Entretanto, lo que ofrecemos aquí es un libro de trabajo de una familia con una base de conocimientos sobre las opciones y alternativas de tratar con los niños y las mentiras. Esperamos que resulte de ayuda a los padres para estar mejor preparados para poner en práctica programas que fomenten la sinceridad y, en definitiva, ayudar a que padres e hijos tengan una relación más estrecha, de mayor confianza y cariño.

# 1.

## **Mentirijillas, trucos y alardes: los matices del significado y motivación del mentir**

«¿La mentira más gorda que jamás he dicho?» Jack, un chico de séptimo curso, repitió mi pregunta mientras miraba hacia otro lado. Tras una larga pausa, me miró directamente y dijo: «¿De verdad me aseguras que mis padres no lo sabrán nunca?».

«No, no lo sabrán», dije. «Ésta es una entrevista confidencial para una investigación, entre tú y yo. Acuérdate que cuando empezamos ni tan siquiera anoté tu nombre.»

Le estaba diciendo la verdad. Jack es un nombre ficticio, porque no anoté el nombre real de este chico (ni de ningún otro). Para asegurarme de que sus padres no lo podrían identificar aunque leyeran este libro, también he cambiado algunos detalles de lo que me dijo.

«Estoy intentando descubrir lo que opinan los niños sobre las mentiras», proseguí. «Sabemos muchas cosas de lo que opinan los padres, pero muy poco sobre lo que piensan y hacen los niños. Por eso te estoy entrevistando, a ti y a otros niños de primero, séptimo y undécimo curso.»

Jack volvió a desviar la mirada cuando empezó a hablar, mirándome sólo ocasionalmente cuando yo escribía lo que él decía. «Cuando pasaba por el despacho di un golpe al teclado del ordenador de mi padre y se cayó de la mesa. Sabía que se enfadaría mucho; está loco por ese ordenador. Así que lo volví a poner en su sitio y no dije nada. Al día siguiente mi papá dijo:

«¿Alguien ha estado haciendo el tonto con mi ordenador? No puedo conseguir que funcione». Yo no dije nada. Le preguntó a mi hermano y él dijo que no, y entonces me preguntó a mí. Dije: «No, no lo he tocado».

Jack engañó a su padre igual que Tom nos había engañado a nosotros acerca de la fiesta secreta que había celebrado la noche en que su madre y yo no estábamos en casa. Jack en realidad sí dijo algo falso: «no lo he tocado», mientras que Tom no tuvo que decir nada falso para engañarnos. Lo pudo hacer simplemente ocultando el tema.

Existen muchos tipos de mentiras, igual que hay muchas variaciones de la verdad. Las razones por las cuales las personas mienten pueden ir desde querer evitar el castigo hasta querer proteger la intimidad. Podemos examinar cómo difieren las mentiras desde distintos puntos de vista. Podemos estudiar la técnica que utilizó el niño para llegar a la mentira. Podemos examinar el motivo por el cual el niño decidió mentir. Podemos adoptar la perspectiva del blanco de la mentira, examinando si éste era confiado o suspicaz. O podemos considerar el impacto de la mentira y el daño que le hizo al blanco, al mentiroso o a alguien más. Estas perspectivas están intrincadamente entrelazadas y deberemos tenerlas todas en consideración para poder entender cómo difieren las mentiras entre sí.

## ¿EXISTE ALGUNA DIFERENCIA ENTRE ESCONDER Y MENTIR?

Algunas personas dirían que Jack mintió y Tom no, pero yo creo que no existe mucha diferencia entre decir algo falso y esconder la verdad. Ambas cosas son mentira. El propósito es el mismo: engañar deliberadamente. Si hubiera existido una serie de problemas previos con ese ordenador, puede que el padre de Jack no hubiera pensado en preguntar a sus hijos si habían estado jugando con él. Jack no hubiera tenido que decir nada falso. Al igual que Tom, Jack podría haberlo escondido sin tener que decir nada falso. Si Tom hubiera sido menos escrupuloso al limpiar los restos de la fiesta, se hubiera encontrado en la misma situación que Jack. Yo le podría haber preguntado: «Tom, ¿qué están haciendo todos esos vasos y platos de papel en la basura?». Tom hubiera tenido que contestar con algo falso, si hubiera sido lo suficientemente listo para inventarse una respuesta sobre la marcha. (Por

cierto, los mentirosos profesionales no dejan esos temas al azar. Preparan sus respuestas con antelación y memorizan una respuesta creíble para todas las preguntas que creen que su presa les podría plantear).<sup>[1]</sup>

Nuestras entrevistas con niños demostraron que la mayoría de ellos reconoce que ocultar la verdad es un tipo de mentira, como se puso en evidencia por su reacción ante la siguiente historia que les contamos:

Robert (o Jane si le preguntábamos a una niña) había estado jugando con la cadena de música de sus padres, aunque éstos le habían dicho que no la tocara si ellos no estaban presentes. Sin querer, Robert la había roto y tenía miedo a que sus padres le castigaran si se enteraban. Cuando sus padres regresaron a casa, fueron a poner música y vieron que el aparato no funcionaba. Esa noche en la cena preguntaron: «¿Alguien sabe qué le ha ocurrido a la cadena de música? y miraron directamente a Robert, pero Robert no dijo nada.

Al final de la historia les preguntábamos si pensaban que el niño había mentido al no decir nada cuando sus padres preguntaron quién lo había roto. El setenta por ciento de los niños, tanto de primer como de undécimo curso, dijeron que era una mentira.

Esconder no resulta más justificable, moral ni correcto que falsificar<sup>[1a]</sup>. Simplemente son técnicas diferentes de mentir. La técnica que escoge un mentiroso depende de lo que requieran las circunstancias. Todo el mundo, niño o adulto, prefiere encubrir la verdad antes que decir algo falso. Es más fácil. El ocultador no tiene que recordar ni defender una línea falsa. Y el esconder no parece tan malo. Parece peor, tanto para el que miente como para aquel a quien se miente, ser víctima de una aseveración falsa («¡Me mentiste en mi propia cara!») que de una ocultación. Para falsificar hay que ir un paso más allá. Es más difícil volver atrás.

Con la ocultación, el mentiroso puede pensar (o, una vez descubierto, sostener) que estaba a punto de confesar y que no hubiera mentido si se le hubiera preguntado directamente. Puede que eso incluso sea cierto.

Tom no está de acuerdo conmigo. Él no cree que mintiera con respecto a la fiesta. Para él mentir significa decir algo falso, mientras que la ocultación no es una mentira. Le he exigido una explicación sobre este tema, señalando que puesto que él sabía que tenía que decirnos si pensaba celebrar una fiesta, no

teníamos necesidad de preguntarle, cada vez que le veíamos: «¿Que has dado una fiesta?». Él tenía la obligación de informarnos. Para asegurarme de que comprendía el nudo de la cuestión y no nos volvería a ocultar nada, también utilicé el ejemplo de los problemas en la escuela. Él sabe que si se mete en líos graves en la escuela, digamos por ejemplo que el director amenaza con expulsarle si interviene en otra pelea, él tiene que decírnoslo aunque no se lo preguntemos. Queda entendido que no vamos a preguntarle cada día: «¿Te metiste en algún lío en la escuela?» Todo lo que necesitamos hacer es decirle, de una sola vez por todas: «Si alguna vez te metes en lo que podríamos considerar un lío en la escuela, debes decírnoslo». Tom está de acuerdo en que nos engañó y rompió nuestro entendimiento sobre qué cosas tenía que decírnos, pero sigue sin querer llamarlo una mentira.

## MENTIRAS QUE PUEDEN SER ADECUADAS

Algunos lectores podrán opinar que no importa por qué Jack o Tom mintieron. Simplemente, todas las mentiras son malas. Eso es lo que podemos inferir de la respuesta de Vicki Frost, de treinta y cuatro años, madre de cuatro hijos y cristiana fundamentalista, que dirigió una protesta de padres contra la directiva de la escuela local. Según la revista Time: «... Criticó los materiales que acompañaban a *The Forgotten Door*, una novela corta en la que un niño miente para proteger a alguien. La edición para profesores del texto sugiere a los educadores que discutan en clase si una "mentirijilla" a veces podría ser "un bien". Frost mantenía que la Biblia da la "orden tajante" de no mentir nunca»<sup>[2]</sup>.

Vicki Frost no es la única. Teólogos y filósofos han debatido durante siglos sobre si todas las mentiras son igualmente dañinas o pecaminosas. Muchos han argumentado que existen casos en los que se puede justificar una mentira. Citan el ejemplo clásico de despistar a un pretendido asesino que pregunta si la persona que está persiguiendo se ha refugiado en tu casa. El argumento que justifica la mentira es el de que el asesino no tiene derecho a la información verdadera<sup>[3]</sup>. En un estudio reciente se pedía a estudiantes universitarios que puntuaran lo mal que estaban diferentes tipos de mentiras en una escala que iba del 1 (si la mentira era extremadamente mala) al 11 (si pensaban que era

permisible). Se descubrió que los estudiantes puntuaban como más permisibles las mentiras que salvaban a otros del dolor, vergüenza o turbación; también las mentiras que protegían la propia intimidad de una intrusión no permitida. Las mentiras que perjudicaban a otros o que cuyo único propósito era el beneficio propio fueron las que se consideraron peores<sup>[4]</sup>. Al ir creciendo, los niños adquieren una actitud más favorable acerca de las mentiras altruistas. La mayoría de padres enseñan a sus hijos a mentir si el decir la verdad pudiera poner en peligro al niño. Para comprobar lo que opinan los niños sobre ello, les planteamos la siguiente cuestión:

Imagínate que estás sólo en casa y un hombre con aspecto de criminal viene a la puerta. El hombre pregunta si tus padres están en casa, y tú tienes miedo de que si le dices la verdad pueda entrar en la casa y robar algo o hacerte daño. Así que le dices: «Sí, mis padres están los dos en casa, pero en este momento están haciendo una siesta; tendrá usted que venir más tarde». ¿Es eso una mentira? ¿Tú lo harías?

Todo el mundo aprobó esta mentira, pero muchos de los niños más pequeños se negaron a llamarla mentira. «Es una mentirijilla», explicó un chico. «Es que si no te podría hacer daño.» Una niña lo expresó así: «No es una mentira porque él te podría hacer daño, sabes». Otra dijo: «No es una mentira porque podría provocar un incendio o matarte o dar tus cosas a otro».

En mi opinión, no se trata de una mentirijilla ni de una mentira piadosa. Me reservo estos términos para casos en que la mentira no tiene demasiada consecuencia. El decirle la verdad o mentir a un extraño de aspecto peligroso sobre si uno está solo en casa tiene consecuencias graves. Sí es una mentira, pero la mayoría de nosotros la aprobaríamos. Muchos padres también aprueban otras mentiras menos serias, mediante las cuales se beneficia al objeto de la mentira. Por ejemplo, una niña de diez años describió una mentira que había consistido en decirle a su madre que estaba cansada y que quería acostarse pronto, para así poder hacer en secreto una tarjeta de cumpleaños para la madre.

## HACER TRAMPA: UN TIPO ESPECIAL DE MENTIRA

El hacer trampa es otro tipo de mentira con el que los niños están muy

familiarizados. De hecho, cuando preguntábamos a los niños que entrevistamos si había algún otro tipo de mentira sobre el que no les hubiéramos interrogado, contestaban: «Hacer trampas». Este tipo de engaño es muy común en la escuela. ¡El veintidós por ciento de estudiantes empiezan a hacer trampa ya en el primer curso! Cuando llegan a octavo, el 49 por ciento de los niños confiesan haber engañado en sus deberes<sup>[5]</sup>. Y eso no acaba ahí. En un estudio realizado con estudiantes de primer año de instituto en California, las tres cuartas partes admitieron haber hecho trampa en los exámenes. El engaño puede que baje en los últimos cursos del instituto pero las cifras siguen siendo altas. El 30 por ciento de los estudiantes de instituto dicen haber hecho trampa en algún examen de su último curso escolar. Cuando veinte años atrás se planteó la misma pregunta al mismo tipo de estudiante, solamente el 21 por ciento confesó haber engañado<sup>[6]</sup>.

Cuando los chicos se están planteando si hacen trampa en un examen escolar, o cuando los adultos están pensando engañar en su declaración de renta o a su cónyuge, normalmente exponen el tema en términos de romper una regla, no en términos de mentir. La mentira es algo que habrá que hacer si decidimos engañar, una función necesaria del hecho de ser un ladrón, un estafador o un adúltero. Algunos niños piensan que el engaño en sí mismo no es una mentira, pero sí lo es si lo niegas cuando te piden una explicación. En mi opinión, las dos cosas deben considerarse mentiras. El que engaña esconde la fuente real de información, y la presenta de manera falsa como suya propia. El negar que se ha engañado es una segunda mentira. El negar el engaño es un intento de evitar ser castigado, mientras que el engaño normalmente es un intento de conseguir la recompensa resultante de una buena nota. Naturalmente, el engaño también puede ser un intento de evitar el castigo si los padres han expresado amenazas sobre las consecuencias de una mala nota. Se ha hecho mucha investigación sobre el engaño, más que sobre cualquier otro tipo de mentira. Más adelante examinaré algunas de estas investigaciones y explicaré lo que se ha descubierto sobre el engaño y las trampas, y por qué algunos niños mienten o engañan más que otros.

## MOTIVOS PARA MENTIR

Lo enfadado que uno se siente cuando descubre que su hijo le ha mentido no depende tanto de si él escondió o falsificó. Más bien, el motivo de la mentira (por qué su hijo decidió mentir) y las consecuencias (a quién afecta la mentira y cómo) es lo que más importa. Yo creo que los padres se sienten mejor cuando comprenden por qué mienten sus hijos. El comprender qué les motiva a mentir puede ayudar a los padres a decidir cómo responder de manera que sus hijos no se sientan animados a mentir otra vez. Para complicar más el asunto, no existe una sola razón por la cual los niños mienten, sino muchas. En cada grupo de edad aparecen varias razones que son predominantes, como veremos a continuación.

### *Evitar el castigo*

Tanto Tom como Jack mintieron para evitar el castigo. Los niños de todas las edades que he estudiado dicen que el evitar el castigo es la principal razón por la cual ellos y otros chicos mienten. Los padres y los profesores también creen que la evitación del castigo es la razón más frecuente por la cual mienten los niños. Este es uno de los hallazgos más claros de los estudios científicos sobre las mentiras.

El evitar el castigo también es un motivo común para los adultos. La mayoría de ladrones, estafadores y espías mienten para ocultar sus actos. También lo hace el tenorio, el aspirante a un puesto de trabajo que esconde el hecho de que fue expulsado de su cargo anterior, y la conductora que le dice al guardia de tráfico que no vio la señal de velocidad máxima. Normalmente mienten sin tener muy en cuenta la moralidad de si deberían hacerlo o no, o si el mentir empeoraría las consecuencias si su mentira fuera descubierta. El mentir es parte de lo que ellos saben que tendrán que hacer para evitar el castigo cuando deciden embarcarse en su acto ilegal o mal visto. En cierto sentido, es incorrecto decir que el motivo de su mentira es evitar el castigo. Su motivo es en realidad obtener una recompensa o beneficio —el deseo de Tom de celebrar una fiesta sin adultos— y el mentir es simplemente una parte de lo que se necesita para poderlo conseguir. Estas mentiras son distintas a la negación de Jack de que hubiera roto el ordenador. Una es una mentira para encubrir un placer ilícito, la otra es una mentira para esconder un error no

intencional. El éxito en cualquiera de los dos tipos de mentira evitará el castigo.

Cuando un niño miente para evitar el castigo, el cómo nos sentimos los padres depende de lo que haya hecho el niño (el «delito» del niño, por decirlo de algún modo), qué infracción esconde la mentira del niño y, naturalmente, la edad del niño. Hay varias cosas a tener en cuenta:

- ¿Es responsable el niño o la niña de lo que hizo? ¿Fue una elección deliberada, hizo algo el niño que él sabía que los padres consideran incorrecto?
- ¿Qué daño se ha hecho? ¿Salió alguien perjudicado? ¿Se dañó algún tipo de propiedad? ¿Se violó algún principio importante?
- ¿La mentira empeoró el hecho? Si el niño no hubiera mentido, ¿habría sido menor el daño?

Supongamos que Jack hubiera derramado una coca-cola accidentalmente sobre el teclado del ordenador de su padre en lugar de darle un golpe y hacerlo caer de la mesa. En ese caso, el no haber dicho la verdad hubiera empeorado la situación. Porque si se lo hubiera dicho a su padre inmediatamente, antes de que el dulce líquido se secara, se hubiera podido evitar una reparación del ordenador, o que ésta fuera menos costosa. Pero eso no es lo que ocurrió. La mentira de Jack no hizo que el gasto ocasionado por el daño al ordenador fuera mayor.

La mala acción de Jack fue un accidente. Los adolescentes suelen juzgar mal los límites de sus cuerpos y van chocando y derribando cosas a su paso. Muchas personas considerarían que la infracción de Tom (la fiesta secreta) es mucho peor, porque fue deliberada y premeditada. Nadie le forzó a celebrar una fiesta sin la presencia de adultos; no es que simplemente ocurriera, él eligió hacerlo. Jack no tuvo intención de cometer una infracción; Tom sí.

Aunque menos culpable en términos de intención, el accidente de Jack resultó mucho más costoso que la fiesta de Tom. El arreglar el ordenador fue caro, mientras que la fiesta de Tom no causó daños a la propiedad ni a personas. No obstante, yo creo que en general la mayoría de gente estaría de acuerdo en que la falta de Tom fue más grave que la de Jack. La intención pesa

más que el coste, tanto en éste como en muchos otros casos. La mentira de Tom no fue una idea tardía, adoptada para tapar un error no intencional. El mentir, el esconder información a sus padres formó parte del plan de Tom desde el principio, cuando algunos días antes de la fiesta había invitado a sus amigos en secreto.

¿Acaso hacer trampa en un examen escolar es peor que celebrar una fiesta secreta? Una cosa rompe las normas de la escuela, la otra las normas del padre. No estoy seguro de cuál de ellas la gente opinaría que, a la larga, resulta más problemática. ¿Quizás una lleva a la otra? Algunas investigaciones sugieren que la respuesta puede ser afirmativa, al menos en el caso de los adolescentes. Vamos a ver por qué puede ser así.

Aunque el padre de Jack podría estar enfadado por el daño causado, debería admitir que el fallo de Jack fue ocultar la información, no por qué la ocultó. Si hubiera descubierto la mentira, su padre se podría preguntar: «¿Por qué tenía miedo mi hijo de contármelo? ¿Acaso he actuado en el pasado de manera que mi hijo pueda pensar que le voy a castigar por algo accidental?». Naturalmente, puede que el evitar el castigo no fuera el motivo de Jack. Podría ser el orgullo, un deseo de evitar la humillación o que se dijera que era un patoso y desgarrado adolescente que no sabía qué hacer con su cuerpo. (Cuando leyó este capítulo, Tom me dijo que no creía que éste fuera el caso. «Esa podría ser la razón», dijo, «si Jack hubiera roto algo suyo, pero si se trata de algo del padre, tendría miedo de ser castigado.») Le pregunté a Jack por qué no había dicho la verdad. Me miró como si estuviera loco por hacerle esa pregunta. Reconoció que probablemente su padre no le hubiera castigado, aunque sí se hubiera enfadado mucho. El motivo, por lo que pude deducir, fue evitar tener que ver cómo se enfurecía su padre, antes que el temor al castigo.

No estoy justificando la mentira de Jack, ni la de Tom. Estoy sugiriendo que los padres deberían determinar primero cuál creen ellos que es el motivo de las mentiras de sus hijos. Entonces podrán saber mejor cómo enfrentarse a ellas.

### *Evitar la vergüenza*

Cuando Annie, una típica niña de cinco años, se levantó de su silla, su

madre vio que tenía el pantalón mojado. «Annie, ven aquí. ¿Llevas los pantalones mojados?», le preguntó su madre. «No me he hecho pis, mamá», explicó Annie con gran sinceridad. «La silla estaba mojada.»

Puede que Annie también hubiera estado evitando el castigo. Pero conozco a su madre y sé que no hubiera castigado a su hija por orinarse encima. El motivo de la mentira de Annie fue la vergüenza. El hecho de que mintiera muestra que ha aprendido a sentirse avergonzada por no controlar su vejiga. La turbación que motiva su mentira puede que también la motive a aprender a controlar la vejiga. La mentira de Annie puede que sea también un primer intento de buscar intimidad, algo que sus padres también desean cuando tienen que ir al baño, y algo que quieren que Annie aprenda. Puede que no fuera sólo turbación. Annie podría haber mentido para no tener que interrumpir sus juegos. La reacción de la madre, tanto si la castiga, como si lo ignora o anima a su hija a decir la verdad, debería depender de su comprensión de por qué mintió la niña.

## MÁS ALLÁ DE LOS CHISMES: ¿ES SU HIJO UN DELATOR?

¿Está bien o mal que un niño informe a alguien sobre una cosa que otra persona haya hecho mal? ¿Anima usted a sus hijos a que denuncien las malas acciones del otro? ¿Deberían informarle a usted si han cometido una falta? La mayoría de personas no se han planteado cuál es su postura sobre estos temas, y no existe un consenso en nuestra sociedad sobre la moralidad del hecho de delatar. Los niños, en el mejor de los casos, reciben mensajes cruzados. Por un lado sus padres les dicen que no mientan. Pero, por el otro, no siempre se ven premiados por los padres por decir la verdad.

La confusión sobre estos temas saltó hace poco a los titulares de los periódicos cuando Deanna Young, de trece años, denunció a sus padres por consumo de droga. Había asistido a una charla que el asistente del sheriff había dado en la iglesia local sobre el tema de las drogas. Cuando su padre y su madre ignoraron su ruego de que dejaran de consumir drogas, ella llevó a la policía una bolsa que contenía marihuana, pastillas y cocaína por valor de 2.800 dólares. Los padres fueron arrestados, Deanna fue admitida en un asilo infantil y empezaron a llegar ofertas de seis cifras de compañías de cine y

televisión. Diez días más tarde, Deanna fue devuelta a sus padres, que habían empezado un programa de asesoramiento. Al cabo de un mes ya había otros cuatro niños que habían denunciado a la policía que sus padres consumían droga.

En una editorial del *New York Times* sobre el tema moral planteado por este caso se preguntaba: «¿Acaso el daño causado al tejido familiar queda compensado por el bien público realizado al confiscar una pequeña cantidad de drogas y por el mensaje que tal acción transmite al público? [...]La denuncia en una sociedad democrática, en especial cuando hay menores o miembros de la familia involucrados, nos plantea una incómoda paradoja moral»<sup>[7]</sup>.

Tomando la posición contraria, el fiscal del distrito que acusó a los padres de Deanna dijo: «Admiro a la chica»<sup>[8]</sup>. Tanto el superintendente de instrucción pública del estado de California como el fiscal general del Estado dijeron que simpatizaban con Deanna por denunciar a sus padres, y lo llamaron «una muestra del éxito» del programa escolar de educación sobre drogas.

Mis entrevistas con padres sugieren que la mayoría de ellos no ha hablado con sus hijos sobre si sería correcto que los niños denunciaran las transgresiones paternas. ¿Debería informar el niño a uno de los padres acerca de que el otro se ha fumado un cigarrillo a escondidas, ha flirteado o le han puesto una multa de tráfico por exceso de velocidad? Por un lado los padres les dicen a sus hijos que no sean chivatos, pero también esperan que les informen de las malas acciones de sus hermanos cuando los padres exigen la información.

Intentando ser coherente acerca de cómo me siento sobre el tema como padre, he llegado al siguiente principio: ser chivato está mal cuando es el niño el que lleva la iniciativa de delatar, cuando la ofensa es menor y el motivo de la acusación parece ser el rencor. Cuando la ofensa es grave —si mi hija, Eve, descubriera que mi hijo, Tom, fumaba porros—, entonces yo no pensaría que Eve se equivocaba al tomar la iniciativa de informarme. Pero quizás ella si lo pensaría. Eve, que tiene ahora ocho años, ha aprendido de su hermano y de sus compañeros de clase que «chivarse de tu hermano» está mal. Se sentiría muy dividida. Y yo también. Si sospechara que ella disponía de información sobre

una ofensa grave, yo debería sopesar el coste de persuadirla a violar su lealtad hacia su hermano contra el no saber con certeza si Tom consumía drogas. Afortunadamente no he tenido que enfrentarme con este dilema. No obstante, sí me he encontrado en una situación en la que creo que uno de mis hijos mintió para encubrir un problema menor.

Una noche Mary Ann y yo salimos a cenar y al cine, dejando a Tom de canguro de su hermana. Le dijimos que Eve debería estar en la cama a las nueve, porque tenía que ir a la escuela al día siguiente. Por la mañana, durante el desayuno, Eve se arrastraba y mostraba síntomas visibles de cansancio. Sospechando que se había quedado levantada viendo algún programa de televisión, le pregunté si se había quedado levantada después de las nueve. Ella lo negó. Así que le pregunté a Tom: «¿Se quedó Eve levantada después de las nueve?». Él contestó: «Que yo sepa, no». No puedo estar seguro, pero supongamos que Tom mentía, que sabía que Eve no se había acostado hasta las diez. No veo el motivo de intentar castigar ni a él ni a ella, ni de seguir discutiendo el tema, porque quiero que Tom sienta lealtad hacia su hermana. Quiero que él la proteja, no que se convierta en un delator. Lo que yo podría descubrir con la verdad no es lo suficientemente importante como para intentar minar la lealtad de Tom hacia su hermana.

Aunque la ofensa denunciada tenga que ver con la muerte, puede que padres e hijos no estén de acuerdo en si es correcto o incorrecto ser un delator. Eso es lo que ocurrió en 1987 en un incidente de violencia racial en el barrio de Howard Beach de la ciudad de Nueva York. Un joven negro de veintitrés años resultó muerto tras ser atropellado por un coche cuando al intentar huir de un grupo de adolescentes blancos que le estaban atacando con un bate de béisbol saltó a la autopista. Uno de los chicos, Bobby Riley, aportó la información que permitió al Estado procesar a otros once sospechosos. Éste es el informe del New York Times sobre las reacciones de los adultos ante el testimonio de Bobby Riley:

Unos cuantos vecinos del señor Riley dijeron que tanto él como su familia se sintieron impulsados por consideraciones morales a ayudar a las autoridades. «Creo que es por el hecho de ser católico, eso es lo que finalmente le hizo hacerlo», dijo (un vecino). Otra vecina [...] dijo que seguramente sus padres creyeron que eso era lo correcto.

«Si fuera mi hijo (el que hubiera formado parte de una pandilla que atacaba a un negro

con un bate de béisbol), si no lo mataba yo primero, me gustaría que él intentara hacer todo lo posible por rectificar», dijo.

Escuchemos ahora a los adolescentes.

«Hizo algo incorrecto», dijo Gary Wagner, de 15 años, estudiante de segundo año del instituto John Adams. «No deberías chivarte de tus amigos, mejor le valdría largarse a Florida.»

«Bobby Riley ya no tiene amigos: es un soplón y lo digo en voz bien alta», dijo Jody Aramo, de 16 años, una estudiante de penúltimo curso.

«Ésta es mi mejor amiga», dijo una chica frente al instituto John Adams, abrazando a otra chica que, al igual que ella, tenía el pelo castaño ondulado y llevaba una chaqueta de tela vaquera. «De ninguna manera me chivaría de ella, no importa de qué se tratara. Tu amiga es tu amiga. ¿Quieres que tu amiga se pase la vida en la cárcel?»

El artículo del Times concluye: «De momento, para la mayoría de adolescentes de Howard Beach, las lecciones de este caso parecen haber tenido mucho más que ver con lo que ellos consideran el pecado de perfidia antes que sobre las virtudes de decir la verdad»<sup>[9]</sup>.

En este caso el conflicto no es simplemente entre la lealtad a los amigos y las obligaciones morales hacia la sociedad. Bobby Riley no era un espectador inocente. La persona que decidió si protegía o no a sus amigos también era culpable del mismo crimen. El deseo de rectificar o de cumplir con sus obligaciones morales puede que no fuera todo lo que ocupaba la mente de Bobby Riley. Puede que hubiera esperado una sentencia menor como compensación a su testimonio. Cuando se publicó el artículo que he citado, Riley era el único de los doce sospechosos que no se encontraba esperando el juicio en la cárcel.

Aunque los motivos de Riley pueden haber sido complejos, sigue existiendo el hecho de que los padres y los jóvenes ofrecieron perspectivas completamente diferentes sobre el tema de proteger a un delator.

## MENTIR PARA PROTEGER A SEMEJANTES

En nuestras entrevistas exploramos las actitudes de los chicos sobre el delatar a un compañero cuando ellos, al contrario que Riley, no habían

participado en la ofensa. Diciendo la verdad no ganaban nada en términos de evitar el castigo. Les hicimos la siguiente pregunta: «Si un profesor te preguntara si tu amigo había roto el magnetófono de la escuela, y tú supieras que sí, ¿delatarías a tu amigo?».

Menos de un tercio de los chicos entrevistados dijeron que sí lo harían. La decisión no resultó fácil para la mayoría de ellos. Estas son algunas de las respuestas más típicas:

«Depende de si hubiera sido un accidente.»

«Tus amigos son más importantes que un magnetófono roto.»

«¿Era muy caro?»

«¿Están culpando a otro (una persona inocente) por ello?»

«¿Él/ella (la persona que lo rompió) me había delatado a mí alguna vez?»

Estos niños están sopesando las exigencias morales en conflicto al decidir lo que deberían hacer. A su manera están intentando descubrir el motivo del infractor, la extensión del daño, la reciprocidad y la lealtad, y también si algún inocente pudiera resultar afectado.

Un día, en una clase de historia en un instituto de clase media, se pudo ver cómo los niños resuelven el conflicto entre la lealtad hacia sus semejantes y las obligaciones hacia los padres. El profesor tuvo que salir de clase para atender una llamada telefónica importante. Uno de los estudiantes se levantó de su asiento, fue hacia el frente de la clase, dejó caer su chicle en la papelera y cogió setenta y cinco centavos del dinero del profesor, que estaba sobre la mesa. Al ponerse el dinero en el bolsillo, exclamó: «Eh, ¿qué os parece eso?», y volvió a su sitio.

Los otros estudiantes de la clase no lo sabían, pero el incidente fue preparado por dos psicólogos como parte de un experimento diseñado para investigar la lealtad hacia los semejantes. El estudiante que cogió el dinero fue lo que los psicólogos llaman un confederado, alguien que sigue las instrucciones del investigador. Los doctores Herbert Harari y John McDavid, los científicos que llevaron a cabo este estudio, reclutaron a dos confederados para que robaran los setenta y cinco centavos. El así llamado confederado de condición alta era un estudiante cuyo nombre aparecía con mayor frecuencia cuando se pedía a los alumnos que dieran cinco nombres de estudiantes que

consideraran merecedores de representar a la clase en un banquete para representantes escolares. El confederado de «condición baja» era un estudiante cuyo nombre nunca aparecía en esas listas. En una clase el confederado que cogió el dinero fue el de condición alta, y en la otra clase el de condición baja.

Posteriormente, los estudiantes de ambas clases fueron llamados y entrevistados solos o por parejas por uno de los psicólogos. Se les formularon tres preguntas: «¿Sabes si alguien cogió hoy algún dinero que había en la mesa del profesor? ¿Sabes quién lo hizo? Si es así, ¿quién fue?».

Todos los estudiantes entrevistados individualmente dijeron la verdad. Independientemente de si el estudiante que había cogido el dinero era el de condición alta o baja, nadie mintió. No obstante, la situación cambió al ser entrevistados por parejas. En este caso, dijeran lo que dijeran, uno de sus compañeros lo sabría: ¡presión entre semejantes! En el caso del culpable de condición alta, nadie dijo la verdad. Todos negaron que sabían que se había robado dinero y quién era el que lo había cogido. El culpable de condición baja no fue protegido. Todos dijeron la verdad y lo mencionaron a él. Se obtuvieron los mismos resultados en un segundo experimento, en el que se llevó a cabo otro tipo de transgresión<sup>[10]</sup>.

Pero como muchos padres saben, algunos niños resisten mejor la presión de sus semejantes que otros. Más adelante examinaré lo que sabemos sobre los motivos por los cuales un niño cede ante la presión de su compañero más que otro.

Los padres sí esperan que los niños se delaten a ellos mismos, que revelen sus propias malas acciones, aun cuando sepan que van a tener problemas por ello. Eso es lo que yo esperaba que Tom hiciera con su fiesta. Eso es lo que sigo esperando de él si se mete en líos en la escuela. No es una expectativa fácil, lo reconozco, pero espero que por el hecho de saber que debe decírnoslo a los padres, existirán menos posibilidades de que tenga un comportamiento problemático. Siempre que puedo, intento también no castigarle, o imponerle un castigo más leve, en las ocasiones en que es sincero, antes que cuando oculta cualquier transgresión.

**MENTIRAS DE «ACOGERSE A LA QUINTA ENMIENDA»**

No se espera de los adultos que se incriminen a ellos mismos ante un tribunal, pero el niño no se puede acoger a la quinta enmienda ante el tribunal de sus padres. Una salida para el niño es creer que no tiene necesidad de aportar información voluntariamente, que solamente debe darla cuando se le pide directamente. «No contestar no es mentir», me dijo una chica de doce años. Incluso mejor, puede excusarse creyendo que ni su padre ni su madre quieren saberlo en realidad. Esa línea de defensa no aparece normalmente hasta la adolescencia; y no se acaba ahí. La asesora y columnista Ann Landers suele decir a su público adulto que no confiesen infidelidades pasadas, que dejen las cosas tal como están.

Betsy, de dieciséis años, me dijo que nunca había mentido a sus padres sobre haber tenido relaciones sexuales. Nunca se lo habían preguntado, así que no se lo había dicho. «Sí, claro, mamá me dijo una vez que no lo hiciera, y me habló de enfermedades y de embarazos y cosas así, pero de eso hace ya dos años. Y mamá nunca me pregunta, ni cuando llego muy tarde a casa, quiero decir realmente tarde, nunca pregunta, sólo me dice: «¿Te lo has pasado bien?»».

Betsy cree que sus padres no quieren saber sobre su vida sexual o si no le preguntarían. Yo no podía saber si Betsy tiene razón sin preguntárselo a sus padres, lo cual sería una violación de su confianza. Pero algunos padres a quienes he mencionado el tema dicen que sí quisieran saber.

Si los padres de Betsy realmente no quieren saber, ¿acaso está mintiendo ella por no ofrecer voluntariamente la información? Ciertamente les está engañando, y además de manera deliberada, y por lo tanto debemos llamarlo una mentira. Pero si sus padres realmente quieren ser engañados, entonces no es una mentira grave; se parece más a la buena educación. Enseñamos tacto a nuestros hijos, lo cual significa no decir lo que saben que es cierto, como en: «Este es un regalo muy soso, abuela». Y a veces les animamos a decir lo que saben que es falso, como: «¡Muchísimas gracias! Realmente quería una corbata». La razón por la cual consideramos que eso es tacto y educación y no una mentira no es solamente porque no hiere los sentimientos de la otra persona. Muchas mentiras tienen también ese propósito. No es ningún placer para los padres descubrir que su hijo se portó mal en la escuela, pero si se esconde el mal comportamiento no lo llamarían tacto ni educación. El niño

sabe que el padre o la madre esperan que les informe de tales incidentes. Todo el mundo sabe que, por tacto y educación, no siempre decimos la verdad literal. Fingimos halagar, aprobar y mostrar interés. A todos nos enseñan las reglas de bien pequeños.

En casos de mentiras como la de Betsy, las reglas no están tan bien definidas y no todos los padres se pondrían de acuerdo en su definición. Podemos creer que alguien no desea saber la verdad porque eso nos hace más fácil hacer aquello que sabemos que desapruaban sin sentirnos culpables por ello. Si la otra persona no ha sido perfectamente clara al definir qué espera exactamente que se le diga —y normalmente los padres no lo son, ni con sus hijos ni entre ellos— y no existe ninguna regla social clara que todo el mundo conozca y acepte, resulta fácil justificar las mentiras por ocultación.

Sospecho que los padres de Betsy tienen sentimientos conflictivos. Como la mayoría de padres, quieren saber lo que está haciendo Betsy para así intentar protegerla, pero también se sienten turbados por hablar con ella de su actividad sexual. Y tienen miedo de que si descubren que está teniendo relaciones sexuales e intentan detenerla, les desobedecerá y ya no podrán controlarla. Dados estos sentimientos, actúan de una manera indiferente y tentativa, que Betsy interpreta como que no les importa. Es fácil para mí decir que deberían atreverse y preguntarle a su hija si tiene o no relaciones sexuales, porque yo no tengo estos sentimientos conflictivos. Si pueden soportar hablar con ella, Betsy sabrá que les importa a sus padres, y puede que entonces puedan aconsejarla sobre la manera más segura de practicar el sexo, o sobre castidad.

## MENTIRAS QUE AUMENTAN LA PROPIA CATEGORÍA: PRESUMIR, ALARDEAR

El presumir o exagerar es otra de las mentiras más comunes tanto en niños como en adultos. El motivo es el mismo: aumentar la propia condición o categoría, aparecer ante los demás como más importante, glamoroso y estimulante. El relato exagerado suele ser más interesante y halagador que el que no se adorna. En toda exageración hay un fragmento de verdad que se embellece y exhibe. En el engaño, lo que se cuenta es totalmente falso: el

alarde es sobre algo que nunca ocurrió. Tanto los niños como los adultos son capaces de inventarse un relato mucho más entretenido del que la vida real les ofrece.

Una amiga mía, que es maestra, me contó sobre Samantha, una niña de siete años que nos puede servir de ejemplo para este estilo de alarde. Mi amiga llegó a la conclusión de que Samantha, la más joven de varios hermanos, exageraba las historias como forma de distinguirse de sus otros hermanos. Una vez llevó una camiseta estampada a la escuela y le dijo a mi amiga que todos los miembros de su familia iban a llevar camisetas como la suya a la boda de su tío, en la cual ella iba a ser la niña que llevara las flores. Su tío, dijo Samantha, era ciego. También comentó que tenía tres empleos. Algunas semanas más tarde, en una charla para padres, mi amiga le preguntó a la madre de Samantha cómo iban los preparativos de la boda. «¿Qué boda?», replicó la madre. La realidad era que el tío se iba a vivir con su amiga, pero no se casaba, ni tampoco era ciego, y solamente tenía un empleo, el de contable. «Creo que contaba esas historias porque sabía que en mí tenía a un público crédulo», me dijo mi amiga.

Es difícil resistirse a ser un actor si uno tiene talento natural para contar historias. La mayoría de personas consideran que estas mentiras son triviales, mentirijillas o mentiras piadosas. No hacen daño a nadie (excepto quizás al mentiroso, si después se olvida de lo que realmente ocurrió). Algunas personas desaprueban estas mentiras porque creen que la mentira es una pendiente resbaladiza. Muchas veces se dice, tanto de niños como de adultos, que si adquieren el hábito de contar mentiras inofensivas, terminarán contando otras más graves que pueden dañar a otros. Nadie sabe si esto es cierto. Sobre ello, al igual que sobre muchas otras creencias sobre el tema de la mentira, no se ha hecho ninguna investigación definitiva.

## MENTIRAS PARA PROTEGER LA INTIMIDAD

El deseo de obtener o mantener la intimidad es otra razón frecuente por la cual mienten los niños. Ello es especialmente cierto en los niños de más edad. Algunos padres mienten a sus hijos por la misma razón. Cuando el niño oye un intercambio amoroso o una pelea a través de la puerta del dormitorio, los

padres normalmente ocultan la verdad con un relato falso. «Ese ruido no fue nada, tu padre que tropezó.» «Nadie gemía, te lo debes haber imaginado.» «No estaba gritando, sólo le estaba contando a tu madre cómo uno le gritó al jefe.»

Los padres sí tienen la opción de evitar esas mentiras, y decir en su lugar: «No puedo responder a esa pregunta», o: «No es asunto tuyo». Éste es un derecho que muy pocos padres conceden a sus hijos. Cuando lo hacen, puede ocurrir sin tener que expresarlo, como cuando los padres aprenden a no preguntar a sus hijos adolescentes ciertas cuestiones para que éstos no se vean tentados a mentir. (Cuando Tom leyó este trozo del libro, subrayó la última frase. «Eso es realmente importante», dijo).

En algún punto del desarrollo del niño, los padres tendrán que concederle el derecho a controlar el acceso a informaciones personales. Todos necesitamos disponer de intimidad y poder tomar la decisión sobre quién sabe qué de ella. La necesidad de esa intimidad por parte del niño que está creciendo, y su independencia del control paterno, entran en conflicto con la necesidad paterna de proteger a su hijo de cualquier mal.

## MENTIRAS DE PODER

Otro motivo para mentir, que normalmente no es importante hasta la adolescencia pero que puede aparecer mucho antes, es poner a prueba y retar a la autoridad. Una mentira con éxito establece el poder del niño, tanto ante el niño como ante el padre que sospecha que el niño le ha mentado pero no puede probarlo. En los niños de menor edad eso puede aparecer primero como una broma o un truco. Cuando mi hija Eve tenía cuatro años y medio, empezó a tomarme el pelo en broma para ver si era lo suficientemente crédulo para creerme sus descaradas mentiras. Recuerdo muy bien una de las primeras veces que lo intentó.

Le había preguntado a Eve si le había gustado el bocadillo de atún que le había preparado para el almuerzo. Dijo que estaba bien, pero que no era tan bueno como el de su amiga Martha. Martha se había comido un atún entero, no solamente un bocadillo. Yo expresé mis dudas. Mirándome con una astuta sonrisa, Eve dijo: «De verdad que tenía un atún entero en su bocadillo, papi.»

«Vamos, Eve», repliqué. «No era un pescado entero. Un atún entero no

cabría en el bocadillo.»

«Sí que lo era», insistió. «Yo lo vi.»

«Eve, me estás mintiendo», dije, mi voz ahora un poco más alta. Su intento estaba empezando a funcionar.

«No estoy mintiendo, papa, estoy bromeando.»

«¿Y cuál es la diferencia?», pregunté.

«Cuando te gasto una broma, después te digo que no es verdad.»

Me impresionó la capacidad de Eve de hacer tal distinción. Sus bromas, que sigue practicando con gran destreza a la edad de ocho años, a veces cuelan. Esto le encanta, porque el hecho de poder engañarme nos demuestra tanto a ella como a mí su poder sobre mí.

Según mi definición de mentira —engañar a otra persona deliberadamente—, el esconder la verdad es tan mentira como decir algo falso, especialmente si la persona a quien se oculta información esperaba recibirla sin tener que pedirla.

Las mentiras graves, como he explicado, son distintas a las mentirijillas o a las mentiras piadosas, las buenas maneras, el tacto, la broma, el alarde o la exageración. Decir la verdad no es lo mismo que ser un chivato.

Algunas mentiras, como también he sugerido, puede que no sean incorrectas, y el decir la verdad algunas veces puede resultar perjudicial. Sé que al expresarlo con esta sencillez puedo ofender a algunas personas, pero debemos recordar que aunque la mayor parte de mentiras son perjudiciales, existen excepciones. Puede que la mentira sea la única manera de proteger a otra persona de un daño. Puede que la mentira sea la única manera de reclamar intimidad cuando otras personas nos invaden el territorio. Puede que la mentira esté motivada por la lealtad, y a veces el conservar esa lealtad es más importante que cualquier impulso de decir la verdad. Las mentiras que se cuentan porque el receptor de la mentira supuestamente quiere ser engañado a veces tampoco son graves ni perjudiciales. Existen situaciones, por supuesto, en que el mentiroso puede preferir pensar que el otro quiere ser engañado cuando ése no es precisamente el caso.

El hecho de decir la verdad a veces puede resultar desagradable o cruel. A veces es el rencor el que motiva a ser un delator. La franqueza en ocasiones puede ser brutal. Nos reímos cuando el niño pequeño alguna vez dice lo que

todo el mundo sabe, pero que no es de buena educación mencionar. El ejemplo clásico es el cuento infantil del niño que gritó que el emperador no llevaba nada encima: ¡estaba desnudo! Los adolescentes pueden resultar muy poco graciosos cuando hacen comentarios reales pero desagradables sobre algún hábito extraño o un infortunado defecto en el aspecto de un padre o una madre.

Para resumir, existen muchos motivos para mentir:

- Evitar ser castigado.
- Conseguir algo que no se podría conseguir de otra manera.
- Proteger a los amigos de problemas.
- Protegerse a uno mismo o a otra persona de algún daño.
- Ganarse la admiración o el interés de otros.
- Evitar crear una situación social embarazosa.
- Evitar la vergüenza.
- Mantener la intimidad.
- Demostrar el propio poder sobre una autoridad.

Estas no son las únicas razones para mentir, pero sí son las más comunes mencionadas por los niños, padres, profesores y expertos que han estudiado o especulado sobre el porqué mienten los niños. Ninguna de estas razones para mentir es exclusiva del mundo infantil; también motivan las mentiras de los adultos. No obstante, algunos de los motivos se vuelven más importantes que otros en niños de más edad.

Aunque existen diversos motivos, hay una gran variedad de razones por las cuales algunos niños desarrollan una propensión mayor a mentir que otros. Una parte está relacionada con la personalidad del niño. Otra tiene que ver con el entorno en que el niño se desarrolla. Y otra parte tiene relación con la edad.

## 2.

### **Por qué unos niños mienten más que otros**

A la una de la tarde Jerry, un chico de quinto de once años de edad, de Chicago, se convirtió en parte del mayor estudio científico mundial sobre el tema del engaño, la mentira y el robo. Participaron él y casi once mil niños más de diecinueve escuelas. La mayoría estaban entre quinto y octavo curso, aunque habían algunos entre noveno y duodécimo. Fueron tentados a hacer trampa en los exámenes, en las actuaciones atléticas y en juegos colectivos. Otros tuvieron también la posibilidad de robar dinero.

En total había treinta y dos situaciones diferentes en las cuales los niños podían actuar de manera hornada o deshonrosa. La mayoría de niños invirtieron unas cuatro horas en el estudio, tiempo suficiente para ceder o resistir a unas cuantas tentaciones. A algunos se les preguntó si habían engañado. Unos confesaron, otros mintieron. Los doctores Hugh Hartshorne y Mark May, los psicólogos que dirigieron este clásico estudio, también investigaron sobre los padres y el ambiente familiar de algunos de estos niños.

Este memorable estudio fue patrocinado por el Teachers College de la Universidad de Columbia, en colaboración con el Instituto de Educación Social y Religiosa. La información recogida fue masiva, y ningún estudio científico sobre la mentira o el engaño ha tenido desde entonces el mismo alcance o envergadura. Lo sorprendente es que este gigantesco estudio fue llevado a cabo ¡a mitad de los años veinte! Incluso más sorprendente es que hace tanto tiempo se hiciera tanto trabajo y tan bien hecho. Los resultados fueron descritos, en profundidad y con gran detalle técnico, en dos libros publicados en 1928. Sospecho que por ello la obra no tuvo la repercusión que

debería de haber tenido. Hay mucho material para digerir. (Los pros y los contras de este fascinante estudio se discuten al final del presente libro).

Gran parte de lo que explicaré sobre por qué unos niños mienten más que otros fue descubierto por los pioneros doctores Hartshorne y May. Presto más atención a aquellos hallazgos que han sido corroborados por investigaciones más recientes. Se apuntaron algunos temas que nadie prosiguió después, y solamente sabemos aquello que ellos descubrieron, hace ya sesenta años. También hay algunos puntos que los doctores Hartshorne y May no contemplaron y que yo trataré.

Lo más interesante de su estudio son las diferencias que encontraron entre los niños que no engañaron y aquellos que engañaron y lo negaron cuando se les preguntó. Se formularon dos preguntas. En primer lugar: ¿qué distingue a esos niños que no mienten ni engañan de los que sí lo hacen? Para poder contestar a eso, me he concentrado en tres características del niño: inteligencia, inadaptación y personalidad. También tengo en cuenta las influencias externas: padres, amigos y ambiente familiar. Queda claro que todos estos factores tienen su importancia. La segunda pregunta es: si mi hijo miente, ¿significa eso que él o ella podrá tener problemas graves más adelante en su vida? Es una buena pregunta. Antes de poderla responder, debemos regresar al estudio de Hartshorne y May. (En el siguiente relato, los nombres son ficticios pero todo lo demás es real, incluyendo las citas directas).

Cuando el profesor de Jerry salió de clase, una mujer que se presentó ella misma como la señora Norman, quedó al frente de la clase. Dijo: «Hoy vamos a hacer algunos exámenes. Cuando distribuya los papeles, los explicaré bien. ¿Tenéis todos un lápiz bien afilado y una goma? ¿Tenéis un papel para utilizar como borrador? Este examen se compone de algunos problemas aritméticos. Os voy a dar una hoja de respuestas con cada examen para que podáis corregirlos vosotros mismos. La hoja de respuestas es la que está mecanografiada. Guardadla debajo de la hoja de examen y fuera de la vista hasta que hayáis terminado»<sup>[1]</sup>.

Jerry abrió el cuadernillo. La primera pregunta era: «¿Cuántos huevos se necesitan para hacer 3 pasteles si utilizas 2 huevos para cada pastel?». Él hizo el cálculo y anotó la respuesta. «Quizá debería comprobar si lo he hecho bien», pensó. Echó una ojeada a la hoja de respuestas que tenía debajo. Su

respuesta era correcta.

La siguiente pregunta era más difícil: «18 es igual a qué porcentaje de 40?». Jerry no estaba tan seguro de cómo resolver ésta. Dudó un momento, después miró la hoja de respuestas y anotó la solución correcta.

Después de eso, cada vez que Jerry no estaba seguro, consultaba la hoja de respuestas.

La señora Norman recogió el examen de aritmética. En la prueba siguiente, Jerry tenía que pensar en las palabras que completaban una frase, como por ejemplo: «El pobrecito \_\_\_\_\_ tiene \_\_\_\_\_ nada \_\_\_\_\_ que \_\_\_\_\_; tiene hambre». Esta vez la señora Norman no dio ninguna hoja de respuestas con el examen. La tentación vino después. Tras unos veinte minutos, la señora Norman dijo: «Deteneos y corregid vuestros exámenes. Ésta es la hoja de respuestas. Ahí tenéis la respuesta correcta a cada pregunta. Poned una **C** después de cada respuesta correcta y una **X** después de las incorrectas. No pongáis nota a las que hayáis dejado en blanco. Contad las **C**. Ésa será vuestra nota final. Anotad este número en la esquina superior derecha de la página frontal.

Al ir corrigiendo el examen, Jerry cambió algunas de sus respuestas. El siguiente examen era uno de cultura general y, al igual que con el de completar frases, la señora Norman dio la hoja de respuestas para que los niños pudieran corregir su propio examen. Jerry también hizo trampa. En el último de los exámenes, la oportunidad de engañar era un poco diferente. «En el examen de conocimiento de palabras», explicó la señora Norman, «tenéis que explicar el significado de algunas palabras. Deberéis llevaros el examen a casa y hacerlo como parte de vuestros deberes. Hacedlo solos, sin que os ayude nadie; tampoco podéis consultar el diccionario. Hacedlo hoy y traedlo mañana. No busquéis ninguna ayuda.»

Unos días más tarde, la señora Norman volvió a la clase de Jerry. De nuevo distribuyó unos exámenes muy similares a los que había hecho antes el grupo. Aunque se trataba de temas de aritmética, de completar palabras, de cultura general y de conocimiento de palabras, las preguntas eran todas diferentes. Esta vez no había hojas de respuesta, exámenes para llevar a casa, ni ninguna posibilidad para que Jerry pudiera hacer trampa. En esta ocasión los exámenes medían lo que Jerry sabía de verdad. Al comparar las puntuaciones de los dos exámenes, los doctores Hartshorne y May sabían

quién había hecho trampas. Jerry hizo los exámenes tan mal la segunda vez que no se podía tratar simplemente de un mal día. Ni se podía tratar de diferencias entre las dos formas de examen. Al comparar los resultados de la primera batería de exámenes con la segunda, los doctores vieron qué niños habían engañado.

Aunque los científicos sabían quién había hecho trampa, los tramposos no sabían que los científicos lo sabían. Una semana más tarde, el profesor de Jerry pasó un cuestionario. Las primeras preguntas eran bastante inocentes:

- ¿Te gustan los perros?
- ¿Te sientes normalmente feliz?
- ¿Te sientes descansado por la mañana?

Después vinieron las preguntas diseñadas para ver si los tramposos iban a mentir sobre ello:

- ¿Recuerdas haber hecho unos exámenes hace poco tiempo, que pasó una persona que no era tu profesor?
- ¿Recuerdas haberte llevado uno de esos exámenes a casa para hacerlo como deberes?
- ¿Realmente lo hiciste solo, sin ninguna ayuda?
- ¿Si buscaste ayuda, fue de alguna persona?
- ¿O quizá de un libro o diccionario?
- ¿Habías comprendido entonces que se trataba de no buscar ayuda al hacer el examen?
- En algunos de esos exámenes tenías una clave para corregirlo tú mismo. ¿Copiaste alguna respuesta de esa hoja?

El 44 por ciento de los niños hicieron trampa en los exámenes. Las cifras variaban, desde menos del 20 por ciento hasta más del 50 por ciento, dependiendo del aula, de la escuela y de la edad, sexo y raza de los niños. Estas cifras probablemente son cautas, porque los niños que copiaron en solamente una o dos preguntas seguro que no pudieron ser detectados. La gran mayoría de ese 44 por ciento mintió cuando le hicieron la pregunta sobre si habían hecho trampa. En todos los cursos más de la mitad —normalmente más del 80 por ciento— de los niños que habían hecho trampa también mintieron. Pero un 20 por ciento de los niños que habían engañado no mintieron después, sino que confesaron, y también había otros que no habían hecho trampa.

La cuestión para nosotros es: ¿por qué algunos niños fueron honrados y no hicieron trampa, mientras que otros lo hicieron y después mintieron, negando su engaño? ¿Qué diferencia existe entre niños mentirosos y niños sinceros?

Para responder a estas cuestiones, los doctores Hartshorne y May escogieron dos grupos de los miles de niños que habían pasado esos exámenes. Ambos representaban a diferentes cursos y escuelas, y ambos tenían el mismo número de niños que de niñas. Los ochenta niños que no hicieron trampa en ninguno de los exámenes fueron identificados como el grupo honrado. Se les comparó con noventa niños que sí habían hecho trampa y después lo habían negado. Al visitar los hogares de gran parte de estos niños, los científicos entrevistaron a los padres y observaron su relación con sus hijos.

La cuestión que yo me planteaba sobre el estudio de Hartshorne y May era: ¿eran distintos los niños que mintieron de los que no lo hicieron? La respuesta, descubrí, era sí y no. Los mentirosos tenían más desventajas —Hartshorne y May las llamaron «hándicaps»— en sus relaciones familiares, en su entorno y en sus características personales.

Aunque importantes, las diferencias entre los niños mentirosos y los sinceros no eran enormes. Había algunos mentirosos que tenían muy pocos hándicaps, no más que la mayoría de niños sinceros. Pero algunos de los sinceros tenían tantos hándicaps como la mayoría de mentirosos. Aunque se midieron veinticuatro handicaps diferentes —desde la mala adaptación del niño hasta el nivel de ingresos de los padres—, los resultados muestran que estos hándicaps no explican por completo si un niño miente o no y por qué.

Teniendo en cuenta que sus resultados no pueden encajar en cada niño a nivel individual, examinemos su estudio, haciendo hincapié en aquellos descubrimientos que han resistido el escrutinio y las pruebas de otros investigadores en los casi sesenta años transcurridos desde su publicación. Encontraremos no uno, sino muchos factores asociados con la mentira.

## ¿SON LOS MENTIROsos MENOS INTELIGENTES?

Tener un coeficiente intelectual por debajo de la media era algo más común entre los niños mentirosos que entre los sinceros. Un tercio de los

niños de coeficiente más bajo mintieron e hicieron trampa. Ninguno de los niños con coeficientes más elevados mintió ni engañó. Incluso entre estos dos extremos, las cifras muestran de manera clara que cuanto más alto el coeficiente intelectual, más bajo el porcentaje de niños que mienten. Como demuestran casi todos los estudios sobre la inteligencia infantil de los últimos cincuenta años, los niños más listos mienten menos<sup>[2]</sup>.

Hartshorne y May pensaron en la posibilidad de que el trasfondo socioeconómico podría tener un papel influyente en explicar por qué los niños listos mienten menos. Ellos sabían que los niños de hogares más privilegiados de clase media-alta sacan mejores resultados en los tests de coeficiente. También tenían pruebas que el nivel cultural del hogar (la cantidad de arte, música y literatura a que los niños se veían expuestos) tiene relación con la mentira. Para descubrir si el coeficiente de inteligencia era una variable importante, aparte de la riqueza o del coeficiente de inteligencia de la familia, estudiaron a niños de escuelas privadas que procedían todos de hogares similarmente privilegiados. Incluso al poder descartar los beneficios que conlleva el bienestar económico, principalmente porque todos esos niños disfrutaban de él, descubrieron que el coeficiente de inteligencia seguía estando relacionado con el engaño.

¿Por qué los niños inteligentes tendrían que mentir menos? Quizá no necesiten hacer trampa. Saben que tienen las facultades intelectuales necesarias para conseguir buenas notas sin engañar ni mentir. Si esa explicación es correcta, pensaron Hartshorne y May, entonces los niños listos podrían engañar tanto como los que no lo son cuando se vieran enfrentados a una situación en la que pensarán que sus aptitudes intelectuales excepcionales no podrían ayudarles. No es sorprendente que descubrieran que las trampas en juegos colectivos, pruebas atléticas, o de habilidad mecánica, así como los robos, no estaban relacionados con el coeficiente intelectual. En lugar de decir que los niños inteligentes engañan y mienten menos, deberíamos especificar que los niños con talentos especiales —sea el que sea ese talento— tienen menos probabilidades de engañar cuando ese talento les puede llevar al éxito. Estoy asumiendo que los niños con habilidades atléticas probablemente harían menos trampas cuando esa habilidad fuera sometida a examen, pero por lo que yo sé nadie ha realizado un estudio así.

El psicólogo Roger Burton, que ha estado estudiando la falta de honradez durante los últimos veinticinco años, lo expresa así: «La relación de honradez con el coeficiente de inteligencia, por tanto, estaba esencialmente limitada a exámenes de tipo académico en los cuales las experiencias previas de fracaso en situaciones escolares similares había llevado a (algunos) sujetos de coeficiente bajo y con historial de malas notas a hacer trampas. El engaño para esos niños se había convertido en un medio para conseguir lo que parecía imposible a través de caminos honrados»<sup>[3]</sup>.

El doctor Burton puede que haya exagerado un poco el caso. El éxito no era del todo imposible de alcanzar para todos los niños que engañaron y mintieron. Los niños con un coeficiente medio disponían de la suficiente inteligencia para sacar buenos resultados en los exámenes si se esforzaban, y sin embargo hacían más trampas que los niños con coeficiente más elevado. En otras palabras, quizás engañaban para evitar el esfuerzo. Quizá si los niños listos, que presumiblemente no tenían que esforzarse, se enfrentaran a exámenes más difíciles que precisaran más estudios, una mayor cantidad de ellos también habría hecho trampas. Del resultado que existe no podemos deducir con seguridad si algunos niños engañan y mienten para evitar el fracaso o para evitar la necesidad de tener que trabajar más duro que otros compañeros de clase.

Existe una explicación totalmente diferente de por qué el coeficiente de inteligencia puede estar relacionado con la mentira. Hartshorne y May pensaron que quizá los niños más brillantes eran más cautelosos, que reconocían los riesgos que implicaba el hacer trampas. Aunque no tenían manera de comprobar esta idea, las investigaciones subsiguientes de otros científicos demostraron que tenían razón. En un experimento de 1972, se les pasaron a niños de quinto curso unos exámenes muy parecidos a los de Hartshorne y May. Todos los chicos tenían la posibilidad de hacer trampa cambiando las respuestas al puntuar sus exámenes. Los investigadores plantearon la situación de manera que el riesgo de engañar pareciera más alto a la mitad de los niños, mientras que para la otra mitad el riesgo de ser descubierto parecía menor. Los resultados demostraron que para los niños que pensaban que no iban a ser descubiertos, el coeficiente intelectual no importaba. Los niños inteligentes hicieron trampa con igual frecuencia que los

menos inteligentes. Fue sólo cuando las posibilidades de ser pillados eran más altas que los niños listos no engañaron tanto como los menos inteligentes<sup>[4]</sup>.

Existe aún una tercera explicación de cómo la inteligencia puede estar relacionada con el no mentir o engañar, una que los doctores Hartshorne y May no tuvieron en cuenta. Puede que los niños inteligentes mientan y engañen mejor<sup>[5]</sup>. Los niños listos pueden contar mejores mentiras, que sean más difíciles de detectar. Esto no podría haber ocurrido en la investigación de Hartshorne y May porque diseñaron el estudio de manera que pudieran saber con seguridad quién mentía. Pero en la vida real no existe tal investigador. No se atrapa a todos los mentirosos. Los padres o los profesores no siempre saben quién ha hecho trampas. Al contrario que el mítico Pinocho, no existen narices que crezcan para mostrarnos si nuestros niños están o no mintiendo. Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos inferir que los niños muy inteligentes pueden mentir incluso más que los otros si descubren que pueden salirse con la suya, y aún más si sus padres les presionan más para que consigan resultados.

Así pues, no deberíamos pensar en inteligencia como protección o salvaguarda contra la mentira. Si su hijo tiene un coeficiente de inteligencia superior a lo normal, eso no es ninguna garantía de que él o ella no vaya a engañar o a mentir. De hecho, puede que un niño inteligente sea un mentiroso más hábil, y que por ello evite ser detectado. Dependerá de la oportunidad, de la presión y de otros factores.

Aunque algunos datos sugieren lo contrario, no es que los niños inteligentes entiendan que mentir y engañar está mal. Simplemente no mientan ni engañan cuando piensan que les pueden pillar, y/o cuando pueden alcanzar el éxito sin tener que recurrir a la mentira o al engaño.

Si su hijo tiene un coeficiente intelectual cercano a la media, puede que sienta más tentaciones de hacer trampa en la escuela, especialmente si usted le presiona para que consiga buenas notas y la competencia es intensa. Eso no significa que él o ella tenga que engañar o mentir, solamente que puede tener más motivos para pensar en hacerlo.

LA HISTORIA DE JAMES: ¿SON LOS MENTIROsos UNOS INADAPTADOS?

Conozco a James desde que tenía siete años. Eso fue cuando su madre, Alice, se casó con Karl, uno de mis mejores amigos. El primer matrimonio de Karl había terminado cuatro años antes. James era un niño guapo. Parecía llevarse bien con los demás niños y adultos, pero incluso entonces sus notas escolares no eran muy buenas. En tercer curso, poco después de la segunda boda de su madre, los profesores dijeron que James mentía. Karl se sintió fatal. No existía nada que le molestara más que las mentiras. Para él, la sinceridad era una de las reglas básicas que todo el mundo debería seguir; la mentira era el peor bofetón que pudieran darle. Me habló sobre el tema, pero yo todavía no había empezado el estudio sobre las mentiras infantiles y no le pude aconsejar demasiado.

James siguió mintiendo. Cuando llegó a los once años, había robado dinero del monedero de su madre, había negado que fue él quien rompió una de las cámaras de su padrastro. Seguía sacando malas notas en la escuela. A los catorce años James era un haragán y le habían pillado fumando marihuana. Desesperados y admitiendo su fracaso, los padres enviaron a James a un internado. Tampoco tuvieron mucho éxito. James es un adulto que no consigue mantener un puesto de trabajo fijo y ya ha comparecido en más de una ocasión ante un tribunal por delitos menores.

Antes de asumir que las mentiras infantiles conducen a unas consecuencias de conducta negativa como adulto, pensemos en otra historia —de mi propia vida— que aporta pruebas de lo contrario. Yo mentía con frecuencia cuando era un adolescente de trece o catorce años, pero no me convertí en un tunante. Empecé a fumar en secreto a los doce años. A los trece descubrí el jazz. Al vivir en Nueva Jersey, a sólo una hora de los mejores clubs de jazz de Manhattan, falsifiqué un permiso de conducir que legalizaba mi edad como dieciocho. En secreto compré la ropa que un seguidor del jazz debe llevar. Los viernes por la noche les decía a mis padres que me iba a Nueva York a casa de un amigo. Me iba a la estación de autobuses, donde tenía una consigna secreta, me cambiaba mi ropa de escolar de trece años y me ponía unos pantalones azules de pinza, un suéter de cuello cisne amarillo vivo y una chaqueta de punto marrón. Vestido así, me encontraba con mi amigo frente a un club de jazz. En la tenue luz del local, con mi ropa y mi permiso de conducir falsificado, me dejaban entrar en el club nocturno, donde escuchábamos jazz y

bebíamos cerveza hasta las cuatro de la madrugada.

Al día siguiente regresaba a la estación de autobuses, me cambiaba de nuevo de ropa y volvía a casa. Mis padres nunca descubrieron mi vida secreta, aunque dos años más tarde me pillaron fumando. Aunque me expulsaron de la escuela secundaria por replicar a un profesor, nunca tuve una conducta antisocial como adolescente ni adulto, y hace más de treinta años que tengo el mismo empleo. No obstante ahora, como cualquier otro padre, me preocupa que mi hijo Tom pueda intentar los mismos engaños que cometí yo a su edad.

¿De qué historia deberíamos aprender, de la de James o de la mía? ¿Acaso los niños que mienten son los que están peor adaptados? ¿Es la mentira uno de los primeros pasos en el camino de la inadaptación, de la conducta antisocial y quizá del delito? Las pruebas científicas apuntan a que la respuesta puede ser afirmativa, para algunos niños.

Aunque Hartshorne y May descubrieron que había más inadaptados entre los mentirosos que entre los niños que no mintieron ni engañaron, las diferencias no eran muy altas. Los profesores ponían peor nota sobre conducta en clase a algunos más de los mentirosos, y algunos de ellos obtuvieron notas más bajas en un test de tendencias neuróticas. Las investigaciones recientes han descubierto muchas más pruebas de que la mentira está relacionada con la inadaptación.

Se ha descubierto que los niños cuyos problemas de adaptación les han llevado a ser tratados por algún medio de salud mental mienten con más frecuencia que otros. Este resultado proviene de siete estudios diferentes que se han llevado a cabo en los últimos quince años. Las edades de los niños iban de cinco a quince años. Al repasar estos estudios, descubrí que la frecuencia de la mentira es dos veces y media más alta entre estos niños inadaptados que entre los normales. Los tipos de inadaptación que parecen estar más conectados con las mentiras frecuentes son desórdenes de conducta y comportamiento agresivo. Por ejemplo, en un estudio se decía que el 65 por ciento de los niños con desórdenes de conducta eran mentirosos, comparados con el 13 por ciento de otros con problemas de neurosis. De los niños que mienten también se dice que toman alcohol o drogas, frecuentan malas compañías y pertenecen a pandillas, son testarudos, provocan incendios y echan la culpa a los demás. No es un cuadro muy bonito.

Uno de los estudios de mayor envergadura<sup>[6]</sup> consistió en comparar los comentarios expresados por los padres sobre niños que habían tenido que pasar por una clínica de salud mental y otros que no habían necesitado tales cuidados. En total había 2.600 niños, con edades entre los cuatro y los dieciséis años, representando tanto varones como hembras, blancos y negros, así como diversas clases sociales. La mitad de ellos había precisado cuidados («inadaptados») y la otra mitad supuestamente no tenía problemas (los «controles»)<sup>[6a]</sup>.

Los padres ofrecieron información sobre 138 aspectos diferentes de la conducta de sus hijos. Una de esas cuestiones era si su hijo mentía o engañaba a menudo, a veces, o nunca. Casi la mitad de los niños inadaptados mentían o engañaban, mientras que solamente lo hacía una quinta parte de los niños de control. Existen muchas diferencias entre los niños inadaptados y los controles, pero la discrepancia sobre el hecho de mentir fue una de las más destacadas. Esta diferencia en mentir y engañar era independiente de la condición socioeconómica, del sexo o de la raza. (Es interesante destacar que los sentimientos de tristeza, infelicidad y depresión, así como los malos resultados escolares, eran puntos donde existían las diferencias más notorias entre los inadaptados y los controles).

Aunque se decía que los niños inadaptados mentían y engañaban más que los niños control de cualquier edad, las diferencias más notables se daban a los dieciséis años. Casi el 90 por ciento de los chicos inadaptados de dieciséis años, y casi el 70 por ciento de chicas de la misma edad, mentían y engañaban. Como contraste, menos del 20 por ciento de chicos y chicas control del mismo grupo de edad lo hacían.

En el transcurso de su investigación, los doctores Thomas Achenbach y Craig Edelbrock descubrieron otras características frecuentemente asociadas con niños inadaptados que mentían y engañaban, entre ellas robar, tener malas amistades, cometer actos vandálicos y hacer novillos. Actualmente, una de las investigadoras más activas sobre el tema de la mentira y la conducta antisocial, la psicóloga Magda Stouthamer-Loeber, y su marido, Rolf Loeber, han estudiado a chicos de cuarto, séptimo y décimo curso de veintiún distritos escolares metropolitanos distintos del estado de Oregón<sup>[7]</sup>. Han descubierto que la frecuencia de las mentiras, según contaban los padres y profesores, se

asociaba con el robo, el consumo de drogas y las peleas. La relación era más fuerte en los de décimo, aunque también resultaba evidente en los de cuarto y séptimo. (Los chicos de décimo no se pelean tanto como los de séptimo, y por lo tanto la relación entre mentir y pelearse no destacaba tanto entre los chicos mayores como entre los más jóvenes).

Los chicos de décimo curso que mentían también tenían más contacto con la policía y hacían muchos más novillos. La relación entre mentir y robar resultaba muy evidente entre estos chicos.

## EL EFECTO «HALO/CUERNOS»

Existe un problema con casi todos estos estudios sobre la mentira y la mala adaptación, incluyendo el de los doctores Stouthamer-Loeber, y es que son vulnerables a lo que los psicólogos llaman el «efecto halo». Esta expresión se refiere al hecho de que si sabemos algo bueno o malo acerca de una persona, es más que probable que pensemos que él o ella tendrá otras características buenas o malas. Si nos preguntaran si a la madre Teresa de Calcuta le gustan los perritos, probablemente diríamos que sí. Yo lo llamo el efecto «halo/cuernos», porque funciona en ambas direcciones, positiva o negativa. Si le preguntaran si a Hitler le gustaban los niños, la mayoría de gente respondería que no. El efecto halo/cuernos hace que nos desviemos en nuestras expectativas, y supongamos que alguien malo como Hitler no podría hacer nada bueno, como por ejemplo que le gustaran los niños.

En las aulas el efecto halo/cuernos funciona de la siguiente manera: supongamos que un profesor tiene problemas con un chico que replica, se pelea, roba o no escucha. Aunque el profesor no le pille nunca en una mentira, el efecto halo/cuernos le podría llevar a pensar que es un mentiroso. Aunque este efecto no le lleve a imaginar que le vio mentir, sí podría hacer que vigilara a esa persona más de cerca. Bajo un escrutinio tal, sería más fácil pillar al chico en una mentira si la dijera. Por otro lado, el bueno de la clase que no causa problemas podría beneficiarse del lado positivo del efecto halo/cuernos. Aunque el preferido de ese profesor podría mentir exactamente igual que el niño conflictivo, el profesor no estaría alerta y por tanto no tendría tantas posibilidades de atraparlo en una mentira.

Los resultados que se basan en información sobre mentiras proporcionada por profesores, padres o amigos, para determinar quién mintió, se pueden ver influidos por el efecto halo/cuernos. Hasta ahora, todos los estudios sobre mentiras que he revisado son vulnerables, excepto el de Hartshorne y May. Ellos no dependieron de los informes de padres o profesores para determinar quién mentía; prepararon situaciones, pruebas y juegos en los que podían ver por ellos mismos quién engañaba y quién mentía sobre ello al ser interrogado. Sin la influencia del efecto halo/cuernos sesgando los resultados, el efecto es todavía evidente pero menor.

De todos modos, no deberíamos descartar estos resultados debido al efecto halo/cuernos. Aunque no sea posible calcular lo fuertemente que el mentir está relacionado con la mala adaptación, los niños inadaptados probablemente sí mienten más que otros niños que no tienen problemas. Por definición, esos niños inadaptados no están teniendo éxito en sus vidas. Están rompiendo las normas impuestas por sus padres, la escuela y la sociedad y son descubiertos en sus transgresiones. Los niños que rompen reglas van a mentir si quieren evitar el castigo por sus transgresiones o si no pueden conseguir lo que quieren sin mentir. Por eso mentí yo, para que me dejaran entrar en el club nocturno cuando era menor de edad.

## ¿ES LA INADAPTACIÓN LA CAUSA DE LA MENTIRA O VICEVERSA?

Todo ello simplemente sugiere que el mentir es una característica, no una causa, de la mala adaptación. Consideremos por un momento la posibilidad que el mentir realmente sea la causa de que un niño se vuelva un inadaptado. Este punto de vista sostendría que los niños que mienten, y que aprenden a salirse con la suya mintiendo, es posible que rompan otras reglas. Si siguen por este camino, diría la teoría, a medida que se hagan mayores se irán involucrando en otros actos incorrectos. Continuando por la resbaladiza pendiente de la vida, una mala acción llevaría a la otra, y un mentiroso juvenil probablemente se llegaría a convertir en un recalcitrante descarriado social. Debido a que están acostumbrados a mentir, puede que estén más dispuestos a hacer cosas que saben que están mal porque esperan que sus mentiras les protegerán.

Volviendo a la cuestión de si la mentira es una característica de la inadaptación o una causa de ella, estos estudios no ofrecen suficiente información para que nos podamos decantar por una opinión o la otra. De todos modos, se mire como se mire, las mentiras frecuentes son una mala señal. Puede que no sean la única. Pueden existir otros indicios de una mala adaptación. Pero si su hijo miente con frecuencia, y ello persiste a lo largo de mucho tiempo (no me refiero a las bromas o a los juegos), debería tomárselo seriamente. Si el engaño se convierte en un patrón normal de conducta para su hijo, probablemente haya llegado el momento de descubrir por qué. Una cosa a tener en cuenta es si sus propias acciones animan a su hijo a mentir. ¿Acaso sus reglas son demasiado estrictas? ¿Es usted demasiado protector? ¿Está invadiendo la intimidad de su hijo? ¿Miente usted a menudo en presencia de su hijo, transmitiéndole así el mensaje de que mentir está bien? Explíquelo a su hijo cómo el mentir afecta a la confianza, y lo difícil que resulta convivir con alguien cuando no hay confianza. Asegúrese de que su hijo comprende que usted no va a aceptar las mentiras, y por qué.

## LA MENTIRA MAQUIAVÉLICA: ¿SON MANIPULADORES LOS MENTIROCOS?

Hace veinte años, unos cuantos psicólogos empezaron a estudiar a personas con grandes habilidades para manipular a otros en beneficio propio. Tales personas no se preocupan por la moralidad convencional; su interés reside en el poder sobre los demás antes de en cómo se sienten los demás. Uno de estos psicólogos, el doctor Richard Christie, creó un cuestionario para identificar a tales personas. Gran parte del cuestionario estaba basado en ideas sacadas del libro *El príncipe*, de Maquiavelo, publicado por primera vez en 1513. Aunque Maquiavelo aconsejaba sobre complejos temas políticos, su nombre ha quedado asociado con la utilización de «la credulidad, el engaño y el oportunismo en las relaciones interpersonales»<sup>[8]</sup>. Un popular libro de los años setenta, *Power!*, escrito por Michael Korda, editor jefe de Simón and Schuster, ejemplifica parte de este enfoque de la vida: «Algunas personas entran en el juego del poder por dinero, otras por seguridad o fama, otras por sexo... No importa quién seamos, la verdad básica es que nuestros intereses

no conciernen a nadie, que nuestra ganancia es inevitablemente la pérdida de otro, y nuestro fracaso la victoria de otro»<sup>[9]</sup>.

Gran parte de la investigación sobre el maquiavelismo (los investigadores lo llaman «maq» para abreviar) ha sido realizada con adultos. Unos pocos investigadores han examinado a niños para ver si aquellos que sacaban una puntuación alta en «maq» mentían con más frecuencia que otros o tenían más éxito al hacerlo. El cuestionario que identificaba características «maq» tuvo que ser modificado para adecuarlo a edades más tempranas, pero el contenido es el mismo que para los adultos. Éstos son algunos ejemplos de la versión que se utilizó con niños:

Nunca digas a nadie por qué hiciste algo a menos que ello te resulte beneficioso. (Un «maq» contesta que sí.)

La mayoría de las personas son buenas y amables. (Un «maq» contesta que no.)

La mejor manera de llevarse bien con la gente es decirle cosas que los hacen felices. (Un «maq» contesta que sí.)

Solamente deberías hacer algo cuando estás seguro de que es correcto. (Un «maq» contesta que no.)

Es más inteligente creer que todas las personas se comportarán de manera egoísta si se les presenta la oportunidad. (Un «maq» contesta que sí.)

Deberías ser siempre honrado, no importa en qué circunstancias. (Un «maq» contesta que no.)

A veces se tiene que herir a otros para conseguir lo que uno quiere. (Un «maq» contesta que sí.)

La mayoría de personas no trabajarán duro a menos que se les obligue. (Un «maq» contesta que sí.)

Es mejor ser una persona corriente pero honrada que famosa y fraudulenta. (Un «maq» contesta que no.)

Es mejor decirle a alguien por qué queremos que nos ayude antes que inventarnos una historia para que lo haga. (Un «maq» contesta que no.)<sup>[10]</sup>

En uno de los experimentos más interesantes, se pasó el cuestionario «maq» a cuarenta y ocho pares de niños de quinto curso y después, basándose en las respuestas, fueron separados en tres grupos que representaban una propensión alta, media y baja a una conducta maquiavélica. Entonces se les puso por parejas, cogiendo uno de puntuación media con otro de puntuación alta o baja.

Cuando llegaba una pareja de niños a la entrevista, se pedía al de puntuación media que leyera una revista mientras se hacía entrar al otro niño en la sala de experimentación. Allí, el sujeto se sentaba frente a la investigadora. En la mesa que había entre ellos había un plato con quince galletitas de sabor amargo (previamente habían sido bañadas en una solución de quinina). La investigadora le decía al sujeto que era una economista que trabajaba para una compañía de galletas. Su tarea consistía en descubrir qué opinaban los niños sobre el sabor de una nueva «galleta digestiva» antes de que saliera al mercado. Después de probarla, el niño evidentemente la encontraba mala. Después de dejarle beber y que se comiera un trozo de caramelo para eliminar el mal sabor, la investigadora decía: «Hasta ahora nadie ha comido muchas galletas de éstas, y supongo que ya ves por qué. Pero realmente es importante para nosotros saber cómo saben las galletas después de que alguien se haya comido unas cuantas. Sabes, si una persona se acostumbra, al cabo de un rato ya no le importa el sabor, y cuantas más comes más te gustan. Como tú conoces a (el nombre del otro niño), quizá si tú le pidieras que se las comiera, él lo haría, ya que te conoce y está en tu misma clase [...] me harías un favor, así que te daré cinco centavos por cada galleta que consigas que coma [...] no me importa lo que le digas, o cómo consigues que se las coma, siempre y cuando se coma la mayor cantidad posible. Si no quieres pedírselo, realmente no me importa y te puedes marchar ahora mismo. ¿De acuerdo?».

Entonces se hacía pasar al otro niño a la sala, se grababa la conversación y después se analizaba. Los niños con puntuaciones más altas en el cuestionario «maq» tenían más éxito que los de puntuaciones bajas para conseguir que el otro niño comiera galletas. ¿Cómo convencían esos eficaces vendedores de galletas a los otros niños para que se comieran las desagradables galletas? Mintiendo. Los niños con puntuación alta en el test «maq» mentían más que los de puntuación baja. Por cierto, las niñas con puntuación «maq» alta contaban mentiras más sutiles que los niños<sup>[11]</sup>.

Los niños con puntuación «maq» alta no solamente engañaban a sus compañeros de clase, de la misma edad, sino que también dejaban impresionados a los adultos. La investigadora pidió a algunos adultos que escucharan las conversaciones grabadas y dieran a cada niño una puntuación,

según varias escalas. Los niños con puntuación «maq» alta fueron clasificados como más inocentes, honrados y tranquilos que los de puntuación baja. La doctora Susan Nachamie obtuvo resultados muy similares en un estudio realizado con estudiantes de sexto curso<sup>[12]</sup>. Ella utilizó un juego de dados en el que los niños podían escoger entre echarse un farol (diciendo cosas falsas sobre el valor de sus dados) o decir la verdad. Aunque los niños podían ganar puntos tanto si mentían como si decían la verdad, si engañaban bien podían sacar más provecho. Los niños con puntuaciones altas en el test «maq» ganaron más, decidieron engañar más y en general tuvieron más éxito que los de puntuación baja.

El enfoque maquiavélico de la vida es menos prevalente entre el grupo de preadolescentes que entre los adolescentes y adultos, según dicen algunos estudios. No obstante, algunos preadolescentes ya muestran una orientación manipuladora. Comentando sobre este tema, el doctor Christie y su colaboradora, la doctora Florence Geis, dijo:

El verse expuesto al mundo exterior al hogar conduce a la legendaria pérdida de la inocencia infantil y a conseguir más puntuación en la escala «maq» (en algunos niños) [...] Algunos adultos obtienen una puntuación mucho más baja en la escala «maq» que un niño normal de diez años, y según todos los criterios conocidos han mantenido una fe y confianza en las personas [...] aunque no tenemos datos sistemáticos sobre niños menores de diez años, existen pruebas anecdóticas que sugieren que algunos querubines son unos hábiles artistas del engaño<sup>[13]</sup>.

Estos descubrimientos conducen a una importante cuestión: ¿Cuál es la causa de que algunos niños sean muy manipuladores?

El lugar natural donde buscar una respuesta es el hogar, y en concreto los padres. Existen dos explicaciones posibles. Primera: puede que también los padres sean unos manipuladores y que los niños simplemente aprendan este comportamiento. Pero también lo opuesto puede ser cierto. Si los padres tienen una puntuación «maq» baja, su misma confianza podría animar, sin quererlo, a que sus hijos desarrollaran características manipuladoras, puesto que los padres serían un objetivo fácil. Por desgracia, las pruebas son contradictorias, porque existen dos estudios diferentes que apoyan posibilidades opuestas<sup>[14]</sup>. Quizá se puedan dar las dos.

Estos estudios, que sugieren que el mentir puede formar parte de un patrón de personalidad manipuladora más general, tienen un límite muy importante. Las mentiras que contaban estos niños eran fomentadas por figuras de autoridad. El investigador o investigadora le pedía al niño que le ayudara a realizar su tarea como economista. Los niños que mentían no lo hacían solamente para conseguir la recompensa, sino también para ayudar a un adulto que parecía respetable y responsable. Las reglas del juego de dados dejaban bien claro a los niños que podían ganar más si sabían engañar bien. El engaño se permitía por definición, aunque no se dijera que era necesario.

No sabemos si los niños que mienten cuando no se les anima a ello, que mienten cuando rompen y no cuando siguen las reglas marcadas por los adultos o la sociedad, tienen una puntuación alta en maquiavelismo. Yo apuesto a que sí.

¿Qué deberíamos hacer si creemos que nuestro hijo se está convirtiendo en un manipulador? En primer lugar, que no nos entre el pánico. Hay que conseguir una segunda opinión discutiendo la conducta del niño con otras personas que le conozcan, como el profesor, y ver si están de acuerdo. Puede que nos estemos preocupando demasiado por una situación transitoria.

¿Estamos animando al niño a que desarrolle esta característica siendo nosotros mismos unos incautos o unos manipuladores? Y recuerde que puede que ninguna de las dos cosas sea verdad: algunos niños pueden desarrollar tendencias manipuladoras independientemente de la manera de actuar de sus padres.

Y aún más importante, involúcrese de manera más activa en la educación moral de su hijo. Ayude a su hijo a comprender que hay muchas cosas más por las que interesarse que tener poder sobre los demás.

**¿MIENTEN LOS NIÑOS POR UNA MALA INFLUENCIA DE LOS PADRES?**

«¡Que suerte que tengo! Realmente no pensaba que el policía se iba a creer lo del velocímetro estropeado. Debo ser mejor actriz de lo que creía.»

Esta mujer estaba tan contenta con haberse librado de una multa por exceso de velocidad que no se estaba dando cuenta de la impresión que podía estar

causando en su hijo de nueve años mientras éste escuchaba en silencio cómo le contaba el incidente a su marido en la cena de esa noche.

No es sorprendente que los niños que mienten con mayor frecuencia suelen tener padres que también lo hacen. Hartshorne y May llegaron a esa conclusión en su estudio, y otros dos estudios posteriores también han descubierto que los niños que más mienten provienen de hogares en los que los padres también suelen mentir o animan a romper las normas<sup>[15]</sup>.

Esta no es la única influencia negativa que los padres pueden tener, pero es una de la que los padres puede que no se den mucha cuenta. El mentir al policía de tráfico, hacer trampa en la declaración de renta, dar una excusa falsa por llegar tarde son engaños tan corrientes que puede que no se den cuenta de ellos —los padres, claro—. Algunos padres se podrían sentir ofendidos porque yo llame a eso mentiras, pero lo son. Su propósito es engañar y por lo tanto evitar el castigo, o la vergüenza, o ganar algo que sería difícil conseguir de otra manera. Los niños mienten por las mismas razones, y hasta cierto punto aprenden a mentir en casa. Jay Mulkey, presidente del Instituto Americano para la Educación del Carácter, una fundación que trabaja con profesores, dijo: «Un niño hace trampa en un examen y sus padres se llevan las manos a la cabeza. Pero el niño oye hablar a sus padres sobre las trampas que ellos hacen en sus cuentas de gastos o en la declaración de renta»<sup>[16]</sup>.

Hartshorne y May también descubrieron que los niños que mentían provenían de hogares en los que existía una menor supervisión paterna. También se llegó a esta conclusión en un estudio reciente sobre las mentiras llevado a cabo con chicos de cuarto, séptimo y décimo curso. Los niños que vivían en hogares con sólo el padre o la madre, o en hogares donde el matrimonio no marchaba bien, mentían más. Por cierto, el tener tanto al padre como a la madre en casa no ayudaba en nada si el matrimonio no funcionaba. Esos matrimonios infelices no resultaban diferentes de los hogares con sólo uno de los padres, pero ambas categorías resultaban peor, en términos de si el niño mentía, que los hogares con matrimonios felices<sup>[17]</sup>.

En los hogares con sólo uno de los padres, que en la mayoría de casos es la madre y los niños (sin padre), existe un menor control sobre los hijos. Las madres tienen más problemas con sus hijos varones, especialmente cuando

éstos llegan a la adolescencia. En esos hogares, los compañeros adquieren más influencia que la madre. Los chicos salen con sus amigos y son más proclives a acciones antisociales. Es importante destacar que este hallazgo sigue siendo cierto independientemente del nivel de ingresos familiar y de la educación de los padres: existían más problemas entre los hijos de hogares con sólo la madre que en aquellos con padre y madre, aun cuando ambos grupos tuvieran ingresos igualmente bajos<sup>[18]</sup>.

El rechazo de los padres también está relacionado con las mentiras, en mayor proporción si es la madre y no el padre quien rechaza al chico. Los doctores Stouthamer-Loeber y Loeber plantearon la cuestión del huevo y de la gallina: ¿cuál de los dos viene antes? Quizá el rechazo de los padres no sea la causa de que los hijos mientan; quizás los padres rechazan a sus hijos porque éstos mienten. En otras palabras, puede que no siempre sea el entorno el que forme al niño, sino que éste determina cómo reacciona el entorno.

Ello a su vez nos lleva a esta pregunta: ¿podría existir un factor genético responsable de la mentira? De nuevo los doctores Hartshorne y May nos ofrecen información relevante al explorar el papel de la herencia sobre las mentiras. Descubrieron una conexión —una conexión débil, pero genuina— que mostraba que los hermanos mentían por igual. Puesto que los hermanos comparten cierta herencia genética, podemos extraer algunas deducciones sobre la posibilidad de que la mentira podría estar relacionada con los genes. La conexión entre los hermanos y la mentira es más fuerte, de hecho, que la de la inteligencia. Aun cuando se tuviera en cuenta el factor inteligencia, seguía existiendo una relación entre los hermanos en cuanto al tema de las mentiras.

No obstante, puesto que los hermanos viven en la misma casa, el responsable de la similitud en el mentir podría ser el ambiente familiar y no la genética. Al intentar aislar la influencia de la herencia genética, Hartshorne y May estudiaron a huérfanos que ya no vivían en el hogar familiar. La correlación entre la cantidad de mentiras entre hermanos seguía siendo evidente. Para mí ello no resulta convincente, porque en estos casos el ambiente familiar que los hermanos comparten es el orfanato. Me resultaría más convincente si hubieran estudiado a huérfanos educados desde prácticamente su nacimiento en hogares separados y diferentes. En un orfanato los hermanos pueden tener muchos amigos en común y, como veremos, las

amistades influyen sobre la mentira y la sinceridad.

No existe ninguna duda sobre el hecho de que usted como padre o madre tiene una influencia importante sobre sus hijos por lo que respecta a actitudes, creencias y acciones sociales como el mentir o el engañar. La suya no es la única influencia, pero sí es importante. Me resulta fácil sugerirle que considere atentamente si le está ofreciendo un modelo negativo a su hijo al mentir más de lo que piensa. No es tan fácil librarse del hábito de caer en pequeñas mentiras casi sin advertirlo, mentiras que hacen la vida más conveniente.

Me resulta difícil no caer en la trampa de mentir, y he estado realizando un esfuerzo consciente para no hacerlo durante algunos años. Una falsa excusa es sin duda la manera más fácil de salir de un atolladero, la manera perfecta de rechazar una invitación o petición que no deseo cumplir.

He aprendido a tomar el paso extra de no seguir por ese camino. Cuando me llama un vendedor por teléfono, le digo que tengo la norma de no comprar por teléfono, antes que decirle que no puedo hablar ahora porque tengo algo en el fuego. Hablo con mis hijos sobre cómo manejar tales situaciones, para que vean que yo también me enfrento a esos problemas. Incluso mi hija Eve, con sólo ocho años, no tiene ningún problema en comprender el conflicto y la tentación de mentir en tales casos. Por ejemplo, ¿qué debería decirle Eve a esa niña de su clase que no invitó a su fiesta de cumpleaños? Le expliqué cómo esa niña se podría sentir aún más herida si descubría que Eve le había mentado que si le contaba la verdad. Le expliqué que no resulta tan terrible decir que tus padres te han puesto un límite sobre cuántos niños puedes invitar, así que tienes que escoger a tus amigos más íntimos.

¿Qué puede hacer un padre o una madre solo, en especial una madre, con los resultados que dicen que los niños de tales hogares mienten más? ¿Y qué puede hacer ella por su hijo adolescente, que según dicen los estudios es más proclive a una conducta antisocial, especialmente en ausencia de un padre? En primer lugar, está el alivio de saber que no se es el único; existen otros con el mismo problema. Intente encontrar a un amigo o miembro varón de la familia que pueda ejercer un papel activo y estabilizador con su hijo. Sugiera que su exmarido pase más tiempo con su hijo. Si es usted ese padre, sea consciente de la importante influencia que podría o debería ejercer sobre su hijo.

Recuerde también que los descubrimientos mencionados en este capítulo podrían no ser su caso. No tienen que describir necesariamente a todo el mundo. Tengo amigas que han educado solas a hijos que ni mienten ni tienen ningún otro tipo de problema.

## LA INFLUENCIA DE LOS SEMEJANTES: ¿PUEDEN LOS MALOS AMIGOS LLEVAR A MENTIR A SU HIJO?

Jessica es una niña de doce años, bonita e inteligente, cuyos padres están divorciados. Vive principalmente con su madre y su padrastro, pero también pasa fines de semana y vacaciones con su padre, que vive solo, a una media hora de distancia. Recientemente empezó a salir con otros chicos de doce y trece años, que estaban claramente por debajo de ella en cuanto a rendimiento escolar pero que se encontraban entre los más populares de su clase. También se les conocía por ser un grupo revoltoso que desobedecía a sus padres. Las notas de Jessica bajaron espectacularmente. Se volvió más independiente, negándose muchas veces a decirle a sus padres lo que pensaba hacer y con quién. También empezó a interesarse por primera vez por los muchachos. Su madre le dijo que no podía tener una cita con un chico hasta que tuviera quince años.

Un sábado por la tarde, con el permiso de su madre, Jessica y dos amigas se encontraron con tres chicos en un cine local. Resultó que los chicos las dejaron plantadas y la madre de Jessica tuvo que pasar a recogerlas. Así es como descubrió que solamente eran dos, y no tres, y que Jessica le había mentido porque pensó que su madre daría su consentimiento si se trataba de una cita triple, pero no si eran sólo dos chicas. Sus padres, al descubrir la mentira, se enfadaron mucho. No era tanto el tema sobre el cual había mentido como su preocupación por el mal precedente que se había sentado y por si su hija empezaba a mentir sobre temas de más envergadura. ¿Por qué no pudo confiar en nosotros? ¿Es culpa nuestra? ¿Es por esos chicos con los que se relaciona? ¿Qué otras mentiras habrá contado? ¿Forma parte de un patrón? ¿Qué hacemos para que deje de mentir?

Todos conocemos alguna historia de un niño que «se estropeó» porque él o ella se mezcló con malas compañías. Normalmente pasa con niños que llegan

a la pubertad o a sus primeros años de adolescencia. La investigación demuestra que es posible aquello de «Dios los cría y ellos se juntan». O, como dijeron Hartshorne y May: «En asuntos humanos, aquellos que van juntos acaban pareciéndose»<sup>[19]</sup>.

La mayoría de los niños se ven influidos por sus amigos al ir llegando a la adolescencia. Cada vez salen más con ellos, aun cuando esos amigos defiendan cosas que sus padres consideren incorrectas. La buena noticia es que la situación normalmente va a mejor. Como jóvenes adultos, la mayoría de ellos se volverán más resistentes a la influencia de sus semejantes y no descartarán tanto las opiniones de sus padres.

Hartshorne y May descubrieron que los niños que mienten tienen amigos que mienten. Esta asociación es más fuerte entre amigos que también son compañeros de clase. Unos estudios más recientes han descubierto que los mentirosos normalmente se sientan uno al lado del otro, y que un niño sentado al lado de otro que hace trampa en un examen tiene más posibilidades de hacerlas él también en el próximo examen<sup>[20]</sup>. Los niños que se dice mienten con más frecuencia tienen amigos que otros niños califican de duros o delincuentes.

Aunque todos los niños se vuelven más vulnerables a la presión de sus semejantes al pasar de la infancia a la adolescencia, no todos sucumben ante la mentira o el engaño. Existe un experimento que ayuda a explicar por qué algunos niños son más vulnerables a la presión de los semejantes y a la conducta antisocial que otros. Unos psicólogos pidieron a los niños que evaluaran a su madre, a su padre, a los adultos en general y a otros niños en términos de su fuerza, calidez, importancia y honradez. Plantearon a los niños varias situaciones, como por ejemplo:

Tú y tus amigos por casualidad os encontráis una hoja de papel que debe haber perdido el profesor. En esta hoja están las preguntas y las respuestas del examen de mañana. Algunos de los niños sugieren que no digáis nada al profesor, para que todos podáis conseguir mejores notas. ¿Qué harías tú realmente? Supongamos que tus amigos deciden seguir con ese plan. ¿Lo seguirías también tú o te negarías?<sup>[21]</sup>

Había otras situaciones que se plantearon a los chicos, como ir a ver una

película que los amigos recomendaban pero que desagradaba a los padres; dejar a un amigo enfermo para ir al cine con la pandilla; unirse a los amigos para recoger fruta de un huerto que tenía el letrero de «prohibido el paso»; salir corriendo después de romper accidentalmente una ventana; vigilar mientras los compañeros ponían una serpiente de goma en la mesa del profesor; y llevar un estilo de ropa que gustaba a los compañeros pero no a los padres.

Comparando los resultados obtenidos por los chicos de tercero, sexto, octavo y undécimo curso, un número cada vez mayor decía que seguiría el comportamiento de sus compañeros en diversos tipos de malas acciones. Al ir aumentando la vulnerabilidad ante la influencia de los semejantes, las evaluaciones favorables de sus padres normalmente descendían. Pero aquellos que mantenían una opinión favorable de sus padres y de los adultos en general no se unían a sus semejantes en el mal comportamiento. (El inconveniente de esta investigación es que, al contrario que en el estudio de Hartshorne y May, nos basamos en lo que los chicos dicen en un cuestionario, no en lo que realmente hicieron. Afortunadamente otro estudio, que comparaba las respuestas de los niños con sus acciones, corrobora el primer estudio).<sup>[22]</sup>

Los doctores Edwin Bixenstine, Margaret DeCorte y Barton Bixenstine, los psicólogos que llevaron a cabo la investigación, sugieren que sus hallazgos demuestran que «la creciente disposición de un niño a ratificar el comportamiento antisocial aprobado por sus semejantes... [se debe a]... una intensa desilusión con la sinceridad, fuerza, sabiduría, importancia, buena voluntad y rectitud de los adultos. No es que otros niños alejen al niño de los padres; más bien se trata de que él, al menos durante un tiempo, se aleja de los adultos»<sup>[23]</sup>.

Dijeron «durante un tiempo» porque las actitudes hacia los adultos, y en particular hacia el padre, se vuelven más favorables hacia el undécimo curso. Utilizando algunos de los mismos métodos, otro par de experimentos produjo resultados similares y ofreció más información sobre el regreso a actitudes más favorables hacia los padres. En el primer experimento, se leía a chicos de tercero, sexto, noveno y undécimo curso diez situaciones diferentes similares a la que mencioné antes sobre encontrar una hoja con las respuestas de un examen. Los chicos, más que las chicas, se mostraban más de acuerdo en

seguir a sus compañeros y no tener en cuenta la opinión paterna. Tanto para chicos como chicas, aquellos que decían que seguirían a sus compañeros y participarían en malas acciones aumentaba al pasar de tercero a sexto, alcanzaba su pico en noveno, y descendía entre los de undécimo.

En el segundo experimento, se pasaba a los niños un cuestionario para descubrir la facilidad con que les influían sus padres. En una de las preguntas los niños tenían que decidir si deberían ayudar en la biblioteca o enseñar a otro niño a nadar, diciéndoles que los padres aconsejaban que ayudara en la biblioteca. En otra los niños tenían que decidir qué hacer si sus padres les pedían que fueran con ellos a dar una vuelta cuando lo que ellos querían era jugar a cartas. La conformidad ante los deseos de los padres iba descendiendo con la edad.

La relativa influencia paterna, comparada con la de los compañeros, cambia a medida que el niño se desarrolla. La conformidad ante los deseos de los padres con preferencia a los de los compañeros era más alta en tercero, el grupo más joven. Casi todos ellos se quedaban en el lado de los padres antes que de los semejantes. En sexto parecía como si los niños hubieran creado dos mundos, uno para los padres y otro para los amigos. El doctor Thomas Berndt, el psicólogo que llevó a cabo estos experimentos, dijo: «Los niños al parecer conseguían separar su vida con el grupo de semejantes de la relación con los padres, quizás al no discutir sobre los compañeros con los padres y viceversa»<sup>[24]</sup>.

Esto es lo que al parecer hizo mi hijo Tom. Le pregunté por qué había dado una fiesta secreta cuando su madre y yo no estábamos en casa, a sabiendas de que nosotros y los padres de sus amigos no permitíamos las fiestas sin una vigilancia adulta. Tom dijo: «No puedes comprenderlo. Gané muchos puntos ante mis amigos. Después de la fiesta me sentí mal, sabía que lo descubriríais, pero merecía la pena».

El doctor Berndt descubrió que en noveno, cuando la conformidad ante los semejantes alcanza su pico, existe una oposición real entre padres y compañeros. Existen dos razones por las cuales este conflicto entre padres y compañeros ocurre en este punto. En primer lugar, es la época en que los niños muestran la mayor conformidad ante una conducta antisocial. En segundo lugar, podría ser el tiempo en la vida de un niño en que la presión por la

independencia es mayor, como parecen demostrar los estudios que dicen que los adolescentes de este grupo de edad son los que muestran más disconformidad con sus padres.

Ahora la buena noticia. Hacia los años finales de instituto, el doctor Berndt nos dice:

... Las relaciones padres-compañeros entraban en otra fase. Aunque seguía existiendo cierta oposición entre la conformidad ante los padres o los semejantes, no correspondía a todo tipo de conducta. Además, la conformidad ante los compañeros disminuía y la aceptación de normas convencionales de conducta se incrementaba. Los cambios sugieren una mejora en las relaciones de los adolescentes con sus padres cuando el adolescente se va convirtiendo en un joven adulto<sup>[25]</sup>.

Hasta ahora hemos tenido en cuenta la influencia negativa de los amigos, pero éstos también pueden ejercer una influencia positiva. En un estudio se preguntó a estudiantes de instituto si harían trampas en un examen o mentirían al profesor sobre el motivo de su ausencia. También tenían que decir si sus amigos aprobarían sus acciones. Entre aquellos que pensaban que sus amigos no estarían de acuerdo, solamente el 27 por ciento dijo que engañaría o mentiría, comparado con un 78 por ciento de aquellos que pensaban que sus amigos aprobarían su acción. <sup>[26]</sup> (Aunque los resultados se basan en estudiantes de instituto, yo creo que son relevantes para los adolescentes).

Puesto que las malas amistades pueden influir al niño de manera indeseable, es importante que usted conozca a los amigos de su hijo. Anímele a que los traiga a casa, a jugar o a hacer los deberes. Deje que su hijo sepa que su amigo se puede quedar a cenar o a pasar la noche. Si su hijo pasa la noche en casa de un amigo, debería conocer bien a éste para saber que él o ella no será una influencia negativa. Esto le podrá parecer una simple sugerencia, pero le evitará montones de preocupaciones más adelante.

Si sabe que su hijo se relaciona con un grupo de chicos no recomendables, y sospecha que tienen una conducta antisocial, esté preparado para una auténtica lucha. El intentar separar a su hijo de esos amigos resultará difícil, no importa cómo lo intente hacer. Una opción es cambiarlo de escuela. Otra es enviar a su hijo todo el verano fuera con unos parientes. Haga lo que sea para sacar a su hijo de ese grupo. Si ello no resulta posible, no se dé por vencido.

Deje muy claro a su hijo por qué desaprueba las mentiras y la conducta antisocial, y que usted cree que el pasar tiempo con esos amigos en concreto fomenta ese tipo de conducta. Con un poco de suerte, en su momento, cuando su hijo llegue a los últimos cursos del instituto, él o ella, al igual que muchos otros niños, se verá mucho menos influido por tales amigos.

## ¿PROVIENEN LOS MENTISOSOS DE HOGARES MENOS PRIVILEGIADOS?

Las pruebas resultan contradictorias. Algunos estudios que datan del tiempo del de Hartshorne y May descubrieron que se mentía más en los entornos familiares socioeconómicamente bajos. No obstante, otros estudios no han encontrado relación entre las mentiras y los ingresos de los padres. Se han realizado varios estudios comparativos sobre el hecho de mentir entre niños blancos y negros, pero no ofrecen conclusiones claras, porque no tuvieron en cuenta las diferencias socioeconómicas.

## ¿ES EL HECHO DE MENTIR REALMENTE IMPORTANTE?

Algunos padres creerán que esta pregunta es una tontería. Naturalmente que sí es importante. Mentir está mal, y es inmoral. Otros padres pueden pensar que tampoco habría que hacer de ello un caso policial. Todo niño miente en alguna ocasión. Todos mentimos de pequeños, y nuestros nietos también mentirán. En realidad, no importa. No obstante, estos padres escépticos cambiarían de opinión si creyeran que un niño que miente puede crecer y convertirse en un delincuente. ¿Exagerado? Existen varios estudios que han intentado confirmar o negar esa teoría. Debido a que se trata de un tema básico para todos los padres —después de todo, si el mentir conduce a la delincuencia, entonces todo padre debería estar preocupado—, yo le ofrezco varios aspectos de la cuestión con mayor detalle para que juzgue por usted mismo.

Los seis estudios que encontré no utilizaban los mismos baremos para el hecho de mentir o la inadaptación posterior. El mejor de todos se inició en 1971 en Buckinghamshire, Inglaterra. Los científicos estudiaron a niños que

entonces tenían entre cinco y quince años de edad. Se escogió aleatoriamente a uno de cada diez alumnos de las escuelas públicas. Se pasaron cuestionarios a sus padres y profesores preguntándoles por la salud y la conducta del niño. Un elevado 93 por ciento de padres contestó. Los científicos tuvieron información sobre la salud y los patrones de conducta de 3.258 niños y aproximadamente el mismo número de niñas. Como muy pocas niñas tuvieron problemas con la ley al crecer, los científicos se centraron en los niños.

Los cuestionarios interrogaban a los padres sobre unos treinta y siete tipos diferentes de conducta, incluyendo el mentir, robar, problemas con la alimentación, escaparse de casa, soñar despierto, timidez, pesadillas y destrucción de la propiedad. Dos sociólogos, los doctores Sheila Mitchell y Peter Rosa, identificaron al «peor» 10 por ciento de los niños, que sus padres describían como poseedores de muchas características indeseables<sup>[27]</sup>. Los científicos llamaron a estos chicos los «descarriados». Compararon sus archivos penales con un grupo de chicos de «control» que no tenían descripciones negativas. Hicieron concordar los dos grupos en cuanto a edad y escuela. Cada grupo consistía en 321 chicos.

La medida de la conducta delictiva posterior se obtuvo gracias a los archivos de comparecencias ante tribunales, incluyendo el tribunal juvenil, por delitos encausables en los quince años siguientes. Para entonces los niños más jóvenes tenían veinte años y los mayores treinta. Los delitos que se tuvieron en cuenta se dividían en tres categorías: robo, daño a la propiedad y violencia interpersonal.

Los informes de los padres sobre los chicos cuando éstos tenían entre cinco y quince años hacían predecir las ulteriores comparecencias ante un tribunal. Lo que los padres decían de los chicos no predecía todos los delitos, solamente algún tipo de ellos. No existían diferencias entre el grupo de «descarriados» y de «control» en cuanto a fraude, delitos por droga, sexuales o por embriaguez. Pero los descarriados cometieron dos veces más robos, daños a la propiedad y actos violentos que los de control.

No todo lo que los padres habían descrito conducía a una posterior criminalidad, sólo ciertas características. De hecho, los chicos que se preocupaban en exceso o tenían manías con la alimentación tenían después un menor comportamiento delictivo. Cuatro características de la infancia

apuntaban a una delincuencia quince años después: el robo, la destructividad, el escaparse de casa y el mentir. Consideremos dos de estas características más de cerca, contrastando el mentir con el robar.

En lugar de comparar a los descarriados con el grupo de control, vamos a considerar únicamente a los primeros. Recuerde que se trata de los chicos de quienes los padres decían que tenían las peores características. Nuestras preguntas son: ¿existieron más condenas en años posteriores para estos descarriados que robaban cuando eran niños que para los que no habían robado en la infancia? ¿Había más casos penales contra aquellos del grupo de descarriados que mentían de pequeños que contra aquellos que no lo habían hecho? La respuesta a ambas preguntas es afirmativa.

El 7 % de los chicos cuyos padres dijeron «nunca coge nada que pertenece a otro» fueron condenados por robo como mínimo una vez en los quince años siguientes. El 20 % de los chicos cuyos padres dijeron que su hijo «se había apropiado de alguna cosa de otro como mínimo una o dos veces» habían sido condenados por robo. ¡Y el 61 % de chicos cuyos padres dijeron «ha robado en varias ocasiones» fueron condenados posteriormente por robo!

Las predicciones sobre el mentir no eran tan claras, pero la relación existe. El 4 % de los chicos cuyos padres dijeron que «siempre dicen la verdad» fueron condenados después por robo. El 12 % de chicos cuyos padres dijeron «de vez en cuando suelta alguna mentirijilla» fueron condenados por robo. Y el 36 % de los chicos cuyos padres dijeron «cuenta mentiras deliberadas con bastante frecuencia» fueron condenados por robo dentro de los quince años siguientes.

Con las descripciones de los profesores también se podía predecir la posterior delincuencia, especialmente las condenas múltiples. De aquellos chicos que el profesor decía que solía mentir con frecuencia, el porcentaje que compareció ante un tribunal más de una vez era seis veces superior al de los chicos más veraces. Las cifras son idénticas para aquellos que el profesor decía que robaban<sup>[27a]</sup>.

Existen unos cuantos puntos que deberíamos tener en cuenta antes de alarmarnos demasiado. Volvamos a repasar las cifras. Casi los dos tercios, un 64%, de esos chicos que, según sus padres, mentían de pequeños, no se convirtieron en delincuentes adultos. Asimismo, es asombroso que un tercio de

aquellos que fueron descritos como mentirosos cometiera algún delito tantos años después.

Falta alguna información crucial. ¿Acaso una mentira de un niño de cinco o seis años es tan buena como predicción como una de un chico de diez o de quince años? ¿Cuántos años transcurrieron entre los informes sobre mentiras frecuentes y la primera comparecencia ante un tribunal? ¿Depende eso de la edad que tenía el niño cuando se descubrió por primera vez que mentía? También necesitamos conocer si la combinación de mentir y robar es peor que cualquiera de los dos temas por separado. Por desgracia, no tenemos acceso a las respuestas a estas preguntas, porque el estudio se realizó hace algunos años y se destruyeron los archivos para proteger la confidencialidad. Los autores del estudio recuerdan que solamente las mentiras a una edad más avanzada hacían pensar en problemas de adulto. También que mentir y robar conducían a más problemas posteriores que solamente mentir.

Las pruebas apuntan con claridad que para un buen número de chicos el mentir de niño avisa de una conducta delictiva antisocial como adulto. Este estudio sugiere que mentir puede ser una señal de alarma, pero tengo que destacar: quizá no. La mayoría de chicos que mintieron o robaron no se convirtieron en delincuentes, y no sabemos por qué la mayoría no lo hicieron y otros sí. ¿Se trataba de tipos diferentes de mentiras? ¿Respondían los padres de manera diferente ante las mentiras? ¿Acaso los niños que se convirtieron en delincuentes mentían sobre cosas diferentes? ¿Ocurrió alguna cosa más en su vida que condujo a esos niños por el buen camino? ¿Los niños que se convirtieron en delincuentes son los mismos que siguieron mintiendo a lo largo de toda su infancia, mientras que otros dejaron de hacerlo? ¿Fueron los mentirosos que se convirtieron en delincuentes los peores mentirosos, aquellos que no eran muy listos, y que por tanto fueron descubiertos cuando se convirtieron en adultos? ¿Acaso los niños que no se convirtieron en delincuentes tenían padres demasiado sensibles al tema y exageraron la información sobre las mentiras de sus hijos? No existen respuestas a estas preguntas. No se ha llevado a cabo la investigación.

La pregunta crucial es: ¿qué papel juega la mentira en el desarrollo de una conducta antisocial en el niño? ¿Es la mentira el síntoma de un problema más grave o es la causa de problemas subsiguientes? ¿Forma parte la mentira de lo

que hacen habitualmente los niños que se meten en líos? Si el listillo de la clase arroja una pelotilla de papel mascado cuando el profesor está de espaldas, ese niño probablemente lo negará aunque se lo pregunten directamente. Siguiendo este razonamiento, los niños que se meten en líos mentirán, pero no todos los niños que mienten se meten en líos.

La opinión contraria es que la mentira es en sí misma un paso, quizás un paso clave, que conduce al niño hacia un patrón de conducta antisocial. Puede que mentir sea una de las primeras señales de que un niño se encamina hacia una mala dirección. El evitar responsabilidades y aprender que se puede salir con la suya, engañando para conseguir el éxito, puede enseñar al niño a romper otras reglas. Puede que la mentira sea la primera señal de que se está gestando un problema. Si el niño puede colar sus mentiras sin ser descubierto, eso puede animarle a correr los riesgos que implican otros actos antisociales.

Todavía no lo sabe nadie. La investigación necesaria ni siquiera se ha empezado. No existe una «opinión correcta». Quizás ambas sean correctas, dependiendo del niño. Y quizá la respuesta difiere dependiendo de la edad del niño cuando éste empieza a mentir con frecuencia y de cuánto tiempo se mantiene ese patrón.

En mi opinión, hay suficientes pruebas para poder decir que si su hijo miente con frecuencia, hay que tomárselo en serio. Pero déjeme añadir también que, aunque debería tomárselo en serio, debe recordar que la mayoría de niños que mienten a una edad temprana no tienen problemas con la ley de mayores.

## RESUMEN

No existe una respuesta simple, clara o decisiva sobre por qué unos niños mienten más que otros. Si el niño tiene el talento para pasar un examen sin tener que hacer trampas, probablemente no las hará. El niño que es lo suficientemente listo como para reconocer los riesgos de ser descubierto, probablemente no mienta. Pero cuando el riesgo es bajo, o cuando no es la inteligencia lo que se necesita para alcanzar un objetivo, entonces el ser listo no impide que se mienta.

Los niños que mienten mucho están peor adaptados que aquellos que no lo

hacen, y el mentir de niño lleva a mayores posibilidades de tener problemas con la ley en años ulteriores. Pero la mayoría de niños que mienten no tienen problemas de mayores, y no sabemos si el mentir es un síntoma o una causa de la mala adaptación.

Existen ciertas pruebas de que el mentir forma parte de un patrón de personalidad más general, que poseen y utilizan en mayor grado los niños que manipulan a otros para conseguir sus propios fines. Este patrón de manipulación resulta evidente en algunos niños a la edad de diez años. Nadie ha averiguado si se puede manifestar antes, ni nadie ha resuelto tampoco el tema del papel que los padres tienen en el desarrollo de este patrón.

Algunos niños —pero no todos— que tienen falta de supervisión paterna mienten con mayor frecuencia. Los niños se ven influidos a mentir por amigos que mienten o que muestran una conducta antisocial, sobre la cual mienten para evitar ser castigados. La presión de los compañeros, como todos sabemos, es más intensa durante la adolescencia. De manera interesante, es importante el papel que el chico siente que juega su padre. Los varones adolescentes que respetaban a su padre eran menos vulnerables a la presión de sus semejantes. Y, podríamos decir con un suspiro de alivio, la mayoría de niños van mintiendo menos cuando pasan por las fases iniciales de la adolescencia.

Si el niño mentirá o no ante una situación determinada depende no solamente de los factores que hemos descrito sino también de la naturaleza de cada situación concreta. No se trata solamente de las características del niño, ni de la influencia de la familia y amigos del niño. El niño mentirá o no dependiendo también de lo que está en juego. La influencia de la tentación concreta probablemente tiene más importancia a una edad temprana que más adelante. En palabras de los doctores Hartshorne y May: «La honradez parece ser un cúmulo de actos especializados que están íntimamente asociados con unas características determinadas de la situación en la cual el engaño es una posibilidad [...] Los motivos para engañar, mentir y robar son altamente complejos, y son especializados igual que lo son los actos de engaño»<sup>[28]</sup>.

¿Qué factores son más importantes, la inteligencia, la personalidad, la inadaptación, los padres, los amigos, las características de la situación? Nadie lo sabe, porque el tipo de investigación que podría llevar a una respuesta todavía no se ha realizado. Mi apuesta es que la importancia relativa de estos

factores diferiría dependiendo de la edad (está claro que éste sería un buen factor en cuanto a la influencia de los amigos) y de las características individuales de cada niño.

### 3.

## La mentira en diferentes edades

### ¿A QUÉ EDAD PUEDEN EMPEZAR A MENTIR LOS NIÑOS?

Lori es una niña de tres años y medio, llena de energía y con alma de artista. Un día decidió expresar su creatividad en la pared de su habitación con sus nuevos lápices de colores. Para ella era una gran obra maestra. Sin embargo, para su madre, no era nada bonito.

«Lori, ¿escribiste tú en la pared?», le preguntó su madre, evidentemente disgustada.

«No», contestó Lori con la cara muy seria.

«Bueno, ¿pues quién lo hizo?»

«No fui yo, mamá», replicó, todavía con cara de ángel inocente. «¿Fue un pequeño fantasma?» preguntó su madre sarcásticamente.

«Sí, sí», dijo Lori. «Fue un fantasma.» Se quedó con esta explicación hasta que su madre finalmente dijo: «Bien, pues le dices a ese fantasma que no lo vuelva a hacer o lo lamentará».

Algunas personas creen que los niños pequeños son demasiado inocentes para mentir. Otros creen que sí lo harían si supieran, pero que carecen de la habilidad suficiente. Las pruebas sugieren que los niños son capaces de mentir a una edad mucho más temprana de lo que los adultos creen.

A los cuatro años, y quizás antes, algunos niños saben mentir, y de hecho lo hacen. No es que se estén equivocando, ni confundiendo la fantasía con la realidad, sino que están intentando deliberadamente engañar.

Las mentiras a esta edad no suelen ser un problema grave. Todos los niños, y la mayoría de adultos, mentimos alguna vez. No obstante, los padres

deberían empezar a preocuparse cuando un niño miente con frecuencia, especialmente si las mentiras persisten durante un largo período. Cuando aparecen las primeras mentiras, los padres deberían hablar con sus hijos sobre las implicaciones morales que ello plantea. Como veremos, la comprensión infantil sobre estos temas cambia muchísimo desde la edad de cuatro años hasta los catorce.

Varios estudios sugieren que los niños pueden mentir a una edad mucho más temprana que los adultos que no están familiarizados con el comportamiento infantil pudieran pensar. En uno de estos estudios, el doctor Stephen Ceci y uno de sus estudiantes tentó a niños de preescolar a que mintieran para proteger del castigo a alguien que les gustaba<sup>[1]</sup>. Se dejó a los niños en una habitación con un juguete y les dijeron que no debían jugar con él. Cuando el investigador salía de la habitación, un adulto se ponía a jugar con el juguete y lo rompía. Cuando el adulto se marchaba, el investigador regresaba y le preguntaba al niño qué había ocurrido. Los niños se dividieron en dos grupos: aquellos que ya conocían al adulto y que éste les gustaba (un «mentor» con el que habían creado un lazo) y aquellos para los que el adulto era un extraño. Casi la mitad de los niños no delataron al mentor. Algunos dijeron que no sabían quién había roto el juguete, otros que lo había hecho otra persona. No obstante, todos los niños, de tres años y medio a cuatro, dijeron la verdad y delataron al adulto desconocido.

En otro estudio<sup>[2]</sup>, se llevó a niños y niñas de tres años a una habitación, se les sentó de manera que no pudieran ver una mesa y se les dijo que el investigador iba a poner un juguete sorpresa sobre la mesa y que se marcharía. Se le pidió al niño que no mirara y que él o ella podría jugar con el juguete cuando el investigador regresara a la habitación. Entonces éste se marchó, mientras que la madre del niño rellenaba un cuestionario sentada dando la espalda al niño. Después de que el niño hubiera mirado, o al cabo de cinco minutos, el investigador regresaba a la habitación y le preguntaba al niño: «¿Has mirado?».

Veintinueve de los treinta y tres niños lo habían hecho. Cuando se les preguntó si habían mirado, hubo una división prácticamente en tres entre los que confesaron, los que negaron el hecho y los que no respondieron. Los niños fueron más sinceros que las niñas (dos tercios de los niños admitieron haber

mirado, pero solamente el 15 % de las niñas).

En un tercer estudio<sup>[3]</sup> se preguntó a las madres y a los profesores de niños de cuatro años si los niños de diferentes edades contarían deliberadamente una mentira. El porcentaje de adultos que pensaba que los niños mentían aumentaba con la edad del niño. Estos son los datos:

Edad	Porcentaje de padres y profesores que dijeron que los niños de esta edad mienten
3	33
4	75
5	90
6	100

Si tenemos en cuenta estos tres estudios en conjunto, vemos que como mínimo algunos niños tan pequeños como de tres o cuatro años mienten deliberadamente. Está claro que las consecuencias negativas del mentir no eran elevadas en ninguno de los experimentos. Si el investigador hubiera dejado claro de antemano a los niños la importancia de ser sincero, o el coste de una mentira, habrían mentido menos niños. El tema que estos investigadores querían tocar no era cuándo mienten los niños, sino si los niños de edades tan tempranas saben mentir, bajo no importa qué condición. Hasta que se realizó este trabajo, la mayoría de científicos creía que los niños de tres a seis años no podían distinguir entre cometer una falta no intencionada y decir deliberadamente algo falso<sup>[4]</sup>.

## ¿A QUÉ EDAD COMPRENDEN LOS NIÑOS EL CONCEPTO DE MENTIRA?

¿Saben mentir bien? ¿Resulta más fácil detectar sus mentiras que las de niños de mayor edad? ¿Están más influidos por la sugestión que otros niños mayores, más influidos por cómo se formulan las preguntas y por las creencias de los adultos? ¿Son más «autosugestionables» los niños de cuatro años que los de mayor edad? Es decir, ¿van a empezar a creer en sus mentiras cuanto más frecuentemente las digan?

Para poder responder a esas preguntas, examinemos primero qué piensan

los niños sobre las mentiras.

Keith, un chico de seis años, divide su tiempo entre la casa de su padre y la de su madre. En una ocasión el padre de Keith pensó recogerle al mediodía para que los dos pudieran asistir a un partido de béisbol. Pero el padre de Keith no sabía que su madre ya había concertado una lección de tenis para esa misma hora. Cuando Keith descubrió que no podría ir al partido con su padre, le telefoneó, dolido y enfadado.

«Has dicho una mentira», dijo Keith llorando: «¿Por qué lo has hecho?». Su padre se puso en su lugar e intentó explicarle que no había mentido, que sólo había sido un malentendido con respecto a los horarios. Pero Keith no quería saber nada del tema. Todo lo que él sabía era que su padre le había dicho que irían a un partido de béisbol, y que no iban a ir.

Hasta aproximadamente los ocho años, los niños consideran que toda afirmación falsa es una mentira, independientemente de si la persona que la dijo sabía que era falsa. Incluso cuando los niños pequeños saben que el que habla no tiene intención de engañar, le continúan llamando mentiroso si sin darse cuenta les ofrece información falsa. Pero la mayoría de niños de ocho años, igual que los adultos, no consideran mentirosa a una persona si saben que esa persona ha dado información falsa involuntariamente.

Sería fácil explicar la definición de mentira que tienen los niños pequeños diciendo que refleja su incapacidad de tratar con asuntos sutiles como la intención. El resultado es lo que importa en el pensamiento moral todavía no desarrollado de esos niños pequeños, según sostienen algunos autores. Una notable serie de estudios recientes llevados a cabo en Austria por los doctores Wimmer, Gruber y Perner<sup>[5]</sup> descubrió que ello no es así. Los mismos niños que no reconocen la importancia de la intención en su definición de la mentira sí responden a esa intención cuando se trata de su juicio moral acerca de la persona que hace la afirmación falsa. En su estudio leyeron y representaron con muñecas la siguiente historia:

Mamá regresa de la compra. Ha comprado chocolate para hacer un pastel. Maxi la puede ayudar a guardar las cosas. Éste le pregunta: «¿Dónde pongo el chocolate?». «En el armario azul», dice la madre. Maxi guarda el chocolate en el armario azul. Maxi recuerda exactamente dónde puso el chocolate, así que después puede volver y coger un poco. Le encanta el chocolate. Entonces se va a jugar. La madre empieza a preparar

el pastel y saca el chocolate del armario azul. Ralla un poco para incorporarlo a la masa y entonces no lo guarda en el armario azul, sino en el verde. Maxi no está presente. Él no sabe que el chocolate está ahora en el armario verde. Después de un rato Maxi regresa de jugar, tiene hambre, y quiere coger un poco de chocolate. Todavía se acuerda de dónde guardó el chocolate. Pero antes de que Maxi pueda ir a buscar el chocolate, su hermana entra en la cocina. Le dice a Maxi: «He oído que mamá ha comprado chocolate. Me gustaría comer un poco; ¿sabes dónde está?».

Se leyeron cuatro versiones diferentes de esta historia a los niños. En una versión Maxi quiere ser sincero, pero le da a la hermana información falsa (le dice que está en el armario azul) porque no sabe que la madre lo cambió de sitio. En la segunda versión se saltaron la línea sobre la madre que cambia el chocolate del armario azul al verde, así que cuando Maxi quiere ser sincero y dice que está en el armario azul, en realidad está dando la información correcta. En las siguientes dos historias se les dice a los niños que Maxi quiere engañar a su hermana. Se añadieron las siguientes líneas a la historia: «Vaya», piensa Maxi, «ahora mi hermana se quiere comer todo el chocolate. Pero yo lo quiero para mí solo. Tengo que decirle algo falso para que no lo encuentre». Si se conserva la línea de la madre que cambia el chocolate de lugar, del armario azul al verde, entonces tenemos una historia en la que Maxi quiere engañar pero involuntariamente dice la verdad. Y si se deja fuera la línea sobre el cambio de armario, Maxi quiere engañar y da información falsa sobre la localización del chocolate. El cuadro siguiente muestra las cuatro condiciones del experimento.

	Historia 1	Historia 2	Historia 3	Historia 4
Dónde cree Maxi que está el chocolate	Armario azul	Armario azul	Armario azul	Armario azul
Dónde está el chocolate	Armario verde	Armario azul	Armario verde	Armario azul
Intención de Maxi	Sincera	Sincera	Engañosa	Engañosa
Efecto de Maxi	Información falsa	Información correcta	Información correcta	Información falsa

La mayoría de los niños y niñas de cuatro y seis años dijeron que Maxi mentía no solamente cuando tenía intención de mentir y daba información falsa (historia 4), sino también cuando Maxi quería ser sincero y compartir el chocolate con su hermana, pero le daba información falsa porque no sabía que su madre había cambiado el chocolate de lugar (historia 1). La intención no importaba. Pero sí lo hacía cuando se preguntó a estos niños si le darían a Maxi una estrella dorada por ser bueno con su hermana o un punto negro por haber sido malo con ella. La mayoría de los niños (75 %) basó su juicio moral en la intención de Maxi<sup>[5a]</sup>

Aunque estos niños pequeños utilizaron mal el término «mentira», sí comprendieron la intención. Sabían que era tener mala intención querer engañar a alguien. Aunque esto puede parecer obvio a algunos lectores, hasta hace sólo unos años, cuando se dio a conocer este estudio, la literatura científica mantenía que unos niños tan pequeños no hacían juicios morales basados en la intención.

Si es cierto que hacen juicios morales basados en la intención, uno se podría preguntar por qué los niños pequeños no utilizan la intención en su definición de la mentira. Algunos de los primeros investigadores<sup>[6]</sup> sobre las mentiras infantiles (1909) sugieren que la razón podría ser porque los padres no explican adecuadamente el lema de la mentira. Los padres recalcan que los niños tienen que decir la verdad, sin explicar que decir algo falso no constituye una mentira si uno no sabe que es falso. Otras investigaciones sugieren que podría tener que ver con el desarrollo de las habilidades lingüísticas.

Lo que es importante es que los niños de una edad tan temprana como los cuatro años, y quizás antes, saben que la intención de engañar a alguien es mala. Esos niños tan pequeños condenan más las mentiras que otros de mayor edad o los adultos. En palabras de un investigador, los niños pequeños son «fanáticos de la verdad»<sup>[7]</sup>. Es cierto que los niños más pequeños creen que es peor mentir que los niños de más edad. Por ejemplo, el 92 % de niños de cinco años dijo que siempre está mal mentir. Al llegar a los once años, esa cifra se había reducido a sólo un 28 %. Concordando con ese cambio, el 75 % de los niños de cinco años dijeron que ellos nunca mentían, mientras que ninguno de los de once años afirmó ser tan virtuoso<sup>[8]</sup>.

Los doctores Candida Peterson, James Peterson y Diane Seeto, que fueron quienes obtuvieron esta información, también les preguntaron a los niños sobre si están mal diferentes tipos de mentiras. Todos los grupos de diferentes edades, de los cinco hasta los once años, dijeron que las mentiras para evitar el castigo (por ejemplo, no reconocer que hemos derramado tinta en la colcha) son peores que las mentirijillas (por ejemplo decirle a otro niño que te gusta su corte de pelo, aunque no te guste). Las mentiras altruistas (por ejemplo no decirle a un matón que quiere pegarle a un niño más pequeño dónde está éste, aunque lo sepas) no fueron condenadas por la mayoría de grupos. Los niños de cinco años le dieron a esta mentira una puntuación más baja que los niños de mayor edad, aunque incluso ellos pensaban que no era una mentira tan mala como la de querer evitar un castigo.

Estos investigadores también preguntaron a los niños qué ocurre cuando se cuentan mentiras. Los niños de cinco a nueve años mencionaron con mayor frecuencia el castigo. En esta edad más temprana, el castigo es el factor disuasivo. Menos de un tercio de los de once años mencionaron el castigo, mientras que la mitad de ellos dijeron que la mentira destruye la confianza, una consecuencia que muy pocos niños pequeños mencionaron.

Marie Vasek obtuvo resultados similares en entrevistas con niños y niñas de seis hasta doce años<sup>[9]</sup>. Les leía a los chicos historias como la siguiente:

Bob y algunos de sus amigos estaban celebrando una batalla de bolas de nieve en su jardín. Al cabo de un rato, se cansaron de tirarse bolas de nieve unos a otros y decidieron arrojarlas a los coches que pasaban. Todos ellos estaban tirando bolas de nieve, pero una de las de Bob alcanzó el parabrisas de un coche. El conductor detuvo el coche y bajó. Todos los niños salieron corriendo para sus casas. El conductor había visto como Bob tiraba la bola de nieve y corría hacia la casa, así que fue y llamó a la puerta. La madre de Bob subió desde el sótano para abrir la puerta. Ella no había visto lo que habían estado haciendo los chicos. Fue a buscar a Bob y éste le dijo que solamente habían estado tirándose bolas de nieve entre ellos. Él había arrojado una bola a un amigo, éste se había agachado y la bola había tocado al coche accidentalmente. Todos se habían ido porque no querían meterse en líos<sup>[10]</sup>.

Según Vasek, los niños más pequeños dijeron que la principal razón para contar una mentira es evitar el castigo, como en esta historia. Aunque pensaban que mentir estaba mal, comprendían por qué lo hacía la gente. Llegó a la

conclusión de que los niños de cinco y seis años mienten para «... evitar el castigo siempre que sospechan que han hecho algo por lo cual deberían ser castigados. [...]El niño puede escoger entre decir la verdad y correr el riesgo (de ser castigado) o contar otra mentira para evitar el castigo por la primera»<sup>[11]</sup>.

Al llegar a los diez o doce años, y quizás antes, los niños ya no consideran que mentir esté siempre mal; se vuelven más «flexibles». El que una mentira sea mala depende del resultado de la situación. Por ejemplo, en mis entrevistas con niños, Bessie, de doce años, dijo: «¿Y qué pasa si alguien te pregunta si su pelo es bonito, cuando no lo es? Entonces querrías mentir». Un chico de once años, Robert, me contó la siguiente historia cuando le pedí que me pusiera un ejemplo de cuándo es correcto mentir: «Digamos que un niño es realmente malo, un matón o algo así, que hace daño a otros niños. Entonces si mintieras y dijeras que fue él quien lo hizo, aunque no hubiera sido así, tendría problemas, y como él se dedica a hacer daño a los demás, estaría bien que le castigaran».

Aunque los preadolescentes o los adolescentes más jóvenes entienden la idea de que mentir está mal porque los demás ya no confiarán en nosotros, eso no es prioritario en sus mentes. Incluso los adultos no recuerdan siempre la consecuencia de una pérdida de confianza cuando están sopesando si mentir o no. Puede que las relaciones ya no sean las mismas después de haber violado la confianza con una mentira. La pérdida de confianza es difícil de reparar; a veces resulta irreparable.

En un artículo aparecido en 1987 en el *Washington Post Magazine*, el escritor Walt Harrington describió cómo incluso una pequeña mentira, una vez descubierta, cambió lo que unos amigos sentían el uno hacia el otro. El escritor, un hombre, está comiendo con una amiga que recientemente ha tenido un lío amoroso con un amigo de él. «Ella no le contó a su marido lo del romance; mentira n° 1. El hombre con el que tuvo el lío le juró que no me lo había contado a mí; mentira n° 2. Y mientras estamos sentados comiendo, ella está a punto de manipularme para que aparezca la mentira n° 3 contándome repentinamente la verdad: "He tenido un lío. ¿Lo sabes?"». El escritor decide no romper la promesa hecha al amante de ella y lo niega. Unos días más tarde, él le dijo que le había mentido al decirle que no conocía el romance. «"Eres

un buen mentiroso", dijo ella. "Te creí."» Él le pregunta si está enfadada con él. «"No", contestó ella lentamente, "enfadada no. Pero mi opinión sobre ti ha cambiado un poco. No mucho, pero algo ha cambiado."»<sup>[12]</sup>

La pérdida de confianza es el punto que yo recalco cuando tengo conversaciones sobre el tema de las mentiras con mis propios hijos. Les explico lo difícil que sería la convivencia si no pudiéramos confiar en que no nos contaríamos mentiras entre nosotros. También les explico lo difícil que resulta volver a confiar en alguien después de que esta confianza haya sido traicionada. Una vez sabes que tu hijo ha tomado la decisión de mentir, puede que las dudas y las sospechas no resulten fáciles de descartar. Para ellos no es una lección fácil de aprender. No es una lección fácil para nadie. Solamente aquellos que han sido atrapados en una mentira y han perdido por ello la confianza de alguien cercano comprenden las implicaciones.

Algunos psicólogos infantiles creen que usted puede enseñar estas ideas a sus hijos contándoles cuentos. El cuento de «Pedro y el lobo» es un buen ejemplo. Como recordará, el cuento narra cómo un joven mentía siempre diciendo que le había atacado un lobo; lo hizo tantas veces que cuando realmente fue atacado, nadie le creyó. Yo recuerdo que me impresionó mucho la moraleja de ese cuento cuando tenía cinco o seis años. No recuerdo haber pensado en él cuando le mentía a mis padres o a mis amigos en mis años de adolescencia. Quizá si mis padres hubieran seguido inculcándome valores morales al ir creciendo, lo hubiera tenido más presente. Aprendí a través de la experiencia en mis últimos años de adolescencia, a través de dos infelices relaciones románticas, lo difícil que es restablecer la confianza después de haberla traicionado.

## ¿VARÍA LA FRECUENCIA DE LAS MENTIRAS CON LA EDAD?

Algunos estudios se han planteado esta cuestión, y las conclusiones están divididas. Algunos de ellos apuntan a que la frecuencia no cambia, mientras que otros han descubierto que las mentiras decrecen entre los niños de más edad. En cualquier caso, independientemente de la edad, sólo una minoría de niños parece que mienten. Quizá lo más interesante sea el descubrimiento de que desde temprana edad hasta finales de la adolescencia el porcentaje de

niños que miente frecuentemente sigue siendo aproximadamente el mismo. Es una cifra baja, menos del 5 %<sup>[13]</sup>. Por lo que comentamos en el último capítulo, éstos son los niños que corren un mayor riesgo de desarrollar otras dificultades en sus vidas.

Existen dos problemas en este estudio que merecen ser mencionados. Primero, como los datos proceden de los informes de padres y profesores, debemos recordar que las fuentes podrían no ser del todo fiables debido al efecto halo/cuernos que antes mencioné. Como veremos, los niños se convierten en mejores mentirosos a medida que van creciendo. Es lícito pensar entonces que los niños podrían mentir más de mayores, pero como sus mentiras son más difíciles de detectar, sus padres y profesores podrían decir que mienten igual que cuando eran más pequeños o incluso menos.

El otro problema es cómo interpretar el resultado de que el porcentaje de mentirosos frecuentes sigue siendo más o menos el mismo. Existen dos posibilidades acerca de quiénes son esos mentirosos crónicos<sup>[14]</sup>. Una es que esos mentirosos que se revelan a una edad temprana, quizás a los cinco o seis años, siguen siendo mentirosos crónicos durante toda su infancia y adolescencia. La otra posibilidad es que ser un mentiroso crónico es una fase transitoria por la que pasan algunos niños. Siguiendo este razonamiento, los niños que son mentirosos crónicos a los siete años puede que no sean los mismos que los que lo son a los once años. La única manera de descubrir cuál de las dos posibilidades es cierta es hacer un seguimiento de los mismos niños durante años. Este tipo de estudio longitudinal nunca se ha llevado a cabo. Todo lo que tenemos son estudios cruzados de diferentes niños de cada grupo de edad.

Lo que parece más probable es que se den ambas posibilidades. Para algunos niños, las mentiras crónicas son una fase, y debido a la intervención de los padres o a una menor presión, las mentiras cesan. Otros puede que sigan mintiendo hasta que ello se convierta en un patrón fijo que tengan para enfrentarse al mundo.

Si su hijo da muestras de ser un mentiroso crónico, usted no sabrá si se trata de una fase o el inicio de algo que podría durar toda la vida. Las mentiras crónicas deberían tomarse en serio; no espere a descubrir si se trata de una fase. Intente averiguar por qué miente su hijo. Examine su propia conducta.

¿Está haciendo usted algo que de alguna manera anime u obligue a su hijo a mentir? ¿Acaso miente su hijo respondiendo a algún otro problema existente en el hogar? ¿Se debe a la influencia de amigos, como mencioné antes? De cualquier modo, explíquelo a su hijo por qué es perjudicial mentir. Si cree que no adelanta, busque consejo profesional.

## ¿MIENTEN MEJOR LOS NIÑOS AL HACERSE MAYORES?

Los niños pequeños creen que los adultos lo pueden todo. Una niña de cinco años, con su imaginación, lo describió así: «Nunca deberías contar una mentira, ¡porque los cerebros dentro de las cabezas de los mayores son tan listos que lo descubren!»<sup>[15]</sup>.

No obstante, los niños descubren antes de lo que la mayoría de padres creen que se pueden salir con la suya mintiendo, al menos en algunas ocasiones. Al llegar a los primeros años de la adolescencia, o quizás antes, sobre los diez u once años, la mayoría de niños se convierten en mentirosos bastante buenos. Ya no siempre les delata el sonido de su voz, la expresión de sus caras, las incoherencias evidentes en lo que dicen, o las extravagantes coartadas. Al ir ganando los niños en capacidad de engaño, los padres pierden la seguridad que antes tenían. Aunque todavía puedan detectar una mentira — los niños de mayor edad, igual que los adultos, a veces cometen errores al mentir, y muchas veces se ven traicionados por un descubrimiento accidental —, los padres descubren que ya no saben lo que sus hijos piensan, sienten, hacen o tienen previsto hacer, a menos que ellos quieran hacérselo saber.

Los dos tercios de los niños de primer curso a quienes entrevistamos dijeron que sus padres sabían cuándo estaban mintiendo, mientras que menos de la mitad de los de séptimo dijeron que sus padres eran capaces de detectar sus mentiras. Siguiendo en la misma línea, casi todos los chicos de undécimo curso dijeron que fue en quinto o sexto cuando pudieron mentir por primera vez sin ser descubiertos.

No existe ninguna señal, como la nariz de Pinocho, que indique que los niños o los adultos mienten, ningún espasmo muscular, ninguna inflexión de voz, ningún movimiento corporal que sea una señal clara de mentira —ninguna indicación de que una persona está mintiendo o diciendo la verdad. Pero sí

existen pistas de conducta mediante las cuales poder deducir el engaño. A veces la pista está contenida en lo que dice la persona. El relato es demasiado improbable, incoherente o contradice claramente los hechos. A menudo la pista que indica que alguien miente no está en lo que dice, sino en cómo lo dice. Puede que algo, el sonido de la voz, la expresión del rostro, el movimiento de una mano, no encaje con las palabras. El mentiroso puede poner cara de culpable o tener una voz temerosa, o parecer demasiado excitado como para resultar creíble.

Al irse haciendo mayores, los niños no solamente son más hábiles al contar mentiras a otros, también lo son para detectar cuando les mienten<sup>[16]</sup>. La excusa falsa de mamá de por qué no pudo asistir a la representación escolar, cuando papá sostiene que no estaba gritando porque estuviera enfadado, que solamente quería que se le oyera por encima del ruido del televisor: ese tipo de cosas ya no siempre resulta creíble. No es que los niños se vuelvan tan buenos detectando mentiras; más bien es que empiezan siendo tan malos que cualquier mejora parece significativa. Mi propia investigación y la de muchos otros ha demostrado que la mayoría de personas se cree las mentiras en muchas ocasiones<sup>[17]</sup>. La mejora que viene con la edad es más bien la capacidad de contar una mentira, no tanto la capacidad de discernir cuando alguien más está mintiendo. Encontré solamente seis estudios científicos que intentaron descubrir si los niños se convierten en mejores mentirosos al ir creciendo. Los resultados corroboran en cierto modo lo que todo padre de adolescentes ya sabe: los niños mayores son mejores mentirosos que los más pequeños. Puesto que los niños mejoran en todo aquello que van desarrollando, estos estudios no resultan muy instructivos.

Una razón por la cual un estudio similar no puede ofrecer resultados concluyentes es que una comparación entre grupos de edad debería basarse en la misma mentira. Ello no es fácil, por la misma razón por la cual un niño de seis años y un chico de dieciséis no juegan a las mismas cosas ni miran los mismos programas televisivos. La mentira tiene que ser comprensible, interesante, y parecer razonable a lo largo de todas las edades estudiadas. Los niños de cada grupo de edad tienen que estar similarmente motivados para tener éxito al contar una mentira. Y el científico tiene que preocuparse por el tema ético cuando le pide a un niño que mienta, ir con cuidado de no enseñarle

involuntariamente técnicas para mentir o que crea que mentir es algo correcto.

En dos estudios se pedía a los niños que mintieran sobre su opinión acerca del zumo de uva. En uno de los experimentos se les ofreció dos bebidas a niños de cinco a doce años, junto con algunos estudiantes de instituto. Una de las bebidas era zumo de uva azucarado y la otra no llevaba azúcar. Se dijo a los niños que convencieran a una de las investigadoras, de veinticuatro años, de que las bebidas tenían buen sabor, independientemente de si lo creían así o no. En el segundo estudio, también se pidió a algunos de los niños que mintieran diciendo que no les gustaba la bebida azucarada. Los doctores Robert Feldman, Larry Jenkins y Oladeji Popola dijeron a los niños «que el propósito del experimento era determinar qué capacidad tenían ...[ellos]... para engañar al entrevistador. Se mencionaron anuncios televisivos bien conocidos para ilustrar el tipo de respuestas requeridas»<sup>[18]</sup>.

En otro estudio se mostraron diapositivas agradables y desagradables a niños de primer curso y de quinto. Se pidió a los niños que mintieran con respecto a la mitad de las diapositivas diciendo lo contrario de lo que sentían. Se les pidió que pusieran cara de experimentar sensaciones agradables frente a algunas de las diapositivas desagradables, y a la inversa con las agradables<sup>[19]</sup>. En otro estudio se pedía a niños de seis hasta doce años que fingieran ser actores que eran entrevistados con respecto a lo que les gustaba y lo que no. Les pidieron que demostraran lo bien que podían actuar intentando hacer ver que les gustaba o que eran neutrales sobre algo que realmente les desagradaba, y fingiendo que les disgustaba o tenían una postura neutral acerca de algo que les gustaba<sup>[20]</sup>.

El descubrimiento más claro de todos estos estudios es que los niños de primer curso (de cinco y seis años de edad) tienen menos éxito en sus mentiras —es decir, se les detecta con mayor facilidad— que los de diez años o más. No quedó tan claro si las niñas mienten mejor que los niños, o si era más difícil detectar la mentira cuando se ocultaba un sentimiento positivo o negativo.

## POR QUÉ ALGUNAS MENTIRAS SON DIFÍCILES DE CONTAR

Cuando no hay emoción de por medio es fácil mentir; es mucho más fácil

mentir sobre hechos, planes, acciones o ideas que decir que uno no está enfadado, asustado o que siente cualquier otra emoción. Es mucho más fácil mentir sobre no haber estado enfadado ayer que esconder el enojo que se siente en el momento. Es más fácil esconder una ligera irritación que la furia. Incluso cuando la mentira no trata sobre emociones, las emociones que se suscitan al mentir —miedo a ser descubierto, culpabilidad por la mentira, o el reto y el estímulo que supone colar con éxito una mentira (yo lo llamo «el placer del engaño»)— pueden hacer que resulte más difícil mentir con éxito.

Un padre me contó un incidente que ilustra lo fácil que resulta mentir cuando se tiene una cierta distancia de las emociones. El tema del dentista normalmente suscita fuertes emociones —habitualmente temor— tanto en niños como en adultos. El tío de Aaron, un chico de trece años que había tenido problemas con sus dientes, le preguntó si había ido recientemente al dentista.

«Sí», respondió Aaron. «Fui la semana pasada.»

«¿Y cómo fue?», preguntó su tío. «¿Te dolió?»

«No, nada. Fue tirado, dijo Aaron» sin dudarle ni un momento. Más tarde el tío descubrió que hacía varios meses que el niño no había ido al dentista, y que cuando lo hizo, había tenido mucho miedo de las inyecciones de novocaína.

Varios meses más tarde el tío volvió a preguntarle a Aaron si había ido al dentista. Esta vez el tío se dio cuenta de que el niño esquivaba la mirada, se callaba un instante y después contestó rápidamente diciendo que no y a continuación siguió hablando con igual rapidez de una película que había visto la noche anterior. Resultó ser que Aaron había ido al dentista justo la semana anterior y, según contaron sus padres, le habían extraído dos muelas del juicio y se había quejado y llorado mucho.

Las emociones, en especial cuando son intensas, producen cambios involuntarios de conducta que son difíciles de esconder. Estos cambios se pueden dar en cualquier parte o en todas, en el rostro, en los movimientos de las manos, en la postura o en el sonido de la voz. Para tener éxito, el mentiroso tiene que reprimir todas estas señales emocionales que no encajan con la mentira. El mentiroso debe poder conducir y controlar su comportamiento. Ello no resulta fácil para la mayoría de adultos; es incluso más difícil para los

niños pequeños. Las fuertes emociones y el esfuerzo invertido en controlar las señales de tales emociones también pueden llegar a distraer tanto la atención del mentiroso que le resulte difícil pensar con claridad y hablar de manera convincente.

## CULPABILIDAD POR MENTIR

En los experimentos que examinaban si los niños de mayor edad son mejores mintiendo que los más jóvenes, se eliminó un factor importante: la culpabilidad. Se pidió a los niños que mintieran; los científicos autorizaron las mentiras, y se ofreció una razón plausible para ello (haced como si estuvierais en un programa de televisión). Cuando el niño falsifica una puntuación más alta en su boletín de notas, o dice que no se ha bebido el whisky del armario de las bebidas, no hay ninguna figura de autoridad que le diga que mienta. Es la propia opción del niño, tomada en contra de los deseos paternos o del profesor. Es entonces cuando la mentira no es solicitada ni autorizada, cuando el niño puede sentirse culpable. Estos sentimientos de culpa hacen que resulte más difícil mentir. Son una carga para el que miente y pueden causar que la mentira fracase.

La culpa puede llevar a que el mentiroso eventualmente confiese, tal es su peso y el dolor que produce. El intentar aliviar ese peso muchas veces lleva a una confesión. Tim, un chico de diez años, lo expresó de esta manera: «No sé, es como cuando a veces dices una mala mentira, y está en tu conciencia y se lo tienes que contar a alguien. Si se trata de algo realmente malo. Para sacártelo de encima y que no te moleste más»<sup>[21]</sup>. Incluso aunque el mentiroso intente aferrarse a su mentira, las señales de culpabilidad —retirar la vista, la voz apagada o agitada— pueden traicionar la intención del mentiroso.

No todos los niños, por supuesto, se sienten culpables cuando mienten. En edades más tempranas casi todos los niños creen que mentir está siempre mal. Hacia la adolescencia ya casi ninguno de ellos está convencido de que todas las mentiras son malas. Los padres que he entrevistado dijeron que si educas bien a tu hijo, éste se sentirá culpable cuando te mienta. No existe ninguna investigación, que yo sepa, que corrobore esta esperanza. Mi investigación con adultos indica que las personas no se sienten culpables por mentir a

alguien a quien no respetan, con quien no comparten unos valores. Supongo que los niños se sentirán menos culpables cuando mienten a unos padres que les imponen unas normas que ellos consideran injustas, duras e inflexibles, igual que los adultos no sienten culpa alguna por mentirle a un jefe que consideran ha sido injusto con ellos. El sentimiento de culpa por mentir es más intenso cuando el mentiroso comparte valores con la víctima de la mentira.

Rachel es una estudiante de secundaria que se siente muy orgullosa de sus resultados académicos. Sus padres, ambos profesores universitarios, también están orgullosos de ella y siempre han insistido en la importancia de sacar buenas notas. Cuando Rachel obtuvo un bajo resultado en un examen de ciencias hecho a final de semana, para el cual no se había preparado, mintió a sus padres, diciendo que le había ido bien. Pero durante el fin de semana sus padres notaron su aspecto taciturno y apático, muy anormal en ella. Cuando llegaron unos invitados y los padres de Rachel se pusieron a presumir sobre sus éxitos escolares, bruscamente se marchó de la sala. Para el domingo por la noche Rachel ya no podía más y confesó la mentira a sus padres.

El niño puede justificar fácilmente el mentir a unos padres que parecen estar llevando a cabo acciones que le prohíben a él. Por ejemplo, si usted se emborracha, su hijo adolescente podrá considerar hipócrita que le castigue a él o a ella por el mismo motivo. Muchos adultos no se sienten culpables por mentir a objetivos anónimos, o a instituciones como «Telefónica» o «el Gobierno». Probablemente sea por ello que nunca he podido convencer a mi hijo Tom de que está mal que mienta acerca de su edad cuando intenta conseguir un descuento en un cine o en el transporte público. Él sabe que muchos adultos hacen trampa y no entiende por qué nosotros no lo hacemos. Además, no comprende por qué esperamos que él viva según unas normas que otros conocidos suyos no siguen.

Puede que no exista sentimiento de culpa cuando el mentiroso cree que todo el mundo miente. Eso es lo que dicen algunos preadolescentes. Aunque no existen pruebas científicas que lo confirmen, sospecho que ésta es una de las razones por las cuales los adolescentes tienen más éxito en sus mentiras. Se sienten menos culpables por mentir a sus padres o profesores. El rechazar los valores paternos —una manera de rebelión—, el darse cuenta de los pies de barro de las figuras de autoridad, es algo común en muchos adolescentes. Para

algunos, la mentira puede ser una forma de establecer su propia identidad, de separarse y de conseguir independencia —una fase necesaria de la adolescencia.

Muy pocas personas, tanto niños como adultos, se sienten culpables por las mentiras triviales. Cuando el mentiroso piensa que la mentira no hará daño a nadie, ni siquiera a la persona a quien va dirigida, la culpabilidad está relativamente ausente. Incluso cuando la mentira tenga consecuencias importantes, los mentirosos no se sienten culpables si se ha autorizado la mentira. Los espías no se sienten culpables por su engaño porque éste ha sido autorizado por el país para el cual trabajan.

Si alguien con autoridad le dice al niño que mienta, es muy poco probable que éste se sienta culpable por su acto. Resulta más fácil mentir si no se siente culpabilidad. En todos los experimentos que he descrito (excepto el de Hartshorne y May y los que describí al inicio del presente capítulo), como fueron autorizadas por los científicos, las mentiras de los niños estaban relativamente libres de culpa. Por tanto estos estudios no revelan gran cosa sobre la mayor parte de mentiras que los niños cuentan a sus padres o profesores.

## MIEDO A SER DESCUBIERTO

Sospecho que los niños de los experimentos sobre las mentiras no tenían motivo alguno para sentir temor ante las consecuencias de ser descubiertos, ninguna razón para pensar que si no conseguían ser convincentes perderían algo o serían castigados. No obstante, la mayor parte de mentiras entre padres o profesores y niños tienen consecuencias negativas si son descubiertas. En las mentiras que sí importan, el mentiroso tiene miedo a ser descubierto por la posibilidad de ser castigado.

Ésta es una manera de diferenciar las mentiras importantes de las triviales. ¿Se castigaría al mentiroso si fuera descubierto? ¿Cuál sería el precio de ser descubierto? Suelen haber dos castigos: uno por la mentira en sí, el otro por el acto que la mentira intentaba encubrir.

Al igual que la culpa, el miedo a ser descubierto hace que mentir resulte más difícil, puede motivar una confesión y puede producir indicios en el

rostro, cuerpo y voz que traicionen la mentira. Ese miedo se puede convertir en tormento, y la persona puede confesar para conseguir aliviarlo. El miedo puede dar al traste con los intentos del mentiroso de mantener una línea coherente. Puede provocar cambios en cómo habla el mentiroso, en el sonido de su voz, en la expresión de la cara, que contradicen lo que está diciendo y a la larga revelan la mentira.

Charlotte tiene diez años y es una niña algo masculina y revoltosa. Estaba encantada con los nuevos vaqueros de la marca Guess que le había comprado su madre. Esta le dijo que eran caros y que Charlotte tenía que ir con cuidado para no estropearlos. Los llevaba a la escuela casi cada día. Un día resbaló jugando al béisbol y se le rompió una pernera del pantalón. Se fue corriendo a casa y, antes de que pudiera verla su madre, escondió los vaqueros en el fondo de un cajón. Una semana más tarde, la madre de Charlotte le sugirió que se pusiera los vaqueros con una blusa nueva. Charlotte tartamudeó y dijo que prefería ponerse una falda, cosa rara en ella. Su madre empezó a sospechar. Cuando le pidió que le enseñara los vaqueros, Charlotte dijo que se los había dejado en casa de su amiga Karen, pero Charlotte no había estado en casa de Karen desde hacía más de una semana.

No todos los que mienten tienen miedo de ser atrapados. Este temor suele ser más intenso cuando hay algo importante en juego, cuando las consecuencias de ser descubierto son graves. Incluso entonces, algunos mentirosos son más vulnerables al miedo. La reputación de la persona a quien se miente también influye en el miedo que pueda sentir el mentiroso. Los niños pequeños que creen en la afirmación omnipotente de sus padres cuando éstos dicen que siempre pueden detectar una mentira, sentirán más temor de ser descubiertos que los niños mayores que han aprendido que algunas veces pueden colar una mentira sin ser detectados.

En casi todas las investigaciones sobre el engaño realizadas con adultos o niños, los científicos han estudiado mentirijillas o mentiras triviales en las cuales no se corre un gran riesgo, antes que las importantes. En las mentiras no autorizadas, lo que está en juego es la confianza, y nadie quiere que no confíen en uno. Los experimentos que hemos analizado no arriesgaban la confianza porque probablemente los niños no iban a volver a ver jamás a las personas a quienes mentían.

## EL PLACER DEL ENGAÑO

Existe un tercer juego de sentimientos que puede delatar una mentira. Yo lo llamo «el placer del engaño». Incluye la excitación que se siente al engañar a alguien, el enfrentarse al reto de «colar algo a alguien». Puede que exista una sensación de logro y regocijo, un sentimiento de poder y de haber conseguido algo. Lo puede experimentar un adulto que engaña al cónyuge o el niño que engaña a un padre. Sospecho que en la adolescencia este reto y ejercicio del poder puede ser un factor importante que motive a mentir. Incluso en edades menores los niños pueden pensar que la mentira es un juego del que pueden disfrutar. De hecho, muchos juegos tanto infantiles como adultos tienen que ver con la mentira. El póquer es un ejemplo perfecto. También lo es el juego infantil llamado «quién tiene el botón». La participación en estos juegos desarrolla y ejercita las habilidades necesarias para mentir<sup>[22]</sup>.

El placer del engaño, a su manera, también puede propiciar una confesión cuando el mentiroso quiere ganarse la admiración de alguien. A menudo se atrapa a los criminales porque no pueden resistirse a presumir sobre lo listos que fueron al cometer un delito determinado. Los niños se pueden ver tentados a compartir sus logros al contarle a un compañero con qué facilidad engañaron a papá o a mamá. Es posible que un niño experimente un menor placer por el engaño cuando miente a uno de los padres; es más interesante engañar a un amigo crédulo, en especial si hay otros compañeros que puedan disfrutar de la representación.

A Stephanie y Jason, dos chicos de cuarto curso, les gustaba tomar el pelo a otros niños, en especial a Steven, el «chico nuevo». Una vez, durante el recreo, Stephanie y Jason convencieron a Steven de que eran hermana y hermano. Le contaron que sus padres estaban divorciados y que al separarse la hija se fue a vivir con la madre y el hijo con el padre. Al ir adornando la mentira, se fue congregando un grupito de amigos (que sabían que Stephanie y Jason no eran familia) que disfrutaron de la representación. Cuando Jason exageró el relato añadiendo que su padre se había vuelto a casar —con la directora de la escuela—, la pareja ya no pudo reprimir la risa y estallaron en carcajadas.

## PREPARACIÓN DE LA ESTRATEGIA

Las mentiras fracasan no solamente porque las señales emocionales — culpabilidad, miedo y placer por el engaño— delatan al mentiroso. También fracasan cuando el mentiroso no se prepara con antelación.

Las mentiras resultan más fáciles cuando el mentiroso sabe exactamente de antemano cuando él o ella tendrá que mentir. Ese conocimiento le da tiempo al mentiroso a inventarse una historia falsa pero creíble y a ensayarla. Supongamos que una chica piensa salir con un chico que sus padres le han dicho que no puede ver. Para asegurarse de no ser descubierta, necesita tiempo para preparar una coartada —como, por ejemplo, pasar la noche en casa de una amiga— y anticiparse a las preguntas que le puedan hacer al día siguiente. Necesita una explicación que suene razonable cuando su padre le diga que intentó ponerse en contacto con ella pero que nadie contestó en casa de su amiga. Cuando la persona se tiene que inventar una respuesta sobre la marcha suele dar pistas reveladoras.

Hace más pausas. Puede que esquive la mirada. La voz puede sonar más apagada. Estos detalles en sí no son señal de mentir; son señales de que se está pensando sobre la marcha. Si le pregunta a un adolescente: «¿Crees que Gorbachev seguirá gobernando?» es normal esperar ver señales de que está pensando, porque la mayoría de chicos no se han planteado esa cuestión. Pero si la pregunta es: «¿Dónde estabas anoche cuando llamé a casa de Sally? No respondió nadie», entonces las señales de estar pensando una respuesta probablemente indiquen una mentira, puesto que no debería necesitar tiempo para pensar —es decir, si estuviera diciendo la verdad.

El mentiroso se perfecciona con la práctica. Con cuanta más frecuencia mintamos, mejor lo haremos. En parte se debe a que descubrimos que podemos colar la mentira, y esa confianza creciente aminora el temor de ser atrapado. Si un niño ha aprendido que mamá siempre se traga un cierto tipo de mentira, tendrá menos miedo a que lo descubran. Las mentiras repetidas también hacen disminuir los sentimientos de culpa. La cuestión de si mentir está bien o mal suele aparecer la primera vez que uno tiene que decidir si miente o no. Entonces es cuando la culpa puede interferir con el éxito de la mentira. Pero después de la primera vez, mentir se vuelve cada vez más fácil

en ocasiones sucesivas. A la segunda o tercera vez que contamos la misma mentira damos menor consideración a las repercusiones morales o a las posibles consecuencias negativas. Los abogados llaman a este patrón de ir deslizándose hacia actos más y más ilegales la «cuesta resbaladiza».

A veces las personas empiezan a creer en su mentira si la cuentan con suficiente frecuencia. El niño que infla su reputación con la historia que se inventa diciendo que miró directamente a los ojos del tipo duro y que así le ganó, puede olvidarse de que en realidad no ocurrió así después de la tercera o cuarta vez de explicarlo, igual que el pescador que empieza a creer en su propia trola sobre «el enorme pez que se le escapó». Tanto el pescador como el niño que presume pueden recordar los hechos reales si se les presiona, pero ello puede requerir un cierto esfuerzo. Esta capacidad para engañarse incluso a uno mismo tiene un aspecto beneficioso para el aspirante a mentiroso: cuando una persona cree en su propia mentira, cometerá menos errores al contarla. En cierta manera —al menos en su propia mente— está contando la verdad. Aunque no conozco ninguna investigación sobre el tema, supongo que los niños más pequeños se ven más influidos por este efecto.

El siguiente cuadro resume las variables que pueden hacer que el mentir resulte fácil o difícil:

	Difícil mentir	Fácil mentir
Lo que está en juego es:	Mucho	Poco
Castigo si se descubre la mentira:	Si	No
Castigo si se descubre el acto que esconde la mentira:	Si	No
Se tiene experiencia colando esta mentira:	No	Si
La persona objeto de la mentira es crédula:	No	Si
Se respeta a la persona objeto de la mentira:	Si	No
Se comparten valores con la persona objeto de la mentira:	Si	No
La mentira es autorizada:	No	Si
La persona objeto de la mentira es dura o injusta:	No	Si
El reto que supone engañar a la persona objeto de la mentira:	Si	No
Otras personas a sabiendas son testigos del engaño:	Si	No
Se puede planificar con antelación la necesidad de mentir:	No	Si

## DESARROLLANDO LAS APTITUDES PARA MENTIR

Muchas de las aptitudes que se desarrollan con la edad —las necesarias para que los niños sean cada vez más responsables de ellos mismos— también les permiten tener más éxito si deciden mentir. Se dice que Abraham Lincoln comentó que no tenía memoria suficiente como para poder mentir. Pero no todas las mentiras requieren una buena memoria. Las mentiras en las que no se dice gran cosa falsa —yo las llamo mentiras encubridoras— no dependen de la memoria. Ésta es una típica mentira encubridora que no precisa una gran memoria: cuando mamá le pregunta cómo le fue el día, no es necesario que Johnny diga que el director le castigó después de clase, y que le ha amenazado

con expulsarle la próxima vez que le tire una pelotilla de papel mascado a la profesora. Johnny no ha dicho nada falso, ni es necesario que recuerde una complicada coartada.

Pero supongamos que mamá se había dado cuenta de que había vuelto a casa más tarde de lo normal y le pregunta por qué. Si Johnny esconde la verdad (que fue el director quien lo retuvo en la escuela) diciendo que fue a casa de su amigo Joe a jugar al ping-pong, deberá recordar esa historia y sus implicaciones. Al día siguiente, cuando su madre le pregunte si la hermana de Joe ya ha regresado a casa después de la universidad, Johnny no podrá decirle: «¿Cómo quieres que lo sepa?». Tiene que recordar que dijo haber estado ayer allí. La memoria mejora con la edad y, al igual que muchas otras aptitudes, al llegar a la adolescencia ya es tan buena como la de un adulto.

Para tener éxito con una mentira es preciso planificar más allá de sólo el próximo paso; se necesitan varios planes de emergencia.

Para el engaño no se necesitan tantas habilidades. El engaño solamente requiere imaginarse qué pasaría si nos preguntaran directamente por aquello que queremos encubrir. Puede que el engaño funcionara en el caso de Johnny, pero si Debra rompiera el jarrón favorito de su madre, no puede esperar que ésta no le pregunte si sabe qué ocurrió a su regreso a casa.

El contar una historia falsa requiere un gran esfuerzo por parte de la capacidad del mentiroso para pensar estratégicamente. Johnny debería tener unas cuantas cosas en cuenta si quiere que su historia del ping-pong resulte creíble. Antes tiene que haber mostrado un cierto interés en el ping-pong para que su madre pueda creerse que querría ir a casa de Joe a jugar. Después tiene que asegurarse de que Joe es alguien con quien suele pasar tiempo jugando. ¿Qué posibilidades existen de que su madre pueda haber pasado por la casa de Joe? ¿Podría hablar su madre con la madre de Joe por teléfono ese día o al cabo de poco tiempo? Sería mejor para él basar su falsa coartada en un amigo cuyos padres no conozcan a su madre. Si no puede contar algo así y ser creído, debería planificar una respuesta por si su madre dijera: «He hablado con la madre de Joe esta tarde y no me ha dicho que estuvieras ahí ayer». Podría estar preparado para contestar: «Bueno, es que nos cansamos de jugar al ping-pong y nos fuimos a la tienda a comprar una revista». Esta planificación sofisticada va madurando con la edad. Algunas personas no llegan a ser nunca

muy buenas y en cambio otras exhiben ya una mentalidad de jugador de ajedrez a la edad de seis años. Pero para la mayoría de ellos, eso es algo que se va desarrollando a medida que crecen.

Un mentiroso con éxito tiene en cuenta la perspectiva de la persona objeto de la mentira. Poniéndose en el lugar de la otra persona, imaginando lo que resultará creíble o sospechoso a esa persona, el mentiroso puede sopesar el impacto de su propia conducta sobre el objetivo y afinar y ajustar su acción según sea necesario. Johnny debería darse cuenta de que si dice que se detuvo en la biblioteca a sacar unos libros, su madre puede sospechar porque sabe que él no suele ir a la biblioteca. Johnny también podría descartar esa estrategia si recuerda que a su madre le interesan mucho los libros y que le podría preguntar cuáles retiró. Los preescolares no son muy buenos en este tipo de estrategia porque a una edad temprana no se dan cuenta de que existe más de una perspectiva —la suya— acerca de un acontecimiento. Creen que todo el mundo piensa como ellos. Al ir acercándose a la adolescencia, los niños son mucho más capaces de ponerse en el lugar de otra persona.

Para mentir bien, el niño tiene que desarrollar también habilidades lingüísticas, utilizando palabras para referirse a cosas que en realidad no están presentes. Los niños deben poder modificar su discurso —desde el vocabulario hasta la inflexión, la velocidad y el contenido del discurso— para adecuarse a la situación, en especial sintonizar con lo que están contando a la persona objeto de la mentira. Estas habilidades de lenguaje se desarrollan muy pronto, a veces incluso a los cuatro años, aunque a esa edad distan mucho de ser perfectas<sup>[23]</sup>.

El mentiroso que tiene éxito sabe hablar bien, es capaz de pensar con rapidez e inventarse explicaciones plausibles cuando le pillan con la guardia baja. Aunque Johnny no hubiera preparado una respuesta a las preguntas de su madre, debería poder improvisar una explicación rápidamente. Aunque algunas personas están muy versadas en pensar rápidamente sobre la marcha y producir sin problema una respuesta creíble, los niños pequeños no saben hacerlo. Pero eso también va mejorando con la edad.

La mentira habilidosa requiere un control emocional. Un buen mentiroso es capaz de fingir emociones que él o ella no siente, ofrecer un tono de voz y un aspecto calmado, interesado, complacido o cualquier otro sentimiento que

precise la mentira en concreto. Igualmente importante, el mentiroso debe poder esconder las señales de emociones que pudieran delatarle. Puede que Johnny esté enfadado con el director de la escuela, porque cree que la ha tomado con él por castigarle. Puede tener miedo de ser descubierto, porque sabe que sus padres le reñirán mucho por haberse metido en líos en la escuela y por haberles mentado. Quizá se sienta culpable por mentir a sus padres, o estimulado por el reto que supone tener éxito con esa mentira. Cualquiera de esas emociones deberá ser ocultada, y tendrá que ponerse una máscara que encaje con su historia. Algunas de mis propias investigaciones con niños descubrieron que esta capacidad de controlar la expresión, al igual que muchas otras aptitudes, mejora con la edad, y en la adolescencia ya se alcanza el mismo nivel de competencia que en la edad adulta<sup>[24]</sup>.

Todas estas habilidades —memoria, planificación, ponerse en el lugar de la otra persona, pensar y hablar con rapidez, y controlar las emociones— son necesarias para que el niño se desarrolle y se convierta en adulto. Irónicamente, las aptitudes que hacen que los padres estén satisfechos y se sientan orgullosos con el desarrollo de su hijo son las mismas que más tarde permitirán al niño decepcionarles y engañarles.

El crecer y asumir la independencia significa que un niño tiene la capacidad y también la responsabilidad de escoger entre la sinceridad y la faltad de honradez. Cuando el niño sabe que él o ella no pueden tener éxito con sus mentiras, en realidad no hay mucho donde elegir. La tentación solamente existe cuando los niños saben que pueden tener éxito si deciden engañar.

Independencia significa tener control sobre la información que revelamos a otros sobre nosotros mismos. Intimidad significa tomar uno mismo la decisión de quién sabe qué cosa sobre nosotros. Tener ese control —disfrutar de la propia intimidad— no requiere mentir. Igual que los padres les dicen a menudo a sus hijos, con palabras más o menos acertadas: «¡Eh! Eso no es asunto tuyo; no me preguntes eso», un niño puede tener también a veces el derecho a decirle lo mismo a uno de los padres<sup>[24a]</sup>.

Estas observaciones acerca de por qué mienten los adolescentes concuerdan con la opinión psicoanalítica sobre el hecho de mentir, que hace hincapié en el papel de la mentira para establecer una independencia de la

familia. Los psicoanalistas consideran que la mentira no es exclusiva de la adolescencia sino que está presente a lo largo de toda la infancia. El psicólogo Michael F. Hoyt escribe: «... La primera mentira con éxito del niño rompe la tiranía (de la omnisciencia paterna, es decir, el niño empieza a sentir que tiene una mente propia, una identidad privada desconocida para sus padres»<sup>[25]</sup>. Los secretos, el ocultar información, sigue diciendo el doctor Hoyt, se ve como que juegan «... un papel significativo en el desarrollo normal de los límites del ego y del concepto del yo[...]. De manera más general, la posesión de un secreto confiere la sensación de tener algo que es únicamente propio, de ser un individuo aparte»<sup>[26]</sup>.

Además de los cambios en las capacidades, también existen cambios en las actitudes que hacen que mentir resulte más fácil y más posible cuando se llega a la adolescencia. Las convenciones sociales que antes eran inviolables ahora aparecen como arbitrarias. El adolescente joven, de manera característica, no acepta sin antes cuestionar, o simplemente no acepta, la legitimidad de muchas normas sociales<sup>[27]</sup>.

Anna Freud, hija de Sigmund Freud y psicoanalista infantil, aportó una de las descripciones más agudas sobre las espectaculares oscilaciones de las actitudes adolescentes. En *Das ich und die Abwehrmechanismen*, escribió que los adolescentes son:

[...] excesivamente egoístas, se consideran el centro del universo y el único objeto de interés, pero en ninguna época posterior de su vida son tan capaces de sacrificio y devoción. Forman las más apasionadas relaciones amorosas, sólo para romperlas tan abruptamente como las iniciaron. Por un lado, se lanzan con entusiasmo a la vida comunitaria y, por otro, tienen un deseo poderosísimo de soledad. Oscilan entre la sumisión ciega ante un líder que ellos mismos han escogido y la rebelión desafiante contra cualquier y toda autoridad. Son egoístas y materialistas y al mismo tiempo están llenos de elevados ideales. Son ascéticos, pero de repente se sumergen en caprichos de los instintos de carácter muy primitivo. A veces su conducta con otras personas es brusca y desconsiderada, pero ellos a su vez son extremadamente susceptibles. Sus cambios de humor oscilan entre un optimismo despreocupado y el pesimismo más negro<sup>[28]</sup>.

Desde esta perspectiva, puede que un día pueda confiar por completo en su hijo adolescente y al siguiente, debido a un cambio de humor, no pueda confiar

en él en absoluto.

Los adolescentes van adquiriendo mayor seguridad en su capacidad de engañar a sus padres y sienten menos temor de ser descubiertos. Como mencioné antes, casi todos los niños que entrevisté dijeron que habían tenido la experiencia de colar una mentira cuando tenían entre cinco y siete años. Aunque no todas las mentiras tenían éxito, empezaron a saber que ello es posible. Y si siguen mintiendo, aprenderán que con cada año que pasa las posibilidades de éxito aumentan. Si existe menos miedo a ser descubierto, uno de los factores disuasivos ha desaparecido.

La adolescencia es un período de transición, tanto para el hijo como para los padres, un tiempo en que las reglas, las obligaciones, los privilegios y los derechos cambian, no sólo una vez sino repetidamente al ir alcanzando el adolescente más independencia. Los conflictos pueden surgir entre el deseo de los padres de que el niño tenga más responsabilidad pero también de no disminuir su supervisión y protección. Durante esta época supongo que el sentimiento de culpabilidad por mentir disminuye para muchos adolescentes, en parte porque éste ya no considera a sus padres omniscientes, en parte porque (en nuestra cultura) el adolescente necesita establecer su independencia de los padres y de los valores de éstos.

El rechazo de los valores paternos suele formar parte del proceso de separación. La opinión de sus compañeros de la misma edad —no la de sus padres— tiene más valor. Tanto si se trata de una delgada brecha generacional como de una rebelión a gran escala, muchos adolescentes no se sienten tan obligados a hacer y actuar según el deseo de sus padres. El adolescente vive en dos mundos sin mucha relación entre ellos: el de sus amigos y el de los adultos. Existe un cierto consuelo en recordar que no todos los adolescentes están desconectados de sus padres. Recordemos, por ejemplo, el estudio que mostraba que los chicos que mantenían un respeto hacia sus padres se veían menos influidos para cometer acciones antisociales con su grupo de semejantes. Pero incluso aquellos que todavía buscan la aprobación paterna se pueden sentir con más derecho, u obligados, a vivir sus propias vidas, y pueden justificar la mentira como un medio para conseguir ese fin. Armado con tal justificación, el adolescente mentiroso se siente menos culpable y, como ya hemos visto, menos inclinado a decir la verdad.

## JUICIO MORAL Y SOCIAL

Muchos psicólogos del desarrollo han propuesto que la capacidad para hacer juicios morales sigue una serie de etapas. Aunque estos científicos no se han interesado de manera específica en el hecho de mentir, sus hallazgos pueden ayudar a los padres a comprender qué piensan los niños sobre si mentir es bueno o malo. Con diferencia, el estudio de mayor envergadura, y también el más polémico, fue el realizado por Lawrence Kohlberg<sup>[29]</sup>, basado en las ideas del psicólogo suizo Jean Piaget. Kohlberg presentó a los niños unos dilemas morales en los que la obediencia a las leyes, normas u órdenes de la autoridad entraban en conflicto con las necesidades o el bienestar de otros. Éste es uno de los dilemas que Kohlberg y muchos otros científicos han utilizado:

En Europa, una mujer estaba cerca de la muerte debido a un tipo especial de cáncer. Existía un medicamento que los médicos pensaban que podría salvarla. Era una forma de radio que un farmacéutico de la misma ciudad había descubierto recientemente. La droga era cara de preparar, pero el farmacéutico cobraba diez veces más de lo que le costaba hacerla. Pagó 200 dólares por el radio y cobró 2.000 dólares por una pequeña dosis de medicamento. El esposo de la mujer enferma, Heinz, recurrió a todas las personas que conocía para pedir el dinero prestado, pero sólo pudo conseguir 1.000 dólares, que era la mitad de lo que costaba. Le dijo al farmacéutico que su mujer se estaba muriendo y le pidió que le vendiera el medicamento más barato o que le dejara pagarlo más tarde. Pero el farmacéutico dijo: «No, yo descubrí la droga, y voy a hacer dinero con ella». Heinz se desesperó y entró en la tienda para robar el medicamento para su esposa.

Kohlberg entrevistó a niños de diferentes edades, preguntándoles qué pensaban ellos que era lo correcto. El tema no era cómo resolverían ellos un dilema como el de Heinz, sino qué pensaban sobre lo que era correcto y lo que no lo era. Kohlberg sostenía que los juicios infantiles acerca de la moralidad pasan por una serie de fases, que cambian a medida que van creciendo (véase el recuadro de la página siguiente)<sup>[30]</sup>.

Si Kohlberg está en lo cierto, y muchos psicólogos así lo creen, los padres deberían tener presentes estas etapas y ver dónde encaja su hijo. Si utiliza un razonamiento basado en la fase en la que se encuentra su hijo, ello le permitirá

tener más poder de convicción cuando le explique por qué está mal mentir.

Kohlberg propone también dos etapas posteriores, basadas en la convicción personal sobre principios éticos. La persona en este estadio ya no cree que siempre es correcto cumplir las normas, las expectativas y las convenciones de la sociedad. En su lugar, la definición del bien se basa en un acuerdo mutuo y en unos principios. Los adolescentes casi nunca llegan a estas etapas; incluso muchos adultos no lo hacen.

Las edades que se dan en el recuadro para cada etapa son sólo como guía aproximada. No todo el mundo llega a la fase 4. Muchos adultos no pasan nunca de la 2. Incluso cuando los niños o adultos progresan hasta la fase 3 o 4, no siempre piensan de esa manera. Cuando sienten emociones intensas, pueden retroceder a una fase anterior.

Consideremos cómo cambian las actitudes de los niños frente a las mentiras en cada etapa, y cómo este conocimiento le ayudará a discutir el tema con su hijo<sup>[30a]</sup>.

	Edad	Qué es lo correcto	Razones para ser bueno
Etapa 0	4	Conseguir lo que quiero. Lo que yo quiero es lo justo.	Conseguir recompensas y evitar el castigo.
Etapa 1	5-6	Hacer lo que te dicen. Lo que te dicen los adultos.	No meterse en problemas.
Etapa 2	6-8	Hacer a los demás exactamente lo que ellos te hacen a ti.	Qué saco yo de todo ello.
Etapa 3	8-12	Vivir de acuerdo con las expectativas de los demás. complacer a los demás.	Para que los demás piensen bien de mi y así yo pueda pensar bien de mi mismo.
Etapa 4	12+	Cumplir con las obligaciones de la sociedad.	Mantener unida la sociedad; ser un buen ciudadano.

En la fase 0, los niños de preescolar normalmente piensan en términos de lo que ellos quieren, y sea lo que sea eso, es lo correcto. Para ellos el mentir en sí no es malo si con ello consiguen lo que desean. En esta etapa, haga saber a sus hijos que usted se siente feliz cuando le dicen la verdad, y que no quiere que él o ella mienta. No obstante, no espere conseguir grandes resultados confiando en que comprenderán que mentir es algo malo.

Los niños en la etapa 1 se ven impresionados por el poder superior de los adultos. Cooperan mucho más, pero esta cooperación no está basada en la comprensión de las reglas, sino en querer obedecer a los adultos. Este es el periodo en que los niños creen que los padres siempre saben cuando el niño miente. Haga saber a su hijo que no le gusta que él o ella mienta. En este punto, empiece a apelar a sentimientos de la siguiente etapa, ayudando así a su hijo a abrirse y a crecer en su pensamiento moral. Explíquele lo injusto que resulta la mentira para la persona a quien se miente. Pregúntele a su hijo cómo se sentiría si alguien le mintiera a él o a ella.

En la fase 2, los niños ya no creen que los adultos siempre tienen razón. Su idea de justicia es la regla de oro, ojo por ojo, diente por diente. Es difícil para los niños que están en esta etapa comprender que mentir perjudica a otros. Intente utilizar esa justicia del ojo por ojo para explicarles qué les ocurriría a su familia, amigos o escuela si todo el mundo mintiera y engañara. Asimismo, empiece a reforzar el razonamiento que acompaña la siguiente etapa dejando bien clara su propia decepción si su hijo le miente.

En la etapa 3, el niño quiere estar a la altura de las expectativas de los demás. Un período de conformidad, esta fase subraya lo que se ha llamado la moralidad del «niño bueno». A los adolescentes que se encuentran en esta etapa les importa tanto la aprobación de sus semejantes que otras preocupaciones morales se pueden ver debilitadas si entran en conflicto con lo que sus compañeros esperan de ellos. Es éste un período en que surge la conciencia, en el sentido de que los niños se ven motivados no solamente para evitar el castigo, sino para estar a la altura de su propia autoimagen. Los niños mienten en esta etapa para evitar desagradar a sus padres, para evitar el ridículo y ganar la aprobación de su mismo grupo de edad. En esta etapa se puede apelar a la preocupación de su hijo por su reputación, explicando lo

terrible que es tener fama de mentiroso. También puede empezar a utilizar argumentos de la fase 4, explicando cómo la sociedad se hundiría si todo el mundo mintiera.

Los adolescentes que alcanzan la fase 4 (y Kohlberg no dice que todos lo hagan) se preocupan por ser buenos miembros de su comunidad, escuela o sociedad. Ahora pueden comprender el conflicto real entre la lealtad a un amigo que ha cometido una transgresión y la obligación hacia una sociedad amenazada por esa transgresión. Es un tiempo en que usted puede hacer hincapié en lo que ocurre cuando se pierde la confianza. También puede recalcar ese punto a los niños más jóvenes, pero no espere que lo comprendan fácilmente.

Aunque creo que es útil que los padres conozcan estas ideas, debo decir que la propuesta de Kohlberg sobre las etapas del juicio moral ha sido criticada por varias razones. Por ejemplo, que están sesgadas hacia los niños occidentales; que están sesgadas a favor de los hombres; que requieren una base cultural más elevada y un curso de filosofía moral; y que políticamente están sesgadas hacia el liberalismo. Los críticos dicen que Kohlberg presenta el desarrollo como algo más fijo y ordenado de lo que en realidad es<sup>[31]</sup>. Otros sostienen que aunque los hallazgos sean correctos, nos dicen solamente aquello que piensan los niños, no lo que realmente hacen<sup>[32]</sup>. Puede que los niños, igual que los adultos, no practiquen lo que predicán. El psicólogo del desarrollo Augusto Blasi examinó de manera crítica las pruebas de muchos estudios, concluyendo que el nivel del juicio moral de una persona está relacionado con la propia conducta moral<sup>[33]</sup>.

Sin embargo, Kohlberg nunca sostuvo que la etapa del desarrollo moral fuera lo único que determinaba el engaño. Una persona puede saber lo que está bien y no hacerlo, debido a otros factores determinantes. Se realizó un estudio con estudiantes universitarios masculinos que ilustra cuántos factores pueden influir en el mentir o engañar, y el papel que juega en ello el juicio moral<sup>[34]</sup>. Los doctores Carl Malinowski y Charles Smith crearon una situación de engaño similar al clásico estudio de Hartshorne y May que describí antes. Se daba a los sujetos una aguja de fonógrafo, que tenían que sostener sobre una luz en movimiento continuo. Les dijeron que lo que su puntuación mediría sería la atención y concentración, habilidades necesarias para muchas

ocupaciones. Les dieron unas normas falsas, altas e inalcanzables, que supuestamente habían conseguido otros atletas y estudiantes universitarios, y otras bajas que se suponía habían conseguido niños de orfanatos y otras instituciones. Los resultados de cinco primeras prácticas convencían al sujeto de que estaba situado en el extremo bajo de la escala. El investigador le ofrecía entonces la tentación de hacer trampa dejando solo al sujeto, diciéndole que tomara nota del tiempo que consiguiera sostener la aguja sobre el objetivo en los próximos diez segundos. El sujeto no sabía que el tiempo real se estaba registrando en otra sala.

La mayoría de estudiantes (el 77 %) hicieron trampa como mínimo una vez, pero los que estaban en una etapa más elevada de desarrollo moral engañaron menos y más tarde que los de las primeras etapas. De aquellos que nunca engañaron, todos menos uno tenían un elevado juicio moral. De los que tenían un juicio moral más bajo, el 96 % hizo trampa.

Igualmente importantes para predecir el engaño fueron los buenos resultados que el sujeto obtenía en las sesiones de práctica. Aquellos que lo hacían mejor engañaban después menos. Esto concuerda con los hallazgos de Hartshorne y May de que los niños con buenas capacidades escolares hacían menos trampa en los exámenes.

Con las respuestas a una pregunta de cierto estudio también se podía predecir quién iba a engañar. Los hombres que decían que generalmente esperan sentirse culpables cuando están pensando en cometer algo malo, también engañan menos. Pero esta respuesta no era un factor de predicción tan bueno como el estadio del juicio moral o una habilidad preexistente. Los que sacaban una puntuación baja en el factor de ansiedad ante un examen, y los que también tenían menos puntos en su necesidad de aprobación de los demás, engañaban menos. Pero ninguno de éstos era un factor de predicción tan preciso como el estadio del juicio moral o las habilidades prácticas.

Este estudio demuestra que hay muchos temas a considerar para comprender por qué una persona engaña. El estadio del juicio moral es uno de ellos, pero no el único. Igual de importantes son los factores específicos de una situación determinada, como por ejemplo si las aptitudes que se poseen son suficientes para alcanzar el éxito sin tener que hacer trampa. Existe una relación entre la etapa de desarrollo moral y la conducta moral real, pero

también hay otros factores en juego.

Los padres deberían saber que ellos y sus hijos no tendrán la misma opinión sobre las mentiras y otros temas morales. Las actitudes de los niños frente a temas morales cambian al crecer, aun que no necesariamente de la manera ordenada o en los mismos términos que propone Kohlberg. El mensaje importante es comprender lo que su hijo piensa sobre el hecho de mentir. Sepa escuchar, consiga que su hijo le hable. Utilice cuentos y preséntele dilemas morales como el de Heinz. Descubra cuál es el marco de referencia de su hijo. Si usted responde desde ese mismo marco, tendrá más posibilidades de influir en su hijo.

Aunque la frecuencia de la mentira puede ser una excepción, casi todos los factores relacionados con el mentir cambian cuando el niño va creciendo. Su comprensión del concepto de mentira, sus actitudes sobre lo equivocado que es mentir, su capacidad de mentir sin ser descubierto, y su juicio moral y social van cambiando a medida que crece.

Hay dos períodos concretos que parecen ser especialmente cruciales. Uno es sobre los tres o cuatro años, cuando los niños empiezan a ser capaces de contar deliberadamente una mentira. Ésta es una buena época para los padres para empezar a educar a sus hijos sobre el tema de la mentira. Como hemos visto, lo que el niño puede comprender a esta temprana edad es muy diferente de lo que será posible más adelante.

La adolescencia es el otro período crucial. Algunas de las pruebas sugieren que el hecho de mentir, así como la influencia de los compañeros, llega a su pico en la adolescencia y puede que después disminuya. Yo creo que en gran parte dependerá de cómo sepan tratar los padres la necesidad de intimidad del adolescente y de si pueden otorgar a su hijo adolescente un poder y responsabilidad cada vez mayor sobre nuevas parcelas de su vida.

## 4. **Opinión de un adolescente sobre el hecho de mentir**

*Tom Ekman*

*«Enfréntese a ello: su hijo le mentirá hasta que uno de los dos muera.»*

Aunque había entrevistado a muchos adolescentes, siempre me preguntaba qué parte de lo que escuchaba estaba adaptado para mis oídos. Pensé que conocía a mi hijo, Tom, lo suficientemente bien para creer que no me censuraría sus pensamientos, así que le pedí que escribiera este capítulo. En ese momento tenía catorce años. La adolescencia es un período tan difícil, tanto para los niños como para los padres, que pensé que la opinión no censurada de un adolescente sobre el tema de la mentira sería una oportunidad única de la cual todos podríamos obtener más comprensión.

No le dije lo que tenía que escribir, ni él había leído nada de lo que yo había escrito. Le pasé una corta lista de temas para que tuviera en cuenta. Dado el hecho de que Tom no estaba de ningún modo influido directamente por mí, me tranquiliza ver que muchas de sus ideas concuerdan con las mías, tales como la teoría de que el evitar el castigo es uno de los motivos principales por el cual mienten tanto los niños como los adultos. El análisis de Tom de por qué los niños inteligentes mienten menos también encaja con los

descubrimiento que expuse anteriormente de que los niños listos no hacen tantas trampas en los exámenes escolares. Además, como él destaca, en la adolescencia los niños mienten para conseguir una mayor intimidad Y la enorme presión por mantener una condición social puede llevar a mentir.

Aunque acorté algunas frases demasiado largas y arreglé otras para mejorar la gramática, todas las palabras y las ideas son de Tom. He añadido algunos comentarios sobre estos puntos al final del capítulo.

Creo que estarán ustedes de acuerdo en que Tom sabe escribir.

De hecho, está pensando en seguir la carrera de periodista. Aunque algunas ideas puede que le hagan olvidar que tiene catorce años, de vez en cuando alguna de sus defensas más audaces sobre las mentiras le harán recordar de repente su edad.

Paul Ekman

Era el verano de 1986 y acababa de terminar el octavo curso. Mi amigo de Londres, Lucien, estaba conmigo y ambos íbamos a ir a un campamento de vela situado a una corta distancia de nuestra casa de veraneo en Inverness, una pequeña comunidad de Tomales Bay. El campamento era de día, y como se puede suponer practicábamos la vela durante el día. Por la noche los chicos del campamento, de trece a dieciocho años de edad, salían e iban a fiestas. Nosotros éramos los más jóvenes del grupo. Era verano y mi padre trabajaba de miércoles al lunes siguiente en Inverness, regresando a su despacho de la ciudad el martes por la mañana y volviendo a casa el miércoles por la mañana, así que los martes por la noche estábamos solos. (Mi madre se quedaba en la ciudad durante ese tiempo, mientras que mi padre se quedaba principalmente en Inverness, exceptuando esa noche a la semana). Como verán ustedes, no teníamos suficiente edad para asumir la responsabilidad.

Todo empezó un día en que Lucien y yo les contamos a los demás chicos sobre nuestro nuevo jacuzzi. Entonces decidí celebrar una fiesta el martes por la noche, cuando mi padre estuviera ausente. Mi razón para querer celebrar una fiesta sin supervisión de adultos era que si mis padres estuvieran allí los chicos se sentirían coartados, sobre todo con respecto al tema de las bebidas, y yo sabía que mis padres nunca permitirían que los mayores trajeran cerveza.

La fiesta fue estupenda, y nadie trajo cerveza. La gente venía, se daba un baño en el jacuzzi y entraba en la casa, y a mí me pareció que yo iba a salir

ilesos porque nadie rompió nada ni los vecinos se quejaron por el ruido ni nada. A la mañana siguiente llegó el sentimiento de culpabilidad y empecé a preocuparme por ser descubierto. Le dije a Lucien que lo confesaría en el momento en que mi padre llegara a casa. Pero cuando éste llegó estaba de un humor de perros, producido por la tensión del trabajo, la falta de sueño y el hecho de que habíamos descuidado cumplir con las tareas que nos habían sido asignadas. Entonces me sentí demasiado atemorizado para decírselo, y decidí hacerlo más tarde, pero nunca reuní el suficiente valor. En realidad nunca mentí a mi padre, pero alguien de la fiesta había roto un pato de madera que valía cien dólares sin yo saberlo, y cuando mi padre me preguntó cómo había ocurrido, le dije que no lo sabía, engañándole, porque yo sabía que tenía que haber sido alguien de la fiesta.

Transcurrió una semana y pensé que conseguiría ocultar mi fiesta secreta, pero mis padres lo descubrieron por otros padres, y les escandalizó que los chicos que habían estado en la fiesta hubieran dicho a sus padres que los míos habían estado en la fiesta pero se habían mantenido ocultos. El castigo fue bastante severo, pero lo peor fue, con diferencia, que todavía no me dejan quedarme solo en casa casi nunca.

Mis padres se sintieron muy mal porque yo había dado esa fiesta. No creían que fuera capaz de un engaño así. También estaban enfadados porque me habían ofrecido celebrar una fiesta para disfrutar del jacuzzi pero con ellos presentes y entonces yo había dado una cuando ellos no estaban. Se sintieron avergonzados cuando otros padres descubrieron que habían dejado a dos chicos de trece años solos y que habían celebrado una fiesta, y se sintieron irresponsables. Mi imagen se había reducido drásticamente ante sus ojos y ellos sintieron que ya no se me podía considerar responsable, como antes parecía que era. Les gustaba dejarme mi libertad y creían que era estupendo que yo supiera manejarla, pero después de la fiesta estaban preocupados por si se habían equivocado al darme tanta libertad.

La principal diferencia en la manera en que mis padres y yo vimos la mentira radicaba en la pérdida de confianza. Cuando conté la mentira, naturalmente que tuve en cuenta las consecuencias de ser descubierto. Supuse que mis padres se enfadarían por el hecho de que hubiera dado la fiesta, por si se bebía, por el desorden, etcétera. Pensé que sería castigado y que no me

dejarían volver a quedarme solo en casa, pero con todo el jaleo de la fiesta y de todo lo demás, no presté mucha atención a eso.

Mis padres vieron la mentira de una manera muy diferente a la mía. Su disgusto porque yo hubiera celebrado una fiesta sin adultos no era nada comparado con su enfado por el hecho de haberles engañado. Para ellos esto era mucho más grave que cualquier otra cosa, porque de repente yo había hecho algo que no pensaban que pudiera hacer, y después les había engañado. Esto demuestra cómo los hijos y los padres pueden ver una mentira de manera bien diferente.

Para el niño, mentir significa lo mismo que para un adulto. Ofrecer a otro información falsa para evitar, conseguir, engañar, vencer o beneficiarse es lo mismo para los niños que para los adultos. Pero como pueden ver por el relato anterior, los adultos y los niños pueden ver la mentira de maneras diferentes. La diferencia realmente depende de la propia mentira, como verán si siguen leyendo.

## MENTIRAS PIADOSAS

La única categoría de mentira que creo que es virtualmente la misma tanto para los niños como para los adultos es la de las piadosas. Lo que yo considero una mentira piadosa es aquella que beneficia a alguien y que no se espera tenga una gran repercusión. Se suelen decir este tipo de mentiras para no herir los sentimientos de otra persona, como por ejemplo decirle a alguien que te gusta su ropa cuando en realidad no es así. Por lo que puedo ver, este tipo de mentira protectora es igual de común entre adultos que entre niños, al contrario que otros tipos de mentira.

Creo que cualquier mentira que se cuenta para hacer que una situación se pueda tratar más fácilmente, o la que beneficia a alguien, es una mentira piadosa. Entre ellas incluyo las pequeñas mentiras sobre no vaciar el lavaplatos o por qué no estás de buen humor. Por ejemplo, muchas veces cuando regreso a casa después de un mal día en la escuela, estoy de mal humor y deprimido y no tengo ganas de hablar con nadie. Cuando papá o mamá me preguntan qué me pasa, a veces miento para evitar una confrontación y digo que nada, o algo insignificante. Una mentirijilla no es grave cuando la cuentas,

pero potencialmente puede llegar a serlo si es descubierta. Por ejemplo, mentir sobre el tema de vaciar el lavaplatos no es una mentira grave, a menos que siempre evadas tu tarea de vaciarlo, o que mientas repetidamente sobre si lo has vaciado o no. En ese caso la mentira se convertiría en grave, porque podría implicar alguna repercusión por parte de los padres, bajo la forma de un castigo o reprimenda.

## MENTIRAS SOCIALES

Después de las mentiras piadosas viene toda la gama de mentiras sociales, que normalmente son una variante más grave de mentira. En muchos casos, este tipo de mentira es más grave cuando la utilizan los adultos, como en casos de infidelidad. Obviamente, cuanto más importante y fuerte sea la relación entre un hombre y una mujer, más graves serán las mentiras sobre infidelidades. Aunque durante los años de instituto muchos adolescentes se involucran muy en serio en relaciones, en general estas relaciones y cualquier mentira referente a ellas no podrían ser tan graves como en el caso de adultos, donde los problemas se agravan con más sexo y el factor añadido del matrimonio e hijos.

Casi todo el mundo que conozco estaría de acuerdo en que son mucho más honrados y veraces con sus mejores amigos del mismo sexo que con un novio o una novia. Pero muchos también dirían que son más honrados y veraces con su novio o su novia que con sus amigos normales. Así pues, parece que el orden de importancia de la sinceridad en situaciones sociales empieza por los amigos más íntimos, después novios o novias, y finalmente los amigos normales. Todos mis mejores amigos están de acuerdo en que no hay ninguna chica que sea más importante que nuestra amistad, y que si tuvieran que escoger entre su novia o sus amigos íntimos, dejarían a la chica. Esto en realidad pasa muchas veces.

Recientemente presenté una chica a uno de mis amigos y ocurrió que los dos se gustaron mucho. Aunque por alguna razón, la chica (de la que había sido buen amigo) la tomó conmigo y empezó a ser muy desagradable. Mi amigo y yo no estábamos seguros de por qué lo hacía, pero sabíamos que tenía que ver con la creciente relación entre mi amigo y ella. Aunque me hubiera

gustado verles juntos, mi amigo sabía que eso impediría nuestra relación. Debido a ello, decidió olvidar a la chica porque pensó que mi amistad era más valiosa, algo por lo que le sigo estando agradecido.

Durante el curso pasado, un amigo de mi escuela llevó la infidelidad al extremo, engañando a su novia con ¡tres chicas! Es un poco difícil conseguir esconder algo así, pero durante semanas, antes de que su novia pudiera estar segura, él le mentía constantemente y negaba sus sospechas con mentiras. Cuando ésta se enteró, se acabó la relación y su novia no estaba precisamente contenta de que él le hubiera mentido sobre todo el asunto.

Las mentiras sociales que no tienen que ver con relaciones suelen implicar algún tipo de exclusión. Para los niños, es muy importante saber quién es tu amigo y quién tu enemigo, y existen muchos grupos sociales y pandillas (esto desaparece con la edad). Es inevitable que donde existen grupos y camarillas, algunos niños van a quedar fuera. Esto a menudo crea mentiras del tipo que se dicen para mantener a alguien alejado de un grupo.

Recuerdo un día hace algunos años cuando unos amigos y yo estábamos en el autobús haciendo planes para la fiesta de cumpleaños de Mike. De repente nos dimos cuenta de que alguien a quien Mike no quería invitar estaba de pie a nuestro lado. «¿Quién va a dar una fiesta de cumpleaños?», preguntó. Sin prácticamente ni un segundo de vacilación empecé a inventarme una mentira para salir del paso. «Ah, bueno, verás», empecé, «estábamos planeando cómo entrar sin ser invitados en la fiesta de cumpleaños de mi hermana, pero ahora hemos decidido que no funcionaría.» Esta mentira se me quedó en la cabeza porque más adelante la persona a quien mentí descubrió la fiesta y la mentira y sintió que yo le había traicionado. Cuando una mentira como ésta hace que alguien se sienta mal, ya no la puedo llamar mentira piadosa porque es algo más grave y por lo tanto, como en este caso, se debería llamar una mentira social.

Independientemente del hecho de que los adultos probablemente mienten más sobre relaciones de matrimonio, adulterio e hijos, los niños tienen más peso específico en las mentiras sociales, simplemente porque los niños tienen una vida social mucho más activa. Cuando los niños maduran y se convierten en adultos pierden a muchos de sus grupos o pandillas de la infancia. Los adultos todavía se preocupan un poco por sus amigos, pero la actitud general

parece ser que los amigos van y vienen y uno siempre puede hacer amigos nuevos, así que no es necesario disgustarse por asuntos de amigos. Por otro lado, los niños en la escuela tienden a implicarse de manera muy fuerte en temas de amistades y de grupos. La parte principal de la vida de un adolescente es su condición social, cuántos amigos él o ella tiene, y si le dejan o no de lado muchas veces.

En un campamento de verano para familias al que fuimos recientemente, me di cuenta de que esto ocurría. Como era nuestro primer año, no conocíamos a nadie, y parecía que todos los demás hubieran ido allí durante años y que todos se conocían entre sí. Como todos los campistas veteranos se conocían, tenían sus grupos. Eso era así tanto para los adultos como para los niños. La primera noche tanto mi hermana como yo nos sentimos un poco excluidos, porque no conocíamos a nadie y todos los demás se lo estaban pasando estupendamente de fiesta. A mis padres tampoco les iba mucho mejor, así que por curiosidad les pregunté si ellos también se sentían excluidos. Creo interesante comentar que a ellos no parecía importarles. Dijeron que no estaban preocupados por hacer amigos porque ya tenían muchos y que probablemente no volverían a ver más a ninguna de las personas que estaban allí. Además, se tenían el uno al otro, así que para ellos no era importante. Creo que éste es un buen ejemplo de la diferencia entre la reacción de un adulto y de un niño ante las mismas circunstancias sociales.

En cuanto a los preadolescentes, creo que entre cuarto y sexto curso empiezan a pensar en cómo encajan ellos socialmente en su grupo de semejantes. Las mentiras que se cuentan a esa edad temprana son menos graves, simplemente porque a esa edad (y antes) los niños todavía no comprenden todas las potenciales aplicaciones de las mentiras, y sus padres les dicen que no mientan. Yo creo que a esa edad sí existen las mentiras sociales, pero en menor grado porque los niños no son capaces de contar mentiras graves.

Recuerdo una vez en quinto cuando unos amigos y yo llamamos por teléfono a una chica y uno de nosotros le pidió que fuera su novia. Ella dijo que no y nos colgó, pero el lunes siguiente en la escuela dijimos a todo el mundo que había dicho que sí. El propósito de nuestra mentira era ponerla en ridículo. Aunque lo recuerdo como una broma infantil, cuando ocurrió nos

pareció la cosa más divertida del mundo hacer que esa chica quedara en ridículo debido a nuestra mentira.

## MENTIRAS RELACIONADAS CON LA AUTORIDAD

La mayor diferencia entre las mentiras de los adultos y las de los niños es cuando se trata de mentir a figuras de autoridad. Una vez más, la razón por la cual mienten los niños en esta situación viene del hecho de que los niños se meten más en situaciones de este tipo que los adultos. Para un niño, prácticamente todos los adultos son figuras de autoridad, de una manera u otra. Para un adulto, lo que suele caracterizar a una persona con autoridad es una categoría financiera, de negocios o social más alta. Para un niño, normalmente se trata de la edad: la autoridad tiene más edad que tú.

La razón por la cual las relaciones que implican autoridad están relacionadas con la mentira es que generalmente este tipo de relaciones implica un gran escrutinio del lado inferior de la relación por parte del superior. Debido a que se cuestiona gran parte de lo que hace la parte inferior de la relación, se la vigila y es regulada por la parte superior, y la oportunidad de mentir surge con frecuencia. La parte inferior miente sobre lo que ha hecho y la parte superior (aunque con menor frecuencia) miente para pacificar a la parte inferior o para crear un incentivo para que la parte inferior cumpla con un deber, sea el que sea.

Otra razón habitual por la que los adultos mienten a los niños es para encubrir algo o para que los niños no se enteren de algo que según ellos son demasiado pequeños para saber o que no deberían saber. Éste es un tipo de mentira protectora.

Un amigo mío iba a quedarse una noche solo en casa. Sus padres estaban preocupados por si iba a traer amigos a casa —cosa que no le permitían y que él hizo sin permiso la última vez que le dejaron solo en casa— así que se inventaron una mentira para tenerle controlado. Le dijeron que le habían pedido a la vecina de al lado que le vigilara y que, si traía amigos a casa, ella lo sabría y se lo diría a los padres. El niño sabía que no podía hacer nada, así que siguió las normas de los padres. Salió esa noche y volvió solo a casa. Después de un rato, se dio cuenta de que el perro de la familia no estaba. Tras

buscar durante media hora y no encontrar al perro, decidió llamar a alguien y preguntar qué debía hacer. Sus padres le habían dicho que llamara a la policía en caso de emergencia, pero no creyó que el tema fuera suficientemente importante, así que decidió llamar a la vecina de al lado, la que sus padres habían dicho que estaría en casa. Salió el contestador automático y ¡resultó ser que ella estaba en el lago Tahoe! Encontró luego al perro con otro vecino, pero se sintió traicionado por sus padres porque le habían mentido para controlarle.

¿Por qué este tema de las relaciones con la autoridad tiene tanta importancia en las mentiras infantiles? Porque las dos relaciones principales de autoridad que tienen los niños son la de padres/hijos y profesor/estudiante. Estas dos relaciones, en especial la de padres/hijo, crean más situaciones en las que los niños mienten que todas las demás juntas. Los adultos tienen relaciones similares, pero esa cosa de las relaciones con la autoridad disminuye a medida que una persona va cumpliendo años. Puede que los adultos todavía tengan que tratar con sus padres, pero eso genera muchas menos mentiras a esa edad porque les ven menos y viven separados. Esta situación también podría dar pie a mentiras, porque sería difícil para los padres descubrir si el hijo miente, pero el menor contacto eliminaría todas las mentiras que resultan del contacto diario.

El otro tipo de relación con la autoridad, la de profesor/estudiante, también disminuye con la edad. Para un adulto, se transforma en la relación jefe/empleado. En ambas relaciones el individuo está tratando con alguien que le podría hacer la vida más fácil o más difícil. Esto solo ya crea una relación superior/inferior, y en el caso de los niños está el añadido de la diferencia de edad. La relación jefe/empleo tiene ese aspecto de superior/inferior, pero el factor edad desaparece casi por completo porque la relación jefe/empleo se da entre dos personas adultas.

## MENTIRAS A LOS PADRES

¿Por qué los niños mienten tanto a sus padres? Principalmente porque los padres siempre desean el bienestar de sus hijos y por ello están siempre vigilando lo que hacen. Muchas veces los niños intentan ocultar algo, algo que les traería problemas. Creo que la mayor parte de mentiras que se cuentan a

los padres tienen la intención de evitar un castigo o un sermón. Lo que están intentando ocultar podría ser cualquier cosa merecedora de castigo. Naturalmente este tipo de mentiras a menudo tiene que ver con drogas, sexo, o haberse metido en líos. Aunque probablemente las mentiras más habituales sean sobre la escuela. Esto es así porque todos los niños tienen que pasar por ella y es muy importante saber cómo le irá al niño en la vida; evidentemente, los padres estarán muy preocupados y tendrán muchas preguntas. Esto crea una situación estupenda para la mentira porque muchas veces el contacto limitado que los padres tienen con la escuela hará imposible que puedan refutar lo que el niño les cuenta.

Un amigo mío tenía problemas en la escuela con una asignatura. Después de ver lo mal que le iba por el informe del primer trimestre, sus padres se enfadaron mucho. Amenazaron con castigarle y retirarle sus privilegios si las notas no mejoraban. Los padres dijeron que si el próximo boletín de notas no mostraba ninguna mejora, le castigarían bien. Pero incluso con las amenazas de sus padres, siguió sacando malos resultados. Finalmente llegó la época de las notas y él sabía que iban a ser malas. Sus padres realmente pensaban que estaba mejorando porque cada vez que le preguntaban por la clase, él mentía y decía que le iba bien. Se llegó a preocupar tanto de lo que sus padres le harían que robó la hoja con las puntuaciones de esa clase, falsificó una nota mejor e interceptó el informe real. Cuando sus padres vieron la nota, se pusieron muy contentos e incluso le premiaron. He perdido el contacto con este amigo, pero supongo que más tarde o más temprano sus padres descubrirán la falsificación y siento pena por él al pensar qué pasará entonces. Debido a que las mentiras diarias se habían ido amontonando, se vio forzado a correr el riesgo de meterse en problemas mucho más graves de los que hubiera tenido si no hubiera falsificado la nota.

Además, yo creo que los niños mienten por otras cosas por las que no se les castigaría porque quieren mantener una cierta intimidad. Hay cosas que los niños quieren reservarse, por ejemplo cosas que les turban, otras de las que se sienten avergonzados y otras que simplemente no quieren que los padres sepan. Sé perfectamente que la mayoría de niños no les cuenta gran cosa a sus padres sobre sus relaciones con el sexo contrario. Ello se debe normalmente al hecho de que los niños se sentirían turbados o avergonzados de hablar con

sus padres de estos temas, así que lo evitan mintiendo Durante mucho tiempo yo no les dije a mis padres lo que hacemos en nuestras fiestas. No es porque pensara que me iban a castigar, simplemente quería evitar sermones y no me apetecía contarles la verdad.

## MENTIRAS A LOS PROFESORES

Muchas de las razones por las cuales las niños mienten a los profesores son las mismas por las cuales mienten a los padres, pero existen algunas diferencias porque la relación que tienen con los padres es distinta. Hay que tratar con los padres constantemente, y estarán allí gran parte de su vida, así que si pierdes su confianza podrías tener que vivir con eso mucho tiempo. Los profesores, por otro lado, sólo están contigo de un trimestre a cuatro años, así que se les cuenta otro tipo de mentiras. Al contrario que con los padres, a quienes ves constantemente, solamente ves al profesor una vez al día en la escuela, y generalmente los niños intentan causar una mejor impresión durante la clase porque te ponen nota basándose en tu actuación de cuarenta minutos una vez al día.

Creo que la mayoría de niños están menos dispuestos a mentir a un profesor que a los padres, porque es más difícil hablar con los profesores si te descubren y, al fin y al cabo, el profesor es el responsable de ponerte nota, lo que le confiere a él o a ella mucho poder. No obstante, como los profesores siempre están vigilando a sus estudiantes (como los padres vigilan a sus hijos) siempre existirá algún engaño por parte de los niños debido a la relación de superior/inferior que surge entre estudiantes y profesores.

Evidentemente, las razones principales por las cuales los niños mienten a los profesores están relacionadas con temas escolares. Por ejemplo mentiras sobre los deberes, copiar en un examen y trabajos realizados en la escuela. También se miente mucho sobre temas de puntualidad, comportamiento en la escuela y fuera de ella. Todos estos tipos de mentira hacen que en la escuela se mienta bastante.

Yo personalmente nunca hago trampa en los exámenes. Es demasiado arriesgado, te podrían llegar a expulsar de la escuela. Pero sí lo he hecho, como casi todo el mundo, en algunos cuestionarios porque sé que no son

importantes y que no me van a castigar si me descubren.

Se podría dar la vuelta al tema y mirarlo desde otra perspectiva. La gente podría pensar que los niños serían menos reticentes a mentir a los profesores que a los padres porque las consecuencias sólo durarían el tiempo que el estudiante mantiene una relación con el profesor, cosa muy distinta a la relación con los padres, que puede durar hasta su muerte. Yo no creo que esto sea así. Si un niño le miente al profesor, se podría ver reflejado en las notas, que afectan a la vida futura del niño. No obstante, con los padres se puede volver a ganar el respeto y el niño tiene mucho más tiempo para enmendarse.

Casi todo el mundo que conozco ha mentido acerca de los deberes en repetidas ocasiones. Es algo que se da, especialmente porque el profesor normalmente no tiene tiempo de descubrir si estás mintiendo o no. Asimismo casi todos los niños que conozco han mentido sobre el tema de copiar o hacer trampas, en exámenes y trabajos hechos en clase. El tipo de cosa que ocurría en nuestra clase de ciencias del año pasado combina constantemente las tres mentiras estudiante/profesor que he mencionado en un solo período repleto de mentiras. En primer lugar, nuestro profesor nos pedía los deberes. Muchos mentían y se inventaban excusas falsas como no terminar el laboratorio, haberse olvidado el libro, o alguna historia creativa. Después, cuando terminaba la clase, el profesor nos preguntaba si habíamos tomado notas. ¡Todos decíamos que sí las habíamos tomado y nos las copiábamos después!

## ¿ESTÁ MAL MENTIR?

Acabo de escribir muchas páginas sobre las mentiras de los niños. Pero ¿está bien mentir? Lo que he escrito no tiene intención de animar a mentir, simplemente lo explica.

¿Está mal que una persona comunique información falsa de manera intencional a otra para así conseguir algo? La opinión general, tanto de niños como de adultos, es que algunos tipos de mentira son buenos y otros son malos. La cuestión es: ¿dónde trazamos la línea divisoria? Creo que todos los niños y adultos estarían de acuerdo en que las mentiras piadosas son buenas. Casi todo el mundo, niños y adultos, las cuenta frecuentemente. Pueden hacerlo conscientemente e incluso inconscientemente, por hábito. Cuando alguien me

pregunta si me gusta la ropa que lleva, normalmente digo que sí, incluso sin pensar mucho en ello. Si no tuviéramos este tipo de mentirijilla, se herirían muchos sentimientos. El propósito de hacer una pregunta como la mencionada no es tanto pedir un comentario sincero sobre la ropa que él o ella lleva puesta, más bien es pedir que el otro nos refuerce el ego, porque se espera que el otro nos conteste que sí, aunque ello implique mentir.

Los niños no sienten remordimiento, o muy poco, por decir este tipo de mentiras, siempre y cuando el propósito sea bueno. Lo del buen propósito incluye intentar evitar meterse en líos. Los niños tienden a aprobar las mentiras sobre cosas como la hora en que te acostaste. Si la mentira funciona y hace que el niño evite un problema, ¿qué hay de malo en ella? No se hace daño a nadie, y sigue el viejo refrán que dice que «ojos que no ven, corazón que no siente». Esta manera de pensar parece ser cierta para el razonamiento de los niños acerca de todo tipo de mentiras: siempre y cuando no se haga daño a nadie, ¿qué hay de malo?

En una relación se desaprueban las mentiras. Aunque la mayoría de niños admiten que puede ser necesario mentir en una relación, se cree que las mentiras deberían ser pocas y que el chico y la chica deberían ser sinceros uno con el otro. Ello es así porque en una relación se supone que el chico y la chica deben ser fieles, sinceros, veraces y otras cosas de este tipo.

Debido a que en una relación se supone que hay que seguir estas «reglas» no escritas, es mejor mentirle a un amigo que a la pareja. Las «reglas» no escritas para ser un buen amigo prácticamente no existen, así que mentirle a un amigo es un tema mucho menos tabú. No obstante, todo el mundo reconoce que a menudo hay motivos por los cuales mentir en una situación social, y siempre y cuando se haga sin hacer daño a nadie, se considera correcto. Por ejemplo, ¿qué pasa si un chico le miente a su novia sobre haber visto a su ex, que volvió a casa para el fin de semana del internado? Es correcto que mienta porque no está siendo infiel, le evita una discusión y hace que la novia no se disguste por algo que no tiene importancia. Pero si él la engañara y ella lo descubriera, entonces, por supuesto, la mentira es mala.

Mentir en la escuela parece ser algo que los niños defienden menos. Aunque muchas personas opinan lo mismo sobre este tema que los niños con respecto a las mentiras piadosas y las mentiras sociales, también hay muchas

otras que no lo aprueban. Eso es por la manera en que nuestra sociedad está montada y cómo se les enseña a los niños desde que nacen que la escuela es tan importante y que hay que escuchar lo que dice el profesor. Con todo este respeto inculcado hacia las instituciones educativas, no es extraño que muchos niños sientan que mentir a los profesores es un tema tabú. Los profesores también son quienes ponen las notas, lo que les da mucho poder y les hace ganar respeto.

Pero nadie respeta en realidad tanto a la escuela, así que la mayoría de niños no creen que esté mal mentir sobre cosas menores como los deberes o la puntualidad. No obstante, con respecto a las mentiras sobre hacer trampa en exámenes, romper las reglas y cosas similares, muchos niños creen que mentir a los profesores está mal, debido a su posición de autoridad.

Pero no es lo mismo con los padres. Todos los niños del mundo han mentido a sus padres muchas veces. En general, los niños parecen creer que muchas veces es necesario mentirle a los padres y que es correcto hacerlo. Los padres están contigo toda la vida, no sólo hasta el fin del semestre, y por lo tanto es imposible portarse bien todo el tiempo y no mentir. Asimismo, debido a que los niños saben que tienen que mentir alguna vez, mentir a los padres se convierte en algo casi natural y correcto. A veces se transforma en un pequeño concurso para ver lo listo que uno puede ser y no ser descubierto. Este tipo de cosa es más peligrosa con los profesores; los castigos sólo duran un tiempo, las notas son para toda la vida.

No vale la pena escribir sobre las pequeñas mentiras que se cuentan a los padres, porque son muy comunes y todos los niños están de acuerdo en que es correcto contarlas. Las mentiras más gordas, como las de temas de drogas, sexo y la escuela, son menos corrientes y los niños no las aprueban tanto. Casi todos los chicos con quienes hablé sobre las mentiras importantes estaban divididos o se sentían inseguros sobre contar este tipo de mentira a los padres. Muchos dijeron que a veces es necesario y otros que no se debería hacer con frecuencia y que no es correcto. Parece que las opiniones están divididas en un 50 % sobre si contar mentiras importantes a los padres está bien. Si tuviera que describir el tipo de persona que representa cada opinión, diría que los que sostenían que a veces es necesario contar mentiras grandes a los padres en general eran los que tenían más relaciones sociales y que sacaban notas no

muy buenas. Yo atribuyo esto al hecho de que las personas que no van muy bien en la escuela están más acostumbradas a mentir, por las cosas que hacen con sus amigos y porque tienen que mentir más sobre la escuela.

Es difícil definir algún tipo de mentira que no encaje en la categoría de mentirijilla o mentira piadosa, mentira social, la que contamos en la escuela o del tipo hijos/padres. Lo primero que se me ocurre cuando pienso en algún tipo de mentira diferente a las anteriores es mentirle a la taquillera del cine. Tengo esto en la cabeza porque lo he hecho muy a menudo. A todos los niños a quien conozco les parece bien, y su excusa es que el cine ya gana bastante dinero, así que no importa. Mis padres están totalmente en desacuerdo y dicen que no existe motivo alguno para mentir; tenemos el dinero, dicen, y no necesitamos mentir.

## CONSEJOS A LOS PADRES

Enfréntese a ello: su hijo le mentirá hasta que uno de los dos muera. No hay manera de evitarlo. Le habrá mentido en el pasado y le mentirá en el futuro. Como padre, hay poco que pueda hacer para evitar que sus hijos le mientan. Como dije antes, con el tipo de relación parte superior/parte inferior que se da en una relación padres/hijos, no hay manera de evitar las mentiras. Pero si quiere que su hijo deje de mentir totalmente, si quiere intentar desanimarle y que no mienta, siga leyendo.

Me temo que no tengo una solución milagrosa para que los niños dejen de mentir. Es algo en gran parte inevitable, y habían mentiras que usted no podría haber evitado. Pero si crea más situaciones en las que su hijo se sienta menos obligado a mentir y pueda decir la verdad, entonces existirá una gran diferencia en la cantidad de mentiras que cuente su hijo.

Creo que las mentiras piadosas tendrían que ser totalmente descartadas de este apartado. En cuanto a las mentiras sociales, las de la escuela y cualquier otro tipo de mentira en la que su hijo le está mintiendo a alguien más aparte de usted, es difícil evitar que su hijo las cuente. Muchas veces usted no tendrá manera de saber siquiera si se contó una mentira. Lo único que se me ocurre para evitar que el niño mienta fuera del hogar es solamente hacer lo que probablemente ya ha estado haciendo: sermonear a su hijo sobre lo que está

bien y lo que está mal. Ahora no le puedo decir exactamente qué debería enseñar a sus hijos, pero aunque es algo que nos fastidia a todos, la mejor manera de enseñar algo a un niño y hacer que lo recuerde es la repetición. Desde una edad temprana, debería empezar a enseñar a sus hijos qué es lo que usted piensa sobre el tema de las mentiras, si quiere evitar que mientan. Aunque muchos niños americanos van a odiarme por decir esto, la la verdad del asunto es que los sermones repetitivos funcionan y son eficaces. Las mentiras en el hogar son algo sobre lo que usted, a diferencia del otro tipo de mentira que acabo de comentar, sí tiene control. Aunque a veces puede evitar este tipo de mentiras con sermones, también cuenta con el doble poder de interrogar y castigar.

El interrogatorio se debería hacer con calma y no con una voz airada. Yo a veces he tenido miedo de contar la verdad a mis padres, simplemente porque están de mal humor y ello me hace sentir intimidado y que no quiera decir la verdad. Aunque antes y después del interrogatorio probablemente prefería confesar y librarme del sentimiento de culpabilidad y de las consecuencias, cuando llega la hora de la verdad normalmente lo único que intento hacer entonces es salvarme y no pienso en las posibles repercusiones.

Una técnica útil que suele llevar a la verdad es negociar. Ofrecer reducir el castigo si el niño confiesa en lugar de seguir con la mentira puede resultar muy tentador para el niño, especialmente si él o ella tienen dudas sobre la credibilidad de su mentira. Asimismo, creo que funciona mejor si se empieza a interrogar con cosas pequeñas, para que su hijo no se sienta tentado a hacer de todo una gran mentira, simplemente porque la primera pregunta le asustó. Si sospecha que su hijo ha bebido, no le pregunte directamente: «¿Has estado bebiendo?». Tómesele con calma y empiece preguntando cosas como: «¿Dónde has estado?» y «¿Qué has hecho?». Si pregunta con calma y de manera razonable, su hijo sentirá menos necesidad de mentir.

Aunque eso también me ganará el odio de muchos niños de América, voy a revelar los mejores castigos de mis padres, que se pueden utilizar como factor disuasivo. Cuando era más joven y mis padres me pillaban mintiendo, me hacían escribir de cincuenta a quinientas veces la misma frase: NO MENTIRÉ A MIS PADRES, NO MENTIRÉ A MIS PADRES, NO MENTIRÉ A MIS PADRES... Este castigo era bastante eficaz, porque odiaba tener que escribir

esas frases. Ahora que soy un poco mayor, los dos castigos favoritos de mis padres son ponerme una multa o hacerme trabajar para ellos sin cobrar. Créanme, estas tres técnicas funcionan, y si las utilizan como castigo o factor disuasivo contra las mentiras, les puedo garantizar su eficacia.

Aun con los suficientes sermones, interrogatorios y castigos, no podrá conseguir que su hijo deje de mentir completamente, pero sí reducirá la cantidad, la gravedad y la frecuencia de sus mentiras.

Comentarios de Paul Ekman:

Todavía le resulta difícil a Tom comprender que celebrar una fiesta secreta y no contárnoslo después fue una mentira. Pero lo importante es lo que dijo sobre que mi mal humor había hecho que le resultara difícil confesar lo que había hecho. No creo que se inventara después la excusa. El doctor Thomas Lickona ha escrito que «el miedo a la cólera paterna es sin duda la causa más importante de las mentiras de los niños. Así que, si quiere que su hijo sea sincero con usted, intente minimizar el temor a su enojo como obstáculo»<sup>[1]</sup>.

Mi propio padre tenía un carácter explosivo y una mecha muy corta. Se podía poner violento físicamente con poca provocación. He luchado toda mi vida para controlar este tipo de cólera, y nunca me he acercado a la violencia. Los comentarios de Tom me han ayudado a dar un paso más para alejarme de mi frecuente reacción airada ante sus malas acciones. No siempre puedo evitar sentirme enojado, pero he mejorado un poco y evito actuar o hablar cuando siento cólera en mi interior. Tom ha aprendido a recordarme que no me enoje o que no actúe de manera exagerada, y acepto este consejo con admiración por su capacidad de tratar conmigo. Tom también tiene la mecha corta para enfadarse. El compartir este problema afortunadamente no ha conducido a batallas, sino a una cierta comprensión de aquello con lo que ambos tenemos que luchar interiormente.

Sobre el tema de dejar a los adolescentes solos: sigo creyendo que nos equivocamos al poner toda esa tentación frente a dos muchachos de trece años, dejándolos solos toda la noche una vez por semana.

Sobre la confianza: en su primer borrador, Tom no mencionaba el tema. Cuando le pregunté acerca de la pérdida de confianza, reaccionó con sorpresa

por haberlo olvidado.

Sobre las relaciones entre inferior/superior: Tom aporta un tema que yo no tuve en cuenta sobre la diferencia de condición entre padres e hijos, entre lo que él llama la parte superior y la parte inferior. En los talleres que imparto sobre el tema de las mentiras suelo avisar a los padres de que no actúen como policías. Les pregunto con qué frecuencia mentirían ellos si tuvieran a alguien parecido a un policía de tráfico viviendo en su casa, atrapándoles cada vez que transgredieran una regla menor.

Sobre las lecciones de moral de los padres: el que Tom hablara de educación moral fue una sorpresa para mí. Mi esposa y yo sacamos noticias de los periódicos una o dos veces por semana y las comentamos con los niños, hablando de lo que sería correcto hacer. Esta es la primera vez que me hace saber que piensa que esas sesiones son de alguna utilidad.

Sobre la «negociación»: no estoy de acuerdo con Tom en este punto. Creo que se debería hacer saber a los niños que la mentira casi siempre es peor que la mala acción que están intentando encubrir, y que usted estará mucho más disgustado si le mienten que si le cuentan lo que han hecho mal. Pero no creo que tenga que ponerse a negociar directamente sobre el tipo de castigo. Puede que el tema no siempre implique un castigo.

Cuando yo creo que Tom o Eve han hecho algo sobre lo que se pudieran sentir tentados a mentir, intento evitar esa tentación antes que poner las cosas de tal manera que se sientan obligados a mentir. No les digo: «No te castigaré si me dices si hiciste esto o aquello». Cuando estoy seguro de que uno de ellos ha vuelto a casa más tarde de la hora que les marco, antes que decir: «¿A qué hora llegaste anoche?», les diría: «Te oí llegar bastante tarde anoche. ¿Qué ocurrió para que tuvieras que incumplir tu horario?». Si no estoy tan seguro, podría decir algo como: «Antes de que digas nada, quiero que pienses antes de contestarme. Creo que es posible que anoche volvieras más tarde de tu hora límite. Por favor no me mientas si lo hiciste; eso sería mucho peor que incumplir las normas. Pero sabes que las normas tienen una razón de ser, y yo tengo que saber por qué las rompiste».

## 5.

# ¿Cómo pueden enfrentarse los padres a las mentiras de sus hijos?

*Mary Ann Mason Ekman*

*Le pedí a mi esposa, Mary Ann, que escribiera este capítulo y el siguiente porque su experiencia como historiadora y abogada familiar, así como por ser autora de un libro reciente sobre la condición de las mujeres y de los niños, enriquecería y aumentaría las ideas que yo tenía pensadas para este capítulo. Este se basa en las investigaciones descritas en anteriores capítulos, pero también aporta nuestra experiencia y puntos de vista como padres.*

Como abogada especializada en temas familiares, he podido ver que estamos en un tiempo muy confuso para educar a niños decentes y morales. No es sólo que las drogas o la violencia en televisión puedan llevar a los niños por el mal camino. Los patrones familiares han cambiado irrevocablemente. El gran número de familias con un solo padre o madre y las madres que trabajan fuera del hogar hace que los viejos patrones de educación infantil resulten problemáticos. ¿Pero acaso tenemos una sabiduría nueva con los que poderlos reemplazar? Nuestras fuentes tradicionales de consejo y apoyo, la comunidad y la Iglesia, se han debilitado en nuestra cultura cada vez más urbana y secular. Tenemos muchas preguntas como padres, pero pocas respuestas.

Cuando descubrí que nuestro hijo, Tom, entonces de trece años, nos había mentido después de celebrar una fiesta en nuestra ausencia, mi primera reacción fue la cólera. Al irse ésta aquietando, mis emociones pasaron primero al miedo y después a la culpa. Mi miedo era por si mi hijo cogía el camino de la delincuencia juvenil grave. Habían habido otros indicios de problemas en la escuela mentiras crónicas sobre deberes no hechos, clases interrumpidas y falsas excusas. Ninguno de esos incidentes era especialmente grave, pero estaba claro que se estaba desarrollando un patrón peligroso.

Cuando la culpa gradualmente sustituyó al miedo, empecé a hacer un examen de conciencia como madre. Éste era el hijo de una madre que trabajaba fuera del hogar y que se había pasado buena parte de sus primeros años en una guardería. Era un niño que había pasado por el doloroso divorcio de sus padres a la sensible edad de cuatro años, y había vivido la confusión de mi vida hasta que conocí a Paul y me volví a casar. En resumen, se trataba de un niño que había experimentado las condiciones de la vida moderna corrientes para su generación, pero que no lo habían sido para generaciones anteriores de niños. ¿Estaba viendo los alarmantes resultados de la forma en que educamos ahora a nuestros hijos? (Más adelante en este capítulo intentaré tocar el tema de algunos de los problemas especiales asociados con las mentiras y el divorcio. También examinaré la importante influencia de las guarderías y centros de atención infantil sobre el desarrollo moral del niño).

Reflexioné sobre su educación moral. No pertenecemos a ninguna religión, pero con toda seguridad le habíamos enseñado a ser honrado. Habíamos pasado más de una cena familiar discutiendo las mentiras y el efecto que éstas tienen sobre los demás. Recuerdo un incidente o dos sobre mentiras de su infancia —ahora me parecían tan inocentes— cuando le obligamos a escribir varios centenares de veces: «No mentiré».

Después reflexioné sobre nuestra vida cotidiana. ¿Practicábamos lo que predicábamos? Durante la semana siguiente al descubrimiento de la mentira de Tom observé atentamente mi propio comportamiento. Me pillé a mí misma diciendo ocho mentiras, dos de ellas a mis hijos. Eran del tipo de mentira que no es importante —de hecho, muchas personas opinarían que no se trataba tan siquiera de mentiras—. Por ejemplo, le dije al vendedor de aspiradoras que llamó a la puerta que acababa de comprar una nueva. Le dije a la chica que

vigilaba el parquímetro que acababa de entrar en la tienda en ese preciso instante. Y le dije a mi madre por teléfono que me encantaba la blusa que me había enviado para mi cumpleaños aunque, en realidad, me parecía horrible. Las mentiras que les conté a mis hijos eran, pensé yo, inofensivas. Le dije a mi hija de seis años (en broma) que era diez años más joven de lo que soy, aunque no suelo mentir acerca de mi edad, y le dije a mi hijo que cuando yo era adolescente mi hora límite de llegar a casa eran las diez y media, cuando en realidad no recuerdo la hora exacta.

Estas mentiras fueron simplemente de conveniencia. No gané nada, o bien poca cosa, contándolas, y podría haber dicho tranquilamente la verdad sin consecuencias graves. Eran mentiras que no tenía necesidad de contar. Aún peor, ni siquiera me di cuenta que las decía hasta que me puse a observar mi propia conducta.

## MENTIRAS DE LOS PADRES

Quizá lo primero que los padres deberían tener en cuenta cuando se preocupan por las mentiras de sus hijos es la propensión que ellos mismos tienen a mentir. Esas pequeñas mentiras de conveniencia, las así llamadas mentiras piadosas, puede que no signifiquen gran cosa para un adulto. Pero los niños, que tienen una perspectiva menos sofisticada, probablemente las vean como auténticas mentiras.

Los padres realmente son el modelo vivo más importante para el niño, sobrepasando incluso al poderoso profesor, que desaparece con la llegada de las vacaciones de verano. Los investigadores siguen descubriendo que uno de los factores de predicción principal para las mentiras infantiles es la actitud paterna con respecto a las mentiras. Los doctores Hartshorne y May, en su extenso estudio sobre las mentiras infantiles, que Paul describió en el capítulo 2, descubrieron que ello es cierto. Otros dos estudios han corroborado que los niños que mienten con más frecuencia provienen de hogares en los que los padres también mienten o transgreden otro tipo de normas<sup>[1]</sup>. No hace falta que los padres tengan una conducta delictiva. Las pequeñas transgresiones cotidianas, como el engañar en la declaración de renta o mentirle a la patrulla de tráfico cuando nos hacen parar el vehículo, no fomentan precisamente niños

sinceros.

Y los padres deben tener en cuenta con qué frecuencia y de qué manera mienten a sus hijos. ¿Acaso las mentiras que contamos a los niños no son a veces justificadas? ¿O es que la experiencia mágica de la infancia no se vería disminuida sin el estímulo de Papá Noel o del Ratoncito Pérez? ¿No le estamos haciendo un favor al niño cuando le ofrecemos una versión suavizada de los problemas de un divorcio conflictivo?

Para proteger a nuestros hijos de lo que nosotros como adultos consideramos la dureza y la injusticia del mundo, les solemos mentir más de lo necesario. Tanto Papá Noel como el Ratoncito Pérez pueden ser fantasías valiosas de la primera infancia, igual que los cuentos y las canciones de antes de dormir. No obstante, en algún punto, normalmente entre la edad de cuatro y seis años, según los psicólogos del desarrollo, el niño necesita distinguir la realidad de la fantasía. Debemos ser coherentes con el niño y no intentar mantener la fantasía.

Durante este período crítico de los cuatro a los seis años el niño se vuelve capaz de comprender muchas más cosas. Ésta es la oportunidad para los padres de establecer un hábito de sinceridad que le acompañe toda la vida. Un niño puede aprender que las buenas acciones no siempre se ven recompensadas, que a veces los padres se pelean o cometen errores, y que los niños no siempre tienen la prioridad. Algunos padres deciden ser sinceros sobre el tema de la muerte cuando éste aparece en la vida del niño. El niño debería poder tratar con el hecho angustioso de que la muerte a veces viene demasiado pronto, o con gran dolor. El tratar con el divorcio de los padres es un asunto más difícil, que discutiré más adelante en este capítulo. Por desgracia, este acontecimiento, el más crítico para los padres de tratar con sus hijos, ocurre en un momento en que los padres cuentan con menos recursos para enfrentarse a él.

Bruno Bettelheim, en su revelador libro sobre los cuentos de hadas tradicionales, *The Uses of Enchantment*, destaca el valor de exponer a los niños al conflicto entre el bien y el mal. Explica que:

Contrariamente a lo que ocurre en muchos cuentos infantiles modernos, en los cuentos de hadas tradicionales el mal tiene la misma presencia que la virtud. En prácticamente

todos los cuentos de hadas el bien y el mal se personalizan bajo la forma de algunos personajes y sus acciones, ya que el bien y el mal son omnipresentes en la vida real, y la propensión hacia ambos está presente en todo ser humano. Es esta dualidad la que plantea el problema moral y solucionarlo requiere una lucha<sup>[2]</sup>.

Puesto que nuestros cuentos infantiles modernos hacen hincapié en los aspectos luminosos de la vida y evitan tocar temas como la muerte o la vejez, los padres modernos muchas veces quieren proteger a sus hijos de algunas situaciones de la vida real que no son agradables. Pero el protegerles con mentiras edulcoradas muchas veces lo que hace es aumentar, en lugar de disminuir, la ansiedad del niño. El niño que ve que uno de los padres o de los abuelos está sufriendo no quiere oír que todo va bien, él ya sabe que eso no es así. En lugar de ello, los padres deberían ofrecer al niño más información para ayudarlo a tratar con sus ansiedades por un problema bien real.

Pero los padres pueden ser sinceros sin tener que revelar detalles que pueden no ser apropiados para la edad del niño. Para un niño que descubre que han violado a una chica vecina, es mucho mejor decirle: «A Janie le han hecho daño. La policía encontrará al hombre que le hizo daño. Cuando seas mayor te explicaremos más cosas sobre lo que le ha pasado a Janie», que decirle: «Janie está en el hospital porque se puso enferma».

## INTIMIDAD

Jimmy, de seis años, tenía pesadillas ocasionales, «monstruos nocturnos», las llamaba él. Tenía la costumbre de meterse en la cama de sus padres cuando le ocurría eso. Una noche encontró la puerta de su dormitorio cerrada. Por la mañana acusó a su madre, muy enfadado, de haberse encerrado para dejarle fuera. Turbada, su madre, Alicia, que no quería admitir que habían cerrado la puerta para hacer el amor, le dijo a Jimmy que había sido un error y que no volvería a ocurrir.

En esa edad crítica de entre cuatro y seis años, el niño también puede aprender que no tiene por qué saberlo todo. Los adultos tienen espacios privados que están fuera de los límites infantiles. Muchas veces esta información restringida tiene que ver con el sexo, pero también podría tratarse de escándalos familiares o chismes del vecindario. Por supuesto, los padres

tienen derecho a cerrar la puerta de su dormitorio. Cuando se les pregunta, pueden explicar que los padres tienen ciertas actividades que son privadas y solamente para adultos. Eso no significa que los padres deberían mantener en secreto el tema del sexo. Existe un acuerdo entre los psicólogos del desarrollo que hay que educar a los niños gradualmente sobre el sexo desde el primer momento en que pueden formular una pregunta relevante. Naturalmente, un niño de cuatro años no necesita tanta información detallada como un chico de catorce. Pero ni el de cuatro ni el de catorce necesitan que sus padres les expliquen su vida sexual, que para la mayoría de familias es una parcela de la intimidad de los padres.

La intimidad es una vía de doble dirección. Si los padres no quieren fomentar la mentira, no solamente tendrán que ser francos en cuanto a su propia necesidad de intimidad, también deberán tener la misma cortesía con sus hijos. Una de las grandes tensiones entre padres e hijos es la necesidad creciente del hijo de ser cada vez más independiente, y por tanto guardar más secretos, y la necesidad igualmente fuerte pero opuesta que los padres tienen de proteger, controlar y guiar. Se ha convertido en parte de nuestro bagaje cultural que esta tensión regularmente explote en un combate a gran escala durante la adolescencia. No obstante, ya en la infancia existen ocasiones para el conflicto sobre el tema de la intimidad.

Los niños mienten frecuentemente a los padres para proteger lo que ellos consideran su vida privada. Cuando una niña de siete años regresa de una fiesta de cumpleaños, probablemente responderá sincera y alegremente a las preguntas de su madre sobre quién había, qué comieron y a qué juegos jugaron. A los catorce años, esta misma niña puede contestar de manera apática, evasiva o directamente con mentiras. Las mentiras y las evasiones se pueden dar porque cree que su madre desaprobará las respuestas sinceras, porque está reafirmando su independencia, o porque cree que eso no es asunto de su madre.

Los niños de sexto curso viven en dos mundos: el de sus compañeros de la misma edad y el de sus padres. Según los estudios del doctor Berndt, que se describen en el capítulo 2, el mundo de los semejantes tiene una influencia mayor sobre los primeros años de adolescencia que el de los padres. Los adolescentes mantienen la división entre estos dos mundos no hablando sobre

los padres a sus compañeros, y no hablando de sus compañeros a los padres. Un adolescente puede considerar que las preguntas de sus padres sobre sus amigos son una intrusión hostil en su mundo privado.

Pero incluso la niña de siete años desarrolla áreas de intimidad. Puede que no le guste que le pregunten si tiene novio o no, y puede que no quiera que ningún varón la vea sin toda la ropa, incluidos probablemente los miembros de su familia.

¿Cómo podemos proteger y guiar a nuestros hijos a menos que sepamos lo que pasa en sus vidas? ¿Podemos aceptar la respuesta estándar «nada» a la pregunta diaria: «¿Qué pasó hoy en la escuela?»? No existe respuesta fácil a este problema universal. Todo padre «necesita tener» alguna información, pero cuánta depende de la edad del niño y del concepto que los padres tienen sobre su deber fundamental de proteger y guiar a su hijo.

Hablemos de sexo, un tema crítico de preocupación para todos los padres, que se acelera al ir acercándose el niño a la adolescencia. ¿Qué «necesitan saber» los padres sobre la actividad sexual de su hijo? Si los padres tienen derecho a la intimidad en su propia vida sexual, ¿tiene el hijo el mismo derecho a la intimidad?

Lo mínimo que todos los padres «necesitan saber» es si se da el caso de abusos sexuales. Para un niño pequeño esto incluye el tocamiento no autorizado o los abusos sexuales por parte de adultos o de otros niños. (Trataré de la complicada controversia concerniente a las mentiras y a los abusos sexuales en el próximo capítulo). Pero los padres están divididos en cuanto a si «necesitan saber» sobre besos y tocamientos entre niños pequeños de la misma edad. Muchos padres creen que eso no es más que un comportamiento inocente y una parte natural del desarrollo. Otros tendrán una gran convicción de que deben proteger a sus hijos de lo que ellos consideran una conducta promiscua.

Los padres tampoco se ponen de acuerdo sobre lo que «necesitan saber» acerca de la actividad sexual de sus adolescentes. Aunque todos los padres estarían de acuerdo en que necesitan saber si se dan abusos sexuales en forma de fuerza o violencia, o de explotación por adultos, muchos padres creen que más allá de eso ellos no «necesitan saber», y muchas veces no quieren saber, la naturaleza de la actividad sexual de sus adolescentes. Otros padres tienen la

convicción de que deben proteger a su adolescente de una actividad sexual prematura. Por lo tanto tienen que saber qué, dónde y con quién están sus hijos todo el tiempo. Algunos padres sienten que deben proteger a sus hijas, pero no a sus hijos.

No se trata de qué está bien o qué está mal acerca de las diferentes actitudes paternas hacia la conducta sexual de sus hijos. En una cultura pluralista siempre existirán puntos de vista diferentes sobre el sexo y otros tipos de conducta de los hijos. El tema es si los padres han tenido bien en cuenta lo que «necesitan saber» y qué pueden aceptar como una parcela privada de la vida de su hijo. Si se trata de un espacio privado que previamente se ha acordado, el niño tiene derecho a permanecer en silencio o a decir: «Eso pertenece a mi intimidad», igual que pueden hacerlo los padres sobre la puerta cerrada de su dormitorio.

Por desgracia, la mayoría de padres viven día a día, de crisis en crisis. Raramente se toman el tiempo de pensar atentamente sobre qué es lo que ellos «necesitan saber». Es incluso más raro que discutan el tema con su hijo. Un niño se puede ver forzado a mentir sobre algo, antes que decir: «Eso pertenece a mi intimidad». No se da cuenta de que puede tener esa opción.

Quizá como padres podamos confeccionar una lista mental de lo que «necesitamos saber», que podemos ir revisando a medida que el niño crece. Una lista así podría incluir:

- La conducta de los amigos
- Dónde están los hijos en su tiempo libre
- Información sobre amigos
- Comportamiento en las fiestas
- Actitud hacia las comidas entre horas
- Programas de televisión que ven
- Deberes escolares realizados
- Conducta en la escuela

Para los niños mayores podríamos incluir también:

- Comportamiento sexual con los compañeros de igual edad

- Consumo de drogas
- Consumo de alcohol
- Paseos en coche con otros amigos
- Cómo conducen el coche

Una vez hayamos decidido, como padres, aquello que sin falta «necesitamos saber», podemos dejar claro todos esos temas a nuestro hijo, junto con las razones de esa necesidad. Al mismo tiempo, podemos dejar claro que él todavía cuenta con espacios íntimos que no tiene que revelarnos. Por ejemplo, podemos decir que sus conversaciones telefónicas y las cartas son asunto privado. Algunos padres creen que la habitación del hijo es una zona totalmente restringida a la que sólo se puede entrar con el permiso del niño.

Ann, la madre de un chico de quince años, me dijo: «Su habitación estaba asquerosa, una auténtica pocilga. Se enfurecía cada vez que yo entraba para limpiarla. Y yo me ponía furiosa porque él no la limpiaba. Estábamos siempre enfadados el uno con el otro. Finalmente decidí que no podía soportar las peleas y renuncié. Ahora podemos bromear sobre ello. Sigue siendo una pocilga, pero por lo menos nos volvemos a hablar».

No todos los padres podrían aceptar esta solución, pero podrían llegar a algún compromiso que permitiera al niño tener su espacio íntimo.

## MENTIRAS Y AMISTAD

Otro tema crucial en el que los padres pueden fomentar la sinceridad en los niños es en la observación de los amigos de sus hijos. Hartshorne y May comentaron: «En asuntos humanos, aquellos que van juntos acaban pareciéndose»<sup>[3]</sup>. Descubrieron que los niños que mienten tienen amigos que mienten. En una situación creada en un aula, observaron que los niños que hacen trampa (no copiándose los exámenes entre ellos) normalmente se sientan al lado de otros que también las hacen. Otros estudios más recientes señalan que el niño que se sienta cerca de uno que copia en un examen escolar, tiene más posibilidades de hacerlo él también en el próximo examen<sup>[4]</sup>.

Estos estudios científicos solamente confirman lo que los padres han sabido desde siempre: los malos amigos pueden causar problemas graves a

sus hijos. Los padres siempre han sabido eso, pero la mayoría se sienten impotentes para controlar las amistades de sus hijos. Esta impotencia crece a medida que el niño se hace mayor. Y cuanto más mayor el niño, más permeable es a la influencia del grupo de semejantes. Mi amiga Martha, quejándose de la mala conducta y de las malas notas de su hijo Ben, de trece años, decía: «Creo que gran parte de su mala conducta es por imitar a su amigo Matt. No me gusta Matt, no creo que sea sincero conmigo. Sé que miente constantemente a sus padres. Pero ¿qué puedo hacer? Si le prohíbo a Ben que vea a Matt, lo verá igualmente y simplemente me mentirá sobre ello».

La frustración de Martha es algo que muchos padres han sentido. No podemos supervisar a nuestros hijos veinticuatro horas al día después de que empiezan a ir a la escuela. En el mundo de las aulas y de las zonas de recreo, donde la parte social es tan importante, escogerán amistades que puede que no siempre nos gusten, pero que no podemos controlar. A medida que se hacen mayores, esas amistades se vuelven más y más importantes para ellos, y, muchas veces, al parecer son más importantes que los lazos que les unen a los padres.

¿Cómo podemos controlar la elección de amistades de nuestros hijos? No existe una solución fácil. Quizá todo lo que podamos hacer es ayudar a nuestro hijo a que se convierta en un niño moral y con confianza en sí mismo, que atraiga a amigos del mismo tipo. Si fomentamos las actividades en que el niño pueda destacar, seguro que ello reforzará su autoconfianza y le permitirá tener que depender menos de la aprobación de sus compañeros. Las actividades de ayuda, como ser explorador o un trabajo voluntario que ocupe su tiempo libre y fomente un sentido de contribución caritativa, son muy valiosas.

Creo que un padre debería saber en todas las edades del hijo quiénes son sus amigos y qué hacen cuando están juntos en su tiempo libre. Puede ser que esto no figure en la lista de «necesito saber» de todos los padres, pero sí está en la mía. También creo que los padres tienen derecho de decirle al niño que no les gusta un amigo suyo, pero solamente si tienen pruebas concretas de la mala conducta del amigo. Por ejemplo, un padre o una madre no debería desaprobado a un amigo por su familia, atractivo físico o color. Los padres tienen derecho a no aprobar a un amigo si descubre que miente, o si le han expulsado de la escuela por engañar o robar. Los padres pueden prohibir al

niño que vea al amigo bajo pena de castigo, pero un enfoque mejor puede ser explicar al niño exactamente por qué esa amistad puede resultar destructiva para él. Entonces los padres pueden proponer nuevos amigos y nuevas actividades al niño.

Por desgracia, a veces se da la triste situación en que un padre no puede, de ninguna manera, separar a su hijo, normalmente adolescente, de un amigo o amigos que continuamente le traen problemas. El niño puede mentir repetidamente para esconder el hecho de que se sigue viendo con el amigo o amigos indeseables. Quizá la única esperanza en este caso es trasladar al niño, físicamente, a un entorno diferente. Como puede resultar difícil que los padres se muden de casa, se puede enviar al niño a casa de un familiar o a un internado que mantenga una buena supervisión. Esta solución extrema no ofrece garantía de que el niño no vaya a hacer nuevas —aunque igualmente indeseables— amistades, pero podría ser la única salida al destructivo y engañoso patrón.

En muchas épocas de la historia occidental ha sido algo corriente enviar a los adolescentes a vivir a otro hogar. Esto solía ser en la mayor parte de las veces un aprendizaje con el cual el chico o la chica podía aprender un oficio útil, como llevar una casa o trabajar el hierro. El incentivo para enviar al adolescente a otro lugar no era solamente para que aprendiera un oficio, sino también poner al chico bajo una autoridad diferente a la paterna.

## CONFIANZA

Quizá la contribución más importante que los padres pueden hacer para educar a un niño sincero es ir desarrollando una relación fundada de manera sólida en la confianza. Este tipo de lazo no aparece por sermonear al niño por un solo episodio de mentir, se nutre desde los inicios de la comunicación entre padres e hijos. Para desarrollar la confianza en un niño, tenemos que demostrarle con regularidad que confiamos en él.

La noche de Halloween de 1986, Sandra Visnapuu recibió una llamada de la policía, diciéndole que se acusaba a su hijo de catorce años de vandalismo, por haber pintado con pulverizador una casa. Dijeron que había dos testigos presenciales y que no existía duda alguna. Decepcionada y disgustada, la

señora Visnapuu se enfrentó a su hijo, Neil, que dijo: «Mamá, te juro que no lo hice»<sup>[5]</sup>.

Este incidente apareció en el New York Times porque la madre no solamente creyó que su hijo no le mentía, sino que se pasó varias semanas investigando personalmente para descubrir la verdad. La señora Visnapuu fue de casa en casa por la vecindad donde ocurrió el incidente y habló con todos los amigos de su hijo. Como resultado de sus esfuerzos, el auténtico gamberro salió a la luz, un chico de quince años de otro barrio, acusado de otra mala acción durante la noche de Halloween. «Durante todo ese tiempo hubo personas que no nos creyeron», dijo la señora Visnapuu. «Todo el mundo — policías, consejeros escolares, incluso nuestro abogado— dijo que nueve veces de cada diez, el niño que dice ser inocente en realidad es culpable»<sup>[6]</sup>.

Esta madre realizó grandes esfuerzos para demostrar a su hijo que realmente confiaba en él. Contaba con la confianza de catorce años de haber estado educando a su hijo y sabía que su hijo no le mentiría a ella.

¿Cómo puede un padre nutrir ese importantísimo lazo de confianza? En primer lugar, el padre o la madre debe merecer confianza. Un padre que miente frecuentemente a su hijo, o que no suele cumplir las promesas que hace, no puede esperar que su hijo actúe de otra manera. Un padre que se basa en duros castigos o amenaza injustamente al niño, puede descubrir que ese niño le obedece por miedo, no por respeto.

Los padres pueden reforzar la importancia de la confianza con ejemplos sacados de los cuentos, como «Pedro y el lobo», y a medida que el niño va creciendo, con ejemplos de las noticias. Un niño puede apreciar que las mentiras que cuentan las autoridades públicas, en escándalos como el Irangate, son una ruptura de la confianza del público. Puede aprender que romper la confianza conlleva consecuencias.

En segundo lugar, incluso un niño pequeño se puede sentir orgulloso y más mayor si los padres le hacen saber a menudo que confían en él. Un padre o una madre que siempre sospechen no van a producir un niño confiado. A medida que el niño avanza hacia la adolescencia, y los padres sienten que pierden el control, con demasiada frecuencia éstos temen lo peor. Por consiguiente, pueden abalanzarse sobre los más pequeños indicios sospechosos.

Sara, de quince años, volvió a casa de un partido de baloncesto y entró en

el salón para decir buenas noches a los padres. Su madre exclamó alarmada: «Sara, tu chaqueta huele como si hubiera estado en un incendio; ¿has estado fumando?». Sara respondió rápidamente: «Oh no, mamá, me he sentado al lado de Tod y él sí fuma».

Un padre que observa que la ropa de su hijo huele a humo puede estar demasiado dispuesto a creer que el niño fuma, aun cuando éste le ofrezca una excusa plausible. En nuestros tribunales de justicia, el acusado es inocente hasta que se demuestra lo contrario. En el tribunal familiar, el acusado adolescente se considera muchas veces culpable y debe demostrar que es inocente.

En este incidente de fumar, la peor respuesta que puede dar un padre es llamar mentiroso a su hijo e intentar arrancarle una confesión. El mejor enfoque es decirle al niño que la sinceridad es más importante para usted que el hecho de fumar. Si ha estado fumando, se lo debería decir a usted, y entonces valoraría más su sinceridad que condenaría el haber fumado. Si lo sigue negando, debería dejarlo. Pueden haber otros incidentes (que discutiré más adelante) donde lo que está en juego es mucho más importante y entonces es fundamental que usted sepa la verdad. Una sospecha de haber fumado, para la mayoría de los padres, no es de ese tipo de incidentes.

Incluso cuando se atrapa al niño en una mentira descarada, ello no debería presuponer el final de la confianza. Un padre le puede decir a su hijo que aunque la mentira afectará el lazo de confianza, una sola mentira se puede perdonar. Si las mentiras continúan, el niño, como Pedro con el lobo, sufrirá las consecuencias de la pérdida de confianza. Nuestro hijo, Tom, tras el incidente de la fiesta no autorizada (precedido de otras mentiras), perdió el privilegio de quedarse solo en casa por la noche. Y solamente le será devuelto cuando se haya restablecido la confianza. El niño puede aprender de tales experiencias que la confianza es importante y que hay que esforzarse para merecerla.

El capítulo 3 demuestra cómo comprender el tema de la confianza es una función del desarrollo. Los niños muy pequeños suelen creer que la consecuencia de mentir es el castigo. Los niños de esa edad no tienen ninguna duda cuando creen que mentir está mal. Cuando llegan a los diez o los doce años, los niños abandonan la creencia de que mentir siempre está mal; pueden

empezar a diferenciar entre los tipos de mentira y empezar a juzgar una mentira por sus consecuencias. Por ejemplo, si le dices a una amiga, aunque sea falso, que le sienta bien el peinado, ello sólo produce consecuencias positivas. Tom, en su capítulo, nos dice que los adolescentes no solamente aprenden a contar mentiras piadosas, sino que empiezan con las que él llama «mentiras sociales» para manipular sus relaciones con el grupo de compañeros de la misma edad.

Con la adolescencia, los niños también pueden empezar a comprender otras consecuencias del mentir aparte del castigo. La pérdida de confianza de un padre o de un amigo se considera una consecuencia negativa grave. La mayoría de niños no pueden expresar con claridad su comprensión de que la pérdida de confianza es una de las principales consecuencias de las mentiras hasta que llegan a la mitad de la adolescencia. Algunos nunca llegan a comprenderlo.

En su polémica teoría del desarrollo moral descrita en el capítulo 3, Lawrence Kohlberg describe lo que les ocurre a los niños en diferentes edades. Sostiene que los niños de cuatro a ocho años se comportan únicamente para evitar el castigo cuando se ven enfrentados a una decisión ética, como por ejemplo robar comida para una persona enferma. Algunos adultos no pasan nunca de esta etapa. En los primeros cursos elementales, el niño puede razonar que el protegerse a sí mismo es el motivo principal de portarse bien, pero también es importante ser justo con aquellos que son justos con nosotros. Unos años más tarde, en secundaria, el niño puede empezar a creer que es importante hacer buenas acciones para ganar la aprobación social de ser una buena persona. Los estadios más altos del desarrollo moral, que ocurren a finales de la adolescencia y en los primeros años de adultez, incluyen actuar conforme a la autoridad legítima, es decir, la ley de su país, y en los niveles más elevados, actuar según la convicción de sus propios principios éticos, que proponen un sistema que otorga el mayor respeto a los derechos y a la dignidad de todo individuo<sup>[7]</sup>.

Según la teoría de Kohlberg, es en la adolescencia cuando los niños se dan cuenta de que es importante ser una buena persona para obtener la aprobación de los demás, padres incluidos. Durante estos años los padres pueden consolidar de manera más firme la importancia de la confianza en la

sinceridad que ya habían introducido esperanzadamente en años anteriores, e intentar alejarse del miedo al castigo. Los padres pueden decir (más de una vez, puesto que la repetición es imprescindible para los niños): «No hay nada más importante que la confianza entre nosotros. Si has hecho algo que sabes que yo desapruedo, no tengas miedo de decírmelo. Recuérdame que no me enfade. Puede que tengas que hacer algo para compensarlo, pero me sentiré muy orgulloso de ti por decirme la verdad».

Los niños que no son educados en un ambiente de confianza pueden tener problemas para llegar a comprender alguna vez que la consecuencia de sus mentiras es una confianza rota. En especial si se les educa a base de duros castigos, puede que sigan viendo sólo el nivel moral más bajo, de actuar para evitar el castigo.

Nunca se acercarán a los niveles más altos de considerar sus acciones como ciudadanos de una sociedad, o finalmente como ciudadanos del mundo.

## CRIMEN Y CASTIGO

Un padre o una madre pueden dar un buen ejemplo siendo directos y sinceros con su hijo. Los padres pueden darle al hijo los espacios de intimidad que necesita. Pueden vigilar las amistades del niño. Pueden hacer lo posible por desarrollar un fuerte lazo de confianza. Pero incluso los mejores padres (y quién de nosotros puede decir que es perfecto) pueden tener que enfrentarse a atrapar a su hijo en lo que parece ser una franca mentira.

Los padres americanos consideran que la honradez de sus hijos es uno de los valores principales. En estudios anuales llevados a cabo por el Centro de Investigaciones Nacionales de la Universidad de Chicago entre 1972 y 1986, la honradez aparecía como la cualidad de por sí más deseable para un niño. Se consideraba incluso más importante que ser un buen estudiante.

Por ello para muchos padres el hecho de mentir se convierte en el tema principal, no aquello sobre lo que se miente. Puede que un padre se sienta incontroladamente furioso hacia una adolescente que le dice que llegó a casa más tarde de la hora pactada porque el coche de la amiga se estropeó (por cuarta vez ese mes). Aceptaría con más calma la explicación real, que como se lo estaba pasando bien no se dio cuenta de la hora.

¿Cómo pueden los padres tratar con esta situación tan corriente de manera que se fomente la sinceridad futura del hijo y no solamente provocar una airada confrontación?

## ATRAPAR AL MENTIROSO

Existe un consenso general entre los expertos que trabajan con niños que dice que meterse en una lucha de poder para obtener una confesión suele ser la peor táctica. Como se apunta en el capítulo 3, existen indicios de la mentira en el rostro, en la voz y en el cuerpo, pero un padre sabio no los utiliza normalmente para forzar la confesión de su hijo. Este consejo va en contra de la fuerte necesidad del padre a atrapar a su hijo en su mentira.

El padre que grita: «Eres una mentirosa. Voy a llamar a los padres de Sue ahora mismo y preguntarles si se le estropeó realmente el coche. ¡No puedes contarme otra vez esa mentira!», seguro que consigue airear su propia frustración. También es seguro que provocará la hostilidad de su hija y que ésta se ponga a la defensiva. Puede conseguir incluso demostrar que su hija es una mentirosa si hace esa llamada telefónica. Pero ¿acaso consigue enseñarle una lección moral?

No es tan sencillo. Al descubrir su mentira y responder con ira, este padre probablemente provocará el miedo en su hija. Este miedo puede que haga que la hija se lo piense dos veces en el futuro, como mínimo antes de mentir sobre el tema de la hora de vuelta a casa. Este miedo puede que la convierta en una chica aparentemente más sincera, o por lo menos en una mejor mentirosa. La furia del padre también le habrá dejado muy claro con qué seriedad se toma él una mentira. ¿Pero se puede permitir un padre crear una relación con su hija basada en el miedo? ¿Se puede permitir ser un policía?

Antes que centrarse en atrapar a su hijo en una mentira, los padres tienen una mejor posibilidad de crear una relación de confianza si se centran en el motivo de la mentira, la importancia de la hora límite. Podría decir: «Realmente no quiero escuchar más excusas sobre por qué no estás en casa a tu hora. Lo cierto es que necesito saber cuándo vas a volver a casa. Me preocupa tu seguridad y necesito saber dónde estás. Si no vas a llegar a casa a la hora, debes telefonar».

El padre debería ir entonces más lejos y decir, sin forzar una confesión, que él también necesita explicaciones sinceras por parte del hijo cuando se transgrede el horario. Que saber que puede confiar en la palabra de su hijo es tan importante como saber dónde está.

Este segundo enfoque no provocará miedo en el hijo, pero puede que no se obtengan los espectaculares cambios de conducta que se podrían dar si la mentira fuera descubierta con rabia. Éstas son las decisiones que deben tomar los padres. Suele ser más difícil ir esforzándose por conseguir una relación de confianza y responsabilidad mutua que inculcar el miedo a ser descubierto.

Pero tenemos que reconocer que, con algunos tipos de incidentes con mentiras, el camino de la paciencia para desarrollar una confianza y una responsabilidad puede que no sea factible. A veces es imprescindible conocer la verdad, aunque ello signifique una lucha de poder. Hablemos de un tipo de mentira que hiela la sangre de los padres.

John, de trece años, muestra una conducta extraña desde hace varias semanas. Se duerme con frecuencia, incluso durante las comidas. Ya no parece interesarle el baloncesto, su deporte favorito, y no habla con sus amigos por teléfono. Durante estas semanas su madre se da cuenta por dos veces que tiene unos veinte dólares menos en el monedero de lo que pensaba. La primera vez no le da importancia, pensando que se equivoca, pero la segunda vez se alarma.

Le pregunta a John por el dinero que falta. Dice ser inocente. Le pregunta por qué está tan cansado. Le sugiere que vayan al médico. John dice que tiene problemas para dormir porque tiene demasiados deberes que hacer.

La madre de John necesita saber. Tiene buenas razones para sospechar que su hijo tiene graves problemas, posiblemente con drogas, y tiene que hacer de policía para poder descubrir la verdad. Conoce a su hijo y sabe cómo reconocer los síntomas de engaño que aparecen en el capítulo 3 y que corroboran sus sospechas de que le está mintiendo.

Para obtener una confesión, primero tiene que ofrecer una amnistía. Puede prometerle que no le castigará si se lo cuenta todo. Debe estar convencida, por supuesto, de que está dispuesta a hacerlo así. ¿Puede realmente dejar sin castigo un robo grave? Si la oferta de amnistía no funciona, tendrá que convertirse en detective.

Hablará con los amigos y profesores de John para descubrir la verdad. Puede que se sienta obligada a registrar su habitación. Se enfrentará a John con las pruebas que obtenga para poder extraer una confesión.

La madre de John debe entrar en una lucha de poder, debe jugar a policías porque lo que está en juego es muy importante. Si su hijo se ha convertido en ladrón y drogadicto, precisa ayuda inmediata. La madre no puede depender de ir creando confianza y responsabilidad como estrategia para enfrentarse con sus mentiras.

Son las mentiras de los adolescentes las que desesperan a los padres. Los adolescentes ya no aceptan sin cuestionarla la legitimidad de las reglas sociales y se suelen sentir justificados al mentir para evitar seguir las odiadas reglas. Como Tom nos dice en su capítulo, muchas de las mentiras que cuentan los adolescentes no tienen que ver con los padres. Se centran en ganar categoría en su propio mundo, el mundo de sus semejantes.

En cuanto al desarrollo, los adolescentes se han vuelto mucho más hábiles en mentir y no es tan fácil atraparles como a un niño pequeño. Tienen mejor memoria y capacidades intelectuales más sofisticadas para inventarse una mentira creíble. También tienen un mejor control sobre su expresión no verbal. A medida que aumenta su confianza en que sus mentiras no serán detectadas, muchas veces también aumenta la frecuencia de éstas. Y a veces esas mentiras pueden resultar peligrosas, para ellos mismos y para los demás.

Es difícil no entrar en una lucha de poder con un adolescente cuando sospechamos que nos miente. El acto en sí de mentir enfurece a la mayoría de padres, y ello les obliga a forzar una confesión a cualquier coste. Y, como en el ejemplo de John, la sospecha de robo o consumo de drogas a veces hace necesaria la lucha de poder. No obstante, gran parte de las mentiras adolescentes no son tan graves. Tratan de temas mundanos como deberes que no han hecho, tareas que no han terminado, prendas de vestir perdidas o estropeadas. Un padre o una madre debe saber juzgar cuándo actuar como policía para forzar una confesión y cuándo evitar una lucha de poder y centrarse en restablecer la confianza.

¿Cómo es de importante saber la verdad? Para cada padre la respuesta puede ser diferente, pero para todas las sospechas sobre temas como el daño físico, por ejemplo a través del consumo de drogas o actividades delictivas,

deberían ser motivos para forzar la verdad.

Se pueden utilizar estas mismas directrices para tratar con las mentiras de niños más pequeños. La preocupación por el daño físico, como en casos de abusos sexuales, o una sospecha de actividades delictivas, como pequeños hurtos, pueden justificar una lucha de poder. Otros tipos de mentira deberían tratarse de una manera menos acusatoria.

Cuando nuestro hijo Tom tenía nueve años, le di cinco dólares para que comprara la entrada del cine un sábado por la tarde y se gastara cincuenta centavos en caramelos. Le pedimos que nos devolviera el cambio. Llegó a casa sin cambio alguno y nos dijo que un hombre con una máscara le había robado en la puerta del cine. Al preguntar un poco más a fondo quedó claro que el supuesto ladrón no existía, pero Tom seguía sin confesar que había utilizado el dinero para sus cosas. Desesperado, su coartada iba adquiriendo proporciones fantásticas.

Nos sentimos impelidos a hacerle confesar. Llamamos al chico con el que había ido al cine y supimos que se había gastado un dólar en golosinas. Habíamos arrinconado a Tom y finalmente se vino abajo, se puso a llorar y confesó. Habíamos jugado a policías y habíamos ganado. ¿Pero era necesario hacer pasar a Tom por esa humillación? ¿Había tanta cosa en juego que necesitáramos una confesión? Después de estar seguros de que realmente se trataba de una mentira, le podríamos haber ahorrado la humillación final. Podríamos haberle dicho: «Es muy importante que no nos mientas. Necesitamos confiar en ti o si no no podríamos dejarte ir al cine sin nosotros. Nos preocuparíamos demasiado. Si no nos hubieras mentado y nos hubieras dicho que te gastaste el dinero en golosinas, solamente te habríamos impuesto un castigo leve».

Este enfoque podría haber conducido a un diálogo sobre la importancia de la confianza en lugar de a los lloros y la agitada conducta que en realidad provocamos. También podríamos haberle dejado sin cine durante una semana para reforzar la lección sobre la confianza perdida. Pero la confrontación no habría terminado con los policías triunfantes y el criminal vencido.

Con mucha frecuencia las mentiras de los niños más pequeños adquieren la forma de alardes o de historias increíbles. Puede que su hijo le diga que es el mejor bateador del equipo, cuando usted sabe que apenas sabe jugar; su hija

de ocho años puede que le diga que tiene cinco amigas íntimas, cuando usted sabe que eso no es más que un deseo. Este tipo de mentira muchas veces es una llamada de socorro. Puede que su hijo se sienta realmente inadecuado. Por el motivo que sea, el niño está buscando atención, y dependerá de usted descubrir qué hay de malo en su vida. Aunque debería dejarle bien claro que no se cree sus alardes, utilícelos para buscar con suavidad qué se esconde detrás de ellos.

## PEGAR O NO PEGAR

Los padres pueden aprender a evitar las luchas de poder y centrarse en el tema de la confianza antes que en atrapar al mentiroso. Pero los padres seguirán teniendo que decidir sobre el castigo adecuado si están seguros de que se ha contado una mentira y que la falta merece un castigo. Encontrar la respuesta apropiada al hecho de mentir y a la ofensa que se intenta encubrir es algo difícil para todos los padres. La disciplina es algo para lo que no existen unas directrices claras. La mayoría de padres utiliza la misma disciplina con sus hijos que sus padres utilizaron con ellos, por falta de algún otro modelo.

Mary Bergamasco fue arrestada por malos tratos en Hayward, California. Había vestido a su hijo de siete años como un cerdo y le había exhibido en su jardín con un letrero en el pecho para que los que pasaban por allí lo leyeran. El letrero decía: «Soy un cerdo idiota; te vuelves feo cada vez que mientes y robas. Miradme como chiyo (con una falta de ortografía). Tengo las manos atadas porque no se puede confiar en mí. Esta es una lección que tengo que aprender. Miradme. Reíros. Ladrón. Robar. Niño malo».

Mary respondió que el niño había estado robando y mintiendo como un avezado delincuente. Dijo que su madre también la había castigado a ella de esa manera. «Pero», dijo, «yo no le he quemado las manos como hizo mi madre conmigo.»<sup>[8]</sup>

Los medios de información se hicieron eco de esta historia y del intento consiguiente del padre del niño, que solamente había visto a su hijo en dos ocasiones, para obtener la custodia. La parte más interesante de la historia fue la división de la opinión pública. Muchos opinaron que se trataba de un acto repugnante, mientras que otros decían que estaba dentro de los límites de una

disciplina apropiada. Después de todo, decían, no había dañado físicamente al niño.

Los expertos han estado siempre casi tan confusos sobre el castigo adecuado como los padres. No obstante, existen algunos estudios científicos que claramente indican que algunas respuestas de los padres son mejores que otras.

Martin Hoffman y Herbert Salzstein llevaron a cabo un extenso estudio con chicos de séptimo curso en 1967 que medía la relación entre los tipos de disciplina paterna y el nivel moral del niño. El desarrollo moral del niño se medía a través de pruebas escritas, hablando con los profesores, compañeros y los propios padres del niño. El niño y los padres contaban entonces qué tipo de disciplina habían recibido en casa. Las técnicas disciplinarias se dividían en tres categorías: reafirmación de poder, en la cual los padres dejaban claro su poder y autoridad sobre el niño; retirar el cariño, lo que incluía formas de enfado y desaprobación, pero ningún castigo físico; e inducción, en la que los padres se centraban en las consecuencias de la acción del niño sobre los demás.

La inducción ganaba, por encima de la reafirmación de poder y del retiro de cariño<sup>[9]</sup>. Esto significa que un niño al que repetidamente le hablan del efecto que su mala conducta tiene sobre los demás tiene más posibilidades de interiorizar la lección y de no volver a caer en ese tipo de conducta. El niño que es castigado físicamente por su comportamiento o a quien se retira el cariño tiene menos posibilidades de aprender la lección. El padre que explica por qué le preocupa que el niño no vuelva a casa a la hora pactada tiene más posibilidades de inculcar la lección de responsabilidad y sinceridad que el padre que estalla.

Incluso a los niños pequeños se les puede enseñar cómo las mentiras que cuentan a sus padres, profesores o amigos afectarán su relación con ellos. Un padre puede apelar al orgullo del niño y a su deseo de que los demás piensen que es mayor.

Estas pruebas contrastan con la escuela de educación infantil que sostiene que «no utilizar la vara estropea al niño», pero de hecho los expertos se han ido alejando rápidamente de la tradición. En la edición de 1945 de su libro *Baby and Child Care*, el doctor Benjamin Spock escribía: «No estoy

defendiendo especialmente el pegar, pero creo que es menos malo que una desaprobación demasiado larga, porque con ello se despeja el ambiente, tanto para los padres como para el niño». Pero en la edición de 1985 del mismo libro, el doctor Spock deplora el pegar, diciendo que «enseña al niño que la otra persona, más grande y más fuerte, tiene poder para conseguir lo que quiera, tanto si lleva razón como no». Incluso sugiere que la «tradicción americana de pegar» podría contribuir a la violencia existente en los Estados Unidos<sup>[10]</sup>.

Aunque hay algunos que disienten, la mayoría de expertos en educación infantil creen ahora que los padres tienen que encontrar métodos alternativos para ganarse el respeto de un niño. Como dijo un consultor del Departamento de Servicios Infantiles y Juveniles de Connecticut: «La mayoría de delincuentes juveniles son educados con cinturones, tablas, cuerdas o puños»<sup>[11]</sup>.

La mayoría de expertos cree ahora que la disciplina que reafirma el poder, dentro de la cual se incluye el castigo físico y las amenazas, está asociada con un nivel inferior de desarrollo moral. Inculca el miedo al castigo en lugar de una creencia interiorizada en una conducta moral.

Sobre el tema de la mentira existe consenso al creer que el niño que se ve sujeto a duros castigos físicos miente más, precisamente para evitar esos castigos. Es probable que esos niños no puedan llegar a la etapa en la que se rechazan las mentiras por la ruptura de confianza o por las consecuencias que tienen sobre los demás. Siempre verán la mentira como una estrategia para evitar el dolor.

No obstante, los padres no han llegado al mismo nivel que los expertos. Un estudio realizado en 1984 por el Laboratorio de Investigación Familiar de la Universidad de New Hampshire descubrió que el 88 % de los padres encuestados pegaban a sus hijos. De éstos, el 50 % decía que sólo utilizaban el castigo físico como último recurso, y el 33 % dijo que pegaban a sus hijos cuando se sentían frustrados o «descontrolados». Los estudios realizados desde los años veinte han ofrecido resultados muy similares<sup>[12]</sup>.

No es sorprendente que los padres no sigan la tendencia actual de los expertos. De hecho, el castigo físico es tan americano como la tarta de cerezas. El padre de George Washington seguramente le pegaba, pero

consiguió buenos resultados en el apartado de sinceridad. Un estudio sobre las prácticas educativas de la era colonial haría que incluso los más acérrimos defensores del castigo físico parecieran blandos.

Nuestros antepasados puritanos creían que los niños venían al mundo manchados por el pecado, con fuertes pasiones y una inteligencia débil. Correspondía a los padres, en especial al padre, dominar esas pasiones en el niño y formar su buen carácter. Ello requería una vigilancia constante y el control estricto que se consigue con el castigo físico, muchas veces empleando el látigo. Como se consideraba que las madres tendían a la indulgencia y a un excesivo afecto, era responsabilidad del padre supervisar el desarrollo moral del hijo. Por esta razón la ley concedía el derecho de custodia al padre y no a la madre en casos de separación<sup>[13]</sup>.

John Wesley, uno de los principales fundadores del metodismo, expresa claramente la opinión del siglo XVIII sobre la educación infantil en su «Sermón sobre la educación de los niños», que data de 1783:

Consentir al niño es, por lo que a nosotros respecta, hacer que su enfermedad sea incurable. El padre sabio, por otro lado, debería empezar a quebrantar su voluntad en el primer momento en que ésta aparezca. En todo el arte de la educación cristiana no hay cosa más importante que ésta. La voluntad de un padre es para un niño como la voluntad de Dios... Pero para poder llevar a cabo este punto, usted precisará de una increíble firmeza y resolución, porque una vez haya empezado, nunca más deberá ceder. Debe seguir un rumbo fijo: nunca debe bajar la vigilancia ni por una hora; de otro modo habrá perdido todo lo conseguido<sup>[14]</sup>.

John Wesley creía que las mentiras tienen que ser sofocadas con severidad. «Enséñele que el autor de toda falsedad es el diablo, que es un mentiroso y el padre de todo ello. Enséñele a aborrecer y despreciar no solamente la mentira, sino también cualquier equívoco, cualquier argucia y disimulo.»<sup>[15]</sup>

Hacia el siglo XIX, las actitudes con respecto a la disciplina se habían suavizado considerablemente, y la madre había reemplazado al padre como principal educadora moral de los niños pequeños. Ello era en parte un reconocimiento práctico de que había menos padres que trabajaran en la granja y ahora probablemente pasaban el día fuera en oficinas o fábricas. Ya

no se consideraba a los niños como básicamente malos. Se hacía hincapié en el papel del padre afectuoso antes que en la disciplina.

En un libro muy leído en su época, *The Mother at Home*, el ministro congregacionalista John S.C. Abbott aconsejaba:

Guárdese de una excesiva severidad. Si se sigue un curso regular de gobierno eficaz, verá que la severidad es raramente necesaria. Si, cuando se inflige un castigo, se hace con compostura y solemnidad, las ocasiones merecedoras de castigo serán infrecuentes. Dejemos que una madre sea afectuosa y benigna con sus hijos. Dejemos que simpatice con sus pequeñas diversiones. Dejemos que se gane su confianza con sus asiduos esfuerzos para hacerles felices. Y dejemos que se sienta, cuando han actuado mal, no irritada, sino triste; y que les castigue desde la pena, no desde el enfado<sup>[16]</sup>.

La idea de alejarse del castigo físico e ir hacia un control afectuoso probablemente parezca una buena idea a la mayoría de padres, pero ¿qué ocurre cuando ello no es suficiente? Está muy bien explicarle atentamente a su hijo las consecuencias de una mala conducta, llevarle con paciencia hacia su marco de referencia moral. Pero seguro que a veces se precisa algo más.

Cora, de doce años, mentía repetidamente a su madre sobre el tema de los deberes escolares. Aun cuando su madre, Susan, recibía notas personales del vicedirector sobre el problema de los deberes, Cora lo negaba y decía que la habían confundido con otra niña. La madre de Cora fue a la escuela y supo por su profesor que la conducta de Cora en clase, aparte de los deberes, era normal. El vicedirector sugirió que Cora se hallaba en una edad en que los niños suelen poner a prueba la autoridad.

En esta situación, todas las súplicas bien razonadas sobre la importancia de ser sincero por parte de Susan parecían caer en oídos sordos. Se precisaba una respuesta firme. Como en la mayor parte de incidentes con mentiras, existían dos ofensas: una no haber hecho los deberes y otra la mentira consiguiente. El castigo apropiado tiene que saber distinguir entre las dos faltas.

La mayoría de familias tiene una escala de castigos para la mala conducta, que incluye no poder ver la televisión, hablar por teléfono, o salir de casa. Estos pueden funcionar bien, pero son castigos pasivos, y normalmente no están relacionados con la falta cometida. Los castigos activos que sí tienen

relación con la ofensa funcionan mejor. Por ejemplo, si su hijo mayor pega con frecuencia a su hermano pequeño, causándole cortes y magulladuras, y después dice que él no le tocó, una manera de castigarle sería que el hijo mayor realizara las tareas asignadas al pequeño durante un tiempo. Parte del castigo debería ser la restitución a la víctima, cuando existe una.

En el caso de Cora, Susan decidió supervisar de cerca los deberes de cada noche y no dejarle ver la televisión durante un mes. Ella creía que la televisión era un factor importante del problema. Le dijo a Cora que al cabo de dos semanas confiaba en que la niña haría los deberes sin supervisión. Le hizo saber que, para ella, mentir sobre hacer los deberes era algo más grave que los deberes en sí. Le dijo que le resultaba humillante tener que hacer de oficial de policía, y que por encima de todo necesitaba sentir que podía volver a confiar en su hija. Si Cora hacía bien las cosas, al cabo de un mes podría volver a ver la televisión.

Parece que este castigo funcionó con Cora, que se dio cuenta de que existía un límite a lo que su madre estaba dispuesta a tolerar. También aprendió la importancia que su madre le daba a la confianza. Puede que otros castigos también hubieran surtido efecto. Los que no funcionan bien son los que no pueden ser supervisados, como: «Nunca más verás la televisión».

Para muchas mentiras tendrían que haber dos castigos, uno por la ofensa y otro por la mentira que quería encubrirla. El culpable debería comprender que se trata de dos castigos diferentes, por dos faltas diferentes. El castigo por mentir debería reflejar las consecuencias de la ruptura de confianza. Sería apropiado tratar las mentiras repetidas sobre el incumplimiento del horario de vuelta a casa con unas cuantas noches de no poder salir. La confianza rota se podría restablecer insistiendo en que el culpable llamara a casa una o dos veces la noche en que se le dejara volver a salir.

En este caso tampoco existe un castigo con garantía, y como hemos visto, hay grandes diferencias en las actitudes hacia los castigos adecuados. Éstas son algunas directrices que reflejan lo que los científicos y terapeutas que tratan con problemas infantiles actualmente consideran más eficaces:

- Evite el castigo físico.
- Separe el castigo por la mentira del castigo por la falta que ésta encubre.

- Para poder fomentar el desarrollo de los preceptos morales internos, haga hincapié en el efecto que la acción tiene sobre los demás, no solamente en la mala acción en sí.
- Haga que el castigo se adecúe a la falta.

¿Qué hace un padre si, semanas después de hablar sobre el problema y de repetidos castigos, su hijo sigue sin hacer los deberes y continúa mintiendo sobre ello y quizá también sobre otras cosas? En el capítulo 2 se mencionó que efectivamente existe una fuerte correlación entre las mentiras crónicas de la infancia (que a menudo se dan junto con otros tipos de mala conducta) y la delincuencia adulta. Ello no significa que su hijo se vaya a convertir en delincuente, pero es un aviso serio para que ustedes como padres se den cuenta de que su hijo necesita la ayuda de un asesor profesional. Por desgracia, en la formación médica no se tratan normalmente las mentiras infantiles. Puede que su pediatra no se lo tome tan en serio como debería. Entonces dependerá de usted, como padre o madre preocupado, buscar entre los profesionales de la salud mental hasta encontrar a un consejero que tenga experiencia y que esté cualificado para tratar con niños que sean mentirosos crónicos.

## MENTIRAS POR CIRCUNSTANCIAS ESPECIALES: DIVORCIO Y CENTROS DE ATENCIÓN INFANTIL

Como padres modernos, hemos heredado todas las dificultades sobre educación infantil que experimentaron nuestros padres, y además les hemos añadido otras nuevas y amenazadoras. Tantos como la mitad de nuestros hijos tendrán que pasar por el divorcio de sus padres, y más de la mitad seguramente pasarán buena parte de su primera infancia en guarderías y centros similares.

Estos cambios modernos en la vida de nuestros hijos suelen generar en nosotros una sensación de ansiedad y confusión, pero no nos ofrecen directrices claras sobre cómo actuar. Los padres que ya tienen dificultades para enfrentarse a las mentiras de sus hijos en las mejores circunstancias, se suelen sentir paralizados cuando las circunstancias son especiales.

## *Divorcio*

Si continúa la tasa actual de divorcios, como mínimo la mitad de niños menores de dieciocho años experimentarán el divorcio de sus padres<sup>[17]</sup>. El divorcio es una experiencia traumática para los padres y para los hijos. Puede provocar una conducta aberrante tanto por parte de los padres como de los hijos precisamente cuando los recursos emocionales para tratar con la aberración están totalmente agotados. Mis propias experiencias como abogada familiar y como madre divorciada me han convencido de que es raro el niño cuyo desarrollo moral no se ve afectado por la experiencia.

### Mentiras paternas acerca del divorcio

Normalmente son primero los padres quienes mienten en una ruptura familiar. El divorcio suele tardar años en gestarse, y los síntomas son evidentes para el niño. Pero aun así los padres se sienten obligados a proteger a los niños de verdades que ellos creen pueden afectar negativamente el mundo infantil. En el punto crítico de la separación, la mayoría de padres oculta información básica o simplemente miente a los niños para poder pasar por la experiencia. En el estudio más completo realizado sobre el efecto del divorcio sobre los niños, *Surviving the Breakup*, un seguimiento de cinco años de 60 familias y 131 niños, las autoras, Judith S. Wallerstein y Joan Berlin Kelly, descubrieron que a cuatro quintas partes de los niños más pequeños no se les daba explicaciones adecuadas sobre el divorcio o se les garantizaba un cuidado continuado. En efecto, se levantaban un buen día para descubrir que uno de los padres se había ido. Los padres normalmente estaban tan preocupados con sus propios y abrumadores problemas que no podían tratar con las necesidades de sus hijos. Menos del 10 % recibía ayuda adulta de su comunidad o amigos de la familia y menos del 5 % eran asesorados por una congregación religiosa o un clérigo<sup>[18]</sup>.

Una de mis estudiantes, Marjorie, que ahora tiene veinte años, me contó la ruptura de su familia hace ahora diez años: «Una noche durante la cena mi madre nos dijo que papá se había ido de viaje de negocios y que estaría fuera varias semanas. Eso era muy raro, porque mi padre casi nunca salía de viaje.

Seguimos preguntando por él durante las semanas siguientes, pero mamá se enfadaba cada vez que le preguntábamos. Finalmente dejamos de hacerlo. Simplemente nunca volvimos a hablar de papá, ni tan siquiera entre mi hermano y yo. Fue como si hubiera un terrible secreto del que no podíamos hablar. No volví a ver otra vez a mi padre hasta al cabo de tres años».

## Mentiras infantiles tras un divorcio

El doloroso período de transición que sigue a un divorcio suele ser uno en que todas las estructuras familiares de la vida del niño se reestructuran o se destruyen. La casa, la escuela, viejos amigos, y sobre todo la identidad del niño como parte de una familia con dos figuras paternas desaparece. Durante este período, el desarrollo moral del niño se puede ver gravemente alterado y a veces la conducta del niño sufre una regresión, con episodios de pequeños hurtos, engaños y mentiras.

Mentir toma para algunos niños la forma de fantasía como estrategia protectora. Wallerstein y Kelly descubrieron que las niñas pequeñas tienen muy a menudo fantasías sobre sus padres ausentes, en las cuales ellas se convierten en el centro de atención. Wendy, de cuatro años, contó que veía a su padre constantemente (falso). Tiene un apartamento, pero «vive conmigo. Duerme en mi cama todas las noches»<sup>[19]</sup>.

Si la conducta de los padres es el factor determinante de la conducta de los niños, muchos hijos del divorcio deben sufrir las consecuencias de las mentiras y verdades a medias que les cuentan durante el divorcio. No obstante, para algunos puede que sea una dura lección que les enseña a decir la verdad. Wallerstein y Kelly describen una conversación con una chica de catorce años, que dijo: «Aunque mi padre y mi madre no fueron sinceros, como yo antes, de repente dejé de mentir. Decidí que no quería ser como ellos y que iba a decir la verdad»<sup>[20]</sup>.

A pesar de que los padres no pueden evitar el trauma del divorcio a los niños, si pueden suavizar su ansiedad estableciendo una comunicación más sincera antes, durante y después del divorcio. Los niños necesitan saber qué está ocurriendo, y las explicaciones edulcoradas les crean más ansiedad, igual que si no se les da ninguna explicación. Por encima de todo, los padres tienen

que evitar mentir a sus hijos y perjudicar así su lazo de confianza, algo muy importante durante esa agitada etapa. Aunque los padres no tienen por qué contar todos los detalles de los problemas existentes entre ellos, deben comunicar a sus hijos qué está ocurriendo y cuáles van a ser los cambios del futuro. Tienen que tranquilizar a sus hijos y garantizarles que estos cambios no significarán abandono.

## Régimen de visitas y mentiras infantiles

Muchas familias divorciadas entran en un patrón bastante regular de custodia y régimen de visitas en los meses siguientes al divorcio. En mi experiencia como abogada familiar, el régimen de visita conlleva problemas concretos para educar a un niño sincero. Incluso en las mejores circunstancias, la lealtad del niño se ve dividida, y su vida cotidiana puede estar igualmente dividida. Con la cada vez más popular (yo creo que irreflexiva)<sup>[21]</sup> custodia conjunta, algunos niños pasan literalmente media semana con uno de los padres y la otra media con el otro. Niños de pañal viajan entre los dos hogares en un horario perfectamente dividido.

Incluso con las disposiciones más tradicionales de custodia, en que la residencia es con uno de los padres y se establece un régimen de visita de un fin de semana alterno y un par de noches por semana para el otro, el mundo del niño está dividido. Se establecen diferentes reglas sobre la comida basura, el llevar pijama y todos los detalles que componen el entorno familiar del niño. El niño tiene que volverse extremadamente flexible para no disgustar a ninguno de los padres.

Para poder enfrentarse a esta nueva vida bifurcada y a su lealtad dividida, el niño muchas veces se construye un claro muro mental. En mi experiencia, así como en la de amigos y clientes que han pasado por lo que implica una custodia, queda claro que el niño no está nada dispuesto a comentar lo que ocurre en el hogar del otro padre.

La renuencia del niño a divulgarlo muchas veces va en contra de la necesidad casi obsesiva, por parte de uno de los padres, de saber qué ocurre en el otro hogar. Muchos padres, heridos por el divorcio, insisten en obtener detalles sobre la nueva vida romántica del excónyuge, sobre los restaurantes a

que lleva al niño, incluso sobre los muebles y enseres de cocina de la nueva vivienda del antiguo cónyuge. Además, la necesidad normal de un padre de proteger y controlar al niño se amplía hasta el tiempo que el niño pasa en el otro hogar. El niño se ve atrapado entre dos fuegos. Revelar esos detalles le puede parecer al niño una traición a la lealtad, no revelarlos puede herir o enojar al padre o madre que le pregunta. Muchos niños se enfrentan a esta situación imposible simplemente creando un mundo ficticio.

Una de mis dientas, llamémosla Marge, me dijo un día enfadada: «No puede imaginarse lo que está haciendo John. Lisa me ha dicho que vive en un bonito apartamento, con una enorme piscina, y que cena en restaurantes de lujo todas las noches. ¿De dónde saca el dinero? ¡Él dice que está arruinado!». Cuando Marge descubrió que John vivía en un sórdido apartamento, sin piscina, se quedó de piedra. «¿Por que me mentiría Lisa?», se preguntaba confusa.

La intimidad es importante para todos los niños, pero lo es aún más para un niño que está intentando sobrevivir a la delicada proeza de equilibrio de vivir en dos mundos, complaciendo a la madre y al padre por separado. Temiendo una pérdida de control sobre el niño, y consumido por el deseo de saber qué está haciendo el antiguo cónyuge, a menudo el padre se olvida de la necesidad de intimidad del niño.

Las necesidades del niño tienen que ser prioritarias. Para evitar colocar al niño en una situación en que mentir parece la única solución posible, el padre tiene que elaborar una corta lista de «necesito saber». Esta lista podría incluir:

- Si el niño está enfermo mientras visita al otro padre.
- Si el niño recibe malos tratos físicos o mentales.

Más allá de eso, el padre puede adoptar la postura de un oyente amistoso e imparcial, si al niño le apetece hablar. Se necesitará una enorme disciplina por parte del padre para reprimir algunas preguntas, pero es en interés del desarrollo mental y moral del niño.

Padre o madre solo y mentiras infantiles

Una de las consecuencias del divorcio es que muchos niños acaban pasando casi toda su vida con sólo uno de los padres. En el 90 % de las veces es la madre. Además del hecho de que ser padres muchas veces precisa de la energía de dos personas adultas, la madre sola normalmente está sobrecargada de trabajo y tiene poco dinero. Más de la mitad de las veces las familias encabezadas por la madre pierden la batalla de mantenerse por encima del nivel de pobreza.

Una familia de un solo padre puede ofrecer la misma base para un buen desarrollo moral que la compuesta por padre y madre. A veces la experiencia del divorcio acerca a padres e hijos y ofrece al niño un mayor sentido de la responsabilidad que podría contribuir al crecimiento moral.

El fallo potencialmente fatal de la familia de un solo padre es la falta de tiempo. Una madre (o un padre) que está intentando realizar el trabajo de los dos con poca o ninguna ayuda suele ser un padre exhausto que no puede ofrecer la constante supervisión y estructura que el niño necesita. La cena, que en los viejos tiempos puede haber sido una comida relajada, sentados a la mesa y con tiempo para hablar, muchas veces se convierte en una comida rápida consumida en el coche, o comer de una bandeja frente al televisor.

En un masivo estudio realizado por Dornbush y otros científicos en el Centro para el Estudio del Desarrollo Juvenil de Stanford, se examinó atentamente a 7.514 adolescentes en términos de su situación familiar y sus patrones de desviación social. Como parte del examen, los científicos compararon a los que vivían en hogares con solo la madre, con los de hogares con padre y madre. Tuvieron en cuenta los ingresos familiares y la educación de los padres.

Los investigadores descubrieron que los adolescentes que vivían en hogares con solo la madre eran más proclives a mostrar una conducta desviada que los que vivían con ambos padres, y que los chicos mostraban más esta desviación que las chicas<sup>[22]</sup>. Mentir es solamente una de las acciones socialmente desviadas que se dan con mayor frecuencia en los hogares con sólo la madre; otras son contactos con la ley, saltarse clases, disciplina escolar y fugas.

La gran diferencia entre los dos tipos de hogar radicaba en el patrón de toma de decisiones familiares. En las familias de un solo padre, los chicos,

con más frecuencia que las chicas, tomaban decisiones propias, mientras que en los hogares con ambos padres, éstos tenían mayor control sobre las decisiones.

¿Por qué debería tomar decisiones de manera diferente la familia encabezada por una madre sola? Aunque cada familia es diferente, es fácil comprender cómo la ajetreada madre puede perder la comunicación con sus hijo adolescente y el control sobre él. Los temas de toma de decisiones estudiados fueron escoger ropa, cómo gastar el dinero, con qué amigos salir y la hora de vuelta a casa. Naturalmente, todos los adolescentes quieren tener más control sobre este tipo de decisiones a medida que se hacen mayores y más independientes, pero en las familias de sólo la madre los adolescentes varones prácticamente asumían un control total a una edad temprana.

Algunas madres solas se sienten físicamente incapaces de controlar a un chico que está creciendo. Mi amiga Rhonda ha ejercido de madre sola durante diez años. Ella y Jason se llevaban muy bien hasta que éste cumplió catorce años. En ese año Jason ni siquiera se molestó en inventarse mentiras por no respetar el horario de vuelta a casa; simplemente dijo: «Voy a llegar tarde, ¿y qué puedes hacer tú?». Rhonda se sintió impotente. Me dijo: «Mide casi un palmo más que yo y pesa veinte kilos más, ¿cómo puedo detenerle?».

Podemos decir que Rhonda no tiene que depender de su superioridad física, que existen otros medios, más eficaces, para controlar a los niños, pero Rhonda no lo ve así.

Una curiosa segunda observación del estudio es que cuando hay otro adulto presente en el hogar de un solo padre, la toma de decisiones se parece más a la de los hogares con ambos padres y la desviación se reduce. Este otro adulto podría ser un abuelo, un amante, un amigo, pero no un niño ni un padrastro.

Los científicos no se atrevieron a explicar por qué la presencia de un adulto adicional crea una diferencia en el patrón de toma de decisiones. Quizás el adulto simplemente ofrece apoyo moral a la madre o es un incentivo para seguir un horario regular de comidas. O quizás el otro adulto aligera las tareas de la madre y con ello le ofrece un valioso tiempo.

Padrastros y madrastas

Casi el 75 % de las mujeres, y un porcentaje más elevado de hombres que se divorcian más tarde o más temprano se vuelven a casar. Uno de cada seis niños en América es actualmente un hijastro. Estas nuevas familias, llamadas de distintas maneras, «mezcladas», «fusionadas» o «reconstituidas», se enfrentan a retos especiales. Nuestra familia es una de éstas. Tom es hijo de mi primer matrimonio y Eve, nuestra hija de ocho años, es hija de los dos. Todos somos conscientes de los problemas cotidianos que crea este desequilibrio.

No queda claro que la llegada de un padrastro o madrastra sea beneficioso para el desarrollo moral del niño. En el estudio para el desarrollo juvenil de Stanford antes mencionado, la presencia de un padrastro no hacía que el índice de desviación juvenil en adolescentes varones fuera mejor del que se observaba en los hogares con una madre sola, pero la presencia de cualquier otro adulto sí lo hacía. En cuanto a las chicas adolescentes, se observaba una ligera mejoría con respecto a los hogares de madre sola<sup>[23]</sup>.

Los niños educados en familias reconstituidas han sufrido todos los problemas del divorcio y ahora tienen que enfrentarse con otros nuevos. La mayoría de los niños estarán visitando a su padre o madre biológico, así que sus vidas ya estarán divididas. La estructuración del horario de visitas en una familia mezclada puede rivalizar con el de una línea aérea. La nueva familia luchará, al menos al principio, para unir dos estilos de vida diferentes. Por lo tanto, el niño tiene que aprender a vivir con tres estilos familiares distintos.

En el apartado básico de disciplina, que influye de manera importante en el desarrollo moral de un niño, la multiplicidad de estilos puede ser perjudicial. Una vez escuché como una amiga de ocho años de mi hija le confesaba: «Mi madre no me deja salir de casa, mi padrastro me grita y mi padre verdadero me pega». Incluso en una familia intacta los desacuerdos familiares sobre estilos de disciplina pueden causar confusión, pero la confusión de una familia mezclada es mucho más compleja.

El mejor consejo que pueden darnos aquellos que estudian a este tipo de familias es dar tiempo a la nueva relación para que se desarrolle y hacer hincapié en la comunicación. En la mayoría de casos, el niño se sentirá escéptico ante las nuevas disposiciones. Sentirá una nueva oleada de lealtad hacia el padre biológico que se ve excluido de esta familia. Es inútil que el nuevo padrastro (o madrastra) intente asumir el papel del padre ausente.

Solamente provocará resentimiento. Por otro lado, no resulta práctico, por no decir imposible, mezclar dos familias con dos juegos de normas. Un buen sistema es celebrar frecuentes consejos de familia donde los niños sean tenidos en cuenta para establecer las nuevas normas, acordadas mutuamente. Y durante bastante tiempo el padre biológico debería asumir la responsabilidad de la disciplina.

No solamente cambian las reglas cuando se recompone una familia, sino todo el elenco de personajes. Los niños que antes eran el centro del universo del padre o la madre solo, a menudo sienten que han pasado a formar parte del grupo de extras. Puede que se vean obligados a compartir habitación con sus antiguos hermanos, o con los nuevos hermanastros. Aparece una nueva y compleja obra sobre rivalidades y alianzas entre hermanos en la que se ven inmersos de repente.

No es difícil comprender por qué esta nueva familia crea tensión en la autoconfianza del niño, incluso en su propia identidad. Bajo estas circunstancias, los niños pueden realmente desarrollar mentiras fantasiosas para sacar a flote su confianza que se hunde.

Se puede educar a niños sinceros, morales y confiados en una familia «fusionada», pero los padres tienen que tomar medidas especiales, más allá de las que necesitaron con la familia original. Estas medidas deberían incluir:

- Insistir en que el padre o la madre biológicos se encarguen de la dirección y la disciplina como mínimo hasta que los nuevos lazos se hayan consolidado de manera firme.
- Celebrar frecuentes consejos de familia, con la participación activa de los niños, sobre la toma de decisiones y creación de normas.
- Prestar atención especial a las necesidades de los niños que se pueden sentir desplazados por el nuevo padrastro o madrastra y/o hermanastros.

Algunos expertos recomiendan asesoramiento familiar como precaución necesaria para todas estas nuevas familias, incluso antes de que aparezcan señales de problemas.

Guarderías y mentiras

El problema con las guarderías y el desarrollo de un niño sincero y moral, es que el niño pequeño a menudo pasa más tiempo en compañía de otros adultos y niños del que pasa con sus propios padres. Si a los niños sinceros se les enseña con el ejemplo de unos padres sinceros, y si los estilos de disciplina influyen en la interiorización de las reglas morales, ¿cómo pueden controlar los padres este factor si no están presentes?

Más del 50 % de las madres con niños menores de un año ya han vuelto al trabajo. Para la mayoría de estas madres, el trabajo no supone una opción, sino una necesidad. Con el cambio de una economía manufacturera a una economía de servicios, el sueldo medio en Estados Unidos descendió un 13 % entre 1975 y 1983<sup>[24]</sup>. Las guarderías no son un tema de preferencia personal para la mayoría de las familias, sino una necesidad de la vida.

Los expertos no se ponen de acuerdo sobre el efecto de las guarderías y centros de atención infantil sobre los niños. Pero respondiendo a la creciente demanda generada por madres trabajadoras, la mayoría parece asentir favorablemente en su dirección.

Incluso el doctor Spock, que anteriormente había defendido a la madre de tiempo completo, cambió su postura en su edición de 1976. Aseveró: «Los padres que saben que necesitan una carrera o un cierto tipo de trabajo para realizarse no deberían simplemente renunciar a ello por sus hijos». Sugirió que esos padres «lleguen a algún tipo de compromiso entre sus dos trabajos y las necesidades de sus hijos, normalmente con ayuda de otras personas»<sup>[25]</sup>.

Pero los expertos basan su apoyo profesional a las guarderías y centros similares en que éstos sean «buenos». Con nuestra política nacional actual que insiste en que el tema de las guarderías es una solución individual, existen enormes diferencias en el tipo de servicios «buenos» y de precios razonables. Por ejemplo se encuentran excelentes lugares en Tempe, Arizona, mientras que Dayton, Ohio, no ofrece gran cosa.

Como padres debemos asumir la responsabilidad de encontrar una buena guardería o centro de atención, que podamos sentir confianza en que nuestro hijo se desarrollará bien allí, tanto emocional como moralmente. Esto no es nunca una tarea fácil, porque este tipo de servicios muchas veces es escaso o demasiado caro, pero sí es una tarea esencial.

Burton White, en su influyente libro *The First Three Years of Life*, cree

que los padres o abuelos son quienes mejor pueden cuidar de los bebés y niños más pequeños. Pero si los padres se ven forzados a buscar a alguien fuera de la familia, insiste en que se trata de una responsabilidad muy seria, que precisa mucha investigación.

Sus recomendaciones son, en orden de preferencia:

1. El cuidado individual en el propio hogar a cargo de una persona cualificada.
2. El cuidado individual en el hogar de otra persona cualificada para cuidar niños.
3. Una familia que cuide al niño durante el día, lo que significa una persona cualificada que esté al cargo de no más de dos niños menores de dieciocho meses o de tres niños entre dieciocho y treinta y seis meses.
4. Una guardería que no funcione como empresa lucrativa, con la misma proporción de cuidadores y niños que en el punto 3, y con un supervisor formado en educación de niños de temprana edad.
5. Una guardería que funcione como empresa lucrativa, pero con las mismas condiciones del punto anterior<sup>[26]</sup>.

Para educar a un niño moral, los padres deberían asegurarse de que la persona que le cuida tiene ideas similares acerca de la disciplina y tiene capacidades de comunicación. Los padres deben tener un informe completo del comportamiento del niño, tanto bueno como malo. Necesitan poder confiar en el criterio del cuidador para solucionar un problema como ellos mismos harían.

Melissa, de cuatro años, regresó del hogar de la familia que la cuidaba durante el día y le dijo a su madre que Jason, también de cuatro años, le pegaba todos los días. Su madre reaccionó con preocupación e inmediatamente fue a ver a la madre de la familia que la cuidaba para aclarar el problema. Esa madre, que le había parecido muy sincera y con mucha experiencia, negó por completo la acusación y dijo que ella nunca permitía a los niños que se pegaran unos a otros.

¿A quién creer? Georgia, la madre de Melissa, igual que todas las madres trabajadoras, dependía extraordinariamente de la persona que cuidaba a su

hija durante el día, y había tardado muchos días en escogerla. Por otro lado, es evidente que no podía exponer a su hija a una brutalidad continuada. En este caso concreto, Georgia y la madre que cuidaba a Melissa durante el día pudieron discutir el problema. La madre que la cuidaba estuvo de acuerdo en vigilar muy de cerca la relación de los dos niños. Al final del día, le dijo a Georgia que el niño no había pegado a Melissa, pero que le había quitado el juguete dos veces, así como las patatas fritas del almuerzo y le había puesto la zancadilla como mínimo una vez.

Melissa no mentía, estaba pidiendo ayuda. Para ella, esas pequeñas acciones terroristas, cometidas por un niño nuevo en un lugar nuevo, era como si le pegaran. En este caso la madre se pudo comunicar con la persona que cuidaba de su hija y sentirse segura de que compartían los mismos valores. Tanto ella como la empleada pudieron tratar con el niño y sus padres, y al cabo de un tiempo los dos niños se hicieron amigos.

Poner a un niño pequeño al cuidado de otro va en contra de nuestros instintos protectores como padres. Inmediatamente reaccionamos con culpabilidad y temor cuando sospechamos que nuestro hijo no está debidamente protegido. No es sorprendente que los pocos incidentes de abusos sexuales que se han dado en situaciones de atención diurna se hayan hinchado y convertido en una paranoia nacional sobre los peligros de estas situaciones. Eso no quiere decir que si su hijo le comenta que está sufriendo tocamientos o abusos sexuales no debería tomárselo en serio. (Trataré los temas de mentiras y abusos sexuales en el próximo capítulo). Pero debemos tener en cuenta que la mayoría de personas que se dedican al cuidado de los niños son adultos vocacionales, que aceptan unos sueldos muy bajos y la baja condición social atribuida a su trabajo porque aman a los niños.

Durante el apogeo de uno de los juicios más sórdidos relacionado con acusaciones múltiples de abusos sexuales en un centro de atención infantil diurna, fui a recoger a mi hija a su guardería Montessori. Jan, la chica que se cuidaba de ella, de veintidós años y titulada por Berkeley, que se había tomado un año sabático para trabajar con niños, tenía un aspecto triste. Cuando le pregunté qué le pasaba, dijo: «¡No es justo! Trabajamos muy duro, queremos a nuestros niños, y ahora los padres nos miran con suspicacia y ni tan siquiera les podemos abrazar!».

## NOTA FINAL

El educar a niños sinceros y merecedores de confianza probablemente sea un reto más grande hoy en día del que representó para nuestros padres. Pero este tema, de gran preocupación para todos los padres, no ha sido objeto de muchos estudios científicos. Nos vemos obligados a depender de la opinión prevalente de los expertos, que parece oscilar para ajustarse a las necesidades culturales. Los consejos de expertos, rápidamente cambiantes, sobre los temas de pegar a los niños o de las guarderías, es un buen ejemplo. El efecto del divorcio sobre el desarrollo moral del niño ha sido objeto de muy pocos estudios científicos.

Me parece una lástima que la única parcela que haya captado la atención de los científicos sea la credibilidad de los niños como testigos, de la que hablaré en el próximo capítulo. Es una pena que se haya de pasar por unos sórdidos titulares sobre temas sensacionalistas para captar la atención de la ciencia. Las mentiras más cotidianas contra las que luchamos los padres no llegan a los titulares ni a la atención de los científicos.

## 6.

# Testimonios infantiles ante un tribunal: la crisis del abuso sexual

*Mary Ann Mason Ekman*

Cuando iba a clase de derecho, hace casi quince años, la creencia general era que los niños son muy malos testigos. Casi nunca se podía tener en cuenta el testimonio de un niño menor de siete años y por encima de esa edad, hasta los catorce, éste era dudoso. Se llamaba a los niños a testificar solamente como último recurso desesperado. Para confirmar la opinión de que los niños son testigos totalmente indignos de confianza, se citaba la venerable investigación del psicólogo belga Varondeck. En 1891, se convocó a Varondeck como testigo experto para defender a un hombre acusado de asesinato. El único testigo del asesinato era un niño de ocho años. Varondeck preguntó a veinte niños de ocho años que identificaran el color de la barba de uno de sus profesores. Diecinueve de los veinte niños respondieron obedientemente y mencionaron un color determinado; solamente un estudiante hizo la observación correcta: el profesor no llevaba barba<sup>[1]</sup>.

En la última década la actitud hacia el testimonio infantil ha cambiado espectacularmente. Ahora los niños, en ocasiones menores de seis años, comparecen en gran número ante los juzgados de familia y penales. Muchas veces se toma más en serio su testimonio que uno similar procedente de un adulto.

Lo que ha cambiado no es el grado de sofisticación de los niños modernos, sino más bien la urgente necesidad de la sociedad de proteger a los niños de lo que parece ser una epidemia de abusos sexuales. Normalmente el niño es el único testigo, y no existen más pruebas. Rehusar que se permita testificar al niño podría perjudicar la protección de este, o evitar que se juzgue a una persona acusada de un delito que muchos consideran el peor de todos. El público no lo puede tolerar.

En 1975 se denunciaron unos 12.000 incidentes de abusos infantiles. Para 1985 el número había llegado a 150.000. La concienciación por parte del público del crecimiento de los abusos sexuales se inflamó con las grotescas revelaciones de la existencia de abusos colectivos en guarderías, y centros similares, desde Florida hasta California.

¿Acaso esta explosión refleja correctamente un crecimiento en el número de delitos, o indica un cambio en la actitud pública sobre su denuncia? O quizá, como nación, nos hemos visto atrapados en una histeria sobre abusos sexuales que hace que los niños denuncien abusos donde no existen?

Esas son preguntas difíciles a las que todavía no tenemos respuesta. Como consecuencia de nuestra nueva concienciación, han existido espectaculares cambios en las escuelas públicas y en los programas de bienestar y asistencia social relacionados con los niños. Mediante cintas de vídeo, libros ilustrados y presentaciones, se anima a los niños a denunciar los abusos sexuales a su profesor o a los padres. Y cada vez hay más niños que así lo hacen. Los profesores, enfermeras y trabajadores de salud mental están ahora obligados por la ley a denunciar una «sospecha razonable» de abusos sexuales, cuando antes no tenían esta obligación.

Y cada vez hay más padres acusados de abusos sexuales en disputas por la custodia de los hijos. Como abogada que ha practicado el derecho familiar e investigado temas de custodia, estoy más que alarmada por este fenómeno. Según algunos jueces, se cita el abuso sexual en un 10 % o más de todos los casos de custodia que llegan a su sala<sup>[2]</sup>, y el número de disputas por custodia ha crecido rápidamente, debido a una tasa de divorcio más alta y a los cambios radicales de las leyes sobre custodia.

Los que critican las estadísticas de abusos sexuales sostienen que nos hemos visto arrastrados por una histeria denunciadora. Dicen que los niños,

que según ellos son altamente sugestionables, han sido animados a imaginar un comportamiento que no ocurrió. En especial acusan a las madres divorciadas. Al parecer manipulan al niño o le lavan el cerebro para conseguir que no se le otorgue la custodia al padre.

Por otro lado, la inmensa mayoría de asistentes sociales y fiscales que trabajan con niños que dicen haber sufrido abusos sexuales, siguen creyendo a los niños.

Abrumados por los casos de abuso sexual, los tribunales federales y estatales han buscado la ayuda de sociólogos, investigadores de salud mental y expertos en la Constitución. Los tribunales esperan introducir reformas en la preparación de testigos y en los procedimientos que acrecentarán al máximo la credibilidad del testimonio del niño y le protegerán, pero conservando los derechos constitucionales del acusado.

En la base de este esfuerzo por una reforma yace una revisión seria de la credibilidad infantil. Ya sabemos por los experimentos llevados a cabo con niños de tres años descritos en el capítulo 3 que incluso los niños de muy corta edad son capaces de contar mentiras sin problema. De lo que se trata es: ¿se puede inducir fácilmente a un niño a decir mentiras para complacer a un adulto? ¿Son los niños más sugestionables que los adultos? ¿Son más propensos a creer en sus propias mentiras que los adultos? ¿Elaboran los niños sus propias fantasías para enfrentarse a situaciones tensas? Pero existe otra cuestión: ¿son capaces los niños de recordar la verdad con suficiente detalle como para poder declarar culpable a un acusado? Utilizando métodos de investigación más sofisticados y con un mayor bagaje de conocimientos sobre desarrollo infantil del que Varondeck disponía, los científicos están explorando ahora las áreas cruciales de la sugestión, memoria y recuerdo, comprensión y fantasía. Aunque todavía quedan muchas cuestiones por explorar, voy a examinar los resultados de sus hallazgos más adelante en este capítulo.

Existen importantes diferencias entre los casos de abusos sexuales, y por lo tanto los trataré por separado. Son los casos de abusos colectivos los que han captado la atención pública y éstos presentan problemas específicos relacionados con la sinceridad de los niños implicados. Los casos de abusos colectivos, muchos de ellos centrados en guarderías y lugares de atención

infantil diurna, implican a muchas víctimas y a muchos acusados. Debido a su complejidad, suelen durar años. Para cuando el niño comparece ante el tribunal, si es que él o ella llega a comparecer, puede que ya le hayan interrogado más de una docena de veces.

Las acusaciones por abuso sexual contra uno de los padres en un caso donde se disputa la custodia del niño son un tema muy diferente a las acusaciones criminales. Se trata de asuntos civiles, no penales, y por tanto el procedimiento preliminar y el juicio posterior son totalmente diferentes. Aunque estos casos raramente llegan a los titulares de televisión, su número sigue aumentando.

Y por último, la gran mayoría de casos implica el abuso cometido contra un solo niño, muchas veces por un miembro de la familia o un amigo cercano. Éstos son los casos que son denunciados en cantidad asombrosa por profesores y profesionales al cuidado de los niños, según las nuevas leyes sobre denuncias.

## CASOS DE ABUSOS COLECTIVOS

El hecho más destacable sobre los muchos casos existentes por todo el país que denuncian el abuso de centenares de niños por parte de docenas de adultos, normalmente en guarderías o centros de atención infantil diurna, es que muy pocos de los acusados denunciados llegan a ser declarados culpables. La mayor parte de los cargos contra los acusados finalmente son retirados. Esto ha causado una gran confusión pública. ¿Es que los fiscales hilan demasiado fino o los niños se han vuelto locos?

La introducción pública al mundo de los abusos colectivos ocurrió en la primavera de 1984 con el «caso sexual de Jordan». Estados Unidos descubrió que en una pequeña ciudad de Minnesota, que parecía poseer todas las sanas virtudes de los estados centrales, dos docenas de hombres y mujeres, casi todos ellos casados, la mayoría sólidos ciudadanos, estaban implicados en una conspiración para abusar sexualmente, y en ocasiones incluso torturar, a sus propios hijos. Los niños hablaron de historias sobre fiestas donde los padres competían para decidir qué otros padres iban a tener relaciones sexuales con qué niños. Se sacó a los niños de sus hogares y se les puso en hogares

adoptivos, y las historias seguían creciendo. Finalmente, los niños empezaron a hablar de asesinato. Varios niños dijeron que habían sido testigos de la tortura y asesinato de un chico en una de las fiestas sexuales, y algunos mencionaron también el asesinato de otros niños.

Se iniciaron extensas investigaciones para localizar los cadáveres de los niños asesinados. Empezaron los juicios contra los acusados, y de repente la oficina del fiscal general retiró todos los cargos.

¿Qué había ocurrido? Al testificar contra los acusados, los niños empezaron a reconocer que se estaban inventando las historias de asesinatos, aunque no se retractaron de sus relatos sobre abusos sexuales. Al mismo tiempo, el primer acusado, un delincuente sexual dos veces convicto que había aceptado una condena menor a cambio de su testimonio, cambió totalmente su versión. Antes había corroborado las acusaciones de los niños y había acusado a varias personas. Ahora dijo que había actuado solo.

Resultaba claro que algunos de los niños habían mentido sobre algunos de los acontecimientos, y la fiscalía no pensaba que se pudiera convencer a un jurado con unos testimonios tan contradictorios. Como en la mayoría de casos de abusos colectivos, las extensas investigaciones de todos los hogares de los acusados no habían aportado ni una sola prueba que pudiera corroborar los abusos sexuales o el asesinato. La única había sido el relato del primer acusado, que ahora se retractaba, y unas dudosas pruebas médicas.

Las pruebas médicas sobre abusos sexuales pueden ser muy ambiguas. Incluso cuando son bastante claras, como un recto desgarrado, no indican quién cometió la ofensa.

Los dedos acusadores señalaban a todas partes, pero casi todos ellos apuntaban hacia la ahora célebre fiscal, Kathleen Morris, que había iniciado la investigación en medio de la indignación pública, la había seguido a la luz de los medios de información, y después había tomado la repentina decisión de abandonar el caso. Se la acusó de llevar mal el caso, desde las poco profesionales investigaciones hasta la decisión de querer condenar a los veinticuatro acusados a la vez, en lugar de empezar por el caso más claro. Se dijo de ella que estaba ávida de poder, que era errática y nada profesional.

Kathleen Morris se convirtió en el chivo expiatorio para aquellos que creían que los niños decían la verdad, y ahora se pasaban todo el día en el

sala donde se veía el caso, y para aquellos que creían que los niños mentían y que la ambiciosa fiscal les había animado a hinchar su relato. Pero a mí me parece que el mismo patrón que se desarrolló en Jordan, Minnesota, está claro en la mayoría de casos de abusos infantiles colectivos. Este patrón incluye:

- Un único incidente que rápidamente se extiende y forma un círculo cada vez mayor de víctimas y acusados; a menudo se incluyen acusados muy poco probables.
- Incluso los niños más pequeños dan informes muy convincentes sobre detalles de los abusos sexuales.
- No se encuentran pruebas que puedan confirmar los abusos excepto las de orden médico; parte de las pruebas médicas son muy ambiguas.
- Un cierto tiempo después de las acusaciones originales, algunos de los niños cuentan historias aún más estrafalarias. Se puede tratar de relatos sobre cultos satánicos y asesinato de niños.
- El testimonio de los niños es contradictorio en muchos detalles, después de ser contado tantas veces. Los niños se contradicen entre ellos.
- La fiscalía intenta quedarse con los «testigos fiables», descarta a los otros: el caso no se sostiene.

El caso del jardín de infancia McMartin es el más notorio, y en su momento el más extenso, de abusos sexuales colectivos. En el punto álgido de su investigación, 350 niños de los 400 entrevistados dijeron haber sufrido abusos sexuales en el jardín de infancia de Virginia McMartin, en Manhattan Beach, California. Finalmente se acusó a 7 personas, incluyendo a la matriarca, Virginia McMartin, de setenta y siete años de edad, de 208 cargos por abusos sexuales a niños y conspiración, con 41 testigos infantiles.

A diferencia de lo ocurrido en la pequeña ciudad de Jordan, este caso disfrutó de los sofisticados recursos de la Unidad de Abusos Sexuales, del departamento de policía de Los Ángeles. También se utilizó un experimentado equipo profesional de asistentes sociales del Instituto Infantil para entrevistar a los niños. A pesar de estas ventajas, el caso McMartin siguió un patrón muy parecido al de Jordan.

El incidente McMartin empezó con una sola denuncia hecha por la madre

de un chico de doce años contra Ray Buckey, nieto de Virginia McMartin, propietaria de la escuela. La investigación se extendió como la pólvora, y pronto los investigadores fueron más allá del chico cuyo caso se estudiaba y empezaron a interrogar a estudiantes que se habían graduado en los últimos siete años. Los 350 niños que dijeron haber sufrido abusos sexuales señalaron como mínimo a tres docenas de sospechosos del archivo fotográfico de la policía, algunos de los cuales eran amigos de los McMartin, algunos líderes cívicos de Manhattan Beach.

Como en el caso de Jordan, la policía no pudo encontrar pruebas que corroboraran la acusación. Las pruebas médicas de abuso sexual (siempre polémicas, porque según el médico que realice la prueba se puede llegar a opiniones diferentes) y el testimonio de los niños, al principio muy convincente, eran lo único de que se disponía.

Al ir avanzando los interrogatorios, algunos de los chicos de más edad empezaron a contar historias de abusos rituales con túnicas negras, velas negras y la ingestión de sangre de animales. Varios hablaron de visitas a cementerios locales, donde Ray Buckey les obligaba a exhumar cadáveres, que después acuchillaba.

Fue en la audiencia preliminar al juicio, que duró veinte meses, la más larga de la historia de California, donde todos los antiguos temores sobre la fiabilidad de los testimonios infantiles se pusieron de relieve. Una audiencia preliminar no es un juicio con jurado, es simplemente un paso del proceso judicial en que el juez decide si existen suficientes pruebas para procesar al acusado. No obstante, se permite a los abogados defensores presentar una defensa afirmativa, y por ello la audiencia se puede convertir en un mini juicio sin jurado.

Estaba previsto que testificaran cuarenta y un testigos contra siete acusados, pero pronto se hizo patente que con ello se podía tardar meses y meses. El primer testigo, un niño de siete años, fue objeto de un interrogatorio cruzado durante una semana. El siguiente testigo testificó durante dieciséis días.

Los abogados de los siete acusados utilizaron tres tácticas básicas para desmontar el testimonio de los niños. La primera era atacar el procedimiento de interrogatorio que seguían los terapeutas y los fiscales. Utilizaron las

entrevistas grabadas en cintas de vídeo del primer interrogatorio para demostrar que los entrevistadores estaban metiendo en la cabeza de los niños las ideas sobre abusos sexuales. Aparecía una terapeuta del Instituto Infantil, que con la ayuda de muñecas y títeres le decía a un niño que los otros niños ya le habían contado las «cosas sucias» que ocurrían en el jardín de infancia, añadiendo: «Yo sé que tú sabes de lo que estoy hablando». Le dijo al niño que ella y otras personas querían descubrir quienes eran «los malos», y por ello le pedía ayuda al niño<sup>[3]</sup>.

La segunda táctica era forzar al niño a contradecirse a sí mismo o al testimonio de otros niños. Con siete abogados defensores repreguntando sobre el testimonio del niño durante días y días, eso no era difícil de conseguir en la mayoría de casos. Los abogados defensores no siempre eran duros o engañosos. Muchas veces se reían con el testigo y le engatusaban para que reconociera una contradicción.

Y finalmente exageraban el testimonio de los niños sobre abusos rituales o circunstancias estafalarias. El noveno testigo dijo que se pegaba regularmente a los niños de la escuela con un látigo de cuero de tres metros y que los llevaban a la iglesia episcopal, donde un sacerdote les pegaba si no rezaban a tres o cuatro dioses. Tras este testimonio, los avergonzados fiscales decidieron eliminar como testigos a todos los niños que habían mencionado cultos satánicos o rituales en el cementerio episcopal.

A medida que los niños testigo eran sistemáticamente desacreditados en el estrado o retenidos por temor a que estropearan el testimonio con sus relatos de extravagantes rituales, el caso se vino abajo rápidamente. Al final de los veinte meses de audiencia preliminar, el juez decidió que existían suficientes pruebas para llevar a juicio a los siete acusados, pero los fiscales se dieron cuenta de que, con el fracaso de gran parte de los testimonios infantiles, nunca podrían conseguir que los siete acusados fueran declarados culpables por los 208 cargos presentados.

En una humillante declaración pública, el equipo de la fiscalía dijo que retiraba los cargos contra cinco de los acusados y que seguía adelante con el proceso únicamente contra Ray Buckey y su madre, Peggy McMartin Buckey. Trece niños, ahora entre la edad de ocho y doce años, testificarían sobre acontecimientos ocurridos cuando tenían tres, cuatro y cinco años. Mientras

escribo esto, el proceso todavía continúa.

Estos dos casos de abusos colectivos ilustran el problema de conseguir que se declare culpable a un acusado contando con el testimonio de niños en general, y también las trampas específicas que presentan los casos de abusos colectivos.

### *Interrogatorio inicial*

En todos los casos de abuso sexual, tanto si hay una víctima como cuatrocientas, un tema crucial es el interrogatorio inicial. Si el interrogatorio parece animar a que los niños hagan acusaciones de abusos sexuales, el jurado se cuestionará la credibilidad del niño. En el caso McMartin, las cintas de vídeo del interrogatorio original, que parecían apuntar en esa dirección, resultaron perjudiciales para el caso que presentaba la fiscalía. Los interrogatorios repetidos a lo largo de un período de meses o incluso años, llevados a cabo por diferentes personas, casi seguro que confundirán el tema de la sinceridad. Discutiré más adelante en este capítulo las reformas que se están proponiendo para solucionar este conflictivo tema.

### *Procedimiento judicial*

El segundo tema conflictivo que aparece en todos los casos de abuso sexual, tanto individuales como colectivos, es el procedimiento mismo del juicio. Existe una gran preocupación por el tema de que el niño que es testigo tenga que enfrentarse con el acusado cara a cara, un derecho que garantiza la sexta enmienda de la Constitución. Durante el transcurso de la audiencia preliminar del caso McMartin, la legislatura estatal de California dictó una nueva ley que permitía que los niños testificaran mediante un circuito cerrado de televisión, en el cual no podían ver al acusado. Solamente el último testigo tuvo ocasión de acogerse a esa nueva ley. (El reciente caso del tribunal supremo, Coy contra Iowa, que discutiré más adelante, arroja dudas sobre la constitucionalidad de esta ley). También existen muchas renuencias a utilizar las mismas tácticas de interrogatorio cruzado con los niños que se utilizan contra los testigos adultos en los casos penales. También hablaré de las

reformas que se están proponiendo para estos temas.

Pero los casos de abusos colectivos ofrecen problemas especiales que no son compartidos por ningún otro tipo de caso de abusos sexuales. Con múltiples víctimas testificando sobre el mismo acontecimiento, existen más oportunidades para que surjan testimonios contradictorios. Siete niños pequeños que intenten contar los detalles de un acontecimiento donde se juega a un juego sexual, como el de «La estrella de cine desnuda», descrito por muchos niños en la audiencia preliminar del caso McMartin, pueden perfectamente recordar los detalles del acontecimiento de manera diferente. Un abogado defensor agresivo puede convertir estas contradicciones en un circo de confusiones. Este tipo de confusión no se limita a los niños. Muchos adultos, al testificar sobre un mismo acontecimiento, darán testimonios contradictorios. Este efecto se ve reforzado si han transcurrido varios años desde el acontecimiento, como suele ocurrir en los casos de abusos sexuales colectivos.

Y después están las preocupantes explicaciones de los niños sobre extravagantes rituales y cultos satánicos que han afectado a casi todos los casos de abusos sexuales colectivos. Tanto el caso Jordan como el McMartin se vinieron abajo por este tipo de comentarios. En el caso Jordán, los niños que dijeron que habían presenciado el asesinato de un niño después admitieron haber mentido. En el caso McMartin, la acusación retiró a los testigos que temía podían arruinar la credibilidad de su caso con extraños relatos sobre rituales en cementerios.

Han surgido relatos infantiles sobre rituales satánicos asociados con abusos sexuales en prácticamente todo el país. Según John Crewdson, un periodista que investigó este fenómeno en su libro *By Silence Betrayed*, existen similitudes sorprendentes en los relatos. Las descripciones que los niños dan de los rituales y de los cantos son notablemente similares, y muchos cuentan que bebieron un líquido que les hizo sentir extraños. Casi todos describen el sacrificio ceremonial de pequeños animales, y varios mencionan el asesinato de otros niños, muchas veces bebés. Las investigaciones policiales llevadas a cabo no han producido ningún resultado. Se han excavado campos y secado acequias buscando cadáveres que nunca se encuentran<sup>[4]</sup>.

En San Francisco, la policía creyó durante un tiempo que tenían una genuina conexión entre los casos de abusos sexuales y un culto satánico. Surgió un caso de abusos colectivos relacionado con una guardería de la base militar americana de Presidio. Una de las niñas pequeñas, supuesta víctima, habló de rituales con velas en una habitación negra con cruces. De manera espontánea, en el colmado de la base, señaló a un extraño y dijo que él era uno de los que habían abusado de ella. Este extraño, Michael Aquino, era comandante del ejército de los Estados Unidos y también se autoproclamaba sumo sacerdote del culto de Set, un antiguo dios egipcio. Su mujer, Letitia, era la suma sacerdotisa.

La policía, que había estado siguiendo las actividades de este supuesto culto, se animó cuando la niña, de cuatro años, pudo reconocer el bloque de apartamentos donde vivían los Aquino, rodeados por estatuas y objetos egipcios.

No obstante, el caso contra el sumo sacerdote y sacerdotisa satánicos se vino abajo rápidamente, al no poderse establecer relación alguna entre los Aquino y la guardería infantil o con el otro acusado, el profesor de preescolar Gary Hambright. La descripción que la niña dio del apartamento donde ocurrieron los rituales no coincidía con el decorado del apartamento de los Aquino. Michael Aquino, cuyas finas y puntiagudas cejas, así como el pico de pelo que tenía en la frente, le daban un aspecto sorprendente, alegó en su defensa que los niños siempre le confundían con mister Spock o con el demonio. Este caso, al igual que otros muchos, se empezó a desintegrar y finalmente se retiraron todos los cargos.

O bien existe una conspiración masiva de pedófilos pertenecientes a cultos satánicos extendida por todo el país, o hay una explicación que todavía tiene que ser encontrada. Sabemos que casi todos los niños pequeños crean sus fantasías. Pero normalmente estas fantasías adquieren la forma de un osito de peluche que habla, no de asesinatos rituales de animales o bebés.

Bruno Bettelheim, en su estudio de los antiguos cuentos de hadas, toca el tema de las fantasías oscuras como salida para la ansiedad del niño sobre aquello que teme en la vida real. En otra de sus obras, *A Good Enough Parent*, habla del papel tradicional que tienen las fiestas para ofrecer salidas psicológicas a los niños.

Halloween, sostiene Bettelheim, simboliza las fantasías persecutorias del niño:

Antes de que se expurgara Halloween, los niños podían conseguir el poder por una noche. Poderse vestir y actuar como una bruja, un diablo o un fantasma significa que uno participa, como representante, del poder secreto de esas figuras. El atormentar a los adultos no se hacía solamente como juego: no era solamente para expresar el deseo de invertir los papeles del mundo adulto. Penetraba mucho más profundamente en el inconsciente y satisfacía una necesidad primitiva de identificarse con esos poderes primordiales<sup>[5]</sup>.

Freud y Piaget, los dos gigantes de la teoría del desarrollo infantil, investigaron las fantasías infantiles, pero no trataron con las fantasías oscuras. Se plantearon seriamente la imposibilidad de que los niños sean capaces de separar los hechos reales de la fantasía.

Freud no sostenía que los niños en edad preescolar creen que sus fantasías son reales, pero sí sugirió que su tendencia a fantasear reduce su credibilidad. «La poca confianza que merecen las afirmaciones de los niños se debe al predominio de su imaginación, al igual que la poca confianza en las aseveraciones de los adultos se debe al predominio de sus prejuicios.»<sup>[6]</sup>

Piaget era más pesimista que Freud. Él creía que un niño tiene dificultades para separar la fantasía de la realidad a lo largo de toda su primera infancia. «La mente del niño está llena de estas tendencias "ludísticas" (juego fingido) hasta la edad de 7-8 años, lo cual significa que a esa edad le resulta extremadamente difícil distinguir entre la fabulación y la verdad.»<sup>[7]</sup>

Aunque algunos investigadores modernos han cuestionado a Freud y a Piaget, la investigación actual sigue demostrando que los niños son más proclives a fallos al distinguir entre realidad y fantasía que los adultos. <sup>[8]</sup> Existe un debate entre qué tipos de fantasías son espontáneas, cuáles parecen surgir de la imaginación del niño, y cuáles son influidas por situaciones reales. Se puede alegar que los niños están expuestos a los dibujos animados que ven por televisión, y a los cómics, que alimentan las fantasías extravagantes.

Necesitamos más respuestas sobre el tema de las fantasías infantiles. Necesitamos saber más sobre el contenido de las fantasías infantiles, así como de su capacidad para distinguir entre fantasía y realidad. Necesitamos prestar

una atención especial a esas fantasías que tratan sobre torturas rituales o ritos satánicos. Sin estas respuestas, muchos casos de abusos sexuales no serán tenidos en cuenta por los adultos que creen que un niño que habla sobre cementerios y demonios tiene que estar mintiendo sobre el meollo de los abusos.

## CUSTODIA INFANTIL Y ABUSO SEXUAL

Cuando un niño acusa a un padre de abusos sexuales en un caso de custodia disputada, levanta las sospechas de la comunidad legal, que piensa que el otro padre le habrá lavado el cerebro para que formule esa acusación. El problema con esta sospecha, igual que con todos los prejuicios, es que oscurece la verdad. En estos casos es posible que un juez muy crítico descarte algún incidente real de abusos sexuales. El problema es grave. La tasa de acusaciones por abusos sexuales se ha incrementado espectacularmente en los últimos cinco años.

Aquellos que adoptan la postura de que no se puede confiar en las acusaciones por abusos sexuales, apuntan a que casi siempre es la madre, no un asistente social, profesor o médico, quien inicia los cargos en contra del padre (en la mayoría de los casos es al padre a quien se acusa, no a la madre). Puede ser que la madre tenga un motivo de venganza al intentar restringir el acceso del padre al niño, o simplemente puede que haya interpretado mal lo que está ocurriendo entre el padre y el niño. Un padre solo con un hijo tiene que bañar ahora al niño y cambiarle los pañales, y es posible que tenga que tocarlo de manera que antes no hacía. Y, de hecho, muchas acusaciones por abusos sexuales en estos casos tienen que ver con tocamientos y exhibicionismo, no con penetraciones. El prestigioso programa de Familia y Ley de la Universidad de Michigan ha descubierto que más de la mitad de las acusaciones por abusos sexuales en casos de custodia son falsas<sup>[9]</sup>.

Al otro lado de la disputa están los asistentes sociales y profesionales de la salud mental, que dicen que en muchos casos el abuso empezó antes del divorcio, pero que solamente después de la ruptura los niños pueden hablar. También apuntan a que la tensión del divorcio y la soledad del padre pueden provocar una conducta abusiva, que él puede ver como una manera de buscar

amor y consuelo. Muchos expertos estarían de acuerdo con los hallazgos de Richard Kruguman, director del Centro Nacional Kempe para la Prevención y Tratamiento de los Abusos Infantiles y Abandonos, de Denver, cuyo estudio sobre las acusaciones por abusos sexuales de dieciocho casos de custodia demostró que catorce de los casos eran auténticos, tres eran ficticios y uno estaba «demasiado enmarañado» para poder decidir<sup>[10]</sup>.

En este país estamos pasando por una crisis sobre el tema de la custodia infantil. Como practicante de derecho familiar, he observado cambios drásticos en las leyes sobre custodia y en la naturaleza de las disputas por custodia en los últimos diez años. El índice de divorcios se ha disparado, ayudado por las leyes prácticamente universales de acuerdo mutuo, que no solamente facilitan el divorcio sino que ayudan a fomentar una aceptación pública del hecho. A la revolución por la ley de acuerdo mutuo han seguido cambios radicales en la ley de custodia. Ya no siempre es la madre a quien ésta se concede. Muchas veces se concede al padre cuando éste la pide, y existe un fuerte movimiento hacia el establecimiento de la custodia conjunta. Más de treinta estados han aprobado leyes que favorecen la custodia conjunta bajo ciertas condiciones, y en California la ley de 1980 da preferencia a la custodia conjunta. En California el tribunal puede incluso imponerla, aunque uno de los padres se oponga<sup>[11]</sup>.

Cada año hay más y más niños que pasan por la experiencia del divorcio de sus padres y se ven sujetos a las confusas nuevas leyes sobre custodia. Muy a menudo los padres se ven persuadidos a aceptar, o el tribunal se lo impone, siendo la preferencia moderna la de la custodia conjunta. Según el doctor John Haynes, antiguo presidente de la Academia de Mediación Familiar: «Dentro de cinco años la custodia conjunta será la norma, incluso dentro del sistema judicial»<sup>[12]</sup>. Sin embargo muy pocas parejas divorciadas pueden colaborar en los complicados arreglos que se necesitan para dividir la vida de un niño en dos mitades iguales. La fricción se acumula y muchas veces acaba en hostilidad abierta.

Una vez acordada la custodia conjunta, es casi imposible conseguir que se cambie el dictamen. Por desgracia, una de las pocas razones por las que el juez consentirá en cambiar la sentencia es la existencia de abusos sexuales por parte de uno de los padres. El abuso sexual es una acusación que se alega con

tanta frecuencia que la Academia Americana de Psiquiatría Infantil y Adolescente, en su junta anual de 1986, dijo que el alarmante aumento del número de casos de abusos sexuales se atribuía a una mayor concienciación pública del tema, a las leyes que obligaban a profesores y médicos a informar sobre acusaciones aunque no existieran pruebas que las sustentaran, y a las leyes de custodia conjunta que en algunos casos llevaban a la madre a luchar más duramente para conseguir la custodia exclusiva de sus hijos<sup>[13]</sup>.

Cuando se trata de la vida de un niño, nuestro primer deber es protegerle. No tiene sentido obligar a unos acuerdos de custodia conjunta si éstos no se traducen en lo mejor para el niño. Existen cada vez más pruebas de que la custodia conjunta no es una buena solución para muchas de las familias a quienes les es impuesta. En la junta anual de 1987, la Asociación Americana Ortopsiquiátrica presentó un estudio realizado por el Centro de Familias en Transición sobre los efectos de la custodia conjunta. Los niños cuyos padres se habían divorciado de manera más o menos amistosa no se veían afectados por la custodia conjunta, pero aquellos cuyos padres habían pasado por un divorcio amargo, estaban psicológicamente peor si el tribunal había impuesto la custodia conjunta que si ésta se concedía a sólo uno de los padres<sup>[14]</sup>.

En mi opinión, el acuerdo de custodia conjunta no debería ser prioritario en el juzgado, y nunca debería imponerse a padres reacios a aceptarla. Cuando ambos padres están de acuerdo, debería poderse revisar según el deseo de cualquiera de ellos o del niño. Si el arreglo de custodia conjunta no funciona para ninguno de los padres, no es lo mejor para el niño hacerla obligatoria. Es muy posible que ello reduzca la cantidad de acusaciones sobre abusos sexuales que actualmente son como una plaga en los casos de custodia.

Pero en la actualidad, el tribunal se ve forzado a tratar cada vez más con este tipo de acusaciones. La sospecha de abuso sexual es algo muy diferente en una audiencia por custodia que en un juicio penal. Al acusado no se le garantiza su derecho, según la sexta enmienda, a tener un jurado o a verse cara a cara con las personas que testifican en su contra. El juez puede tomar una determinación contra el acusado basándose en una «preponderancia de pruebas» antes que en la regla básica de «más allá de una duda razonable» que existe en los casos penales normales.

Los procedimientos para tratar con las acusaciones de abuso sexual en

casos de custodia varían mucho de un estado a otro. En muchos estados, la acusación por abuso sexual pasa por los Servicios de Protección Infantil, que investigan la acusación y la trasladan a un tribunal juvenil para una audiencia si consideran que hay pruebas suficientes. En el tribunal juvenil el juez puede denegar al padre el acceso al niño durante un período de tiempo basándose en la preponderancia de pruebas. Este dictamen será aplicado entonces al acuerdo de custodia en una audiencia posterior. En algunos estados, el juzgado de familia trata directamente con las acusaciones por abuso sexual.

En el juzgado de familia o juvenil, el juez puede entrevistar perfectamente al niño en su despacho en lugar de hacerlo en la sala de juicio. Puede que el tribunal llame también a un psiquiatra infantil para así contar con el testimonio de un experto, cosa que normalmente no se permite en los juicios penales. Se considera que el experto es como el abogado del niño, no un testigo para ninguno de los padres. Cada uno de los padres puede traer a su vez su propio experto en salud mental.

Esta informalidad tiene su lado bueno y su lado malo. El malo es que puede que existan pocos hechos, o ninguno, probados por investigadores policiales cualificados antes de la audiencia, porque no se trata de un caso penal; no se está juzgando al padre acusado. El lado positivo es que normalmente el niño no se habrá visto obligado a repetir su historia demasiadas veces antes del juicio, y éste puede resultar menos traumático. Si puede testificar de manera informal, fuera de la vista del padre acusado, es posible que su testimonio sea más espontáneo y menos reservado.

Por desgracia, los jueces que tratan con disputas sobre derecho familiar en la mayoría de las ocasiones no están cualificados para tratar con acusaciones por abuso sexual. Pero se ven forzados a tomar decisiones rápidas sobre un tema que no sólo afecta gravemente a la vida del niño, sino también a la vida y reputación del padre acusado.

Cuando un juez llama a un psiquiatra infantil, se suele apoyar de forma importante en el testimonio de éste. Algunos psiquiatras creen que el juez les anima a decir si el niño está mintiendo o no, y esto va más allá de lo que puede garantizar un psiquiatra. Según el psiquiatra infantil Melvin G. Goldzband, un conocido autor sobre el tema de la custodia infantil y testigos expertos:

El experto, en la mayoría de los casos, simplemente es incapaz de garantizar la presencia o ausencia absoluta de una verdad objetiva verificable sobre las acusaciones presentadas. El psiquiatra puede y debe describir las estructuras de carácter y personalidad de los individuos en cuestión, y puede establecer que en algunas estructuras caracterológicas se puede dar con más facilidad la mentira que en otras (en resumen, que son posibles). Sin embargo, en casi ningún caso puede el experto aseverar de manera contundente que las acusaciones que uno de los litigantes presenta contra el otro son verdaderas o falsas<sup>[15]</sup>.

Pero muchos profesionales de la salud mental creen que pueden distinguir con bastante precisión entre un niño que miente sobre un tema de abusos sexuales en una disputa por custodia y otro que está contando la verdad. El doctor Arthur Green, director del Centro Familiar del Hospital Presbiteriano de Nueva York, sostiene que existe un síndrome de abuso sexual específico. Él cree que, con pocas excepciones, un psiquiatra infantil bien entrenado, puede reconocer a un niño que miente.

Según Green, cuando un niño miente, en muchas ocasiones es porque le ha lavado el cerebro una madre vengativa o enferma que proyecta sus propias fantasías inconscientes en el cónyuge. En estos casos, los detalles sobre las actividades sexuales se obtienen con mucha facilidad o incluso puede que el niño las ofrezca de manera espontánea. El niño muestra poca o ninguna emoción al describir los abusos y muchas veces utiliza terminología adulta.

Por otro lado, según Green, las auténticas víctimas de incesto son más bien reacios a contar detalles sobre los abusos. Muchas veces no dicen nada durante semanas y a veces se retractan y después vuelven a reafirmarse en sus acusaciones. Su revelación suele venir acompañada por un estado depresivo y describen el acto en un lenguaje propio de su edad.

Como ejemplo de una acusación falsa, Green cuenta la historia de Andy B., a quien una madre delirante le había lavado el cerebro:

Cuando se veía a Andy solo con su padre, se mostraba amable, espontáneo y afectuoso y parecía disfrutar con la relación. Cuando se observaba a Andy con ambos padres, se mostraba enfadado y hostil hacia su padre. Humillaba al señor B. trazando espontáneamente un dibujo de su padre con un gran pene erecto y me decía que él y su padre jugaban con el pene del otro cuando estaban desnudos. Durante su narración, que ofrecía sin ninguna emoción, la mirada de Andy se dirigía con frecuencia hacia la

expresión aprobadora de su madre<sup>[16]</sup>.

Los juzgados de California, que suelen ser los pioneros en introducir reformas en los procedimientos legales, se han negado a permitir el testimonio de expertos sobre si el comportamiento del niño encaja o no en el «síndrome de abuso sexual». Siguen la que se denomina regla de Kelly Frye, que dice que un testimonio basado en un «nuevo proceso científico» es inadmisibles sin pruebas de que éste es generalmente aceptado por la comunidad científica. En el caso de Sara, de tres años de edad, de quien sus abuelos decían que su padrastro había abusado sexualmente, el tribunal de apelación decidió que el tribunal donde se había juzgado el caso no debería haber permitido que un psicólogo testificara que Sara mostraba signos del «síndrome de abusos infantiles», puesto que este síndrome no era reconocido por la Asociación Psicológica Americana ni por cualquier otra organización profesional<sup>[17]</sup>. Sara fue enviada de nuevo a vivir con su madre y su padrastro.

Pero los juzgados de California sí han permitido que expertos en salud mental cuenten el testimonio del niño, que de otro modo se consideraría prueba de oídas (algo que la víctima contó a una tercera persona), y no se permitiría como testimonio contra el acusado. En *The Matter of Cheryl H.*, el tribunal permitió que un psicólogo testificara sobre lo que una niña de tres años había dicho acerca de los abusos sexuales cometidos por su padre. Se permitió este testimonio como excepción a la regla de la prueba de oídas, que permite testimonios no sobre el acusado, sino sobre el estado mental de la víctima. El tribunal dijo:

Aunque las afirmaciones sobre abusos sexuales por parte del padre hechas por la víctima de tres años de edad al psiquiatra infantil no serían admisibles en un procedimiento de dependencia para probar que el padre realmente había abusado de ella, las afirmaciones de la víctima fueron admitidas como prueba circunstancial de que la niña creía que el padre era el abusador, es decir, como prueba circunstancial del estado mental de la víctima<sup>[18]</sup>.

En los casos de abusos sexuales, donde raramente existen testigos presenciales, este tipo de prueba de oídas tiene mucha fuerza.

Queda claro que hay que reformar los procedimientos legales para que se

pueda ofrecer al juez unas bases más claras sobre las cuales poder tomar decisiones. No se debería permitir a ningún padre utilizar una falsa acusación por abuso sexual para cortar el acceso del otro padre al niño, sino que siempre se debería proteger al niño.

En primer lugar, el juzgado de custodia o juvenil debe tener acceso a los mismos interrogatorios profesionales para obtener hechos de que se dispone en un juicio penal. No se debería permitir que una acusación no investigada llegara ante el juez.

En segundo lugar, deben existir unas normas más estrictas sobre la utilización de testigos expertos, que normalmente son profesionales de la salud mental. Con demasiada frecuencia recae sobre ellos la tarea de detectar a un mentiroso, lo cual va más allá de la precisión demostrada del «síndrome de abusos infantiles». Puesto que muchas veces no existen más pruebas que éstas, ello le da al experto más autoridad de la que resulta justificable.

De hecho, existe una gran controversia sobre la utilización de psicólogos y psiquiatras como testigos expertos en cualquier tipo de procedimiento judicial. Un estudio reciente hecho por Faust y Ziskin, publicado en Science, sostiene que «considerables investigaciones muestran que la precisión de los criterios de estos expertos no sobrepasa a la de una persona lega». Por ejemplo, un estudio descubrió que los estudiantes de instituto podían prever una conducta violenta en un individuo tan bien como los profesionales de la salud mental<sup>[19]</sup>. Este resultado sin duda hace que nos cuestionemos la capacidad de un experto en salud mental para determinar con precisión si un niño está mintiendo.

Por otro lado, el propósito de una audiencia sobre custodia es proteger al niño, no condenar a un criminal. Una interpretación más abierta de las reglas sobre las pruebas de oídas que permitan a psiquiatras y psicólogos aportar pruebas sobre el estado mental del niño puede ayudar a proteger al niño que no puede hablar de manera adecuada por sí mismo.

En tercer lugar, igual que no se ponen en duda los derechos que tiene el acusado de un delito, el padre acusado merece protección. El testimonio del padre acusador tiene que ser tratado con cuidado. El tribunal no debería permitir que el padre acusador comente lo que dijo el niño (prueba de oídas). Es el propio niño quien tiene que contarlo. ¿Y qué ocurre con el niño de tan poca edad que no puede testificar correctamente? En este caso el tribunal tiene

que confiar en las pruebas que corroboren la acusación, como exámenes médicos y el testimonio de profesionales de la salud mental sobre lo que el niño dijo en terapia. (No si el niño miente o no). Puesto que el juez no tiene que regirse por la regla de «más allá de una duda razonable» en un caso civil, puede que decida que la «preponderancia de pruebas» garantiza que al padre (o a la madre) le sea prohibido el acceso al niño.

Aproximadamente la mitad de nuestros hijos experimentarán el divorcio de sus padres y las disposiciones sobre custodia que le siguen. El conflicto de lealtades y la tensión entre los padres puede provocar que los niños mientan con mayor frecuencia sobre muchos asuntos. En el anterior capítulo hablé sobre el muro de intimidad que el niño erige entre los dos mundos de sus padres. Puede que le mienta a uno de los padres sobre temas del otro. Para intentar complacer a uno de ellos, puede desviar un poco la verdad. Por otro lado, un padre angustiado puede que se comporte de una manera que normalmente consideraría injusto. Hay que examinar cada caso con mucha atención y no descartarlo como «otra queja falsa sobre custodia».

## LEYES SOBRE DENUNCIA

En la mayoría de casos de abuso sexual infantil no se trata de abusos colectivos ni de un tema de custodia. Normalmente se refieren a incidentes en los que un adulto se ha dado cuenta de que el niño actúa o habla de manera extraña, o quizás se queja de dolores en la zona genital. Puede que esta persona sea uno de los padres o un pariente, pero cada vez más es un profesor, enfermera escolar o trabajadora infantil. En la mayoría de estados las leyes sobre denuncia proclamadas en los años sesenta, que requerían que los médicos debían denunciar los «casos conocidos» de abusos, tanto físicos como sexuales, se ampliaron en los ochenta para incluir también a terapeutas, profesores y profesionales de la salud. California sirvió de modelo para muchos estados, ampliando el lenguaje de lo que debe denunciarse, desde los «casos conocidos» hasta aquellos de «sospecha razonable».

No es sorprendente que el número de casos denunciados fuera aumentando de manera continuada tras esta ampliación del campo obligatorio de denuncia. Las denuncias sobrepasaron la capacidad de los Servicios de Protección

Infantil. Los aumentos más significativos fueron los de abusos físicos, antes que sexuales, porque era obligatorio que un profesor denunciara marcas o señales que pudieran hacer sospechar que se había pegado a un niño. Las pruebas sobre abusos sexuales no son tan claras, pero las denuncias por abuso sexual crecieron también, de 9.120 en 1981 hasta 13.214 en 1983. Durante este período, en muchas escuelas se instituyó también la educación sobre abusos sexuales, animando a los niños a hablar sobre temas que anteriormente estaban prohibidos<sup>[20]</sup>.

Aproximadamente un 65 % de las denuncias por abandono y abuso infantil han demostrado ser infundadas, según Douglass Besharov, el primer director del Centro Nacional Estadounidense de Abuso y Abandono Infantil<sup>[21]</sup>. Ello levanta la sospecha pública de que los niños mienten sobre el tema de los abusos. Varios millares de padres de treinta estados diferentes se han asociado y han formado VOCAL (Víctimas de la Ley sobre Abusos Infantiles) para protestar de que fueron acusados falsamente de abusos y abandono infantiles.

Pero estas denuncias infundadas no significan necesariamente que los niños o los adultos estén mintiendo. Se pide a centenares de miles de adultos que denuncien una «sospecha razonable» de abusos, aun cuando el niño guarde silencio. Una denuncia infundada también puede significar que no existen pruebas suficientes para hacer un cargo formal, no que los abusos no tuvieran lugar.

La señora J., una profesora de jardín de infancia, pilló a Jerry, de tres años de edad, absorto ante una revista pornográfica que al parecer había traído en su mochila. Señaló a una mujer desnuda en una postura sexual y dijo: «Ésa es tía Ruth». La señora J. observó que Jerry, antes un niño popular, se había vuelto muy quieto y permanecía alejado de sus compañeros. Lo notificó a los Servicios de Protección Infantil. Se pusieron en contacto con los padres y les hicieron una visita domiciliaria. Los padres se quedaron atónitos y avergonzados. La tía Ruth era una parienta joven y bonita que Jerry había conocido de manera breve y pública en una boda familiar. Estuvieron de acuerdo en llevar a Jerry a un terapeuta, quien descubrió que Jerry estaba pasando por un desarrollo normal, aunque algo exagerado, de su interés sexual.

Muchos estados tienen líneas telefónicas de atención para casos de abusos

infantiles, que aceptan investigar denuncias aunque la persona que llama no pueda dar razones para sospechar que la condición del niño sea debida a la conducta de los padres, o cuando el denunciante insiste en permanecer en el anonimato.

El propósito de las leyes de denuncia es proteger al niño, y aunque es mejor pecar por el lado de un exceso de denuncias, hay muchos que creen que el sistema de denuncias está fuera de control. Los adultos acusados de abuso, que en la mayoría de casos son padres, parientes y amigos, también tienen sus derechos, y pueden sufrir daños irreparables a su reputación si son víctimas de una falsa denuncia.

Existen maneras de hacer que las leyes sobre denuncia, y con ello los denunciantes, sean más responsables. Besharov sugiere que en primer lugar todas las leyes deben contener descripciones específicas de qué constituye abuso, antes que términos confusos como «en peligro» o «señales de abuso». Para el abuso sexual, la sola conducta, sin afirmaciones por parte del niño o de otra persona, no es suficiente para formular una denuncia. En el caso de Jerry antes mencionado, con toda seguridad hubiera sido mejor escoger otra vía, como hablar con los padres, antes que cursar una denuncia.

La segunda salvaguarda que Besharov recomienda es filtrar las denuncias antes de proseguir con la investigación. Las líneas de atención telefónica sobre abusos infantiles están cargadas de denuncias que en realidad reflejan malas acciones adolescentes, problemas escolares y expresiones de sexualidad, no abusos reales<sup>[22]</sup>.

En el caso de *Mammo contra Arizona*, la Agencia de Protección Infantil fue declarada culpable por no haber seguido adelante con una denuncia cursada por un padre, que no tenía la custodia del niño, sobre una madre peligrosa. La madre asesinó a su hijo. Esta decisión ha sembrado el miedo en los corazones de los encargados de filtrar las demandas, pero es imprescindible que sea una persona experta quien separe las denuncias legítimas de aquellas que son frívolas y que canalice las llamadas inapropiadas hacia el servicio social pertinente.

USO CORRECTO DEL TESTIMONIO INFANTIL

Los casos que han recibido mucha publicidad, como los de McMartin y Jordan, han hecho que el público sienta recelo hacia la credibilidad de los testigos infantiles. Incluso se ha revelado al público el confuso mundo de las denuncias por abusos infantiles en los casos de custodia. Uno de los programas de televisión más populares del país, «La ley de Los Angeles», mostraba un incidente en que una hija era persuadida por su vengativa madre de acusar falsamente a su padre por abusos sexuales. En la serie, naturalmente, la madre confesaba y se llegaba a un acuerdo.

De hecho, los investigadores que actualmente están estudiando la credibilidad infantil como testigos describen un cuadro más optimista. Las investigaciones apuntan a que incluso niños de sólo cuatro años pueden presentar un testimonio fiable. No obstante, existen algunas advertencias. Cuanto más pequeño es el niño, menos detalles puede recordar. Ello es en parte porque el niño pequeño no puede prestar atención a tantos detalles. También es debido a que la capacidad de comprensión, en especial de acontecimientos nuevos o inusuales, no está tan desarrollada. Pero cuando el incidente a recordar trata de un terreno familiar, como acordarse de los detalles de una tira cómica vista por primera vez, puede que el niño recuerde más detalles que un adulto<sup>[23]</sup>.

Uno de los principales problemas del testimonio de los niños de diez años o menos es que cuánto más pequeños son, más les cuesta recordar libremente. Para conseguir despertar su memoria, el entrevistador necesita guiar el proceso de recordar<sup>[24]</sup>. Proceso que lleva a las peligrosas aguas de la sugestividad.

La capacidad de sugestión se refiere a hasta dónde se puede hacer creer a un testigo en unos detalles de un acontecimiento que en realidad no ocurrió. En un procedimiento legal, la preocupación es que los repetidos interrogadores sugerirán nueva información que el testigo entonces empieza a creer que forma parte de su memoria real.

Por supuesto, la capacidad de sugestión no es solamente un problema para los niños. Una vez fui sujeto de una demostración realizada por una de las principales investigadoras sobre este tema, Elizabeth Loftus. Se pasó una película en la que se ve a un coche rojo circulando por una calle tranquila y al final choca con otro vehículo. En el interrogatorio posterior, me preguntaron

dónde estaba la señal de stop, cuando en realidad era un ceda el paso. Dije con toda seguridad donde estaba, y más adelante respondí que había visto una señal de stop. Lo mismo que hizo la mayoría del público.

El tema no es pues si los niños son vulnerables ante una información falsa, sino si lo son mucho más que los adultos. Se están llevando a cabo muchas investigaciones sobre este tema, con algunos resultados contradictorios. En general existe un consenso de que hacia la edad de diez u once años los niños no son más vulnerables que un adulto ante una información engañosa o incorrecta. Existe polémica sobre los niños entre seis y diez años. Algunas investigaciones indican que no lo son más que los adultos, pero otras sostienen que sí lo son. Con los niños menores de siete años, las investigaciones indican que son especialmente vulnerables a las informaciones incorrectas sobre datos periféricos, pero no sobre el acontecimiento principal. Los preescolares también se ven muy influidos por los adultos que les interrogan<sup>[25]</sup>.

Cuando Varondeck pidió a los niños que describieran el color de la barba de su profesor, cuando de hecho éste no llevaba barba, los niños probablemente respondieron con un color para complacer al interrogador. Se han hecho muchos experimentos en los cuales el interrogador ofrece información falsa sobre un acontecimiento después de que el niño lo presenciara. Se puede ver un claro patrón de sugestión. Los niños son más vulnerables ante la falsa información si su memoria original del tema que trata la información falsa es débil; la información falsa trata sobre un acontecimiento periférico, no central; y el interrogador que ofrece la información falsa es un adulto que el niño respeta. En un experimento realizado, cuando era un niño el que ofrecía la información falsa, era aceptada en un 50 % menos<sup>[26]</sup>.

El espinoso tema de la capacidad de sugestión empieza con el interrogatorio inicial. Puede que la persona que lo lleva a cabo sea un asistente social o un oficial de policía, con poco o ningún entrenamiento. Incluso aquellos que están bien entrenados pueden engañar a un niño. Una de las técnicas estándar de interrogación es dar al niño dos muñecas anatómicamente correctas y pedirle al niño que les muestre lo que pasó. Varios estudios se han cuestionado qué es lo que realmente ocurre. Un estudio comparó a veinticinco niños que habían sufrido abusos sexuales con otros

veinticinco que no los habían sufrido y se descubrió que las diferencias entre ellos no eran tan marcadas. En otro estudio hecho con cien niños que no habían sufrido abusos, casi el 50 % se relacionó con las muñecas de tal manera que muchos investigadores lo hubieran podido interpretar como prueba de abusos sexuales<sup>[27]</sup>. Los genitales prominentes y los orificios de las muñecas posiblemente sugieren un patrón de juego para los niños pequeños.

Es evidente que hace falta más investigación y trabajo sobre el tema crucial de desarrollar técnicas que no impliquen sugestión y enseñarlas a todos los investigadores. King y Yuille, expertos en el tema de sugestión infantil, recomiendan dejar a un lado las muñecas y sustituirlas por varias técnicas basadas en lo que sabemos del desarrollo infantil. Una posibilidad es utilizar escenarios, maquetas a pequeña escala de habitaciones y muebles que se puedan mover y que puedan ayudar a recordar a los niños; otra sería practicar cosas como identificación de fotografías, para que el niño pueda comprender mejor el concepto. Aunque los niños pequeños puede que todavía necesiten apuntes verbales para fomentar el recuerdo, la información que el investigador debe comunicar al niño es que no hace falta que lo recuerden todo, que pueden decir tranquilamente: «No me acuerdo»<sup>[28]</sup>.

Si los niños, aun los de corta edad, pueden relatar adecuadamente un acontecimiento pasado si se les pregunta correctamente, ¿es necesario que un juez dictamine sobre su competencia? Desde el siglo XVIII quedó bien establecido que el juez de cada caso concreto debe determinar mediante interrogatorio si el niño muestra una veracidad, inteligencia, memoria y capacidad verbal adecuadas. Los jueces formulaban preguntas como: «¿conoces la diferencia entre el bien y el mal?», «¿sabes lo que significa un juramento?» Dependiendo de la edad del niño, el juez también podía pedirle al niño que recitara el alfabeto, o que recordara direcciones y números de teléfono o el nombre de sus profesores.

Debido a la presión por el creciente número de casos por abusos sexuales en los que el niño es el único testigo, existe una tendencia a eliminar el examen de competencia y dejar que el niño testifique como lo haría cualquier otro testigo. (Hasta ahora ocho estados han eliminado el requisito). El jurado o el juez deben decidir si el testimonio es creíble. Pero no se ha investigado suficientemente si un jurado puede decidir de manera adecuada la competencia

de un testigo infantil. Es evidente que el jurado necesita instrucciones claras sobre cómo tratar con el testimonio de un niño.

También existe un movimiento para ampliar las normas sobre pruebas de oídas, o crear una nueva excepción para el niño que ha sufrido abusos sexuales. El propósito de las leyes que excluyen las pruebas de oídas es que las declaraciones hechas fuera de la sala del tribunal son por su propia naturaleza poco fiables. Solamente cuando las declaraciones se hacen en la sala, bajo juramento, en un lugar donde el acusado puede repreguntar, se consideran fiables. En casos de abusos sexuales, puede que las declaraciones de oídas sean la única prueba si el niño es considerado incompetente para testificar. Las tres maneras más comunes por las cuales se permiten las pruebas de oídas en un juzgado son si el niño presenta una prueba médica, si el niño se queja específicamente de violación, o si el niño hace algún comentario exaltado. Normalmente se hacen este tipo de comentarios en el momento en que tiene lugar el acontecimiento, por ejemplo: «¡Este hombre acaba de meter la mano debajo de mi vestido!». Pero los tribunales han sido muy indulgentes en casos de abusos sexuales, admitiendo «comentarios exaltados» que se dan días, semanas o incluso meses después. Algunos estados incluso han aceptado una excepción especial de las pruebas de oídas para los casos de abuso sexual, mediante la cual otro testigo puede presentar la declaración del niño si existen pruebas que la corroboren<sup>[29]</sup>. Estas extensiones de las reglas sobre declaraciones de oídas todavía no han sido puestas a prueba por el tribunal supremo.

Existe aún otro movimiento para proteger al niño y que éste no pueda ver al acusado en los juicios penales. Aquellos que desean cambiar el procedimiento creen que el niño estará tan nervioso que ello afectará a su testimonio. Aparte de ello, consideran que es cruel y posiblemente traumático que un niño tenga que enfrentarse a su atacante. Algunos estados han introducido circuitos cerrados de televisión, que el acusado puede ver desde otra sala. Otros estados permiten los testimonios grabados en cinta de vídeo en lugar del testimonio directo del niño para evitar la confrontación entre el niño y el acusado. Algunos estados han decidido que no hace falta que el niño testifique y que un testigo adulto puede relatar lo que el niño le contó sobre el acontecimiento. Esto crea una excepción a la regla habitual sobre pruebas de

oídas que dice que sólo un testigo presencial puede relatar el acontecimiento.

El tribunal supremo de los Estados Unidos, en el caso *Coy contra Iowa* (junio de 1988) dijo tener serias dudas sobre la constitucionalidad de esos intentos de evitar que el niño viera al acusado. En este caso, dos niñas de trece años fueron asaltadas sexualmente mientras acampaban en su propio jardín. El acusado, John Avery Coy, era el vecino de al lado. Una ley de Iowa destinada a proteger a las víctimas de abuso sexual permitió que se utilizara un biombo entre el acusado y las chicas, que hacía que ellas no le pudieran ver pero le permitía a él verlas tenuemente y escucharlas.

Siguiendo la opinión de la mayoría, el juez Scalia defiende rotundamente el «derecho a la confrontación» que se contempla en la sexta enmienda. Sostiene que la base de este derecho es que es más difícil para un acusador mentir cuando se encuentra frente al acusado y dice: «... Existe algo profundo en la naturaleza humana que tiene que ver con el enfrentamiento cara a cara entre acusador y acusado y que es "esencial para un juicio justo en un caso penal"»<sup>[30]</sup>.

No obstante, la jueza O'Connor, en una opinión coincidente, está de acuerdo en que la ley de Iowa no permite una confrontación, pero insiste en que con muchos de los nuevos procedimientos de otros estados, incluyendo la utilización de testimonios grabados en vídeo ante un tribunal, ya se testimonia en presencia del acusado. También sostiene que todavía hay espacio para una ley que cubra el tema de la confrontación con un enfoque concreto para cada caso. «Pero si un tribunal decide que un caso específico tiene una necesidad concreta, como se indica en algunos estatutos estatales, [...] nuestros casos sugieren que las restricciones de la cláusula de confrontación pueden dar lugar al interés estatal obligatorio de proteger a los testigos infantiles.»<sup>[31]</sup> Esta importante decisión del tribunal supremo deja a las nuevas leyes aprobadas por muchos estados en una especie de limbo. Casi seguro que tendrán que ser revisadas y probablemente ser escritas de nuevo para asegurar que cumplen con las normas de esta decisión más bien confusa.

En mi opinión, el tribunal supremo estuvo acertado tanto legal como moralmente al decir que no podemos olvidarnos de los derechos constitucionales. La simpatía pública naturalmente se inclina hacia el posible sufrimiento e incomodidad que un niño tiene que soportar en esta situación,

pero de muchas maneras se trata de la misma situación para la cual se creó la sexta enmienda. En un delito donde la palabra del acusado suele ser la única prueba, éste tiene todo el derecho a protegerse de una falsa acusación.

Douglass Tarrant, de cuarenta y un años, supervisor adjunto de finanzas de las escuelas Pinellas County, de Saint Petersburg, Florida, se suicidó antes de saber que la muchacha de quince años que le había acusado de actos libidinosos y lascivos se había retractado dos días antes<sup>[32]</sup>. El caso de Tarrant no es el único. Centenares de miembros de la asociación VOCAL sostienen que han sido acusados falsamente. Una falsa acusación por abuso sexual puede arruinar la vida y la reputación de una víctima inocente mucho más que cualquier otro tipo de acusación.

Además, uno de los principales investigadores de este tema, Gary Melton, sostiene que la necesidad de estas reformas no está documentada ni estudiada. No sabemos con seguridad si un niño testificará mejor si el acusado no está presente, y no tenemos pruebas reales de que el enfrentarse con el acusado resulte siempre traumático para todos los niños. De hecho, sugiere Melton, para algunas víctimas puede ser como una catarsis enfrentarse al atacante y sentir que un daño puede ser reparado<sup>[33]</sup>.

Existen otros procedimientos que no desafían a la Constitución y que pueden hacer que el testimonio de un niño resulte más cómodo. Se puede preparar mejor al niño para que él o ella sepa qué puede esperar en un juzgado. Para ayudar en el proceso, se le puede mostrar la sala del juicio con anterioridad y explicarle qué personas estarán allí. Una vez esté el niño en el estrado de los testigos, los abogados pueden formular preguntas simples y directas, utilizando el vocabulario del propio niño, para extraer el testimonio. Por ejemplo, el abogado tiene que saber cómo llama el niño a los órganos genitales. El juez puede dirigir las repreguntas, controlando la intimidación y los intentos de confundir al testigo.

En los juicios civiles para determinar la custodia o para conseguir una orden para proteger al niño de un agresor adulto, no existen restricciones constitucionales, puesto que no existe un acusado penal. Los jueces pueden interrogar de manera informal al niño en su despacho si así lo desean, con la presencia de los abogados.

Otro tema importante es el de la utilización del testimonio de profesionales

expertos en salud mental que han examinado a la víctima. Este testimonio se permite con mayor frecuencia en casos civiles que en casos penales, puesto que se considera demasiado perjudicial para el acusado. Existen dos tipos de información que estos expertos pueden aportar: al testificar sobre el estado mental de la víctima, pueden ofrecer detalles sobre un acontecimiento que el niño puede que no sepa explicar adecuadamente ante el tribunal; y al analizar la conducta del niño, pueden indicar si éste ha sido realmente víctima de abusos sexuales.

En mi opinión, la exclusión de testimonios de expertos sobre la credibilidad o el estado mental del niño es justificable en casos penales. El acusado en estos casos tiene derecho a ser protegido de lo que todavía se consideran observaciones polémicas por parte del profesional de salud mental, y del testimonio de segunda mano sobre lo que realmente ocurrió.

En un juicio civil, donde el objetivo del mismo es proteger al niño de un padre o custodio, la cosa cambia. El juez (no hay jurado) debería contar con la máxima información posible para proteger al niño. Se debería permitir el testimonio de expertos para evaluar el estado mental del niño y también su estructura psicológica. No obstante, en estos momentos, el testimonio sobre si el niño muestra o no suficientes indicios del síndrome de abuso sexual, probablemente es inapropiado, puesto que este «síndrome» no es demasiado aceptado.

## EL FUTURO

Cuando estamos en medio de una crisis, es difícil ver el camino. El abuso sexual infantil es ciertamente una crisis, no solamente para el sistema legal y los Servicios de Protección Infantil, sino también para todos los padres que temen que el incremento de denuncias por abusos podría llegar a tocar a sus hijos.

Por el momento tenemos más preguntas que respuestas. Pero aquí están algunas de las cosas que han descubierto los investigadores:

- Los niños a veces mienten sobre los abusos sexuales. Es más fácil que ello ocurra en casos de disputas por custodia, donde se ven influidos por

uno de los padres contra el otro, o en los casos de abusos colectivos, donde el proceso puede fomentar fantasías extravagantes.

- Si se les interroga correctamente, incluso los niños de menor edad tienen buena memoria, pero con menos capacidad para los detalles que los adultos. Los niños más pequeños son vulnerables ante la sugestión de los adultos.
- Las nuevas leyes sobre denuncia provocan un alto índice de denuncias infundadas. No obstante, también revelan algunos incidentes de abusos que de otro modo no se hubieran descubierto.

Esto es lo que todavía no sabemos, pero que los investigadores siguen estudiando:

- Cómo llevar a cabo el crucial interrogatorio inicial. ¿Son útiles las muñecas con detalles anatómicos? ¿Cómo se puede incitar a un niño a que hable sin influir en sus respuestas?
- ¿Qué papel juega la fantasía en la memoria de un niño?
- ¿Se traumatiza el niño al ver a su asaltante en la sala del juicio? • ¿Este encuentro perjudicará su testimonio?
- ¿Cómo reaccionan los jurados ante el testimonio de un niño pequeño? ¿Pueden juzgar adecuadamente la competencia del niño?
- ¿Cuál es el papel adecuado para el testimonio de un experto en salud mental? ¿Puede realmente identificar un síndrome de abusos sexuales?

La respuesta a estas cuestiones ayudará a los tribunales a alcanzar el difícil equilibrio para poder proteger a los niños víctima de abusos sexuales, sin por ello dejar de proteger los derechos del acusado. Estas respuestas afectarán también a la utilización de testimonios infantiles en otro tipo de casos. Pero es en los casos en que el niño es tanto la víctima como el único testigo en que la necesidad es vital.

## Epílogo

Es difícil no sentirse traicionado cuando descubrimos o sospechamos que nuestro hijo nos ha mentado. Parece como si él o ella se hubieran vuelto en contra nuestra. No parece justo. La mentira de nuestro hijo nos incapacita para hacer aquello que pensamos deberíamos estar haciendo como padres. Si no sabemos qué ocurre, no podemos intervenir, proteger, avisar, aconsejar o castigar (si ello es necesario).

La mentira de nuestro hijo conlleva un cambio en quién está al cargo. Ya no somos nosotros, o por lo menos no del todo. Ya pasaron los días en que podíamos o debíamos saberlo todo. Ahora tenemos que vivir con cierta incertidumbre, ahora tenemos que ganarnos la confianza de nuestro hijo. Cuando nuestro hijo llega a la edad en que él o ella puede mentir sin ser siempre, o habitualmente, descubierto, nuestro hijo tiene por primera vez la posibilidad de escoger qué es lo que comparte con nosotros.

Que nuestros hijos dejen de mentir depende del miedo que tengan a ser descubiertos. Han aprendido que pueden colar sus mentiras sin detección. Ahora la sinceridad depende, como mínimo en parte, de cómo hemos sido y somos como padres. De lo comprensivos o impacientes, confiados o suspicaces, justos o duros que hayamos sido. ¿Hemos sido tan permisivos o hemos estado tan ocupados con nuestras propias vidas y carreras que no hemos prestado suficiente atención? ¿Saben que nos importa lo que hacen y cómo actúan? ¿Qué ha aprendido nuestro hijo sobre la importancia de la sinceridad? ¿Cómo hemos enseñado nosotros la sinceridad con nuestro ejemplo? ¿Qué esfuerzo hemos dedicado a enseñar valores morales a nuestros hijos?

El descubrir que nuestro hijo nos ha mentado, y que casi consigue no ser

descubierto, nos hace enfrentarnos a la pérdida de nuestro propio poder. Ya no podemos estar seguros de tener toda la información que queremos. Ningún adulto la tiene sobre ninguna otra persona, pero sí tenemos esa información sobre nuestros hijos, por algún tiempo. Debemos tener esa información, debemos saber qué sienten nuestros hijos, qué quieren y necesitan y piensan hacer cuando son muy pequeños, porque dependen totalmente de nosotros para su supervivencia. Pero a medida que el niño crece, nosotros ya no somos su único centro, su única fuente, su único medio de supervivencia.

La mentira reafirma el derecho del niño. Su derecho a desafiarnos. Su derecho a la intimidad. Su derecho a decidir qué cosas va a contar y qué cosas no.

Por supuesto los padres necesitan saber muchas cosas sobre lo que sus hijos hacen o piensan hacer. Y esa necesidad no termina cuando el niño es capaz de engañarnos, solamente se vuelve más difícil para nosotros saber que podemos satisfacerla.

Mentir sobre asuntos graves no solamente es un problema porque dificulta a los padres cumplir con su cometido. La mentira erosiona la intimidad. La mentira genera desconfianza, traiciona la confianza. La mentira implica que no se tiene en cuenta a la persona a quien se miente. Puede llegar a ser casi imposible vivir con alguien que mienta con regularidad.

La mentira normalmente viene acompañada de otras malas acciones, de la ruptura de otras reglas. Cuando se convierte en crónica, puede ser indicio de problemas graves, de desajustes en el niño y en la familia. Si no es tratada, la mentira crónica puede conducir a graves problemas en la edad adulta.

¿Qué debemos hacer cuando sospechamos que nuestro hijo nos está mintiendo? Tanto yo como mi esposa y mi hijo, Tom, hemos ofrecido muchas sugerencias concretas. Lo más importante es recordar que no hay que responder con irritación, con un enojo nacido del hecho de sentirse dolido, traicionado o desafiado. Intente comprender por qué ha surgido la mentira, el motivo por el que se miente. En muchas ocasiones esa comprensión le permitirá hablar con su hijo de manera tal que el niño pueda ser sincero, y ello eliminará el motivo por el cual el niño miente.

Puede que todo lo que se precise sea reconocer una mala acción que su hijo haya cometido. Intente, aunque parezca difícil, ver el mundo desde la

perspectiva de su hijo. Póngase de su lado. Muestre clemencia. Acuérdesse de lo que era ser niño. Ello no significa que tenga que abandonar sus reglas y normas, pero sí significa comprender antes que castigar siempre una infracción. Y, al ir creciendo el niño, significa estar dispuesto a discutir o negociar las normas familiares.

Una comprensión así no quiere decir que algunas veces no tenga que enfadarse por lo que haya hecho el niño. Los niños a veces hacen cosas muy malas que nos decepcionan y nos irritan, y es importante que ellos lo sepan. Pero aun cuando un niño haya hecho algo terrible, como hacerle daño a otro niño o robar, la desaprobación paterna puede estar mezclada con compasión. Hay que ofrecer un camino de vuelta al respeto hacia uno mismo, evitar la humillación. Un acto terrible, una mentira desesperada para ocultarlo, necesita ser castigado pero también perdonado.

A veces los padres sospechan que el niño miente, aunque éste diga la verdad. Cuando no se cree a un niño sincero, el daño puede ser grave.

Yo no tendría más de trece años cuando eso me ocurrió. Mi madre no me creyó con respecto a un incidente con una chica con la que salía. El recuerdo sigue siendo muy vivido. Estaba saliendo en plan serio con Mary Lou. En esa época, en ese pequeño suburbio de Nueva Jersey, eso es lo que hacían los chicos de esa edad, durante al menos unas semanas. Un sábado por la noche, que Mary Lou me había dicho que iba a pasar con sus padres, me fui al cine y la vi besándose con otro chico dos filas delante mío.

Al día siguiente me enfrenté a ella, la llamé traidora, le pedí que me devolviera mi anillo de clase y rompí su fotografía, que había llevado en mi cartera, y arrojé los trozos a sus pies. Cuando llegué a casa mi madre estaba furiosa, porque le había oído decir a la madre de Mary Lou que yo había llamado puta a su hija. Yo conocía la palabra, pero no la había utilizado. «Traidora» parecía una expresión mucho más adecuada, ¡porque Mary Lou no me estaba engañando con todos los chicos de la clase! Se me acusó de mentir.

Al día siguiente en la escuela, Mary Lou negó que le hubiera dicho a su madre que yo le hubiera llamado puta, pero se negó a hablar con su madre o con la mía. Nunca convencí a mi propia madre de mi inocencia. Me castigaron a no salir durante dos meses y me volví muy amargado. Mi madre murió un año después. Nunca se dio la posibilidad de poder aclarar el asunto.

Cuando los padres se enfrentan a una situación de este tipo en la que no hay manera de poder saber la verdad, tienen una elección sobre el tipo de error en que quieren incurrir. Si son confiados y aceptan la palabra de su hijo, corren el riesgo de ser explotados y engañados si se equivocan. Si son suspicaces y desconfiados, se arriesgan a no creer en un niño sincero si se equivocan, y yo creo que eso es peor. Nuestro hijo no puede contar entonces con nosotros, y esa pérdida puede ser grave. El enojo que genera en el hijo puede motivar esas mismas mentiras que el padre suspicaz había esperado evitar.

La confianza está entrelazada con la mentira de muchas maneras diferentes. El niño mentiroso traiciona la confianza de los padres. El padre a quien se ha mentido tiene que luchar para perdonar al niño y permitir que se restablezca la confianza. El padre desconfiado puede destruir la confianza del niño sincero en la justicia y compromiso de los padres. Puede ser útil pensar que a veces los niños nos mienten porque no confían en nosotros, no están seguros de poder ser sinceros con nosotros sin ser recriminados o castigados.

Los padres no deberían abandonar sus creencias sobre lo que es correcto, pero también tienen que tratar a sus hijos de tal manera que éstos sepan que pueden decir la verdad con confianza. Los padres cuentan de entrada con la confianza del niño, pero a medida que éste va creciendo, tienen que ganársela.

# Apéndice

## NOTAS METODOLÓGICAS SOBRE EL ESTUDIO HARTSHORNE Y MAY

Me he basado en muchos de los descubrimientos del estudio Hartshorne y May, y aunque muchos de ellos han sido ratificados por subsiguientes estudios científicos, algunos científicos han criticado su trabajo.

Una razón por la cual sus hallazgos tan tenido tan poco impacto es que hacían hincapié en la importancia de los factores de la situación. Sus resultados, según la interpretación de muchos, mostraban que el engaño no está relacionado con las características de un niño sino que depende de los factores de cada tentación. Los análisis realizados recientemente sobre sus datos sugieren que ello es una exageración. Existen algunas concordancias, y es posible explicar el engaño hasta cierto punto mediante factores que no son específicos de cada tentación. La parte de los datos de Hartshorne y May en la que me he centrado, la comparación entre aquellos que nunca engañaban y los que engañaban y después mentían sobre ello, deja claro cómo estos dos grupos de niños difieren entre sí.

Algunos científicos se han preocupado por el hecho de que los doctores Hartshorne y May pueden en realidad haber animado a los niños a hacer trampa al ponérselo tan fácil. Algunos niños razonan así. En mi propia investigación, algunos de los niños que reconocieron que habían hecho trampa me dijeron que no creían que ello estaba mal si el profesor no era muy estricto. Algunos profesores son tan descuidados, dijeron, que debe ser porque no les importa. Puede que esto sea sólo una racionalización. Los estudios hechos en los últimos veinte años descubrieron más engaños en las aulas de las escuelas que dependen de vigilantes y monitores que en aquellas que se

basan en el sistema de honor.

Algunos críticos opinan que Hartshorne y May se equivocaron al hacer que fuera otra persona y no el profesor quien pasara los exámenes. Los niños pueden estar más dispuestos a engañar si la persona engañada no es alguien a quien conozcan, como una autoridad de la escuela. Por la misma razón, algunas personas no se sienten mal por robar en unos grandes almacenes, pero no engañarían al propietario de una tienda familiar. No creo que estas críticas sean muy serias. Se dijo a los niños que se trataba de exámenes. Se los pasaron en la escuela, durante el horario de clase. No se decía que se trataba de una investigación. Yo opino que se daban todos los factores para que los niños se tomaran los exámenes en serio. Quizá menos niños hubieran hecho trampa si el profesor se hubiera encargado de pasar los exámenes, pero nuestro interés no radicaba tanto en saber cuántos niños hacían trampa, sino qué distingue a los niños que engañan de los que no lo hacen.

Algunos científicos han puesto objeciones al estudio de Hartshorne y May porque las diversas oportunidades para hacer trampa o mentir no formaban parte de la vida normal del niño, sino que fueron introducidas por los científicos. Creo que estas críticas tampoco son justificables, porque Hartshorne y May se cuidaron de crear situaciones que fueran similares a las que los niños se enfrentaban en su vida cotidiana.

# Notas

[<sup>1</sup>]Ekman, P., *Telling Lies*, Berkley Books, Nueva York, 1985 (trad. cast.: *Cómo detectar mentiras*, Barcelona, Paidós, 1991). <<

[<sup>1</sup>] Véase John Phelan, *Scandals and Scoundrels*, Nueva York, Random House, 1982; también, Agness Hankiss, «Games Con Men Play», *Journal of Communication*, 3 (1980), págs. 104-112.<<

[1a]La filósofa Sissela Bok sostiene el argumento contrario en su libro *Secrets*, y dice que esconder es más justificable que falsificar.<<

[2] *Time*, 18 de julio de 1986, pág. 68.<<

[3] Véase Sissela Bok, *Lying: Moral Choice in Public and Private Life*, Nueva York, Pantheon, 1978, capítulo 3, para una discusión sobre estos temas.<<

[4]Svenn Lindskold y Pamela S. Walters, «Categories for Acceptability of Lies», *The Journal of Social Psychology*, 120 (1983), págs. 129-136.<<

[5]Estas cifras provienen de B. B. Houser, «Student Cheating and Attitude: *A Function of Classroom Control Tecnique*», *Contemporary Educational Psychology*, 7 (1982), págs. 113-123.<<

[6]Estas cifras provienen de Claudia H. Deutsch, «Students Cheating Even More», *New York Times*, reproducido en el *San Francisco Chronicle*, 15 de abril de 1988, pág. B3.<<

[7]Prof. Gary T. Marx, «When a Child Informs on Parents», *New York times*. 29 do agosto de 1986, pág. 27.<<

[8] *San Francisco Chronicle*, 12 de septiembre de 1986, pág. 1ª.<<

[9]*New York Times*, 22 de agosto de 1986, pág. 8.<<

[<sup>10</sup>]Para mayor claridad he omitido algunos detalles, como el hecho de que se estudió tanto a chicos como a chicas. El informe completo aparece bajo el título de «Situational Influence on Moral Justice: A Study of "Finking"», por H. Harari y J. W. McDavid, en *Journal of Personality and Social Psychology*, 11 (1969), n° 3: págs. 240-244.<<

[<sup>1</sup>]El informe completo, *Studies in the Nature of Character*, Nueva York, Macmillan, 1928, vol. 1, *Studies in Deceit*, incluye toda esta información.<<

[2] Véase M. Rutter, J. Tizard y K. Whitmore (comp.), *Education, Health and Behaviour*, Nueva York, Wiley, 1970; M.K. Shepherd, B. Oppenheim y S. Mitohell, *Childhood Behavior and Mental Health*, Nueva York, Gruñe and Stratton, 1971; pero no J.W. McFarlane, L. Alien y M.P. Honzik, *A Developmental Study of the Behavior Problems of Normal Children Between Twentyone Months and Fourteen Years*, Berkeley, University of California Press, 1962.<<

[<sup>3</sup>]La cita es de «Honesty and Dishonesty» de Roger V. Burton, un capítulo de Thomas Lickona (comp.), *Moral Development and Behavior*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1976.<<

[4]Este estudio fue mencionado por Charles D. Johnson y John Gormly en un artículo titulado «Academic Cheating», *Developmental Psychology*, 6 (1972), págs. 320-325.<<

[5]Magda Stouthamer-Loeber mencionó esta posibilidad en su artículo «Lying as a Problem Behavior in Children: A Review», que apareció en *Clinical Psychology Review*, 6 (1986), págs. 267-289.<<

[6]Thomas M. Achenbach y Craig S. Edelbrock, «Behavioral Problems and Competencies Reported by Parents of Normal and Disturbed Children Aged Four Through Sixteen», *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 46 (1981), n° 188; también, de los mismos autores, «The Child Behavior Profile: II», *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 47 (1978), págs. 223-233.<<

[6a] Los científicos utilizan el término «control» cuando comparan dos grupos que son iguales en todo excepto en las características que están estudiando. En este caso, controlan la edad, el sexo, la raza y la clase social para que, aparte de esas variantes, puedan discernir qué se asocia con la inadaptación y qué se encuentra normalmente en cualquier grupo de niños comparables. De esta manera, pueden determinar qué efecto tiene la inadaptación sobre la mentira.

<<

[7]Stouthamer-Loeber, «Lying as a Problem Behavior».<<

[8]Richard Christie y Florence L. Geis, *Studies in Machiavellianism*, Nueva York, Academic Press, 1970, pág. 1.<<

[9]Michael Korda, *Power!*, Nueva York, Random House, 1975, pág. 4 (trad. cast.: *El poder*, Barcelona, Urano, 1988).<<

[<sup>10</sup>]Ibídem., pág. 327.<<

[<sup>11</sup>]Dorothea D. Braginsky, «Machiavellianism and Manipulative Interpersonal Behavior in Children», *Journal of Experimental Social Psychology*, 6 (1970), págs. 77-99. En este estudio se utilizó una versión diferente de la escala «maq» de la que he citado.<<

[<sup>12</sup>]S. Nachamie, «Machiavellianism in Children: The Children's Maq Scale and the Bluffing Game», tesis doctoral, Universidad de Columbia, 1969. Hay un resumen en R. Christie y F.L. Geis, Studies in «Machiavellianism, pág. 326.

<<

[13]Christie y Geis, Studies in Machiavellianism, pág. 332.<<

[<sup>14</sup>]D. D. Braginsky, «Parent-Child Correlates of Machiavellianism and Manipulative Behavior», *Psychological Report*, 27 (1970), págs. 927-932, mencionaba la relación inversa entre la puntuación de padres e hijos en la escala «maq». R. E. Kraut y J. D. Price, «Machiavellianism in Parents and Their Children», *Journal of Personality and Social Psychology*, 33 (1976), págs. 782-786, descubrió una relación positiva.<<

[15]Kraut y Price, «Machiavellianism»; M. Lewis, «How Parental Attitudes Affect the Problems of Lying in Children,» *Smith College Studies in Social Work*, 1 (1931), págs. 403-404.<<

[16]Time, 18 de julio de 1986, pág. 68.<<

[17]M. Stouthamer-Loeber y R. Loeber, «Boys Who Lie», *Journal of Abnormal Child Psychology*, 14, (1986), págs. 551-564.<<

[18]S. Dornbush y otros, «Single Parents, Extended Households and the Control of Adolescents», *Child Development*, 56 (1985), págs. 326-341. También, L. Steinberg, «Single Parents, Stepparents, and the Susceptibility of Adolescents to Antisocial Peer Pressure», *Child Development*, 58 (1987), págs. 269-275.

<<

[<sup>19</sup>]Hartshorne y May, *Studies in Deceit*, libro 1, «General Methods and Results», pág. 274.<<

[20]D. Sherill y otros, «Seating Aggregation as an Index of Contagion», *Educational Psychological Measurements*, 30 (1970), págs. 663-668.<<

[21]U. Bronfenbrenner, «Response to Pressure from Peers Versus Adults Among Soviet and American School Children», *International Journal of Psychology*, 2 (1967), págs. 199-207 (cita de la pág. 201).<<

[22]Como comentó Thomas J. Berndt en «Developmental Changes in Conformity to Peers and Parents», *Developmental Psychology*, 15 (1979), págs. 608-616.<<

[23]Su artículo se titula «Conformity to Peer-Sponsored Misconduct at Four Grade Levels», *Developmental Psychology*, 12 (1976), págs. 226-236 (cita de la pág. 235).<<

[24]T. J. Berndt, «Developmental Changes in Conformity to Peers and Parents». *Developmental Psychology*, 15 (1979), págs. 608-616 (cita de la pág. 615)<<

[25]Ibídem, pág. 616.<<

[26]Charles M. Bonjean y Reece McGee, «Scholastic Dishonesty Among Undergraduates in Differing Systems of Social Control», *Sociology of Education*, 38 (1965), págs. 127-137.<<

[27]Para ser más exactos, en cada uno de los treinta y siete puntos del cuestionario el niño podía ganar un punto si su puntuación era diferente a la del 90 % de los otros chicos de su edad. Los niños que acumularon más puntos, el 10 % que se desviaba más del resto, fueron los que se sometió a un seguimiento. El estudio completo fue publicado en 1981 en el *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 22, págs. 19-33.<<

[27a] Cuando se cruzaron las evaluaciones de los profesores con las de los padres, la predicción resultaba mejor, pero las cifras eran muy bajas. Solamente había catorce niños que tanto el profesor como los padres describían como mentirosos recurrentes. La mitad de ellos fueron condenados posteriormente por robo. Había siete niños que tanto el profesor como los padres decían que robaban, y cuatro de ellos fueron condenados más tarde por robo. Aunque es sugerente, el número de casos es demasiado bajo para que los resultados sean significativos.<<

[28]Hartshorne y May, *Studies in Deceit*, pág. 377.<<

[<sup>1</sup>]Stephen Ceci, comunicación personal, 11 de marzo de 1986.<<

[2]Michael Lewis, Catherine Stanger y Margaret Sullivan, «Deception in Three Year Olds», manuscrito inédito. Los autores están en el Instituto para el Estudio del Desarrollo Infantil, Facultad de Medicina y Odontología de Nueva Jersey.<<

[<sup>3</sup>]Este estudio, «Lying and Misrepresentation of Reality in Four-Year Olds» (borrador manuscrito), es de Magda Stouthamer-Loeber, Linette Postell y Rolf Loeber.<<

[4]Gran parte de las pruebas contra las mentiras de niños pequeños proviene de Jean Piaget, *The Moral Judgment of the Child*, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1965, publicado originalmente en 1932 (trad. cast.: *El criterio moral en el niño*, Barcelona, Martínez Roca, 1984).<<

[5]Heinz Wimmer, Silvia Gruber y Josef Perner, «Young Children's Conception of Lying: Lexical Realism-Moral Subjectivism», *Journal of Experimental Child Psychology*, 37 (1984), págs. 1-30.<<

[5a] Los psicólogos del desarrollo que trabajan según la tradición de Piaget podrían desestimar este resultado al suponer que los niños juzgaban las mentiras como malas solamente porque tenían consecuencias negativas. Es importante destacar que este estudio incorporaba características que hacían posible determinar que ello no era así, así que los resultados se pueden interpretar de la manera que yo lo he hecho.<<

[6]C. Stern y W. Stern, *Monographien über die seelische Entwicklung des Kindes. s. Brand: Erinnerung, Aussage und Lüge in der ersten Kindheit*, Leipzig, Barth, 1931, originalmente publicado en 1909, 4ª ed. (citado por Wimmer, Gruber y Perner, «Young Children's Conception of Lying», pág. 28).

<<

[7]Eugenie Andruss Leonard, «A Parent's Study of Children's Lies», *The Pedagogical Seminary*, 27, n° 2, junio de 1920, pág. 130.<<

[8]C.C. Peterson, J.L. Peterson y D. Seeto, «Developmental Changes in Ideas About Lying», *Child Development*, 54 (1983), págs. 1.529-1.535.<<

[9]Esta cita es de una tesis sobre las mentiras infantiles de Marie E. Vasek, «Lying: the Development of Children's Understanding of Deception», tesis de posgrado, Universidad de Clark, Worcester, Mass., 1984.<<

[<sup>10</sup>]Ibídem, pág. 126.<<

[<sup>11</sup>]Ibídem, pág. 126.<<

[12]Walt Harrington, «Revenge of the Dupes», *The Washington Post Magazine*, 27 de diciembre de 1987, págs. 17-21.<<

[13]Magda Stouthamer-Loeber, «Lying as a Problem Behavior in Children: A Review», *Clinical Psychology Review*, 6 (1986), págs. 267-289.<<

[<sup>14</sup>]Estas posibilidades fueron mencionadas por Magda Stouthamer-Loeber,  
Ibídem.<<

[15]Encontré esta cita en Thomas Lickona, *Raising Good Children*, Nueva York, Bantam, 1983, pág. 117.<<

[16] Véase la opinión de B. DePaulo y A. Jordán, «Age Changes in Deceiving and Detecting Deceit», en Robert S. Feldman (comp.), *Development of Nonverbal Behavior in Children*, Nueva York, Springer Verlag, 1982, págs. 151-180.<<

[17]P. Ekman, *Telling Lies*, Nueva York, W. W. Norton, 1985 (trad. cast.: *Cómo detectar mentiras*, Barcelona, Paídos, 1991) P. Ekman y M. O'Sullivan, «Hazards in Detecting Deceit», en D. Raskin (comp.), *Psychological Methods for Investigation and Evidence*, Nueva York, Springer, en prensa; P. Ekman, «Why Lies Fail and What Behaviors Betray a Lie», en J. C. Yuille (comp.), *Credibility Assessment - A Unified Theoretical and Research Perspective*, Dordrecht, Holanda, Kluwer Academic Publishers, en prensa; P. Ekman, W. V. Friesen y M. O'Sullivan, «Smiles when Lying», *Journal of Personality and Social Psychology*, 54 (1988), págs. 414-420; P. Ekman y W. V. Friesen, «Felt, l'alse and Miserable Smiles», *Journal of Nonverbal Behavior*, 6 (1982), págs. 238-252; P. Ekman y W. V. Friesen, «Detecting Deception from Body or Face», *Journal of Personality and Social Psychology*, 29 (1974), págs. 288-298; P. Ekman y W. V. Friesen, «Nonverbal Leakage and Clues to Deception», *Psychiatry*, 32 (1969), págs. 88-105.<<

[18]R. S. Feldman, L. Jenkins y O. Popoola, «Detection of Deception in Adults and Children via Facial Expressions», *Child Development*, 50 (1979), págs. 350-355 (cita de la pág. 351).<<

[19] Nancy L Lee Morency y Robert M. Krauss, «Children's Nonverbal Encoding and Decoding of Affect», en Feldman, R. S., *Development of Nonverbal Behavior in Children*, págs. 181-200.<<

[20]William A. Shennum y Daphne B. Bugental, «The Development of Control over Affective Expression», en *Ibídem*, págs. 101-121.<<

[21]La cita es del estudio de Vasek.<<

[22]Para una discusión sobre el papel de los juegos en el desarrollo de las aptitudes necesarias para mentir, véase «Everyone Has to Lie», en M. Sanches y B. G. Blount, (comp.), *Sociocultural Dimensions of Language Use*, Nueva York, Academic Press, 1975, págs. 57-79.<<

[23]J. G. deVilliers y P. A. deVilliers, *Language Acquisition*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1977; M. Shatz y R. Gelman, «The Development of Communication Skills: Modification in the Speech of Young Children as a Function of the Listener», *Monographs of the Society for Research in Child Deveopment*, 38 (1973), págs. 1-38; véase la argumentación de Vasek.<<

[<sup>24</sup>]P. Ekman, G. Roper y J. C. Hager, «Deliberate Facial Movement», *Child Development*, 51 (1980), págs. 886-891.<<

[24a] Al leer esta parte, mi hijo Tom me dijo que era tonto por mi parte sugerir que cualquier niño podía decir eso. «Si tú dices: "no me podéis preguntar sobre eso", tus padres saben que hiciste algo y que vas a ser castigado», me explicó. Probablemente Tom tiene razón; la mayoría de padres asumirían que viniendo de su hijo, ese tipo de comentario es evasivo y significa que ha hecho algo malo. <<

[25]Michael F. Hoyt, «Secrets in Psychotherapy: Theoretical and Practical Considerations», *International Review of Psychoanalysis*, 5, punto 2 (1978), págs. 223-241.<<

[26] *Ibidem.* <<

[27]E. Turiel, «The Development of Social Concepts», en D. DePalma y J. Foley (comp.), *Moral Development*, Hillside, NJ, Lawrence Erlbaum, 1975. Citado por Damon.<<

[28]Estoy agradecido a Robert Coles, que en su muy interesante libro *The Moral Life of Children*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 1986, me hizo recordar estas palabras de Anna Freud. Aparecieron en su libro, *Das ich und die Abwehrmechanismen* Viena, Imago (trad. cast.: *El yo y los mecanismos de defensa*, Barcelona, Paidós, 1997).<<

[29]Para una exposición breve, véase L. Kohlberg, «Moral Stages and Moralization: The Cognitive-Developmental Approach», en Lickona (comp.), *Moral Development and Behavior*, págs. 31-53.<<

[<sup>30</sup>] Véase la nota 15 de este capítulo.<<

[30a]Puesto que nadie que yo conozca ha estudiado directamente este tema, mis sugerencias están basadas en mis lecturas de la literatura existente sobre el desarrollo moral, en especial el libro del doctor Thomas Lickona, *Raising Good Children*, que recomiendo encarecidamente por sus ideas prácticas sobre cómo utilizar la investigación sobre el desarrollo moral en la educación infantil.<<

[<sup>31</sup>]Turiel, «The Development of Social Concepts», pág. 155.<<

[32] Véase J. R. Rest, «Morality», en RH. Mussen (comp.), *The Handbook of Child Psychology*, 4ª ed. Nueva York, Wiley, 1983, vol. 3, págs. 556-629, para una opinión crítica. Para un análisis muy interesante pero completamente distinto sobre el criterio social infantil, véase William Damon, *The Social World of the Child*, San Francisco, Jossey-Bass, 1977.<<

[33]A. Blasi, «Bridging Moral Cognition and Oral Action: A Critical Review of the Literatura», *Psychological Bulletin*, 88 (1980), págs. 1-45.<<

[<sup>34</sup>]Cari I. Malinowski y Charles R Smith, «Moral Reasoning and Moral Conduct: An Investigation Prompted by Kohlberg's Theory», *Journal of Personality and Social Psychology*, 49 (1985), págs. 1.016-1.027.<<

[<sup>1</sup>]Lickona, *Raising Good Children*, pág. 168.<<

[<sup>1</sup>]Kraut y Price, «Machiavellianism»; M. Lewis, «Parental Attitudes».<<

[2]Bruno Bettelheim, *The Uses of Enchantment*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1976, pág. 9 (trad. cast.: *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona, Grijalbo Mondadori Crítica, 1995).<<

[3]H. Hartshorne y M.A. May, *Studies in Deceit*.<<

[4] Véase Rutter, Tizard y Whitmore (comp.), *Education, Health and Behavior*, Shepherd, Oppenheim y Mitchell, *Childhood Behavior and Mental Health*. <<

[5]New York Times, 24 de enero de 1987.<<

[6]Ibídem, pág. 126.<<

[7]Para una discusión más completa de la teoría de Kohlberg sobre las etapas del desarrollo moral, véase el capítulo 3.<<

[8]Jodi Stewart, «The Story Behind "Pig Boy"», *San Francisco Chronicle*, 24 de julio de 1988.<<

[9]M. Hoffman y H. Salzstein, «Parent Discipline and the Child's Moral Development», *Journal of Personality and Social Psychology*, 5 (1967), pág. 45.<<

[<sup>10</sup>]Según se cita en el *New York Times*, 18 de junio de 1985, pág. 23.<<

[<sup>11</sup>]Ibídem, pág. 126.<<

[12] *Ibidem.* <<

[13]John Demos, *Past, Present and Personal*, Nueva York, Oxford University Press, 1986, pág. 46.<<

[<sup>14</sup>]John Wesley, «Sermón on the Education of Children», en Philip Greven (comp.), *Child Rearing Concepts*, 1628-1861, Itasca, Illinois, F.E. Peacock Publishers, Inc., 1973, pág. 60.<<

[15]Ibídem, pág. 126.<<

[16]Ibídem, pág. 126.<<

[17] Lenore Weitzman, *The Divorce Revolution*, Nueva York, Free Press, 1985, pág. xvii.<<

[18]Judith S. Wallerstein y Joan Berlin Kelly, *Surviving the Breakup*, Nueva York, Basic Books, 1980, págs, 33 y 34.<<

[<sup>19</sup>]Ibídem, pág. 60.<<

[20]Ibídem, pág. 126.<<

[21]En mi reciente libro, *The Equality Trap*, Nueva York, Simón and Schuster, 1988, trato de la alarmante popularidad de la custodia conjunta. En algunos estados es impuesta por el juez contra los deseos de uno de los padres. Existen pruebas de que el efecto sobre los niños es negativo.<<

[22]S. Dornbush y otros, «Single Parents, Extended Households and the Control of Adolescents», *Child Development*, 56 (1985), págs. 326-341.<<

[23]Ibídem, pág. 126.<<

[<sup>24</sup>]Mason, *The Equality Trap*, pág. 18.<<

[25]Ibídem, pág. 126.<<

[26]Burton K. White, *The First Three Years of Live*, ed. revisada, Nueva York, Prentice-Hall, 1985, pág. 272.<<

[<sup>1</sup>]Gail S. Goodman, «Child Witness: An Introduction», *Journal of Social Issues*, 40 (1984), pág. 28.<<

[2]Esta es la opinión de los jueces del juzgado de familia de California, de los condados de Alameda y San Diego, con respecto a la incidencia de las denuncias por abuso sexual en los casos de custodia en los últimos años. (Entrevistas particulares).<<

[<sup>3</sup>]Bill Girdner, «Out of the Mouth of Babes», *California Lawyer*, 5, junio de 1985, pág. 59.<<

[4]John Crewdson, *By Silence Betrayed*, Boston, Little, Brown, 1988, pág. 127.<<

[5] Bruno Bettelheim, *A Good Enough Parent*, Nueva York, Knopf, 1987, pág. 375.<<

[6]Sigmund Freud, *Two Case Histories*, según se cita en S. Lindsay y M. Johnson, «Reality Monitoring and Suggestibility: Children's Ability to Discriminate Among Memories from Different Sources», en S. J. Ceci, M. P. Toglia y D. F. Ross (comps.), *Children's Eyewitness Memory*, Nueva York, Springer Verlag, 1987, pág. 95.<<

[7]J. Piaget, *Judgment and Reasoning in the Child*, en *Ibídem*, pág. 98.<<

[8]Lindsay y Johnson, «Reality Monitoring and Suggestibility», pág. 101.<<

[9] *New York Times*, 14 de noviembre de 1987, pág. 98.<<

[10] *Ibidem.* <<

[<sup>11</sup>]Mason, *The Equality Trap*, pág. 73. He discutido a fondo el tema de la custodia conjunta en este libro.<<

[12] Como se cita en *ibídem*, pág. 174. <<

[<sup>13</sup>] *New York Times*, 22 de octubre de 1986, pág. 5.<<

[<sup>14</sup>] *New York Times*, 31 de marzo de 1988, pág. B13.<<

[15]Melvin G. Goldzband, M.D., «Would Mommie Lie? An Inquiry into the Concept of Truth in Child Custody Litigation», manuscrito inédito, 1983.<<

[16]Arthur H. Green, «True and False Allegations of Sexual Abuse in Child Custody Disputes», *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 25 (1986), pág. 454.<<

[17] *In re Sara*, 239 Cal. Rptr. 605.<<

[<sup>18</sup>] *In the Matter of Cheryl H.*, 153 Cal. App.3d 1098, 200 Cal. Rptr. 789.<<

[<sup>19</sup>]David Faust y Jay Ziskin, «The Expert Witness in Psychology and Psychiatry», *Science*, 241 (1 de julio de 1988), pág. 312.<<

[20]«Incidence of Child Abuse in California», Registro Central de Abusos Infantiles, Departamento de Justicia de California, Oficina de Estadísticas Criminales y Servicios Especiales, 1985, págs. 1-3.<<

[21] Douglass J. Besharov, «Contending with Overblown Expectations», *Public Welfare*, 45 (invierno de 1987), págs. 7-11.<<

[22]Ibidem., pág. 10.<<

[23]Para una argumentación completa sobre la investigación psicológica de este tema, véase Ceci, Togliola y Ross (comp.), *Children's Eyewitness Memory*, véase también «The Child as Witness», *Journal of Social Sciences*, 40, n° 2, (1984).<<

[<sup>24</sup>]Maria Zagora, «Memory, Suggestibility, and Eyewitness Testimony in Children and Adults,» en Ceci, Toglia and Ross, (comps.), *Children's Eyewitness Memory*, pág. 65.<<

[25]Carole Cole y Elizabeth Loftus, «The Memory of Children», en *Ibíd.*, págs. 195 y 199.<<

[26]Ceci, Ross y Toglia, «Age Differences in Suggestibility», en *Ibídem*, pág. 82.<<

[27]B. Boat y M. Everson, documento presentado a la junta bienal de la Sociedad para la Investigación del Desarrollo Infantil, 1987.<<

[28]M. King y J. Yuille, «Suggestibility and the Child Witness», en Ceci, Toglia y Ross (comps.), *Children's Eyewitness Memory*, pág. 25.<<

[29]D. Whitcomb, E. Shapiro y L. Stellwagen, «When the Victim Is a Child: Issues for Judges and Prosecutors», Departamento de Justicia de los Estados Unidos, Instituto Nacional de Justicia, 1981, págs. 69-73.<<

[<sup>30</sup>] *Coy v. Iowa*, 108 S.Ct. 2798.<<

[31] *Ibidem.* <<

[32]New York Times, 20 de julio de 1988.<<

[33] Gary B. Melton, «Procedural Reforms to Protect Victim/Witnesses in Sex Offense Proceedings», *Victimology: An Int'l. Journal*, 5 (1980).<<